



H. DE BALSA

EL CONTRATO
De Matrimonio

Lucha Eterna

PQ2157

.C3

S6



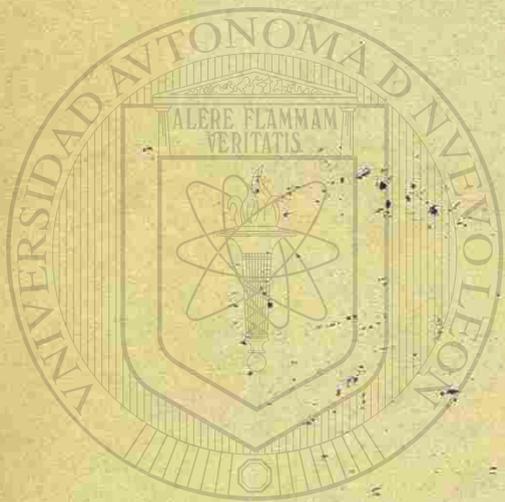
1020026012



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



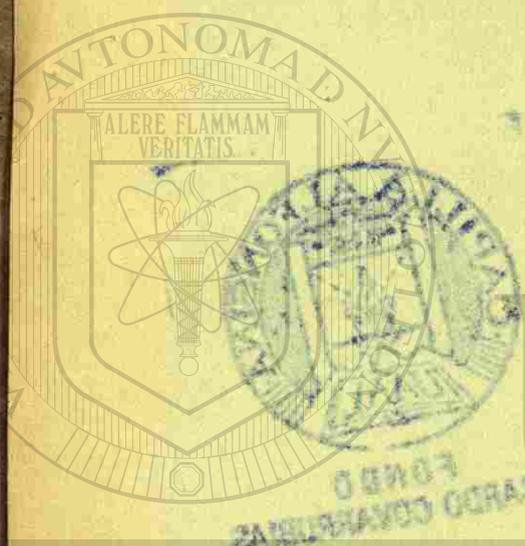
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



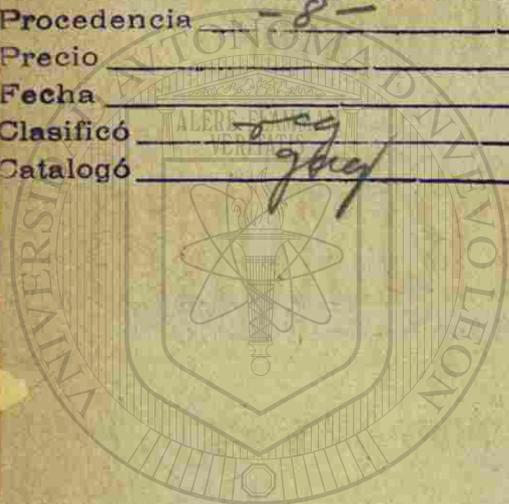
504



EL CONTRATO DE MATRIMONIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor B 196
Núm. Adg. 29707
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó ALERE _____
Catalogó gbc _____



H. DE BALZAC.



MATRIMONIO

TRADUCCION DE

VICTORINO VICTORIA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA VALENCIA. S

LIBRERÍA DE PASCUAL AGUILAR,
Calle de Caballeros, número 1.

1875.

098080
29707

843
B.

PQ 2157



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Ramon Ortega, Cocinas, 1.

Á ROSSINI.

Mr. de Manerville padre, era un honrado gentil-hombre normando, muy amigo del mariscal Richelieu, quien, durante su gobierno en la provincia de Guiena, le hizo casar con una de las mas ricas herederas de Burdeos. El normando vendió sus posesiones de Bessin y se hizo gascon seducido por la belleza del castillo de Lanstrac, deliciosa morada que pertenecia á su muger. Durante los últimos dias del reinado de Luis XV compró el cargo de mayor de guardias, y vivió hasta 1813, siendo felizmente respetado por la revolucion. Hé aquí el por qué.

Hacia fines del año 1790 marchó á la Martinica llamado por algunos negocios, y confió la administracion de sus bienes á un honrado escribiente ó pasante de notario llamado Mathias, partidario acérrimo de las ideas de progreso. A su vuelta, el conde de Manerville encontró sus propiedades intactas y admirablemente administradas. Aquella destreza era fruto producido por el injerto del gascon con el normando. Mad. de Manerville murió en 1810. Entonces el conde, como muchos viejos, dió en ser económico, y hasta avaro y sórdido. No pensó que el afán de ahorrar de los padres prepara la prodigalidad de los hijos, y aun no teniendo mas que uno, Pablo, nególe casi hasta lo necesario.

Pablo de Manerville, salido del colegio de Vendoma el año 1810, sufrió el yugo paterno durante tres años. La tirania que ejerció sobre su heredero un viejo de setenta y nueve años, influyó necesariamente en un corazon y un carácter no formados del todo. Sin faltarle aquel valor físico que es propio de todos los gascones, Pablo no se atrevió á luchar contra

su padre y perdió la facultad de resistencia que es lo que engendra el valor moral. Sus sentimientos se replegaron al fondo de su corazon sin manifestarlos durante largo tiempo: mas tarde, cuando les vió en desarmonia con las máximas del mundo, quizás pensó bien y obró mal. Se hubiera batido por una palabra, pero temblaba ante la sola idea de despedir á un criado: su timidez vencía siempre en los combates que requieren una voluntad constante. Capaz de grandes cosas por evitar la persecucion, ni se atrevia á prevenirla con una oposicion sistemática, ni á afrontarla con sus fuerzas. De imaginacion cobarde, pero osado en sus acciones, conservó durante largo tiempo ese secreto candor que convierte al hombre en víctima, y juguete voluntario de ciertas cosas contra las cuales algunas almas temen sublevarse, prefiriendo el sufrimiento á la queja. Vióse aprisionado en el viejísimo palacio de su padre sin gozar ninguno de los placeres propios de los jóvenes de su edad, porque no tenia bastante dinero para pagarlos. Su anciano padre le llevaba consigo de paseo todas las tardes en

un antiguísimo carruaje tirado por dos rocines, acompañado por viejos lacayos mal vestidos, concurriendo á la vuelta á una reunion de legitimistas, compuesta de rectos de la nobleza parlamentaria y de la nobleza de espada. Reunidas estas dos noblezas despues de la revolucion para contrarestar la influencia imperialista, habíanse trasformado en una aristocracia territorial. Chafados por las poderosas y crecientes fortunas de las ciudades marítimas los nobles *pur sang* de Burdeos, solo contestaban con su desden al fausto y lujo que entonces desplegaban el comercio, la administracion y el militarismo. Demasiado jóven aun para comprender las distinciones sociales y las necesidades ocultas bajo la aparente vanidad que crean, Pablo se aburría entre aquellos viejos, ignorando que aquellas relaciones de su juventud le asegurarian mas tarde esa preeminencia aristocrática tan querida siempre por Francia. Apenas compensaban la monotonía de tan tristes noches, algunos ejercicios propios de la juventud, que su padre le imponía. A juicio del viejo gentil-hombre lo que constituía á un

perfecto caballero, era poseer elegantes maneras, saber manejar las armas, ser escelente ginete, el juego de pelota, en fin, la frívola instruccion de los señores de los tiempos antiguos. Pablo se ejercitaba todas las mañanas en el manejo de la espada, iba al picadero y tiraba á la pistola. El resto del tiempo lo empleaba leyendo novelas, pues su padre era refractario á los estudios de trascendencia, con los cuales se termina hoy la educacion. Esta vida tan sedentaria é invariable hubiera matado á nuestro jóven si el fallecimiento de su padre ocurrido en el apogeo de su tiranía no hubiese roto las cadenas de su esclavitud, cuando ya le era insoportable. Pablo encontró capitales considerables acumulados por la avaricia paterna y sus propiedades rústicas en estado brillantísimo; pero odiaba á Burdeos y no gustaba mucho mas de Lanstrac, adonde su padre iba con él á pasar el verano haciéndole cazar mañana y tarde.

Así que estuvieron arreglados los negocios de la herencia, el jóven, ávido de goces, compró rentas con sus capitales, y confiando la

administracion de sus bienes al viejo Mathías, notario de su padre, permaneció durante seis años alejado de Burdeos. Agregado al principio á la embajada de Nápoles, fué despues secretario de la de Madrid y Lóndres, dando así la vuelta á Europa. Despues de conocer el mundo, despues de haber visto desvanecerse muchas de sus ilusiones, cuando hubo disipado los capitales en efectivo que su padre habia amontonado, llegó un momento en que para continuar en aquel género de vida, Pablo se vió precisado á recurrir á las rentas de sus posesiones que su notario habia acumulado. En aquel momento crítico, dominado por una de esas ideas pretendidamente discretas y cuerdas, quiso abandonar á Paris, volver á Burdeos, manejar sus negocios, vivir con economía, mejorar sus posesiones, casarse y llegar un dia á ser diputado. Pablo era conde, su nobleza debía hacerle aspirar á un buen matrimonio. Si no son pocas las mugeres que desean ser esposas de un noble, muchas mas todavia son las que quieren un hombre práctico en la ciencia de la vida. Pablo habia adquirido este título,

preferible al cargo de agente de cámbios, por setecientos mil francos; título que no se vende, que exige largos estudios, exámenes de prueba, vastas relaciones, amistades, odios, talle esbelto, elegantes maneras y un nombre armonioso: título que requiere envidiados triunfos, duelos, apuestas perdidas en las carreras de caballos, decepciones, hastío y abundancia de frivolos placeres. Era, en fin, un hombre elegante, pero á pesar de sus locas prodigalidades nunca pudo llegar á ser un hombre á la moda. En el burlesco ejército de las gentes de sociedad la reputacion de hombre á la moda equivale á la dignidad de capitan general; la de hombre elegante solo representa á un teniente general. Pablo gozaba reputacion de elegante y sabia sostenerla. Sus criados lucian magníficas libreas, sus carruajes eran lujosos, sus banquetes atraian regular número de hombres de tono, en fin, su querida era contada entre las siete ú ocho cuyo fausto igualaba al de las mejores casas de Paris. Pero aun no habia hecho desgraciada á ninguna muger, no perdía cuando jugaba y su fortuna carecia de esplendoroso

brillo: era incapaz de engañar á nadie, hasta á una niña; no propalaba sus billetes amorosos, ni poseía un cofrecito en donde guardarlos, al alcance de la mano de un amigo, que embebido en este dulce entretenimiento, tenía á bien aguardarle, mientras él se hacia afeitarse ó se ajustaba el cuello: no había decentado sus posesiones de Guiena ni tenía acreedores, siendo él en cambio de muchos á quienes llamaba amigos y que despues ni tan solo se acordaban de él. Parecia que establecia limites á su desorden. El secreto de su conducta estribaba en la tiranía que con él egirió su padre. Una mañana, pues, dijo á uno de sus amigos llamado el marqués de Marsay, nombre que despues fué muy ilustre:

—Amigo mio, la vida tiene un objeto.

—Necesario es que tengas veintisiete años para comprenderlo, contestó irónicamente Marsay.

—Precisamente á causa de mi edad es por lo que deseo retirarme á Lanstrac.—Viviré en Burdeos, á donde haré trasportar todos mis muebles de aquí, en el viejo palacio de mi

padre, y vendré á pasar en París los tres meses de invierno. Esta casa la conservaré.

—¿Y te casarás?

—Me casaré.

—Bien sabes, Pablo, que soy amigo tuyo, dijo Marsay despues de un corto silencio: pues bien, sé buen padre y buen esposo y estarás en ridiculo toda tu vida. Si pudieras ser feliz, casi casi merecia tu idea alguna consideracion, pero tú nunca serás dichoso. No tienes bastante génio para el matrimonio. Soy justo; eres un caballero perfecto: nadie monta como tú á caballo: nadie como tú te obliga á hacer graciosas corvetas y encabritarse, sin perder el aplomo, pero amigo mio, la muger propia es algo mas difícil de manejar que un caballo. Me figuro ya verte gastando profusamente con la condesa de Manerville, obligado á tu pesar, á caminar á galope con mas frecuencia que al trote, y quizás á perder los estribos... ¡oh! pero de tal manera, que una vez caido te será imposible recobrarte. Oye bien. Tus fincas te producen una renta de mas de cuarenta mil libras. Llévate tus caballos, tus criados, amue-

bla tu palacio de Burdeos, allí serás el rey: allí decretarás lo que nosotros tengamos á bien hacer público en París, serás el corresponsal de nuestra estupidez. Haz mil locuras en provincias, tontea si quieres, lograrás fama acaso, pero... no te cases. ¿Quiénes se casan hoy? Los comerciantes con la mira de acrecentar su caudal ó por tener á alguien que le ayude á tirar del carro, los labradores que desean convertirse en fabricantes, los agentes de cambio ó los notarios obligados á pagar sus respectivos empleos, los reyes, para evitar la estincion de su raza. ¿Pero nosotros? A nosotros no nos comprende la regla; ¿por qué has de querer encadenarte? ¿qué razones te impulsan al matrimonio? debes participarlas á tu mejor amigo. Además, aunque te casases con una heredera tan rica como tú, no es lo mismo una renta de ochenta mil francos para dos, como euarenta mil para uno solo, y la razon es sencilla; aquellos dos pueden muy bien convertirse en tres, cuatro ó mas si tienes hijos. ¿Por ventura estarás enamorado de la tonta raza de los Manerville, que no te causaria quizás mas

que enojos? ¿Ignoras el oficio de padre y madre? El matrimonio, amigo Pablo, es el mas tonto de los sacrificios sociales: y si dá algun fruto, solo nuestros hijos lo aprovechan, desconociendo su precio hasta el dia en que apacientan sus caballos con las flores nacidas sobre nuestras tumbas. ¿Experimentas alguna pena al recordar á tu padre, al que te robó á la juventud? ¿Qué harías tú para hacerte amar por tus hijos? El cuidado de su educacion, de su felicidad, tus severidades necesarias te harian aborrecible á sus ojos. Los hijos aman á un padre pródigo ó débil para despreciarle mas tarde; así es, que solo podrias esperar el odio ó el desprecio. No todo el que quiere es buen padre de familia. Fijate en nuestros amigos, y di, ¿á cuál de ellos querrias por hijo? Los hijos, querido, son mercancías muy difíciles de cuidar: pero yo quiero concederte que los tuyos sean ángeles. ¿Has sondeado ya el abismo que separa la vida del hombre casado de la del soltero? Escucha. Soltero, puedes decir, «Mi ridiculo no llegará sino hasta donde yo permita, nadie pensará de mí sino lo que yo quiera.

Casado, caerás en lo infinito del ridículo. Soltero, te tomas la libertad que quieres. Casado, tomas la que te dan. Casado, te vuelves astuto, calculador, hablas de moral pública y religiosa, y hallas inmoral y peligrosa á la juventud; en fin, te conviertes en un académico social. Me das compasion. El viejo soltero cuya herencia es esperada con ánsia y que brega al exhalar su último suspiro con la despiadada enfermera, á quien en vano pide un vaso de agua, es dichoso si se le compara con un hombre casado. Y eso que no menciono las importunidades, ódios, enojos, tiranía, hastío que respiran siempre las disputas entre dos seres á quienes une indisoluble lazo, anudado por ellos para su mútua felicidad: no, esto sería recitar la sátira tan sabida de Boileau. Te permitiría la idea del matrimonio si me prometieses casarte á lo gran señor, instituir un mayorazgo con la fortuna, aprovechar la luna de miel para tener dos hijos legítimos, y separarte despues buenamente de tu muger sin encontrarte con ella mas que en algun aristocrático salon. Basta para esto una renta de doscientas mil libras, á

la que muy bien puedes aspirar si buscas á una inglesa millonaria y ansiosa de título. ¡Oh! esta vida aristocrática es la verdaderamente francesa, la única grande, la que hace á un hombre digno de respeto: la amistad de una muger nos haria preciosos para la actual sociedad, es el único motivo, en fin, que debe impulsar al hombre á dejar la vida de soltero. Si esto hicieras, serias el modelo de tu época, y te elevarias á una altura que no podrias menos de aspirar á ser ministro ó embajador. Los tiros del ridículo no te alcanzarian y habrias conquistado las ventajas sociales del matrimonio sin haber perdido los privilegios del soltero.

—Pero, amigo mio, yo no soy el marqués de Marsay, sino sencillamente como hace poco lo has dicho, Pablo de Manerville, buen padre y buen esposo, diputado del centro y quizás par de Francia, destinos ambos algo medianos: pero soy modesto y me resigno.

—Pero ¿se resignará tu mujer? dijo el implacable Marsay.

—Mi muger hará lo que yo le mande.

—¡Ah pobre amigo mio! eso crees? Adios Pablo. Desde hoy te rehusó mi amistad. Una palabra aun, porque no quiero ceder tan friamente á tu empeño. Un soltero, aunque no tuviese mas que seis mil francos de renta, aunque no le quedase mas que su reputacion de elegante y el recuerdo de sus triunfos... este soltero, esta sombra fantástica tendria aun un inmenso valor intrínseco, la vida aun seria para él de color rosado, podria aspirar á todo. Pero el matrimonio, Pablo, es el *non plus ultra* social. Casado, te será imposible avanzar un paso á no ser que tu esposa se digne ocuparse de tí.

—Pero, dijo Pablo, ¿por qué ~~ha de~~ concurrir en mí todo ese escepticismo? Estoy cansado de vivir para los demás, de poseer caballos tan solo para enseñarlos y hacer alardes de lujo por el *qué dirán*. Me fastidia el tener que arruinarme tan solo para evitar que los tontos digan «Pablo no cambia de carruaje, ¿qué hace de su fortuna? Se la come. ¿Juega á la Bolsa? No, es millonario. Mad. de X. está loca por él. Encargó á Inglaterra un tronco que de seguro es

el mas soberbio de Paris. Se han admirado en Longchamps las magnificas carretelas de cuatro caballos de Mrs. de Marsay y de Manerville. En fin, mil tonterias, pasto sabroso de las conversaciones de una gran masa de imbéciles. Además, tambien empiezo á conocer que esta vida nos gasta y envejece. Créeme, querido Enrique, admiro tu lógica, pero no la envidio: tú lo juzgas todo, obras y piensas como un hombre de Estado, vas mas allá de las leyes generales, de las ideas modernas, de las preocupaciones admitidas, de las conveniencias adoptadas, en fin, percibes los beneficios de una situacion que no tendria para mí mas que desdichas. Tus deducciones, frias, sistemáticas, reales quizás, no son á los ojos del vulgo sino consecuencia de una espantosa depravacion. Yo pertenezco al vulgo: debo ajustar mi conducta á lo que me prescribe la sociedad en que vivo. Tú, encaramándote á esas cumbres de las ideas humanas, aun encuentras sentimientos, yo me congelaria. La vida del gran número de gentes entre las cuales me incluyo, se compone de emociones cuya necesidad esperimento. Con

frecuencia un hombre de buena estrella coquetea con diez mugeres á la vez sin fiar en ninguna: además, por grande que sea su habilidad, su fuerza, su trato de mundo, sobrevienen crisis en las que se encuentra entre la espada y la pared. Estoy por la vida dulce y tranquila, poetizada constantemente por una muger.

—Lucido matrimonio, exclamó Marsay.

Pablo, sin darse por vencido, continuó:

—Rie cuanto quieras: no por eso dejaré de ser el mas feliz de los hombres cuando mi ayuda de cámara entre en mi cuarto anunciándome: —La señora os espera para almorzar. Cuando al regresar por la noche á casa encuentre un corazón...

—Demasiado hermoso, Pablo. Aun no posees la moralidad necesaria á un marido.

—...Un corazón á quien confiar mis penas y decir mis secretos. Quiero tener la suficiente intimidad con una criatura, para que nuestras afecciones no dependan de un sí ó un nó voluntarioso, de una situación que, por hermoso que sea el hombre, robe ilusiones al amor. En fin, tengo el valor necesario para ser como has

dicho, buen esposo y buen padre. Me siento capaz de los goces de la familia y quiero estar dentro de las condiciones exigidas por la sociedad para tener esposa, hijos...

—Perfectamente. Serás un tonto toda tu vida. Conque te casas para tener una esposa. En otros términos, quieres resolver felizmente y á tu provecho el mas difícil de los problemas que presentan hoy las costumbres de la clase media, creadas por la revolución francesa, empezando con una vida solitaria. ¿Crees que tu esposa será de tu parecer? La repugnará á ella el gran mundo tanto como á tí? Si no quieres ver realizado este programa que acabo de formular, oye un último consejo. Permanece aun soltero durante trece años, diviértete como un condenado: á los cuarenta, á tu primer ataque de gota, cástate con una viuda de edad regular: así podrás ser feliz. Si te casas con una muger joven, morirás hidrófobo.

—¿Por qué eso? exclamó Pablo un poco amostazado.

—Querido, respondió Marsay, la sátira de Boileau contra las mugeres, es una tiramira

de derechos poetizados. ¿Por qué no han de tener defectos las mugeres? Por qué negarlas el mas propio de la humana naturaleza? También en mi opinion, el problema del matrimonio no estriba en el punto que señala el crítico. ¿Crees tú que es lo mismo el matrimonio que el amor, y que basta ser hombre para ser amado? Has acudido á tantas y tantas citas de amor tan solo para gozarte en su recuerdo? La vida de soltero conduce á un error fatal al hombre que no es profundo observador del corazón humano. Consecuencia de la rara extravagancia de nuestras costumbres, en los felices dias de su juventud, el hombre siempre es el que dá la felicidad, siempre el que triunfa de mugeres que no tienen otra voluntad que sus deseos. Los obstáculos creados por las leyes, los sentimientos y defensa natural de la muger, engendran una mutualidad de sensaciones que engaña á las gentes superficiales, pues las igualan con las relaciones del estado de matrimonio, en el que ni los obstáculos existen, ni la muger permite el amor sino que lo sufre, rechazando con frecuencia el placer en

vez de desearlo. Nuestra vida cambia completamente de aspecto entonces. El soltero, libre y nada cuidadoso, siempre es agresor, la derrota no le es temible, pues no tiene consecuencias. En el matrimonio, un tropiezo es irreparable, es el Waterloo de los maridos. Como Napoleon, el hombre casado, á pesar de innumerables victorias, vé derrumbarse su prestigio á la primera desgracia. La perseverancia y la cólera de un amante que tanto lisonjean á la muger, son llamadas en el marido brutalidad. El campo de batalla del hombre casado es invulnerable, todo le está prohibido, mientras que al soltero se le permite todo, y puede escojer un terreno favorable. Además, la lucha es inversa. La muger casada debe, lo que quizás no concede; la querida permite lo que debiera rehusar. Tú, que deseas casarte y que te casarás, ¿has pensado alguna vez en el código civil? Yo nunca he pisado las cátedras de derecho, jamás he hojeado el código, pero veo sus aplicaciones en la humanidad. No es en los libros donde debemos estudiar las enfermedades, sino en los enfermos. El código, pues, querido, pone á la

muger bajo la tutela del hombre, la considera como un menor, como un niño. Ahora, pregunto, ¿cómo se domina á los niños? Con el temor, es el único freno. Dime, pues, Pablo mio, si tú tan confiado, tan buen amigo, tan apacible, serías capaz de convertirte en tirano: tú, de quien hace poco me burlaba, pero que te aprecio aun lo suficiente para confiarte los secretos de mi ciencia. No creas que hablo en broma, todas estas máximas constituyen una ciencia que los alemanes han llamado antropología. ¡Ah! si el placer no constituyese para mí la vida, si no sintiese tan profunda antipatia hácia los que piensan en vez de obrar, si no desprecia á los tontos, bastante imbéciles, para creer en la vida de un libro, escribiría una obra sobre los matrimonios modernos, sobre la influencia del sistema cristiano; colocaría un faro sobre las agudas rocas en que descansan los partidarios del *multiplicamini* social. Pero ¿vale la humanidad lo que un cuarto de hora de mi vida? Y además, ¿no es el único empleo razonable de la tinta el cazar corazones con almibaradas cartas de amor? Nos traerás la condesa de Manerville?

—Quizás, contestó Pablo.

—Quedamos amigos, dijo Marsay.

—¿Si...? balbuceó Pablo.

—Tranquilízate, nos portaremos bien contigo como la Maison Ronge con los ingleses en Fontenoy.

Aunque esta conversacion le conmovió, el conde de Manerville creyó de su deber el plantear sus intentos y volvió á Burdeos en el invierno del año 1821. Los gastos que hizo para restaurar y amueblar su palacio fueron dignos de la reputacion de elegante que le habia precedido. Recomendado de antemano por sus antiguos conocimientos á la sociedad legitimista de Burdeos, y á la cual pertenecia tanto por sus opiniones como por su nombre y fortuna, fué recibido como un príncipe y proclamado el rey de la moda. Su trato, sus maneras y su educacion parisiense encantaron á la aristocracia bordelesa. Una vieja marquesa se sirvió, para caracterizarle, de una frase muy usada en sus buenos tiempos para designar la juventud elegante, de buen tono, cuyas costumbres y lenguaje eran considerados como leyes: dijo

que era *la fleur des pois*. (1) La sociedad liberal recogió la palabra, usándola en són de burla y como apodo ridículo, al paso que los realistas la atendieron sériamente. Sucedióle lo que á los cómicos medianos; el dia en que el público les concede su atencion, llegan casi á ser tenidos como eminencias. Pablo desplegó todas las cualidades que permitian sus defectos: sus chanzas eran de buen tono, sus maneras no revelaban altivez, y las frases que cruzaba con las mugeres ni eran dictadas por el respeto ni inspiradas por la familiaridad; su fatuidad no traspasaba los límites de la decencia, y permitia á los jóvenes una libertad á que sabia poner coto con su esperiencia: aunque gran tirador de pistola, y muy fuerte en esgrima, su dulzura era la de una muger cuando le convenia. De mediana estatura, y regularmente grueso, estos obstáculos tan enemigos de la elegancia no impedian á su exterior el desempeño del papel de prototipo de elegancia bordelesa. Una epidérmis

(1) Algo rara nos parece la frase con que se designaba á los elegantes. Significa *flor de guisante*.

blanca realzada por los colores de la salud, hermosas manos, pié pequeño, ojos azules, sombreados por largas pestañas, cabellos negros, graciosos movimientos, una voz sonora que llegaba al corazon, todo en él armonizaba admirablemente con su apellido. Pablo era una flor delicada, que requiere cuidadoso cultivo; una flor que no podia crecer ni dejarse admirar sino en un terreno húmedo y fértil, á la que un rayo de sol demasiado vivo marchita, y el soplo del cierzo abate. Era uno de esos hombres que buscan la felicidad, incapaces de procurarla; que, como las mugeres, desean ser adivinados, enardecidos, y, en fin, uno de esos hombres en los que, en su amor conyugal, debe mediar la Providencia. Si bien es verdad que un carácter así crea algunas dificultades en la vida íntima, no es menos cierto que el mundo, la sociedad le encuentra lleno de atractivos; por esto, Pablo fué tan apreciado en el pequeño círculo de su provincia; allí su talento, aunque mediano, tuvo mejor éxito que en París. Los gastos que hizo en su palacio y en su castillo de Lanstrac, en donde introdujo el boato y co-

modidad ingleses, absorbieron las rentas que durante seis años habia acumulado su notario. Reducido estrictamente á sus cuarenta mil francos, creyó prudente igualar sus gastos con sus ingresos: y despues que hubo lucido sus trenes, alternado con los jóvenes mas distinguidos de la ciudad y cazado en su compañía en sus tierras de Lanstrac, comprendió Pablo que la vida de provincia era imposible sin el matrimonio. Demasiado jóven aun para ocuparse en cálculos avariciosos ó en especulaciones mercantiles, meta obligado de todos los provincianos cuidadosos del porvenir de sus hijos, muy pronto sintió pérdidas y echó de menos esas distracciones que constituyen la vida en Paris. Pero no fueron bastante para hacerle volver atrás de sus proyectos, ni el cuidado de sus hijos y bienes, ni las desiguales relaciones que le crearia una casa en donde se reunirían las principales familias del pais. Se habia enamorado desde su llegada á Burdeos de la reina de las hermosas de la ciudad, de la célebre Madlle. Evangelista.

A principios del siglo, un rico español lla-

mado Evangelista fué á establecerse á Burdeos en donde tanto sus recomendaciones como su fortuna hicieron que la nobleza le juzgare digno de alternar con ellos. Algo contribuyó tambien su muger, á sostenerle entre aquella aristocracia, que quizás le habia abierto sus salones tan solo por zaherir á la sociedad *bourgeoise*. Además Mad. Evangelista, criolla y acostumbrada á estar servida por esclavos, descendia de los Casa-Real, ilustre familia española: vivia con lujo asiático, ignoraba el valor del dinero, y sus menores caprichos, por costosos que fuesen, se veian al momento satisfechos por un esposo enamorado. Sentíase feliz el español al verla tan dichosa en Burdeos, y tanto por esto, como por sus negocios que le obligaban á permanecer allí compró un palacio, amueblóle y dió pruebas de un gusto en todo, esquisito. En Burdeos, desde 1800 á 1812 no se habló de otra cosa sino de los esposos Evangelista. El marido murió en 1813, y su viuda, muger de unos treinta y dos años, heredó una inmensa fortuna en nombre de su hija, lindísima niña de once años que con el tiempo prometia ser

una perfecta señorita. Los efectos de la restauracion la alcanzaron á pesar de su habilidad y el partido realista se depuró abandonando algunas familias á Burdeos. Nada cambió en su casa á pesar de esto y á pesar de que la faltaba su marido en la direccion de los negocios. Por la época en que Pablo se resolvía á volver á su patria, Mdle. Evangelista era una jóven hermosísima y en apariencias el mas rico partido de Burdeos, pues se ignoraba la progresiva aminoracion de los capitales de su madre que por prolongar su reinado habia dilapidado sumas enormes. El público continuaba creyéndola rica; sus brillantes fiestas y lujosos trenes no dejaban adivinar otra cosa. Natalia, que así se llamaba la jóven, llegó á los diez y nueve años sin que ninguna proposicion de casamiento llegase á oídos de su madre. Acostumbrada á satisfacer los caprichos de su hija, Mdle. Evangelista lucia cachemiras, tenia joyas y vivia en medio de un lujo que deslumbraba á los especuladores, en un país y una época en que los niños calculaban tambien como sus padres. Esta frase fatal—Solo un

príncipe puede tomar por esposa á Mdle. Natalia Evangelista—circulaba de boca en boca en salones y reuniones. Las abuelas con nietas, las madres de familia y las jóvenes, celosas de la elegancia y despótica belleza de Natalia, procuraban pérfidamente sostener aquella opinion, y cuando oian á algun jóven soltero que admirando á Mdle. Evangelista, esclamaba—¡Dios mio, que hermosa es!—Sí, contestaban á su oido, pero muy cara. Si algun recién llegado á Burdeos encontraba encantadora á Natalia y digna de un hombre que desease ser feliz—¿Quién seria bastante atrevido, respondian, para casarse con una jóven que necesita mil francos al mes para su tocador, que tiene caballos, doncellas y gusta encages. ¿Solo el importe de las cuentas de su lavado y plancha de fino, satisfaria á un hombre de regular posicion. Para trages de mañana solo, tiene veneras, cuyo engaste cuesta seis francos.

Estas y otras razones propagadas á manera de elogios apagaban los mas ardientes deseos que pudieran despertarse en un hombre. Reina Natalia de todos los bailes, acosada por la li-

sonja, perseguida por las sonrisas de sus admiradores, solo conocia la vida en su superficie. Vivía como el pájaro que vuela, como la flor que nace, encontrando siempre á su alrededor á alguien dispuesto á satisfacer sus caprichos. Ignoraba el valor de las cosas, no conocia la ciencia de conservar los capitales y aumentar las rentas. Quizás creía que todas las casas tienen sus cocineros, lacayos, coches, doncellas y criados, como los prados sus plantas y sus flores. Eran para ella lo mismo los mendigos, los pobres, los árboles desgajados y los terrenos incultos ó sin vejetacion. Mimada por su madre como su mas risueña esperanza, jamás alteraba la fatiga sus placeres; vivía en el gran mundo como el corcel en el desierto, como el pájaro en el aire.

Seis meses despues de la llegada de Pablo á Burdeos encontráronse en una reunion *la fleur des pois* y la reina de los salones. Al principio se miraron con frialdad, pero recíprocamente se juzgaron encantadores. Interesada Mad. Evangelista en espiar los efectos producidos por aquel encuentro, que ya tenia previsto, adivinó

en los ojos de Pablo los sentimientos que le animaban y se dijo—Será mi yerno.—Pablo, al ver á Natalia, tambien habia exclamado—Será mi esposa.—La opulenta fortuna de los Evangelista era proverbial en Burdeos, y Pablo conservaba aquel recuerdo entre los de su infancia—así es que encontraba la conveniencia pecuniaria sin necesidad de recurrir á esas pesquisas y debates que tanto repugnan á las almas tímidas ú orgullosas. No faltaron algunos que le dijeron que era imposible resistir á los encantos de Natalia, pero que calculase bien su lujo, los inmensos gastos de la jóven, que mirase por su porvenir; Pablo solo contestó con su desdén. Conocido por todos en breve tiempo este modo de apreciar aquellas pullas, pronto desaparecieron de los lábios que tantas veces las habian repetido: Pablo imprimia el mismo carácter á sus ideas que á sus maneras y costumbres. Habia importado el desarrollo de la personalidad británica y sus glaciales límites; habia puesto en moda las chanzas byronianas, el desprecio de los lazos sagrados, la vajilla é ironía inglesas, la depreciacion de los usos y

viejas costumbres de provincia, los cigarros, el charol, los guantes pajizos y el galop. Succedióle á Pablo lo que no habia acontecido hasta entonces; ninguna muger se atrevió á hacerle retraer de sus propósitos. Mad. Evangelista le invitó á sus banquetes: ¿podia faltar Pablo en unas fiestas á las que asistian los jóvenes mas distinguidos de la ciudad? Iba entrando poco á poco en la senda del matrimonio á pesar de la frialdad que afectaba; frialdad que no engañaba ni á la madre ni á la hija Evangelista. Cuando Manerville pasaba montado sobre su brioso caballo, los jóvenes se detenian en su paseo y decian de modo que aquel les podia oír—Hé ahí un hombre feliz: hermoso, rico, y que va á casarse con Mademoiselle Natalia; el mundo solo tiene placeres para él.—Si encontraba en su camino la carretela de Madame Evangelista, era saludado con particular distincion por las dos señoras. La sociedad es cómplice de muchas desdichas; jamás causa bien alguno y por otra parte cuando vé manifestarse el mal que tan cuidadosamente oculta, entonces le rechaza y se

venga en nombre de la ley ó de las costumbres. La aristocracia de Burdeos, creyendo que ascendia á un millon el dote de Natalia, ya la miraba como condesa de Manerville, sin esperar el consentimiento de ambos. Sus fortunas y sus costumbres eran parecidas. Pablo, acostumbrado al lujo y elegancia en que vivia Natalia, habia hecho amueblar para él solo su hotel, con mas esplendidez de la que cualquiera de ellos hubiera lucido con Natalia. Un hombre habituado á los gastos que ocasiona la sociedad de París y á los caprichos de las parisienses, era el único que podia evitar los apuros pecuniarios que necesariamente habia de llevar consigo el matrimonio con una criatura, tan criolla, y tan gran señora ya como su madre. En el punto donde hasta los bordeleses mas enamorados de Natalia se hubieran detenido, avanzaria evitando su ruina el conde de Manerville. El matrimonio, pues, era cosa resuelta. Cuando se trataba esta cuestion ante los mas elevados personajes de la sociedad legitimista siempre oia Pablo aduladoras frases que lisonjeaban su vanidad.

—Todos os hablan aquí de Madlle. Evangelista. Hareis muy bien casándoos con ella, por que ni en París encontraríais tan brillante partido: elegante, bella y graciosa, pertenece á los Casa-Real por su madre. ¡Qué encantadora pareja! Los mismos gustos, el mismo género de vida, el palacio mas hermoso de Burdeos. A vuestra muger con llevar su gorro de dormir, le basta. En estos casos, una morada tan espléndida como la vuestra, vale mas que un dote. Además, suegras como Mad. Evangelista hay pocas. Esa muger con su talento y gracia os servirá de mucho en la vida política á que aspirais. Es capaz de todos los sacrificios por su hija, á quien adora, y Natalia será, ya lo vereis, una muger escelente, porque adora á su madre.

—Todo eso está muy bien, contestaba Pablo, que á pesar de su amor queria conservar libre su albedrío, lo que conviene es que tenga feliz desenlace.

Poco tardó Pablo en visitar á Mad. Evangelista con el fin de entretener sus horas ociosas. Era el único sitio en donde respiraba la atmós-

fera de lujo y grandeza á que estaba acostumbrado. A los cuarenta años Mad Evangelista poseía aun una belleza parecida á la magnífica puesta de sol de un dia sin nubes. Su reputación sin mancha era ensalzada en todas las reuniones; y la curiosidad y estrañeza de las mugeres era tanto mayor cuanto que la viuda poseía el temperamento propio de las españolas, y particularmente de las criollas. Sus cabellos eran como el ébano, sus ojos negrísimo, su pié y cintura andaluces; una cintura de esas que se cimbrean como las palmeras, y cuyos movimientos tienen un nombre particular en España. Su rostro, hermoso aun, seducía por ese tinte criollo indescriptible y cuya encendida blancura solo puede idearse comparándola con la de una muselina arrojada sobre un pedazo de púrpura. Sus redondas formas atraían por esa gracia especial que sabe reunir la dejadez con la vivacidad, la fuerza con la languidez. Dominando seducía, y enamoraba sin prometer. Su estatura alta y airoso porte, le prestaban la magestad de una reina. Como poseía en alto grado el génio de la intriga,

enredábanse los hombres en su conversacion como los pájaros en la liga; sabia conceder, pero armándose de todo lo que se la acordaba para atreverse á pedir una exigencia, retrocedia súbitamente cuando se la pedia el trueque. Ignorante en el fondo, poseia en la apariencia una inmensa instruccion hija de sus viajes y su frecuente trato con las personas mas distinguidas de algunas capitales. Recibia con esa finura y distincion que no se aprende, que constituye una segunda naturaleza en ciertas almas que saben asimilarse á todo lo bello que les rodea. Si su virtud era inesplicable, no por eso dejaba de imprimir cierto aire severo á sus palabras, acciones y carácter. La madre y la hija, además del cariño filial, se profesaban una verdadera amistad; jamás se perpétua intimidad vióse alterada por choque alguno; así es que muchos descifran el enigma de los sacrificios de Mad. Evangelista por su hija, con su amor de madre. Pero quizás no fué Natalia, á pesar de sus consuelos, el único motivo de aquella viudez obstinada. Decíase que Mad. Evangelista se habia enamorado de un hombre á quien

la segunda restauracion habia devuelto sus títulos y la dignidad de par. Este hombre, feliz si se hubiera casado con ella en 1814, habia roto dignamente sus relaciones en 1816. Madame Evangelista, la mejor señora del mundo en la apariencia, poseia una espantosa cualidad de que no puede darse idea sino con la divisa de Catalina de Médicis: *Odiate é aspettate*. (1) Acostumbrada al dominio, á verse obedecida, se parecia á todas las magestades: amable, dulce, perfecta, fácil, se convertia en terrible, implacable cuando se la ofendia en su orgullo de muger, de española y de Casa-Real; no perdonaba jamás. Creía en el poder de su ódio y estaba convencida de que era el sino fatal de sus enemigos: desplegabá este poder sobre el hombre que la habia burlado, y los sucesos acusaban la influencia de su poderío confir-mándola la fé supersticiosa que poseia en sí misma. Aunque ministro y par de Francia, el noble antes mencionado, empobreció poco á poco, y por último se arruinó completamente.

(1) Aborreced y esperad.

Sus bienes, su consideracion política y personal, todo debia perecer. Mad. Evangelista pudo un dia verle á pié en los Campos Eliseos desde su brillante coche, pudo abrumarle con una mirada en que lucia un infinito goce en su triunfo. Esta aventura impidióla un segundo matrimonio por espacio de dos años: mas tarde, su orgullo le habia sugerido siempre comparaciones entre sus pretendientes, y el marido que tan sinceramente habia amado. Así, pues, de errores en cálculos, de esperanzas en decepciones, alcanzó esa edad en que no sienta bien á las mugeres otro oficio que el de madre, en que se sacrifican á sus hijos y no abrigan otras miras que la de ser un prudente gefe de familia, último escalón de las afecciones humanas. Poco costó á Mad. Evangelista el adivinar el carácter de Pablo, pero disimuló el suyo. Pablo era el hombre que se habia forjado para yerno, un editor responsable de su futuro poder. Pertenecia por su madre á los Malincourt, y la vieja baronesa de este nombre, amiga del vidame (1)

(1) Título honorífico francés.

de Palmiers, vivia en el centro del arrabal de San German. La viuda, que no habia conocido mas que á intervalos el París del imperio, queria brillar en el París de la restauracion. Pablo debia ser un excelente introductor de los Evangelista en el mundo parisien. Solo allí veia los elementos de una fortuna política, la única en que las mugeres de mundo pueden decentemente cooperar. Obligada Mad. Evangelista á vivir en Burdeos por los negocios de su esposo, se habia cansado: tenia allí casa y nadie ignora cuantos obstáculos y obligaciones crea esta razon, pero ya habia apurado todos los placeres que le habia brindado la ciudad, y deseaba con toda su alma abandonarla. Deseaba mayor campo á sus intrigas, así como los jugadores para arriesgar su dinero buscan siempre las partidas mas fuertes. Por puro egoismo soñó para Pablo un elevado destino; propúsose emplear en favor de su futuro yerno todos los recursos de su talento y de su tacto, pero con la esperanza de apurar, cubierta con aquel escudo, todos los goces del poder. Muchos hombres existen que sirven de biombo, por

29707

decirlo así, á infinitas ambiciones femeninas desconocidas. No era este tan solo el único móvil que impulsaba á Mad. Evangelista á apoderarse del marido de su hija, así es que Pablo se vió prisionero de aquella muger que le cautivó con tanta mayor facilidad cuanto que no aparentaba querer ejercer el menor imperio sobre él. Usó de este ascendiente para elevarse, para elevar á su hija, para poner precio á todo lo de su casa, á fin de dominar de antemano al hombre en quien veía el medio de poder continuar su aristocrática vida. Pablo creyóse superior desde que fué apreciado por la madre y por la hija. Creyóse mucho mas espiritual de lo que habia sido al ver sus pensamientos y frases pagadas por Madlle. Natalia, con una graciosa sonrisa ó una dulce mirada, con una adulatora palabra por su madre, en quien la lisonja parecia siempre involuntaria. Desplegaron estas dos mugeres tanta maestría, estuvo él tan seguro de que las procuraba un placer, le subyugaron tan completamente lisonjeando su amor propio, que al poco tiempo no

faltó ni un solo dia, ni una sola hora en el hotel Evangelista.

Un año despues de su instalacion en Burdeos, mostróse tan atento Pablo hácia Natalia, que todo el mundo creyó que le hacia la corte. Ni la madre ni la hija aparentaban pensar en el matrimonio. Madlle. Natalia guardaba para con él la reserva de la gran dama que sabe mostrarse encantadora y agradable, sin dejar avanzar un paso en el terreno intimo. Aquel silencio, tan poco habitual en todos los provincianos, agradó sobremanera á Pablo. Los tímidos son por lo general recelosos; una proposicion brusca les arredra: rechazan la felicidad si se les presenta de un modo estrepitoso, y se entregan con frecuencia á la desgracia si va á buscarles modestamente. Así, pues, Pablo se comprometió él mismo al ver que Mad. Evangelista no hacia ningun esfuerzo para ello. La española le sedujo al decirle cierta noche, que hay, en las mugeres de génio superior como en los hombres, una época en que la ambicion ocupa el lugar de los primeros sentimientos de la vida.

—Esta muger es capaz, pensaba Pablo al salir, de hacer que me den una embajada antes de ser diputado.

El hombre es un ser incompleto y se espone á mas de un peligro, si en todos los casos y circunstancias no procura examinar bien las cosas bajo sus diferentes faces. En aquel momento Pablo era optimista; en todo veía ventajas y no creía que una suegra ambiciosa pudiera convertirse en tirano. Todas las noches, al despedirse, forjaba mil ilusiones, se creía ya casado, y se calzaba él mismo suavemente la zapatilla del matrimonio. Había gozado demasiado tiempo de su libertad para experimentar alguna pena al perderla; la vida de soltero no tenía ya encantos para él, solo le presentaba inconvenientes, mientras que en el matrimonio adivinaba infinitos placeres desconocidos.—El matrimonio, se decía, solo puede desagradar á los pobres, la mitad de sus inconvenientes no existen para los ricos. De día en día descubría mas ventajas en el hombre casado.—Por alta posición que ocupe, Natalia siempre estará á mi altura, lo que no deja de ser un gran mé-

rito. ¡A cuantos hombres del imperio he visto yo sufrir horriblemente á causa de sus esposas! ¿No es una de las primeras condiciones para ser feliz, el no sentir jamás rebajado nuestro orgullo por la compañera que escojemos? Nunca puede considerarse un hombre desgraciado poseyendo una muger bien educada, que no le ponga en ridiculo y que le sepa ser útil. Natalia recibirá á las mil maravillas.—Entonces procuraba recordar las mas distinguidas señoras del arrabal de San German, para convencerse de que Natalia podía, si no eclipsarlas, ser considerada como igual suya en su trato con ellas. La balanza siempre caía del lado de Natalia; los términos de comparación, imaginados por Pablo, se plegaban naturalmente á sus deseos. París le hubiera ofrecido cada dia jóvenes de diverso carácter, de belleza diferente, y la multiplicidad de impresiones habria dejado su razon en equilibrio, pero en Burdeos Natalia no tenía rivales, era flor única, que dejaba admirar todos sus encantos en unos momentos en que Pablo se hallaba tiranizado por una idea á la que sucumben la mayor

parte de los hombres. Estas razones de yuxtaposición, unidas á las del amor propio y á una pasión real que para ser satisfecha no podía tener otro desenlace que el matrimonio, hicieron germinar, crecer y desarrollarse en Pablo un amor insensato que no se atrevió á confesárselo él mismo, y que solo consideró, y así lo hizo creer, como deseos de casamiento. Procuró juzgar imparcialmente á Madlle. Evangelista como hombre que no quiere comprometer su porvenir; resonaban aun en su oído las terribles palabras de su amigo Marsay, pero como sucede siempre, las personas habituadas al lujo poseen una aparente sencillez que engaña; le desdennan sirviéndose de él, y si no el oficio, es el instrumento de su existencia. Pablo no imaginó, al parecerle tan conformes con las suyas las costumbres de aquellas señoras, que la ruina pudiese esconderse entre aquel lujo. Por otra parte, si existen algunas reglas para atenuar las zozobras del matrimonio, no se conocen ningunas que las adivinen ó prevengan. Cuando el infortunio se levanta entre dos seres cuyo intento era la mútua felicidad, es

originado, y no tiene otra causa por el contacto producido por una larga intimidad que no existe de ningun modo entre dos futuros esposos, y que no podrá existir mientras no sufran en Francia las leyes y costumbres una trasformación. Todo es hipocresía entre dos jóvenes prometidos, pero inocente, involuntaria; cada cual procura presentarse bajo una faz agradable; los dos luchan para ver cuál de ellos superará al otro, y forman entonces juicios que mas tarde no pueden esplicarse. La vida verdadera, como la atmósfera, aparece con mas frecuencia entoldada y cubierta de nubes que pura, azul é iluminada por los rayos del sol. Los jóvenes no ven mas que los días serenos; mas tarde, atribuyen al matrimonio unos infortunios propios tan solo de la vida, porque existe en el hombre cierta predisposición que le hace ver siempre la causa de sus miserias en las cosas y personas que le rodean.

Para descubrir en la actitud ó en la fisonomía, en las palabras ó en los gestos de mademoiselle Evangelista, los indicios que hubiesen revelado el número de imperfecciones que ocul-

taba su carácter, como el de toda humana criatura, Pablo hubiera debido poseer no solo las ciencias de Lavater y de Gall, sino otra ciencia particular sobre la cual no se ha escrito ningun tratado, que es individual del observador y que exige conocimientos casi universales. Como el de todas las jóvenes, el rostro de Natalia era impenetrable. La profunda y serena paz que saben imprimir los escultores en las frentes de las vírgenes destinadas á representar la Justicia, la Inocencia y todas las divinidades á quienes no alcanzan las terrenales agitaciones, esta calma constituye el mas precioso encanto de una jóven, es el signo de su pureza; nada la ha conmovido aun; ninguna ilusion perdida, ningun aleve interés á anublado con sombríos pensamientos aquella plácida fisonomía. Continuamente al lado de su madre, Natalia, como toda muger española, no habia recibido otra instruccion que la puramente religiosa, aparte de otras lecciones á propósito para el papel que habia de representar un dia en la sociedad. La calma de su fisonomía era, pues, natural, constituyéndola un velo bajo el cual estaba encer-

rada la muger como la mariposa en su larva. Sin embargo, un hombre acostumbrado á manejar el escalpelo del análisis, hubiera sorprendido en Natalia alguna revelacion de las dificultades que su carácter debia presentar cuando tendiese libremente su vuelo en la atmósfera conyugal ó social. Su belleza, verdaderamente maravillosa, consistia en una admirable regularidad de facciones armónicamente proporcionadas con la cabeza y el cuerpo. Esta perfeccion es de muy mal augurio para el talento y se encuentran raras escepciones. Toda naturaleza superior tiene en la forma ligeras imperfecciones, que se convierten en irresistibles atractivos; puntos luminosos, en donde brillan opuestos sentimientos, en donde detenemos nuestras miradas. Una armonía perfecta anuncia la frialdad de las organizaciones mixtas. El redondo talie de Natalia era un signo infalible de fuerza, pero tambien un inequivoco indicio de una voluntad, que con frecuencia se convierte en obstinacion en las personas de talento oscuro y limitado. Sus manos estatuarias confirmaban las predicciones de su

rostro y talle, dejando adivinar un espíritu de dominio, ilógico, el querer *porque sí*. La envidia en los seres superiores engendra la emulación, es capaz de grandes hechos; en los espíritus mezquinos, se convierte en odio. Poseía sin fingimiento el *odiate ó aspettate* de su madre. Sus ojos negros en la apariencia, pero en realidad de un color pardo anaranjado, contrastaban con sus cabellos cuyo rubio leonado se llama en Inglaterra *auburn* (1) y que vemos casi siempre en los niños habidos de dos personas de cabello negro. La blancura y suavidad del cutis de Natalia prestaban á este contraste de color entre sus cabellos y sus ojos atractivos indescriptibles, pero de una finura puramente exterior. Siempre que las líneas del rostro carecen de suave redondez, por acabados que sean los detalles, por gracia que posean, debemos mirar con prevención el alma. Las rosas de esa juventud liviana se marchitan, se deshojan, y á los pocos años nos sorprende el ver tan sola la dureza y sequedad donde admirábamos antes

(1) Moreno.

la elegancia y la nobleza. Aunque el contorno del rostro de Natalia tenía algo de augusto, su barba estaba ligeramente empastada, frase de pintor que podrá servir para explicar la pre-existencia de sentimientos, cuya violencia no debía declararse sino en la época media de su vida. Su boca, un poco hundida, tenía una expresión arrogante de orgullo en armonía con su mano, su barba, sus cejas y su hermoso talle. En fin, como último diagnóstico que hubiera bastado para determinar el juicio de un hombre práctico, la purísima voz de Natalia, aquella voz tan seductora vibraba como un sonido metálico. Todo en ella inducía á suponer pasiones sin ternura, una voluntad brusca, odios irreconciliables, talento sin inteligencia, deseo de dominio, natural en las personas que se sienten inferiores á sus aspiraciones. Estos defectos, hijos de su temperamento y su constitución, compensados acaso por las buenas cualidades de una generosa sangre, los encerraba Natalia como el cuarzo aurífero el precioso metal, solo debían manifestarse sometiéndola á un duro tratamiento ó por los diferentes choques

á que la sociedad nos obliga. En aquellos momentos, la gracia y frescura de la juventud, la distincion de sus maneras, su santa ignorancia, su donaire y gentileza, prestaban á la fisonomía de la jóven cierto delicado tinte que engaña necesariamente á los seres superficiales. Además su madre no se habia descuidado en hacerla adquirir esa cháchara agradable, hábil remedio de la superioridad, que objeta con galantería y seduce por una graciosa volubilidad, bajo la cual oculta la muger su falta de instruccion, del mismo modo que encubre la naturaleza los terrenos ingratos con un lujo de efímeras plantas. En suma, Natalia poseía el encanto peculiar á los niños mimados que ignoran lo que es sufrir; no se revestía de ese aire tan solemne que imponen las madres á sus hijas trazándolas un programa de maneras y lenguaje ridículos en la época del matrimonio. Alegre y franca, de todo punto ignorante de los deberes del matrimonio, solo veía en él placeres, no adivinaba ninguna espina, y esperaba adquirir por su medio el derecho de hacer siempre su voluntad. ¿Eralo posible á Pablo que amaba, como se ama

cuando el deseo aumenta nuestra pasion, reconocer en una jóven cuya belleza aturdió, cuya apariencia habria engañado á mas de un observador, á la muger tal como debia aparecer á los treinta años? Si bien era difícil la felicidad en el matrimonio con nuestra jóven, no era del todo imposible. A través de los defectos siempre germinan algunas bellas cualidades, y bien desarrolladas estas por un maestro hábil, ahogarian, no hay duda, todos sus defectos, tanto mas fácilmente, cuanto más el amor cooperase á la destreza. Pero era necesario para lograr esto, el puño de hierro que Marsay aconsejaba á Pablo: el *dandy* parisien tenia razon. El temor inspirado por el amor era un instrumento infalible para manejar el espíritu de una muger. El que ama, teme; y el que teme, está mas propenso á la afeccion que al ódio. ¿Poseía Pablo la sangre fria, el criterio, la firmeza que exigía una lucha que el marido no debe dejar sospechar tan solo á su muger? Además ¿amaba á Pablo Natalia? Como la mayor parte de las jóvenes, Natalia juzgaba amor, lo que solo era la manifestacion del instinto, el placer que le

causaba el físico de Pablo. Para ella, el conde de Manerville, el aprendiz de diplomático que había recorrido varias capitales, el joven elegante de París, no podía ser un hombre ordinario, sin fuerza moral, tímido y atrevido á la vez, enérgico quizás en la adversidad, pero sin defensa contra los inconvenientes que destruyen la dicha. ¿Tendría ella bastante tacto para descubrir mas tarde entre las bellas cualidades de Pablo sus ligeros defectos? No aumentaría estos y olvidaría aquellas, como acostumbran las jóvenes ignorantes de la ciencia de la vida? Hay una edad en que la muger perdona sus vicios á quien la evita algunas contrariedades, en que se figura ver desgracias en las contrariedades mismas. ¿Cuál sería la fuerza conciliadora capaz de sostener unido este matrimonio? Cuál la experiencia que guiase sus pasos. ¿No juzgarían su muger y Pablo amor, el encantador gracejo de una joven, novicia en la vida conyugal, las galantes frases del marido á la esposa, á su regreso de un baile? En esta situación ¿no se sometería Pablo á la tiranía de su muger, en vez de cimentar sólidamente su dominio?

Sabría Pablo decir: *no quiero?* ¿Si había peligros para un hombre de espíritu firme, cuántos no habría para un hombre de carácter débil y apocado!

No es el objeto de esta novela explicar la transición de la vida del soltero, á la del hombre casado, pintura que hábilmente presentada, no dejaría de ofrecer el atractivo que presta el huracán interior de nuestros sentimientos á los actos mas vulgares de la vida. Los sucesos y las ideas de que resultó el matrimonio de Pablo con Natalia sirven de introducción á esta obra, cuyo único objeto es describir la gran comedia que precede á toda vida conyugal. Estas escenas han sido hasta ahora despreciadas por los autores dramáticos, aunque muy bien pudiera ofrecer nuevos é infinitos recursos á su pluma. Esta escena que se enseñoreó del porvenir de Pablo, y que Mad. Evangelista veía con terror acercarse, es la discusión á que dan lugar los contratos de matrimonio en todas las familias, ya sean nobles, ya de la clase media, porque las pasiones humanas tan vigorosamente se ven agitadas por los grandes

como por los pequeños intereses. Estas comedias, representadas ante un notario, se parecen todas mas ó menos á esta cuyo interés no es en estas páginas donde debiera buscarse, sino en los recuerdos de innumerables seres unidos por el sagrado lazo del matrimonio.

A principios del invierno de 1822, Pablo de Manerville pidió la mano de Mdle. Evangelista por conducto de su tia la baronesa de Malincourt. Aunque la baronesa jamás pasaba mas de dos meses en Medoc prolongó su estancia aquel año hasta fines de Octubre, á fin de ayudar en lo posible á su sobrino y desempeñar á su lado el lugar de una madre. Despues de su primera entrevista con Mad. Evangelista, la tia, señora de mucha experiencia, comunicó á Pablo el resultado de su cometido.

—Hijo mio, le dijo, negocio hecho. Al hablar de intereses, he sabido que Mad. Evangelista nada cede de sus bienes á Natalia. La hija se casa solo con sus derechos. Cásate, amigo mio. Los que tienen nombre y posesiones que transmitir y familia que conservar, tarde ó temprano deben uncirse al santo yugo. Plegue á

Dios que mi hijo Augusto siga la misma senda. Apenas os hago falta; solo puedo daros mi bendicion, y las mugeres tan viejas como yo nada tienen que hacer en una boda. Asi, pues, mañana saldré para Paris. Cuando presentes á tu muger en el gran mundo, la veré en mi casa mas cómodamente que aquí. Si no poseyeseis un hotel en Paris, de muy buena gana os hubiera cedido el segundo piso de mi casa.

—Mil gracias, querida tia. Pero ¿qué me habeis querido decir con lo de que su madre nada cede á su hija de sus bienes y que Natalia solo se casa con sus derechos?

—He querido decir, hijo mio, que la madre se aprovecha de la hermosura de su hija para imponer condiciones y no cederos sino tan solo la fortuna del padre. Nosotros los viejos tenemos en mucho la pregunta—¿Cuánto posee él? ¿Qué aporta ella?—Te recomiendo que prevengas á tu notario. El contrato, hijo mio, es el mas santo de los deberes. Si tu padre y tu madre no hubiesen sido prudentes, no serias tan rico como lo eres. Las consecuencias mas comunes del matrimonio son los hijos, piénsalo

bien. Procura ver á maese Mathías, nuestro antiguo notario.

Mad. de Malincourt partió dejando sumido á Pablo en estrañas perplejidades. Conque ¡tan astuta era su suegra! Era menester debatir sus intereses en el contrato y defenderlas; ¿quién habia de atacarlos? Siguiendo el consejo de su tia, confió á maese Mathías el cuidado de entender su contrato. Pero aquellos presentidos debates le preocuparon, así es que cuando fué á ver á Mad. Evangelista para anunciarla sus intentos, entró presa de una viva emocion. Temblaba como todos los séres tímidos, de que pudieran traslucirse las sospechas que su tia le habia sugerido y que conceptuaba como insultantes; y solo abordó la cuestion despues de muchos rodeos y ampulosas frases, táctica natural en todos aquellos que no se atreven á mirar frente á frente un obstáculo.

—Señora, le dijo aprovechando un momento en que Natalia se ausentó, bien sabeis lo que es un notario de familia, el mio es un buen viejo, á quien disgustaria sobremuera no estar encargado de mi contrato de....

—¡Cómo, amigo mio! esclamó interrumpiéndole Mad. Evangelista, ¿no se han estendido siempre los contratos con la intervencion de los notarios de las dos familias?

Todo el tiempo que habia necesitado Pablo para atreverse á entablar esta cuestion, habíale empleado Mad. Evangelista en preguntarse: ¿En que piensa? Las mugeres poseen en alto grado la ciencia de adivinar nuestros mas íntimos pensamientos por su reflejo en el rostro, así es que sospechó las observaciones de la tia en la mirada tímida y conmovida voz de Pablo.

—En fin, murmuró para sí, el dia fatal ha llegado, la crisis empieza, ¿cual será el resultado?—Mi notario es Mr. Solonet, dijo despues en voz alta, el vuestro Mr. Mathias; mañana les invitaré á comer y aquí deslindarán el negocio: ¿no estriba su mérito y su obligacion en conciliar nuestros intereses, sin que nosotros nos entrometamos en el asunto?

—Teneis razon, contestó él, dejando asomar á sus lábios una imperceptible sonrisa.

Por un estraño fenómeno, Pablo, inocente de

toda culpa, temblaba; y Mad. Evangelista aparecía tranquila cuando experimentaba una ansiedad horrible. La viuda debía á su hija la tercera parte de la fortuna que dejó al morir Mr. Evangelista, un millon doscientos mil francos y veía imposible satisfacer su deuda, aun cediendo todos sus bienes. Iba, pues, á verse á merced de su yerno. Fácilmente hubiera podido dominar á Pablo aislado, pero advertido este por su notario ¿transigiría con la rendición de cuentas de su tutela? Si esquivaba el combate, nadie en Burdeos ignoraría la causa, y el matrimonio de Natalia sería imposible. Aquella madre, que ansiaba la felicidad de su hija, que desde la cuna había vivido tan aristocráticamente, pensó que era preciso convertirse en mezquina y avara. Como los grandes capitanes que de buen grado querían borrar de su vida sus instantes cobardes, aun á costa de algun sacrificio, ella hubiera deseado hacer desaparecer aquel tan inmediato día, del tranquilo curso del tiempo. Algunos de sus cabellos encanecieron aquella noche, víspera de tan temido día, cuando frente á frente con los hechos, se

echaba en cara su descuido al verse en tan apuradas alternativas. Era preciso confiar á su notario unos apuros que jamás había querido confesarse á sí misma, pues siempre había caminado hácia el abismo confiada en una de esas casualidades que jamás ocurren. Germinó en su alma un sentimiento contra Pablo que no era odio ni aversión, pero ¿dejaba de ser él la parte contraria en aquel secreto proceso? No se convertía sin pretenderlo en un inocente enemigo á quien era indispensable vencer? Ha existido jamás álguien, verdadero amigo de su víctima? Forzada á engañar, la española resolvió, como todas las mugeres, desplegar su superioridad en aquel combate, cuya vergüenza no podía perdonarse sino con una completa victoria. En la calma de la noche, disculpóse con una larga serie de razonamientos que su orgullo dominó. ¿No había tenido parte Natalia en sus dispendios? Había habido tan solo un motivo ruin y mezquino en su conducta que pudiera ruborizarla? Si ella no sabía contar, acaso era un crimen? No sería un hombre demasiado feliz con la posesion de Natalia? El

tesoro que ella habia conservado no valia lo que un inmenso dote? No compran muchos hombres una muger amada con mil sacrificios? Por qué se habia de valorar en menos una esposa legítima que una cortesana? Por otra parte Pablo era un hombre nulo, incapaz: ella le prestaria los recursos de su talento y daria fácil acceso á su ambicion; sería su acreedor en gerarquía, y acaso no sería esta bastante satisfaccion de su deuda? Seria un imbécil si vacilase. ¿Vacilar por algunos escudos mas ó menos?..... Seria una infamia.

—Si no se decide la victoria en mi favor, se dijo, abandonaré Burdeos, y siempre podré constituir un buen dote á Natalia, capitalizando lo que me resta, palacio, diamantes, mobiliario: solo me reservaré una pensión.

Cuando un carácter enérgico se procura una retirada, como Richelieu en Bronage, y vé en lontananza un porvenir grandioso, cuenta con un poderoso punto de apoyo y es casi infalible su triunfo. El desenlace, en caso de ser derrotada, tranquilizó á Mad. Evangelista, y se durmió llena de confianza además, en el notario

que la apadrinaba en aquel duelo. Tenia en mucho el concurso del astuto Mr. Solonet, jóven de veintisiete años, condecorado con la Legion de honor por haber contribuido muy activamente á la segunda restauracion. Orgullosa y feliz por ser recibido en casa de Mad. Evangelista, menos como notario que como afiliado al partido legitimista de Burdeos, Solonet habia concebido por aquel magnífico crepúsculo de belleza una de esas pasiones, que si bien las rechazan mugeres como Mad. Evangelista, las lisonjean en alto grado y hasta las mas prudentes las dejan á flor de agua. El dia siguiente, pues, se presentó el notario con la solicitud de un esclavo, siendo recibido en su gabinete por la coqueta viuda, que se mostró á sus ojos con el descuido de un estudiado *deshabillé*.

—¿Puedo contar, le dijo, con vuestra discrecion y obediencia en la discusion que tendrá lugar esta noche? Ya habreis adivinado que se trata del contrato de matrimonio de mi hija.

El notario contestó con mil galanterías y juramentos.

—Al grano, dijo ella.

—Ya escucho, contestó Solonet.

Mad. Evangelista le espuso con claridad su situación.

—Eso es nada, mi bella señora, respondió maese Solonet revistiéndose de un aspecto presuntuoso cuando la viuda le dió cifras exactas. ¿Cuál ha sido vuestra conducta con Mr. de Manerville? En casos como el presente, la cuestión moral se sobrepone al derecho y al dinero.

Mad. Evangelista se envolvió con su superioridad. El joven notario supo con vivo placer que hasta aquel día, su cliente había conservado en sus relaciones con Pablo la mas alta dignidad: que bien fuese afectado orgullo ó cálculo involuntario, había obrado constantemente como si el conde de Manerville fuese inferior á ella: había procedido de modo que quizá el conde considerase como un honor su casamiento con Madlle. Evangelista: no podia sospecharse de que ella y su hija habían abrigado miras interesadas; sus sentimientos aparecían limpios de toda ruindad, á la menor dificultad pecuniaria presentada por Pablo, tenían ellas el derecho de retirarse á una in-

mensa distancia; en fin, ejercía sobre su futuro yerno un poderoso ascendiente.

—¿Y cuáles son, dijo Solonet, las últimas concesiones que quereis hacer?

—Las menos posible, contestó ella riendo.

—Respuesta de muger. ¿Quereis de veras casar á Mdlle. Natalia?

—Sí.

—¿Y quereis finiquito de un millon ciento cincuenta y seis mil francos, de los cuales apareceis deudora, segun vuestras cuentas de Tutela?

—Sí.

—¿Qué quereis conservar?

—Treinta mil francos de renta.

—¿A todo trance?

—Sí.

—Pues bien: voy á pensar en los medios para conseguirlo, porque necesitamos mucha astucia y no distraer nuestras fuerzas. Os daré algunas instrucciones cuando vuelva, ejecutadlas puntualmente, y desde luego puedo predeciros un éxito completo. ¿Ama el conde Pablo á Madlle. Natalia? preguntó levantándose.

—La adora.

—No es bastante. ¿La desea lo suficiente para poder apreciar con indiferencia algunas dificultades pecuniarias?

—Sí.

—Hé ahí lo que yo considero como un haber, en las cualidades de una jóven, exclamó el notario. Haced que parezca esta noche mas hermosa que nunca.

—Estará encantadora.

—A mi parecer el traje de vuestra hija esta noche, representa la mitad de las donaciones.

Parecióle á Mad. Evangelista que encerraba tanta verdad este último argumento, que quiso presenciar la *toilette* de Natalia, tanto para cuidar de que fuese lo mas brillante posible como por convertirla en inocente cómplice de su conspiracion financiera. Juzgó tan bella á su hija con su peinado á la Sevigné y su vestido de tul blanco adornado de rosas, que presintió la victoria. Cuando despidieron á la doncella y estuvo segura Mad. Evangelista de que nadie podia oirlas, arregló algunos bucles del peinado de su hija á guisa de exordio.

—Hija mia, ¿amas sinceramente á Mr. de Manerville?

Lanzáronse una mirada madre é hija.

—¿Por qué me haceis esa pregunta hoy y no ayer, madre mia? por qué habeis permitido que le vea?

—Y si fuera preciso separarnos para siempre ¿persistirias en este matrimonio?

—Renunciaria á él, y no moriria del disgusto.

—Tú no amas, hija mia, dijo la madre, besándola en la frente.

—¿Pero á qué vienen esas preguntas, mamá?

—Deseaba saber si este matrimonio te atraia sin estar loca por el marido.

—Le amo.

—Haces bien, es conde, y entre las dos le convertiremos en par de Francia; pero encontraremos algunas dificultades.

—¿Dificultades entre dos seres que se aman? No. La *Fleur des pois* ha arraigado aquí demasiado sus raices, dijo llevando una mano al corazon, para presentar el mas pequeño obstáculo. Estoy segura de ello.

—¿Pero y si no fuese como dices?

—Le olvidaria, contestó Natalia.

—Bien. Eres una Casa-Real. ¿Pero aunque amándote como un loco, si sobreviniese alguna cuestion, en la que sin duda seria él extraño, pero que fuera necesario que pasase por cima de ella por tu bien y el mio, Natalia, entiendes? Si sin faltar á la educacion y la decencia fuese preciso un poco de coqueteria para decidirle? Un gesto, vamos, una palabra? Los hombres se doblegan mejor á una mirada que á los razonamientos, hija mia.

—Comprendo. Un pequeño latigazo para que Favorito salte la valla, contestó Natalia.

—Angel mio, no te pido que seduzcas: no debemos pasar de los límites que nos impone el honor. El conde Pablo conocerá mi situacion.

—¿Qué situacion?

—Nada comprenderias, aunque te lo dijese. Pues bien; si despues de haberte visto en todo el apogeo de tu gloria revelase su mirada alguna vacilacion, romperé por todo, liquidaré mi fortuna, dejaré á Burdeos y nos iremos á Douai á casa de los Cláes, parientes nuestros por su alianza con los Yemninck. Despues te

casaré con un par de Francia, aunque fuera preciso refugiarme en un convento, á fin de cederte todos mis bienes.

—¿Madre mia, qué es necesario hacer para impedir tales desgracias? dijo Natalia.

—Jamás te he visto tan hermosa: se un poco coqueta y todo irá bien.

Mad Evangelista dejó á Natalia pensativa y fué á arreglarse para no desmerecer al lado de su hija. Si Natalia habia de embriagar á Pablo, ¿no debia ella hacer lo posible por inflamar á Solonet, su campeon? Madre é hija se hallaban ya preparadas, cuando Pablo se presentó, llevando el *bouquet* que diariamente, hacia algunos meses, regalaba á Natalia. Los tres se pusieron á hablar de cosas indiferentes hasta la llegada de los notarios.

Aquel día sostuvo Pablo la primera escaramuza de la larga y fatigosa guerra llamada matrimonio. Ante todo es preciso ordenar las fuerzas de cada parte, elegir las posiciones de los cuerpos beligerantes y terreno donde ejecutar sus maniobras. Para sostener una lucha cuya importancia no comprendia del todo

Pablo no contaba otro defensor que el viejo Mathías. Uno y otro iban á ser sorprendidos sin defensa, por un suceso inesperado; sitiados por un enemigo cuyo plan estaba hecho, y obligados á adoptar una resolución sin concederles tiempo siquiera para reflexionar. ¿Cómo creer en la perfidia donde todo parecía fácil y natural? Qué podría Mathías solo contra madama Evangelista, su hija y Solonet, sobre todo cuando su enamorado cliente se pasase al enemigo al ver su felicidad amenazada por los obstáculos? Pablo ya se condenaba á sí mismo con sus amantes frases, vulgares en cualquiera otra situación, pero que tenían en aquel momento un inmenso valor á los ojos de Mad. Evangelista.

Estos *condottieri* del matrimonio que iban á batirse por sus respectivos clientes, y cuyas fuerzas personales llegaban á ser tan decisivas en aquel solemne combate, los dos notarios representaban las rancias y las modernas costumbres, el notariado de la vejez y el de la juventud.

Maese Mathías era un honrado viejo de sesenta y nueve años que se vanagloriaba de sus

veinte de práctica. Sus enormes y gotosos pies estaban calzados con zapatos con hebilla de plata, y eran ridículo término de unas pantorrillas tan delgadas, que mas bien que piernas parecían cuando las cruzaba los dos huesos que se pintan encima de los *aquí yace*. Sus muslos perdíanse en unos anchos calzones negros, y se doblaban bajo el peso de un redondo vientre y un torso desarrollado como el de casi todas las gentes de bufete; una bola, en fin, empaquetada en una casaca verde de faldones cuadrados, que nadie se acordaba de haber conocido nueva. Sus cabellos, cuidadosamente empolvados, reuníanse hácia el occipucio, formando una coleta como rabo de raton, escondida siempre entre el cuello de la casaca y el del chaleco. Con su redonda cabeza, su encendido color de hoja seca de parra, sus ojos azules, encorvada nariz, gruesos labios y puntiaguda barba, nuestro hombre parecía una caricatura. Mas á pesar de esto la mayor parte de los bordeleses le manifestaban un cariñoso respeto, porque su espíritu habia triunfado de la forma y las cualidades de su alma hacían

desaparecer la extravagancia del cuerpo. La voz del notario llegaba al corazón y le dominaba con la elocuencia de su probidad. Su única estratagema era ir derecho al asunto arrollando los obstáculos con preguntas precisas. Su rápido golpe de vista y su larga práctica le habían conquistado ese don de adivinar que franquea las conciencias y lee sus mas ocultos designios. Aunque grave y cuidadoso de sus negocios, nuestro patriarca poseía la jovialidad de nuestros antepasados. Maese Mathias era una noble reliquia de aquellos notarios grandes hombres sin fama, que nunca daban recibo al aceptar millones, pero que los devolvían en los mismos sacos que los recibieran; que ejecutaban al pié de la letra los fideicomisos y estendian decentemente un inventario; que se interesaban como segundos padres en los asuntos de sus clientes; que atajaban algunas veces á los pródigos en sus disipaciones, y á quienes las familias confiaban sus mas hondos secretos: en fin, uno de esos notarios que se creen responsables de sus errores en las escrituras y las meditaban largo

tiempo. Jamás durante su vida notarial pudo quejarse ninguno de sus clientes de haber perdido alguna imposición ó de la mala colocación de una hipoteca. Había llegado á ser rico, pero lenta y honradamente despues de treinta años de ejercicio y economía. Estableció catorce de sus escribientes. Religioso y pródigo para el bien, encontrábasele siempre al lado del triste y del desamparado. Individuo de las juntas de los hospicios y beneficencia, inscribía por fuertes sumas en las imposiciones voluntarias destinadas al socorro de infortunios súbitos ó á la creación de algun establecimiento útil. No tenía coche, es verdad, pero su palabra era sagrada, sus sótanos guardaban tantos millones como los del Banco, todo el mundo le llamaba *el buen Mr. Mathias*, y cuando murió asistieron á su entierro mas de tres mil personas.

Solonet era el reverso de la medalla; creía que los negocios tan bien se ventilaban riendo como guardando un aire sério y grave; era capitán de la guardia nacional y se incomodaba de que le llamasen el capitán notario; había solicitado la Legion de honor, tenía carruaje y

abandonaba á sus pasantes muchos de sus negocios: era uno de esos notarios que van al baile, al teatro, que compran cuadros y juegan al ecarté; que devolvía en billetes de banco lo que había recibido en oro: uno de esos notarios que caminan al nivel de la época y arriesga los capitales en especulaciones dudosas; cuya ambición es retirarse con treinta mil libras de renta á los diez años de práctica: un notario cuya ciencia provenía de su doblez y á quien muchos temían como á un enemigo por haberle confiado sus secretos: en fin, uno de esos notarios que ven en su oficio un buen medio para casarse con una rica y noble heredera.

Cuando nuestro rubio Solonet, rizado, perfumado, calzado como un dandy, vestido con arreglo al último figurín, entró precediendo á su viejo colega que se había retrasado á causa de la gota, representaban al natural una de esas caritaturas tituladas *ayer y hoy* que tanto ruido hicieron durante el Imperio. Madama y madamoiselle Evangelista, que no conocían al *buen Mr. Mathias*, no pudieron reprimir al verle una ligera sonrisa, pero prodújolas muy buen

efecto la gracia con que las saludó. Las palabras del buen viejo respiraban esa amenidad propia de los ancianos amables de que tan bien saben revestir sus ideas y la manera de expresarlas. El notario joven vióse prostergado con su bullicioso acento. Mathias atestiguó la superioridad de su experiencia por el modo mesurado con que abordó á Pablo. Respetó la nobleza del joven sin comprometer sus canas, pues sabía que también la ancianidad tiene sus honores, y que todos los derechos son solidarios. El saludo de Solonet, al contrario, había sido la expresión del convencimiento de una igualdad completa, que debía herir precisamente las pretensiones de la gente del gran mundo y había de ridiculizarle á los ojos de las personas verdaderamente nobles. Al invitar á Mad. Evangelista para un aparte lo hizo con un gesto bastante familiar, y estuvo durante algunos minutos hablando en voz baja, sin duda comunicando el plan de batalla á su soberana.

—¿Y os atreveréis, dijo al terminar, á vender vuestro hotel?

—Sí, no hay duda; contestó ella.

Mad. Evangelista no quiso comunicar á su notario la razon de esta heroicidad que tanto le asombró: quizás el celo de su notario se hubiera enfriado si hubiese sabido que su cliente abandonaba á Burdeos. Tampoco habia dicho una palabra á Pablo á fin de no asustarle con lo estenso de las circunvalaciones que exigian los primeros trabajos de una vida política.

Despues de la comida los dos plenipotenciarios dejaron á los amantes al lado de la madre, y se trasladaron á un vecino salon destinado de antemano á su conferencia. Tenia, pues, lugar una doble escena; en un estremo de la chimenea del salon grande, una escena de amor en donde la vida aparecia gozosa y riante; en la otra estancia, una escena grave y sombría en donde el descarnado interes desempeñaba el papel de protagonista que siempre ejerce en todos los actos de la vida, á pesar de las flores con que le encubren los humanos.

—Mi querido maestro, dijo Solonet á Mathias, la escritura quedará en vuestro despacho, sóis mas antiguo que yo.

Mathias saludo gravemente.

—Pero, continuó Solonet desdoblado una minuta que habia hecho borrar por un escribiente, como somos la parte oprimida, porque representamos á la novia, he extractado el contrato para evitaros ese trabajo. Nos casamos con nuestros derechos y bajo un régimen de comunidad; donacion general y reciproca de bienes en caso de muerte sin herederos, ó si no, donacion de una cuarta parte del total de bienes en usufructo y otra cuarta en propiedad neta; la cuarta parte de lo que aporten los cónyuges constituirá la suma puesta en comunidad; el que sobreviva guardará los muebles sin estar obligado á inventario. Sencillo y claro como el dia.

—Ta, ta, ta, dijo Mathias; yo no hago los negocios como quien canta una cancion. ¿Cuáles son vuestros derechos?

—¿Y los vuestros? contestó Solonet.

—Nuestro dote, continuó Mathias, lo constituyen, las tierras de Lanstrac que producen veintitres mil libras de renta limpia, sin contar los tributos: *item* las granjas de Guassol y de

Guadet estimadas en tres mil seiscientas libras de renta cada una: *item* el coto de Belle-Rose que dá por término medio diez y seis mil libras anuales: *item* una hermosa casa con patio y jardín, situada en París, calle de la Pepinière, y tasada en mil quinientos francos. Todas estas propiedades, cuyos títulos obran en mi poder, provienen de nuestra sucesión paterna y materna, esceptuando la casa sita en París que es adquisición nuestra. Debemos añadir también el mobiliario de nuestras dos casas, contando la de Burdeos, evaluada en novecientos francos, y el del castillo de Lanstrac, estimado en cuatrocientos cincuenta mil francos. Hé aquí la mesa, la mantelería y el primer servicio. ¿Qué aportais para el segundo servicio y para los postres?

—Nuestros derechos.

—Especificáδες, querido colega, continuó Mathias. ¿Qué me aportais? Dónde está el inventario hecho cuando falleció Mr. Evangelista? Enseñadme la liquidación, el empleo de vuestros fondos. Dónde están los capitales, si es que hay capital? Dónde están vuestras pro-

iedades, si es que las hay? Pronto, presentad vuestras cuentas de tutela y leednos lo que os dá ú os asegura vuestra madre.

—¿Ama el señor conde de Manerville á mademoiselle Evangelista?

—Quiere llamarla esposa suya, sino hay intereses encontrados, respondió el viejo notario. Yo no soy un niño; aquí hemos venido á tratar de negocios y no de sentimientos.

—El asunto fracasa si no poseeis generosidad de sentimientos. Hé aquí por qué, continuó Solonet. No hicimos inventario cuando falleció nuestro marido, somos española, criolla é ignorábamos las leyes francesas. Por otra parte nos hallábamos dolorosamente afectada, para pensar en miserables formalidades capaces solo en un corazón de hielo. Es público y notorio que el difunto nos adoraba, y que le hemos llerado amargamente. Si tenemos una liquidación precedida de un principio de inventario, agradecédselo á nuestro segundo tutor, que nos obligó á establecer una situación y crear una fortuna á nuestra hija, cuando retiramos de Londres las rentas inglesas, cuyo capital era

inmenso, y que deseábamos colocar en París, donde duplicábamos los intereses.

—No me vengais con tonterías. Existen medios de registro. ¿Qué derechos de sucesion habeis pagado al dominio? La cifra bastará para establecer las cuentas. Vamos derecho al asunto. Decidnos francamente lo que os rentaba y lo que os queda. Despues veremos si estamos ó no enamorados.

—Si os casais con nos por el vil interés, id á paseo. Tenemos derecho á mas de un millon, pero á nuestra madre no le queda mas que este hotel, sus muebles y cuatrocientos mil y pico de francos empleados el año 1817 en títulos del cinco por ciento que producen cuarenta mil de renta.

—¿En qué consiste que gastais un lujo que necesita cien mil francos de renta al menos para sufragarlos? exclamó aterrado Mathias.

—Nuestra hija nos cuesta un ojo. Además, nos gusta la ostentacion: vuestras lamentaciones no nos harán recobrar un solo céntimo.

—Con los cincuenta mil francos de renta que pertenecian á Natalia, podiais haberla educado

brillantemente sin arruinaros. ¡Si tanto habeis gastado cuando soltera, que será cuando casada!

—Entonces dejemos esto: la jóven mas hermosa del universo debe siempre gastar mas de lo que tiene.

—Voy á decir dos palabras á mi cliente, dijo entonces Mathias.

—Anda, anda, mi viejo Casandro, vé á decir á tu cliente que no poseemos un céntimo, pensó maese Solonet, quien en el silencio del gabinete habia dispuesto estratégicamente sus masas, escalonado sus proposiciones y llevado la batalla á un extremo en que los dos ejércitos, creyéndolo todo perdido, se verian obligados á una feliz transaccion, honrosa para su cliente.

El blanco vestido de Natalia, su gracioso peinado y su diminuto pié producian su efecto y arrastraban á Pablo al punto donde queria encontrarle su suegra: deseaba á su futura como un sátiro podia desear á una ninfa: sus miradas, termómetro infalible del alma, revelaban esa pasion que induce al hombre á cometer mil barbaridades.

—Es tan hermosa Natalia, decía al oído de su suegra, que concibo el frenesí que nos impulse á satisfacer un deseo, aun á costa de la vida.

Mad. Evangelista respondió inclinando la cabeza.

—¡Palabras de enamorado! Mi esposo no me tributó ninguna de esas bellas frases, y sin embargo no vaciló, á pesar de mi pobreza, en darme el título de esposa.

—¿Es eso una lección que queréis darme? dijo Pablo riendo.

—Bien sabéis cuanto os amo, hijo mío, dijo estrechándole una mano. Además, ¿no se necesita amaros mucho para entregaros á Natalia?

—Entregarme, dijo la jóven riendo y agitando su abanico. ¿Qué decís ahí en voz tan baja?

—Decía, exclamó Pablo, cuánto os amo, ya que la decencia me prohíbe deciroslo á vos en persona.

—¿Por qué?

—No me atrevo.

—Teneis demasiado talento para no saber

manejar la lisonja. ¿Quereis que os diga el concepto en que os tengo..... Pues bien: teneis mas talento del que debe tener un hombre enamorado. Ser la *fleur des pois* y tan espiritual, añadió bajando los ojos, son demasiadas ventajas. Yo tampoco me atrevo.....

—¿A qué?

—No hablemos de esto. ¿No es verdad, madre mia, que esta conversacion es peligrosa cuando aun no está firmado el contrato?

—Va á estarlo, dijo Pablo.

—Tengo deseos de saber lo que se dicen Aquiles y Nestor, dijo Natalia, indicando la puerta del gabinete con una mirada.

—Hablan de nuestros hijos, de nuestra muerte y de otras parecidas frioleras: cuentan nuestros escudos para decirnos si podremos contar siempre cinco caballos en la cuadra: tambien se ocupan de las donaciones, pero yo les he prevenido.

—¿Cómo? exclamó Natalia.

—¿No me entrego yo en cuerpo y alma? contestó Pablo, fijando una mirada en la jóven, cuyo rostro se tiñó de vivo carmin.

—Madre mía, ¿cómo podré agradecer tanta generosidad?

—Hija de mi alma, ¿no tienes tú vida entera para pagarla? No es preferible una felicidad inalterable á un dote de millones? Yo tambien me casé pobre.

—¿Os gusta Lanstrac? dijo Pablo á Natalia.

—¿Cómo ha de gustarme una cosa vuestra? contestó ella. Tambien desearia ver vuestra casa

—Nuestra casa, corrigió Pablo. Quereis saber si he adivinado vuestros gustos. Vuestra madre ha sabido contentaros, habeis sido feliz á su lado, pero cuando el amor es infinito nada hay para él imposible.

—Hijos míos, dijo Mad. Evangelista, ¿podreis permanecer en Burdeos durante los primeros días de vuestro matrimonio? Si os sentís con el valor necesario para desafiar al mundo que os conoce, os espia y os disgusta, sea; pero si los dos experimentais ese pudor que el alma encierra y no es posible espresar, marcharemos á Paris, torrente en donde se perderá

vuestra luna de miel. Allí podreis vivir como unos amantes, sin esponeros al ridículo.

—Teneis razon, madre, no habia pensado en ello. Pero apenas tendré tiempo para preparar mi casa. Esta tarde escribiré á Marsay, el único de mis amigos con quien puedo contar para tal encargo.

En el momento mismo en que Pablo, como los niños acostumbrados á satisfacer sus deseos sin calcular consecuencias, se obligaba inconsideradamente á todos los gastos de una larga permanencia en Paris, maese Mathias entró en el salon y pidió permiso para decir una palabra á su cliente.

—¿Qué hay, amigo mio? preguntó Pablo, dejándose arrastrar hácia una ventana.

—Señor conde, dijo el honrado notario, no hay dote. Aplacemos la cuestion para otro dia, á fin de que podais adoptar el partido que mas os convenga.

—Mr. Pablo, dijo á esta sazón Natalia, yo tambien quisiera deciros dos palabras.

Aunque Mad. Evangelista en apariencia permanecia tranquila, jamás sufrió judío alguno

de la edad media condenado á morir en una caldera llena de aceite hirviendo, tan horrendo martirio, como el disimulado por aquella estátua de carne revestida de terciopelo violeta. Solonet la habia garantido la victoria, pero ignoraba los medios, las condiciones del triunfo y sufría la horrible angustia de las alternativas. Quizás debió su triunfo á la desobediencia de su hija. Natalia habia comentado las palabras de su madre, cuya inquietud era visible para ella sola. Cuando vió el buen éxito de su coqueteria, mil pensamientos contradictorios se agolparon á su mente. Sin vituperar á su madre, se avergonzó á medias de una intriga, cuyo precio era un lucro vulgar. Quiso además llevar su curiosidad al extremo de saber si Pablo la amaba lo suficiente para mirar con indiferencia las dificultades previstas por su madre y que la denunciaba el rostro un tanto sombrío de Mathias. La mas negra perfidia, no hubiera sido tan peligrosa acaso como aquel arranque de lealtad hija de su inocencia.

—Pablo, le dijo en voz imperceptible, llamándole así por primera vez, si algunas dificultades

tocante á intereses pudiesen separarnos, pensad que desde ahora os desobligo de vuestras promesas y os permito que arrojéis sobre mí el desfavor que resultare de una ruptura.

Fué tan digna la espresion de su generosidad, que Pablo creyó en el desinterés de Natalia; estrechó una mano de la jóven y la besó como hombre que tiene en mas el amor que el dinero. Natalia salió.

—Diablo, señor conde, habeis hecho una tontería, exclamó Mathias.

Pablo quedó pensativo: creia contar con unas cien mil libras de renta reuniendo la fortuna de Natalia á la suya, y por enamorado que un hombre esté, no pasa sin emocion de ciento á cuarenta y seis mil libras cuando acepta á una jóven habituada al lujo.

—¿No está ahí mi hija? preguntó Mad. Evangelista, avanzando magestuosamente hácia su yerno y el viejo notario, ¿podreis decirme lo que sucede?

—Señora, contestó Mathias aterrado del silencio de Pablo, ha surgido un inconveniente que dilata.....

En aquel momento, Solonet salió del gabinete y cortó la palabra á su viejo colega con una frase que devolvió la vida á Pablo. Asustado por el recuerdo de sus galantes palabras, por su amorosa actitud, Pablo no sabia, ni cómo desmentirlas, ni cómo crearse otra situación. Hubiera deseado que se lo tragase la tierra.

—Solo hay un medio para arreglar esto, dijo el joven notario con desenvuelto tono. Madama Evangelista tiene cuarenta mil libras de renta en títulos del cinco por ciento, cuyo capital estará dentro de poco á la par; podemos contar, pues, con ochocientos mil francos. Este hotel y su jardín valen muy bien doscientos mil francos. Esto convenido, la señora puede traspasar por el contrato la propiedad neta de estos valores á su hija, pues no creo que intente el señor conde dejar sin recursos á su suegra.

—¡Qué desgraciadas somos las mugeres que no entendemos de negocios! ¿Qué significa lo que habeis dicho?

Pablo estaba sumido en una especie de éxtasis oyendo aquella transaccion. El viejo notario,

viendo la red tendida y á su cliente ya enredado en ella, murmuró:

—Creo que se burlan de nosotros.

—Si la señora sigue mi consejo, disfrutará de tranquila paz, continuó Solonet, y no la inquietarán menores. ¡Quien sabe el que morirá primero! El señor conde reconocerá pues en el contrato, haber recibido la suma total perteneciente á Mdlle. Evangelista por herencia de su padre.

Mathias no pudo reprimir su indignacion, y dijo temblando de cólera.

—Y esa suma asciende á.....

—Un millon ciento cincuenta y seis mil francos, segun acta.

—¿Por qué no pedís que el conde de Manerville haga *hic et nunc* donacion de sus bienes á su futura esposa? Esto seria mas franco y mas sencillo. Me retiro; no quiero presenciar la ruina del conde de Manerville.

Dió un paso hácia la puerta con el fin de enterar á su cliente de la gravedad de aquellas circunstancias, pero se rehizo y se dirigió á Mad. Evangelista.

—No creais, señora, que os hago solidaria de las ideas de mi colega. Os tengo por una honrada señora poco práctica en los negocios.

—Gracias, querido colega, dijo Solonet.

—Entre nosotros nunca hay injuria, le contestó Mathias. Señora, sabed al menos el resultado de estas estipulaciones. Sois bastante joven y bella para contraer segundas nupcias. ¡Dios mío! añadió el viejo al notar un gesto de madama Evangelista, ¿quién puede responder de sí mismo?

—No creo, caballero, que despues de siete años de viudez y haber rehusado brillantes partidos por amor á mi hija, vaya á cometer ahora, á los treinta y nueve años, semejante locura. Si no fuese por las circunstancias, esa suposicion me pareceria una impertinencia.

—¿No seria mas impertinente, creer que no os podeis ya casar?

—De querer á poder, va alguna diferencia, dijo galantemente Solonet.

—Pues bien, no hablemos de vuestro matrimonio, pero puede suceder, y todos os lo deseamos, que vivais aun cuarenta y cinco años,

vuestros hijos perderán las rentas de la herencia de Mr. Evangelista, puesto que vos conservais el usufructo.

—¿Qué significa esa frase?

Solonet se echó á reir.

—Voy á traduciroslo, continuó el viejo. Si vuestros hijos son prudentes pensarán en su porvenir. Pensar en el porvenir es ahorrar la mitad de la renta, para que en la suposicion probable de que tengan dos hijos, poderles dar una brillante educacion y despues un grueso dote. Vuestra hija y vuestro yerno se verán de este modo reducidos á veinte mil libras, cuando uno y otro están acostumbrados á gastar cincuenta. Y esto es nada. Llegará un día en que mi cliente deberá dar cuentas á sus hijos de un millen cien mil francos, y esta suma quizás no la haya recibido, aunque muerta su esposa continueis vos viviendo, lo cual puede suceder. En conciencia, firmar ese contrato, ¿no es arrojarse en la Gironda atado de pies y manos? ¿Quereis hacer la felicidad de vuestra hija? Si ama á su marido, tambien participará de sus penas, pero en este caso no podria soportarlas;

moriria de dolor, pues se veria en la miseria. Sí, señora, para quienes necesitan cien mil francos de renta, son la miseria veinte mil. Si por exceso de amor, el conde cometiese alguna locura, su muger le arruinaria al retirar su dote el dia en que le aconteciese una desgracia. Aquí abogo por vos, por ellos, por sus hijos, por todo el mundo.

—El viejo ha disparado toda su artilleria, pensó Solonet lanzando una mirada á su cliente como para decirle—Vamos.

—Hay un medio de conciliar los intereses, respondió con calma Mad. Evangelista. Puedo reservarme yo una pension para poder entrar en un convento y ceder mis bienes. Renunciaré al mundo, si mi muerte anticipada asegura á mi hija la dicha.

—Señora, es menester pensar maduramente el partido que concilie todas las dificultades, dijo Mathias.

—¡Dios mio! exclamó Mad. Evangelista que veía su pérdida en una próroga, todo está ya pensado. Ignoraba lo que era el matrimonio en Francia, soy española y criolla. Ignoraba que

para casar á mi hija, era menester averiguar el número de dias que me restan de vida, y que mi hija sufriria mientras yo viviese. Cuando me casé, no poseia yo otro caudal que mi nombre y mi persona. Mi nombre solo era apreciado por mi esposo mas que todos sus tesoros: mi dote era la virtud, la felicidad, la belleza, el nacimiento y la educacion. ¿Posee el dinero estos tesoros? Si oyese nuestra conversacion el padre de Natalia, su alma generosa seria infeliz entre los placeres del paraiso. He disipado, quizás locamente, algunos millones, sin ver en él el mas pequeño fruncimiento de cejas, y desde su muerte me he hecho económica y hasta avara, comparando mi vida presente con la de entonces. Rompamos pues: corremos por lo sano. Mr. de Manerville se halla tan apurado que yo.....

Estas palabras introdujeron el desórden en la conversacion. Aquellas cuatro personas tan bien educadas hablaron todas á la vez.

—En España se casarán á la española y como se quiere, pero en Francia nos casamos á la francesa y como se puede.

—¡Ah! señora, exclamó Pablo saliendo de su estupor, no haceis justicia á mis sentimientos.

—Aquí no se trata de sentimientos, exclamó el viejo queriendo detener á su cliente, aquí se trata de arreglar los negocios de tres generaciones. ¿Hémos gastado esos millones que no parecen, nosotros que no pedimos sino que se resuelvan unos obstáculos en que ninguna parte hemos tenido.

—Casaos y no regateéis, decía Solonet.

—¡Regatear! Llamais regatear á defender los intereses de los hijos, del padre y de la madre! contestaba Mathias.

—¡Sí, continuaba diciendo Pablo á su suegra, deploro las disipaciones de mi juventud que me hubieran permitido, á no hacerlas, el cerrar esta discusion con una palabra, del mismo modo que vos deplorais vuestra ignorancia y vuestros gastos. Dios me es testigo de que poco me importaria una vida tranquila y retirada, pero ¿no es tambien preciso que Madlle. Natalia renuncie á sus gustos y costumbres? Hé aquí nuestra existencia modificada.

—¿De dónde, pues, sacaba Evangelista sus millones? dijo la viuda.

—Mr. Evangelista era comerciante y ganaba sumas considerables; nosotros somos un propietario cuyas rentas son inflexibles; respondió vivamente Mathias.

—Aun hay un medio de conciliación, exclamó Solonet, quien por esta frase proferida con voz de falsete, impuso silencio y llamó la atención de los demás.

El notario joven se parecia á un hábil cochero que, manejando diestramente las riendas de cuatro caballos, se entretiene animándoles ó refrenándoles. Desencadenaba las pasiones, y las calmaba lentamente haciendo sudar en su arnés á Pablo, cuya vida y felicidad estaban sobre el tapete, y á la viuda que no veia bastante claro á través del embrollo de la discusion.

—Mad. Evangelista, dijo tras de una pausa, puede traspasar sus títulos del cinco por ciento, y vender su hotel. Haré que produzca trescientos mil francos, beneficiándole por lotes. De esta suma retirará ciento cincuenta mil y quedarán vuestros inmediatamente nove-

cientos cincuenta mil francos. Aunque esta cantidad no satisface el crédito de su hija, ¿encontrareis muchos dotes parecidos en Francia?

—¿Y entonces, qué será de la señora? dijo Mathias.

A esta pregunta, que suponía un asentimiento, Solonet murmuró para sí.

—Viejo lobo, caíste en la trampa. La señora, continuó en voz alta, guardará los cincuenta mil escudos mitad del producto de la venta de su hotel. Esta suma, unida á lo que produzca la venta de los muebles, puede colocarse en rentas vitalicias y procurarla veinte mil libras anuales. Lanstrac es grande, teneis casa en Paris, así es que puede muy bien la señora vivir en compañía de sus hijos. Una viuda, que posee veinte mil francos de renta sin gastos de casa, vive mucho mejor que Mad. Evangelista cuando gozaba su inmensa fortuna. Mad. Evangelista no tiene mas que á su hija; vos, señor conde, también sois único, vuestros parientes son muy lejanos, no hay que tener pues ninguna colision respecto á intereses. La suegra y el yerno que se hallan en las condiciones que

vosotros, forman siempre una sola familia. Mad. Evangelista compensará el actual déficit con una pension que sacará de sus veinte mil libras anuales. Es demasiado generosa la señora, demasiado grande para suponer que quiera vivir á costa de sus hijos. De este modo, señor conde, vivireis unidos, felices, y podreis disponer de cien mil libras cada año, suma suficiente para poder gozar en cualquier pais de todos los placeres de la vida y satisfacer todos sus caprichos. Y, creedme, los recién-casados necesitan á veces un tercero en su vida conyugal, ¿qué tercero, pues, mas afectuoso que una buena madre?....

Pablo creía que era un angel el que hablaba. Miró á Mathias para ver si participaba de su admiracion, ignorando que los notarios, como los abogados, ocultan bajo sus arranques apasionados y elocuentes, la frialdad y atencion inalterable de los diplomáticos.

—Un paraíso en miniatura, dijo el viejo.

Asombrado de la alegría de su cliente, fué á sentarse Mathias en una otomana, y quedó sumido en una meditacion evidentemente dolo-

rosa. Conocía aquella florida elocuencia, hábil disfraz de alguna perfidia, y no era fácil engañarle. Púsose á mirar disimuladamente á su colega y á Mad. Evangelista, que continuaban hablando con Pablo, y procuró sorprender algunos indicios del complot, cuya trama tan admirablemente urdida habia llegado á. entretener.

—Caballero, dijo Pablo á Solonet, os agradezco infinito vuestros buenos servicios. Esta transaccion resuelve todas las dificultades mas felizmente de lo que yo esperaba, contando con que no os opondéis, señora, añadió dirigiéndose á su suegra; pues yo rechazo todo lo que vos no tengáis á bien aprobar.

—Contad siempre conmigo: yo no me opongo á lo que puede hacer felices á mis hijos.

—Segun y cómo, contestó Pablo; Natalia y yo sufriríamos infinito si por nosotros os privaseis hasta de un capricho.

—Tranquilizaos, señor conde, dijo Solonet.

—¡Ah! pensó Mathias, quieren hacerle besar la justa antes de darle un latigazo.

—Tranquilizaos, continuó Solonet, se hacen

ahora tantas especulaciones en Burdeos, que no es difícil una buena hipoteca. Despues de apartar los cincuenta mil escudos, que os deberemos, del precio del hotel y con el mobiliario, puedo asegurar á la señora un capital de doscientos cincuenta mil francos. Yo me encargo de su colocacion en primera hipoteca, que al diez por ciento, dará veinticinco mil libras. De este modo nos casamos con fortunas iguales casi, porque contra vuestros cuarenta y seis mil francos de renta, aporta Natalia cuarenta mil en cinco y ciento cincuenta mil en escudos, susceptibles de producir al año siete mil libras: total cuarenta y siete.

—Todo es evidente, exclamó Pablo.

Al acabar su frase, Solonet habia lanzado sobre su cliente una mirada oblicua, que notó Mathias y que queria decir: Lanzad ahora la reserva.

—¡Oh! exclamó Mad. Evangelista con una alegría que no pareció afectada: se me olvidaba que puedo ceder á Natalia mis diamantes; deben valer al menos cien mil francos.

—Podemos hacerlos estimar, y esto cambia

completamente la tésis. Nada se opondrá entonces á que el señor conde reconozca haber recibido íntegra la suma perteneciente á mademoiselle Natalia por herencia de su padre, y que los futuros esposos den por presentadas en el contrato las cuentas de tutela. Es justo dar algun desquite á la generosidad verdaderamente española de la señora.

—Lo apruebo, dijo Pablo, y me confunde tanta generosidad.

—¿No es mi hija otra yo? exclamó Mad. Evangelista.

Maese Mathias sorprendió un relámpago de alegría en el rostro de la viuda, cuando esta vió casi vencidas todas las dificultades: aquel gozo, el olvido de los diamantes que llegaban como tropas de refresco, confirmaron todas sus sospechas.

—Tenian la escena preparada, como los jugadores sus cartas, para arruinar á un inocente. Ese pobre muchacho, á quien he visto nacer, será desplumado por su suegra, asado por el amor y devorado por su muger. Veré deshechas las hermosas propiedades que tanto cuidé. ¡Tres

millones y medio que serán hipotecados por un millon cien mil francos que esas mugeres harán desaparecer como el humo!

Al descubrir en el alma de aquella muger todos estos designios, que si bien nada tenian de criminales, suponian una inmensa perfidia, Mathias ni esperiméntó dolor ni generosa indignacion. No era el Misántropo, sino el notario acostumbrado por razon de su oficio, á los alambicados cálculos de la gente del gran mundo, á esas hábiles traiciones mas funestas que un asesinato cometido por un pobre diablo. Para la alta sociedad, esas escenas de la vida, esos congresos diplomáticos sirven de inmundo lugar á donde todos van á arrojar sus inmundicias. Compadecido de su cliente, maese Mathias, echó una mirada sobre su porvenir y no auguró nada bueno.

Entremos en campaña con las mismas armas, se dijo, procuremos batirles.

En aquel momento, Pablo, Solonet y madama Evangelista, mortificados por el silencio del viejo, conocieron que les era necesaria para sancionar su transaccion, la aprobacion de

aquel severo censor, y los tres le miraron á la vez.

—Y bien, Mr. Mathias, ¿qué os parece? preguntó Pablo.

—Hé aquí mi opinion, contestó el honradísimo Mathias. Vos no sois bastante rico para cometer locuras fastuosas. La quinta de Lans-trac representa un millon de capital incluyendo los muebles: las granjas de Grassol y de Guadet, y el coto de Belle-Rose valen otro millon: vuestros dos palacios y su moviliario, un tercer millon. Por estos tres millones que producen cuarenta y siete mil doscientas libras de renta, Mdlle. Natalia aporta ochocientos mil francos inscritos en el gran libro, y supongamos que cien mil francos en diamantes, aunque me parece un valor hipotético; además ciento cincuenta mil en dinero, lo que dá un total de un millon cincuenta mil francos. ¡Y dice mi colega que nos casamos con fortunas iguales! Quiere que ante nuestros hijos aparezcamos gravados en cien mil francos, puesto que por las cuentas de tutela que se quiere que aprobemos y demos por presentadas, reconoceremos á nuestra es-

posa un dote de un millon ciento cincuenta y seis mil, no recibiendo mas que un millon cincuenta mil. Escuchais esas pataratas con el arrobamiento de un enamorado, y creéis que Mathias, que no está enamorado, puede olvidar la aritmética y dejar de observar la diferencia que existe entre las rentas territoriales, y las producidas por un dote cuyo capital está sujeto al alza y baja. Me habeis llamado, señor conde, para estipular vuestros intereses; dejadme defenderlos ó despedidme.

—Si el señor conde busca una fortuna igual á la suya, nosotros no poseemos tres millones, eso es evidente: no podemos ofrecer mas que nuestro pequeño millon, casi nada ¡tres veces mas que el dote de una archiduquesa de Austria! Bonaparte solo recibió doscientos cincuenta mil francos al casarse con María-Luisa.

—María-Luisa perdió á Bonaparte, murmuró entre dientes Mathias.

La madre de Natalia comprendió la indirecta.

—Si de nada sirven mis sacrificios, exclamó, no hablemos ya mas: cuento con la discrecion

de este caballero y renunció al honor de ser su suegra.

Después de las evoluciones prescritas por Solonet, esta batalla de intereses había llegado ya al extremo en que la victoria debía decidirse por Mad. Evangelista. Bajo pena de faltar á las leyes de la generosidad, de mentir al amor, el futuro esposo debía aceptar las condiciones de antemano resueltas entre maese Solonet y madama Evangelista. Como una saeta de reloj movida por las ruedas de su máquina, Pablo llegó hasta el fin propuesto.

—¡Cómo, señora, exclamó, llegaríais á deshacer!...

—Pero, caballero, ¿no es verdad que el único que tiene créditos contra mí, es mi hija? pues á ella daré cuentas de mi tutela cuando llegue á los veintiun años. Poseerá un millon, y si quiere, podrá elegir entre los hijos de todos los pares de Francia: ¿no es ella Casa-Real?

—La señora tienen razon. ¿Por qué se la ha de tratar hoy, de peor modo que dentro de catorce meses? No la priveis de los beneficios de la maternidad, dijo Solonet.

—Mathias, exclamó Pablo con dolor, hay dos especies de ruina y en este momento vos me perdeis.

Dió un paso hácia él sin duda para decirle que deseaba se estendiese inmediatamente el contrato. El viejo previno esta resolucion con una mirada que queria decir: Esperad. Después vió lágrimas en los ojos de Pablo, lágrimas hijas sin duda de la vergüenza que le causaba aquel debate, de la perentoria frase de madama Evangelista que anunciaba una ruptura; y las secó con un gesto, el de Arquimedes gritando: *Eureka*. La palabra PAR DE FRANCIA, había sido para él como una luz entre las mas densas tinieblas.

En aquel momento apareció Natalia, magnífica, encantadora, y preguntó con un acento infantil—¿Estorbo?

—Mas que nunca, hija mia, contestó su madre con cruel amargura.

—Acercaos, adorada Natalia, dijo Pablo tomándole la mano y conduciéndola á un sillón al lado de la chimenea; todo está ya arreglado.

—Si, todo puede arreglarse aun, exclamó vivamente Mathias.

Como el general, que en un momento inutiliza las mas hábiles combinaciones de su enemigo, el viejo notario habia visto al genio que preside al notariado desarrollándole de un modo legal, un pensamiento capaz de salvar el porvenir de Pablo y el de sus hijos. Maese Solonet no adivinaba otro desenlace á aquellas dificultades, que la resolucion inspirada por el amor, á la cual habia conducido al jóven, aquella tempestad de sentimientos é intereses contrariados. Sorprendiolo, pues, en gran manera la exclamacion de su colega, y deseoso de conocer el remedio que Mathias podia aplicar á un estado de cosas que debia parecerle perdido sin recurso, le dijo.

—¿Que vais á proponer?

—Natalia, querida hija, déjanos, dijo madama Evangelista.

—La señorita no sobra aqui, contestó sonriendo Mathias, voy á ocuparme de ella tanto como del señor conde.

Siguió á estas palabras un profundo silencio;

todos esperaban con curiosidad la improvisacion del viejo.

—Hoy, continuó Mathias despues de una pausa, la profesion de notario ha cambiado de faz. Las resoluciones políticas influyen en el porvenir de las familias, lo cual no sucedia en otro tiempo. Las existencias estaban bien definidas entonces, y los rangos bien determinados.....

—¿Quereis esplicar un curso de economía política? dijo con impaciencia Solonet, aqui hemos venido á estender un contrato.

—Ahora tengo yo la palabra, dejad que concluya, exclamó Mathias.

Solonet fué á sentarse en la otomana diciendo en voz baja á Mad. Evangelista: Vais á oír lo que nosotros llamamos un *galimatias*.

—Los notarios, pues, nos vemos obligados á seguir el curso de los asuntos políticos, que están ahora íntimamente ligados á los asuntos particulares. Hé aqui un ejemplo: antes, las familias nobles poseían fortunas inmutables que las leyes de la revolucion destruyeron y que el actual sistema tiende á reconstituir. Por

su nombre, por su talento, por su fortuna, el señor conde está llamado á tomar asiento un día en la Cámara electiva; y quizás su destino le lleve á la Cámara hereditaria, pues todos reconocemos en él las dotes necesarias para ello. ¿No sois vos de mi opinion, señora? dijo á la viuda.

—Habeis adivinado mi mas cara esperanza, contestó ella; Manerville será par de Francia ó moriré de dolor.

—Todo lo que nos puede llevar á ese fin..... dijo Mathias interrogando á la astuta suegra con un gesto.

—Es mi mas ardiente deseo.

—Pues bien, ¿no es este matrimonio una ocasion á propósito para fundar un mayorazgo? fundacion que de seguro militará en el espíritu del gobierno actual á favor de mi cliente cuando haya una promocion. El señor conde consagrará necesariamente las tierras de Lanstrac, que valen un millon. No pido á la señorita que contribuya á esta fundacion con una suma igual; no seria justo, pero consagremos al menos para ello ochocientos mil francos de su

dote. Están en venta justamente ahora dos posesiones colindantes con la quinta de Lanstrac, que muy bien pueden producir el cuatro y medio por ciento. El hotel de Paris debe ser tambien comprendido en la institucion del mayorazgo, y lo restante de las dos fortunas sábiamente administrado, bastará para dejar satisfechos á los demás hijos. Si las partes contratantes se conforman con estas disposiciones, el señor conde puede aceptar vuestras cuentas de tutela y quedar acreditado del resto. Consiento.

—*Questa coda non é di questo gatto* (esta cola no es de este gato) exclamó Mad. Evangelista mirando á su aliado Solonet.

—Aquí hay gato encerrado, contestó á media voz Solonet.

—¿Para qué tanto enredo? preguntó Pablo á Mathias, llevándosele hácia el gabinete.

—Para evitar vuestra ruina, le respondió en voz baja el notario. Deseais absolutamente casaros con una hija y una madre que se han comido dos millones en siete años, y aceptais un débito de mas de cien mil francos en favor

de vuestros hijos, á los cuales dareis cuenta en su dia de un millon ciento cincuenta y seis mil, no recibiendo hoy sino un millon escaso. Os esponéis á ver vuestra fortuna destruida en cinco años, y quedar desnudo como un San Sebastian, debiendo además sumas enormes á vuestra muger ó sus herederos. Si os quereis aventurar, andando, señor conde, pero dejad al menos que salve el honor de la casa de Mannerville.

—Cómo lo salvais así?

—Escuchad, señor conde, vos amais.

—Sí.

—Pues un enamorado es tan discreto como un cañonazo. Si hablais, quizás lo echemos todo á rodar: pongo á vuestro amor bajo la proteccion de mi silencio. ¿Teneis confianza en mi adhesion?

—Vaya una pregunta.

—Pues sabed que Mad. Evangelista, su hija y su notario, nos están jugando por debajo de pierna. ¡Cáspita, y qué partida!

—¿Natalia? exclamó Pablo.

—No pondria por ella mi mano al fuego. Vos

la amais, casaos. Pero de buena gana quisiera que saliese fallido este matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque esa jóven empobreceria el Perú. Monta á caballo como un picador del Circo y está casi emancipada. Esta clase de jóvenes no hacen buenas casadas.

Pablo estrechóle la mano, contestando con aire de seguridad.

—Eso corre de mi cuenta; pero qué debo hacer en este momento.

—Manteneos firme en esas condiciones que al cabo aprobarán, porque en nada afectan sus intereses. Además, el único deseo de Mad. Evangelista, es casar á su hija; conozco su juego: desconfiad de ella.

Pablo volvió al salon, en donde encontró á su suegra hablando en voz baja con Solonet, como él acababa de hacerlo con Mathias. Estraña á estas dos misteriosas conferencias, Natalia se entretenia jugando con su abanico.

El notario jóven adivinaba á bulto el lejano efecto de una estipulacion, basada en el amor propio de las partes, y en la cual su cliente

había sido humillada algo; pero si Mathias era tan solo notario, á Solonet aun le quedaba algo de hombre y entraba por mucho su amor propio en sus negocios. En aquellas circunstancias maese Solonet, que no quiso dejar creer á la viuda que Nestor vencía á Aquiles, le aconsejaba que terminasen cuanto antes con aquellas bases. Poco le importaba la futura liquidacion del contrato: para él consistía la victoria en la liberacion de Mad. Evangelista, la seguridad de sus rentas y el casamiento de Natalia.

—Burdeos entero sabrá que dais un millon cien mil francos á Natalia, y que os quedan veinticinco mil libras de renta, dijo en voz baja Solonet á la viuda. No creía que obtendríamos tan brillante resultado.

—Pero explicádme por qué la fundacion de ese mayorazgo ha calmado la tempestad.

—Porque desconfian de vos y de vuestra hija, un mayorazgo es inenagenable.

—Eso es una injuria.

—Nosotros llamamos á eso prevision. El viejo nos ha cogido en sus redes. Si rehusásemos esa fundacion, nos diria: Vosotros quereis

disipar la fortuna de mi cliente, que por la creacion del mayorazgo queda asegurada, como si los novios se casasen bajo el régimen dotal.

Solonet calmó sus propios escrúpulos diciéndose: El efecto de estas estipulaciones solo se vence de un modo claro en el porvenir, y para entonces ya habrán enterrado á madama Evangelista.

Como Mad. Evangelista tenia ciega confianza en Solonet, contentóse con aquellas esplicaciones. Ignoraba las leyes; veía á su hija casada, y no deseaba otra cosa por el pronto; así es que se entregó á la alegría que le causaba su victoria. Como Mathias había pensado, ni ella, ni Solonet, comprendian en toda su estension su pensamiento, apoyado sobre unas bases inespugnables.

—Pues bien, Mr. Mathias, ya está todo arreglado, dijo la viuda.

—Señora, si vos y el señor conde consentís, debéis empeñaros mutuamente vuestra palabra. Entiéndase, añadió mirando á uno y á otra, que el matrimonio no tendrá lugar sino bajo la condicion precisa de la fundacion de un

mayorazgo, y que lo compondrán las tierras de Lanstrac, la casa sita en la calle de la Pepiniere, pertenecientes al futuro esposo, *item* ochocientos mil francos en dinero del dote de la futura esposa, que se invertirán también en tierras. Perdonad, señora, esta repetición, pero es necesario un empeño positivo y solemne. La erección de un mayorazgo exige muchas formalidades, visitas á la chancillería, un mandamiento real, y debemos terminar prontamente la adquisición de las tierras, á fin de comprenderlas en la designación que el real mandamiento tendrá la virtud de convertir en inalienables. Entre muchas familias sería necesario estender una escritura de compromiso, pero entre vosotros un simple consentimiento debe bastar. ¿Consentís, señores?

—Sí, dijo Mad. Evangelista.

—Sí, dijo Pablo.

—¿Y yo? exclamó riendo Natalia.

—Vos sois menor, señorita, contestó Solonet. Convínose entonces que Mr. Mathias estendería el contrato, y que Solonet minutaría la cuenta de tutela; las escrituras se firmarían,

según ley, algunos días antes de la celebración del matrimonio. Después de algunos saludos, los dos notarios se levantaron.

—Llueve, Mathias. ¿Queréis que os acompañe? abajo me espera mi cabriolé, dijo Solonet.

—Mi carruaje está á vuestras órdenes, añadió Pablo.

—¡Oh! no quiero robaros tan solo un minuto, contestó el viejo; acepto la invitación de mi colega.

—Y bien, dijo Aquiles á Néstor, cuando el coche echó á andar, habéis estado verdaderamente patriarcal. Esos jóvenes se hubieran arruinado.

—Me asustaba su porvenir, contestó Mathias, guardando el secreto sobre los motivos de su proposición.

En aquel momento, los dos notarios se parecían á dos actores que se dan la mano una vez corrido el telón, después de una escena de provocación y lucha.

—Una cosa se me ocurre, exclamó Solonet, ¿no es de mi incumbencia la adquisición de las

tierras de que habeis hablado? no es inversion de nuestro dote?

—¿Cómo podreis hacer comprender en un mayorazgo fundado por el conde de Manerville, los bienes de Madlle. Evangelista? respondió Mathias.

—La chancillería nos aclarará esta dificultad, insistió Solonet.

—Soy el notario del vendedor y del comprador, añadió Mathias, y además Mr. de Manerville puede comprar á su nombre. Cuando verifiquemos el pago, haremos mencion de los fondos dotales.

—Teneis respuestas para todo, dijo riendo Solonet. Habeis estado esta noche admirable, nos habeis vencido.

—Para un viejo que no esperaba vuestras formidables baterías, no ha estado del todo mal.

—Ja! ja! ja! nada de eso.

La odiosa lucha en que tan en peligro habia estado la felicidad material de una familia, era tan solo para ellos una polémica notarial de escaso interés.

—No he tenido yo en vano cuarenta años de

práctica, continuó Mathias. Escuchad, Solonet, añadió; soy un hombre honrado, y quiero que asistais al contrato de venta de las tierras que han de formar parte del mayorazgo.

—Gracias, Mathias. Será vuestro el primer momento libre que tenga.

Mientras que con tanta calma se alejaban nuestros dos notarios, sin otra novedad que una poca de irritacion en la garganta, Pablo y Mad. Evangelista se hallaban presa de esa trepidacion nerviosa que experimentan las personas de sentimientos vivos, despues de una escena en que han sido violentados. En madama Evangelista, los últimos rugidos de la tempestad se hallaban dominados por una terrible reflexion, por una lejana y rojiza claridad que tan solo vislumbraba.

—¿Habrá destruido maese Mathias en pocos minutos mi trabajo de seis meses? preguntábase: ¿No habrá sustraído á Pablo de mi influencia, inspirándole ruines sospechas durante su secreta conferencia del gabinete?

Hallábase de pié, pensativa, con la mano apoyada sobre el mármol de la chimenea.

Cuando la puerta-cochera se cerró tras el carruaje de los dos notarios, volvióse hácia su yerno, impaciente por resolver sus dudas.

—Hoy ha sido el día mas terrible de mi vida, exclamó Pablo verdaderamente gozoso, al ver vencidas todas las dificultades. No conozco hombre mas rudo que ese viejo Mathias. ¡Que Dios le oiga, y llegue yo á ser *par de Francia!* Adorada Natalia, lo deseo por vos mas que por mí; vos sois mi única ambicion: vivo solo en vos, en vuestro amor.

Al oír esta frase salida del corazón, al ver la límpida mirada de los azules ojos de Pablo, la alegría de Mad. Evangelista fué completa. Reprochóse interiormente las duras frases con que habia espoleado á su yerno: recobró su tranquila calma, y su mirada tornó á espesar aquella dulce amistad que tan seductora la hacía: entonces respondió á Pablo:

—Puedo deciros otro tanto: mas acaso mi ardiente sangre española me habrá llevado mas lejos de lo que mi corazón deseaba. No me guardéis rencor por algunas palabras dichas inconscientemente: dádme vuestra mano.

Pablo, confundido por aquellas palabras, abrazó á Mad. Evangelista.

—Querido Pablo, le dijo conmovida. ¿Por qué esos dos galafates no han arreglado el asunto, sin necesidad de que nosotros lo hayamos presenciado?

—Hubiera ignorado yo cuán generosa sois.

—Bien dicho, Pablo, exclamó Natalia.

—Tenemos que arreglar algunas cosas, hijo mio. Mi hija y yo despreciamos esas nimiedades que en tanta consideracion son tenidas por algunas gentes. No hay necesidad de que compreis diamantes á Natalia: la cedo los míos.

—¡Oh! madre mia, ¿creeis que los aceptaré de buen grado?

—Sí, hija mia: es una condicion del contrato.

—No quiero, no me casaré, contestó vivamente Natalia. Guardad esas joyas que mi padre os regaló. ¿Cómo ha podido Pablo exigir?...

—Calla, hija mia, dijo la madre con los ojos llenos de lágrimas. Mi ignorancia de los negocios aun exige algo mas.

—¿Aun mas?

—He de vender este hotel para pagarte lo que te debo.

—¿Qué podeis deberme vos, á quien debo la vida? Podré yo jamás satisfaceros esta deuda? Si mi matrimonio os cuesta el mas pequeño sacrificio, no me caso.

—¡Hija mia!

—Querida Natalia, exclamó Pablo, no es por vuestra madre, ni por vos, ni por mí, por quien se exigen estos sacrificios, pero los hijos...

—¿Y si no me caso? interrumpió ella.

—¿Es decir, que no me amais? dijo Pablo.

—Vamos, loquilla, ¿crees que un contrato es un castillo de naipes? Tú no sabes cuanto nos ha costado constituir un mayorazgo: no nos envuelvas otra vez en embrollos que hemos podido desenredar.

—¿Pero por qué arruinar á mi madre?

—¿Por qué sois vos tan rica? contestó sonriendo Pablo.

—No os querelleis, hijos míos, que aun no os habeis casado. Pablo, añadió la viuda, no son necesario ni canastillo, ni joyas ni ajuar. Nata-

lia lo posee todo con profusion. Guardad el dinero que hubierais invertido en los regalos de boda, para crearos un pequeño lujo interior. No creo que haya costumbre mas tonta, que gastar cien mil francos en un canastillo, del que no queda al poco tiempo, sino un viejo cofrecillo de saten blanco. Al contrario, cinco mil francos al año bien distribuidos en el tocador, evitan mil cuidados á una jóven esposa, y tiene para toda su vida. Por otra parte, el dinero del canastillo será necesario para arreglar vuestro hotel de Paris. Volveremos á Lans-trac por la primavera, porque durante el invierno, tiempo sobrado habrá tenido Selonet para liquidar mis asuntos.

—Todo nos viene bien, exclamó Pablo en el colmo de la alegría.

—Es decir que veré Paris, dijo Natalia con un acento que hubiera asustado á Marsay.

—Si formamos ese plan, voy á escribir á Marsay para que nos tome un palco para la temporada de invierno.

—Sois muy amable; no me atrevia á pedir-roslo. El matrimonio es una institucion muy

agradable, si dá á los maridos el talento de adivinar los deseos de sus esposas.

—Pues eso es el matrimonio, dijo Pablo; pero ya son las doce de la noche y debo retirarme.

—¿Por qué hoy tan pronto? dijo Mad. Evangelista con ese particular mimo, al que tan sensibles son los hombres.

Aunque todo pasó según las leyes de la más esquisita política, sin embargo la discusión de intereses había arrojado en el yerno y en la suegra un germen de desconfianza y enemistad, dispuesto á mostrarse á la primera explosión de cólera, ó manifestación de un sentimiento algo violentamente oprimido. Entre la mayor parte de las familias también se enjendran así las primeras hostilidades, hijas del amor propio, del dolor causado por algunos sacrificios y del deseo de atenuarlos. Cuando se suscita una dificultad, ¿no hay siempre un vencedor y un vencido? Los padres de los futuros, procuran terminar ventajosamente este asunto, para ellos puramente comercial, y que permite los engaños, los provechos y las decepciones de un negocio. La mayor parte de las veces el marido

está iniciado en el secreto de estos debates, pero siempre es la joven esposa, como Natalia, extraña á estas estipulaciones que la convierten en pobre ó rica. Al marcharse, Pablo pensaba que, gracias á la destreza de su notario, su fortuna estaba asegurada. Si Mad. Evangelista no se separaba de su hija, contaría con más de cien mil francos anuales: de este modo se realizaban todas sus ilusiones de una feliz existencia.

—Mi suegra me parece una excelente mujer, se decía, sometido aun al encanto de las lisonjas con que Mad. Evangelista había procurado disipar las nubes levantadas por la discusión. Mathias se engaña. Esos notarios desconfían de todo. El mal ha procedido de ese ergotista Solonet que ha querido mostrarnos su habilidad.

Mientras que Pablo se acostaba recapitulando las ventajas que había conseguido aquella noche, también se atribuía la victoria madame Evangelista.

—Y bien, querida madre, ¿estás satisfecha? decía Natalia siguiéndola hasta su alcoba.

—Sí, amor mío, todo ha salido según mis

deseos, y me he quitado de encima un peso que me sofocaba. Pablo es un hombre de excelente pasta: Sí, hija mía, sí. Viviremos muy bien. Tú le harás feliz y yo me encargo de su fortuna política. El embajador de España es amigo mio, y voy á reanudar relaciones con él, como tambien con todos mis conocimientos. Muy pronto estaremos al dedillo de los negocios y todo será alegría para nosotros. Para vosotros los goces; para mí los últimos quehaceres de la vida, los placeres de la ambicion. No te asustes porque venda mi hotel, ¿crees tú que jamás volvamos á Burdeos? á Lanstrac, sí. Pero pasaremos el invierno en Paris, en donde están ahora nuestros verdaderos intereses. Qué tal, Natalia, ¿era tan difícil de hacer lo que yo te pedia?

—En algunos momentos tenia vergüenza, madre.

—Solonet me ha aconsejado que emplee mi capital en rentas vitalicias, pero no lo haré: no quiero robarte un solo céntimo de mi fortuna.

—Pues yo os he visto á todos muy irritado: ¿cómo se ha calmado la tempestad?

—Con el ofrecimiento de mis diamantes, contestó Mad. Evangelista; Solonet tenia razon. Pero ¿con qué talento ha conducido el asunto! Saca mi joyero, Natalia: jamás he tenido curiosidad de saber lo que valen mis diamantes. Cuando yo decia cien mil francos, estaba loca. Mad. de Gyar pretendia que el collar de perlas y los pendientes que me regaló tu padre el dia de nuestra boda, valian esa suma al menos. Mi desgraciado esposo era muy pródigo. Después mi diamante de familia: el que Felipe II cedió al duque de Alba y me legó mi tia, el *Discreto*, que fué estimado en otro tiempo en cuatro mil doblones.

Natalia depositó en el tocador de su madre sus collares de perlas, sus aderezos, sus brazaletes de oro, sus pedrerías de todas clases, y los amontonó manifestando ese indescriptible placer que gozan ciertas mugeres al aspecto de unos tesoros, con los cuales, según los comentaradores del Talmud, sedujeron los ángeles malditos las hijas del hombre.

—Yo lo creo, dijo Mad Evangelista, aqui hay mucho dinero, y si constituimos una sola casa

puedo vender mi servicio de plata que solamente al peso, vale treinta mil francos. Cuando vinimos de Lima recuerdo que esta aduana le atribuía ese valor. Solonet tiene razón. Haré que venga Elías Magus. El judío estimará estas alhajas, y quizás me vea dispensada de emplear el resto de mi fortuna en rentas vitalicias.

—¡Un collar de perlas tan hermoso!

—Espero que te lo deje *él*, si te ama, ¿No es obligación tuya el hacer cambiar los engastes de esas piedras y ofrecértelas? Los diamantes pertenecen según contrato. Vaya, adiós, ángel mío. Después de un día de tanta fatiga, tenemos las dos necesidad de reposo.

La criolla, la gran señora, incapaz de analizar las condiciones de un contrato, que aun no estaba formulado, durmióse contenta y satisfecha al ver su hija casada con un hombre fácil de conducir, que no la privaría sus caprichos, y cuya fortuna unida á la suya, permitiría el lujo que hasta entonces habían gastado. Después de haber rendido cuentas á su hija, cuya fortuna entera había reconocido, Mad. Evangelista se encontraba rica aun.

—No debía haberme asustado tanto, se decía; ya quisiera que se hubiesen casado.

La viuda, pues, Pablo, Natalia y los dos notarios se hallaban satisfechos de su primer encuentro. El *Te-Deum* se cantaba en los dos campos, ¡peligrosa situación! llega un momento en que cesa el error del vencido. Mad. Evangelista creía que la victoria era suya.

Al día siguiente por la mañana, presentóse Elías Magus en casa de la viuda, creyendo, que según los rumores que corrían de un enlace próximo entre Natalia y el conde Pablo, era la cuestión el comprarle algunas joyas. El judío se sorprendió al saber que lo que se quería era una tasación casi legal de los diamantes de la suegra: su instinto le hizo comprender que aquellos valores iban á ser incluidos en el contrato de matrimonio, y no estando en venta los diamantes, los tasó como si debieran ser comprados por un particular, en la tienda de un joyero. Los prácticos son los únicos que saben distinguir los diamantes del Asia de los del Brasil. Las piedras de Golconda y de Visapur se reconocen por una blancura y una limpieza,

que no poseen los otros cuyas aguas tienen un tinte amarillo que los hace menos aceptables. Los pendientes y collar de Mad. Evangelista, de hermosísimos diamantes orientales, fueron apreciados en doscientos cincuenta mil francos. El *Discreto*, ya conocido en el comercio, fue tasado en cien mil. Mad Evangelista preguntó si podría disponer de aquella suma inmediatamente.

—Señora, si queréis vender, es diferente: os daré setenta mil francos del brillante, y ciento setenta mil del collar y los pendientes.

—¿Por qué esa rebaja? preguntó sorprendida Mad. Evangelista.

—Señora, contestó el judío, cuanto mas hermosos son los diamantes, mas tiempo los guardamos nosotros. Las ocasiones de venta están en razon inversa del valor de las piedras, y como el comerciante no debe perder los intereses de su dinero, además de que estas mercancías están sujetas al alza y baja, por esto la diferencia de precio entre la compra y la venta. Vos habeis perdido durante veinte años los intereses de trescientos mil francos, y si cada

año habeis lucido diez veces vuestros diamantes, os han costado mil escudos por vez. Los que conservan diamantes, no son sino unos locos, pero felizmente para nosotros, las mujeres no quieren comprender estos cálculos.

—Os doy gracias por vuestra leccion: la aprovecharé.

—¿Qué deseais vender? preguntó con avidez el judío.

—¿Qué vale el resto? dijo Mad. Evangelista.

El judío consideró el oro de las monturas, miró con cuidado las perlas, examinó los rubies, las diademas, los broches, brazaletes, cadenas, y dijo entre dientes: Aquí hay muchos diamantes brasileños, y para mí, no vale todo sino unos cien mil francos: pero de comprador á vendedor, muy bien se pueden sacar de estas alhajas cincuenta mil escudos.

—Las retenemos, dijo Mad. Evangelista.

—Haceis mal, respondió Elías Magus. Con las rentas de la suma que representan, dentro de cinco años tendriais tan hermosos diamantes como estos y conservaríais el capital.

Esta conferencia algo singular, fué conocida,

y corroboró algunos rumores escitados por la discusion del contrato. Los criados de la casa supusieron, por algunas voces que habian oido, una discusion mas viva de lo que habia sido en realidad: su charla con otros criados estendióse insensiblemente: de esta baja region, subió á la de sus amos; y tan fija se hallaba la atencion de la ciudad en aquel matrimonio, tanto se ocupaban de él, grandes y pequeños, que á los ocho dias circulaban en Burdeos las mas extrañas versiones. Si Mad. Evangelista vendia su hotel, era porque estaba arruinada. Habia ofrecido sus diamantes á Elías Magus. Nada se habia determinado positivamente entre ella y el conde de Manerville. ¿Se verificaria el matrimonio? Unos decian, *sí*, otros *no*. Preguntados los dos notarios, desmintieron las calumnias y hablaron de dificultades puramente reglamentarias, suscitadas por la fundacion de un mayorazgo; pero cuando la balanza de la opinion pública se inclina hácia un costado, es muy difícil el hacerla recobrar el equilibrio. A pesar de la asercion de los notarios, aunque veian que Pablo continuaba visitando diariamente á

las Evangelista, las calumnias continuaron. Varias jóvenes, ó sus madres, ó sus tias, resentidas por aquel matrimonio que habian soñado para ellas ó para sus familias, no perdonaban aquel triunfo á Mad. Evangelista. Algunos se vengaban de veinte años de lujo y de grandeza, que la casa española habia hecho pesar sobre su amor propio. Un grande hombre de la prefectura, decia, que ni la familia ni los dos notarios, podian adoptar otro lenguaje y otra conducta, en el caso de una ruptura. El tiempo que exigia la creacion de un mayorazgo, confirmaron las sospechas de los políticos bordeleses.

—Nos divertirán este invierno, despues irán á tomar baños, y dentro de un año, sabremos que el matrimonio se lo llevó el viento.

—Es muy claro, decian unos, que para poner á salvo el honor de las dos familias, las dificultades tomarán su origen de la chancillería: alguna cuestion promovida sobre el mayorazgo, será el motivo de ruptura.

—¡Si Mad. Evangelista gastaba de un modo enorme! ni con las minas de la Valenciana!

Cuando quiere vender sus diamantes, muy apurada estará.

¡Escelente ocasion para suponer cada cual los gastos de la bella viuda, á fin de establecer categóricamente su ruina! Los rumores fueron tales, que hasta llegó á apostarse en pró ó en contra del matrimonio. Estos murmullos, corrían, segun costumbre, sin llegar á los oídos de las personas interesadas. Nadie era bastante amigo de Pablo ó de Mad. Evangelista para noticiárselos. Ocurriósele á Pablo ir á Lanstrac á arreglar algunas cosas, y aprovechó aquella circunstancia, para invitar á una partida de caza, á algunos jóvenes de la ciudad: era su *adíos* á la vida soltero. Esta partida fué aceptada por la sociedad como una confirmacion de las públicas sospechas. Con esta coyuntura, Mad. de Gyas que tenia una hija casadera, juzgó á propósito sondear el terreno, é ir á entristecerse con placer por el *fiasco* de las Evangelista. Natalia y su madre se sorprendieron al ver el dolorido rostro de la marquesa y la preguntaron si la habia acontecido algo desagradable.

—Acaso ignorais, dijo ella, los rumores que circulan. Aunque yo los he juzgado falsos, sin embargo, he venido á saber la verdad, á fin de hacerlos cesar, si no en todas partes, al menos en mi círculo de amigos. Ser juguete ó cómplice de un error es una posicion demasiado falsa para una amiga.

—¿Pero qué sucede? preguntaron madre é hija.

Mad. de Gyas, tuvo el placer de contar todos los chismes que corrían, sin perdonar un solo dardo á sus dos amigas. Natalia y su madre se miraron riendo: habian comprendido la intencion de su amiga íntima. La española, tomó la revancha del mismo modo casi, que Celimena con Arsinoé.

—¿Ignorais, amiga mia, vos que conoceis tan bien la vida de provincia, ignorais de lo que es capaz una madre que tiene una hija soltera que no se casa por falta de dote, ó por falta de novio, ó por falta de belleza, ó por falta de talento y algunas veces por falta de todas estas cosas? Robaria una diligencia, asesinaría, esperaria á un hombre tras de una esquina, se

venderia cien veces si conservase algun resto de belleza. En Burdeos se ven muchas en esta situacion, que sin duda nos favorecen con sus pensamientos y sus acciones. Los naturalistas nos han retratado las costumbres de muchos animales feroces, pero han olvidado las de una madre y una hija en busca de novio. Estas son las hienas que, segun el Salmista, reunen á su instinto de bruto, la inteligencia del hombre y el génio de la muger. Que estén furiosas esas pequeñas arañas bordelesas Madlle. de Belor, Madlle de Trans, tanto tiempo ocupadas en tender sus telas sin enredar á ninguna mosca, lo concibo, y las perdono sus envenadas murmuraciones; pero vos, que casareis á vuestra hija cuando querais, vos, rica y con título, que nada teneis de provinciana; vos, cuya hija es tan espiritual, tan bella, que puede elegir; vos tan dotada de todas las gracias parisienses; que hayais vos tomado parte en todos esos chismes, eso si que me asombra. ¿Debo yo dar cuenta al público de las estipulaciones matrimoniales, que las gentes de bufete, han juzgado útiles en las circunstancias políticas que prevalecerán

en la existencia de mi yerno? Ha de llegar hasta el seno de la familia, esa pública mania de deliberar? Ha de ser menester reunir por medio de circular, á los padres y las madres de *vuestra* provincia para que asistan á la discusion de los artículos de nuestro contrato de matrimonio?

Un torrente de epigramas llovió sobre Burdeos. Mad. Evangelista abandonaba la ciudad: podia revistar á sus amigos, enemigos, caricaturarles, azotarles á su sabor sin ningun cuidado; así es, que dió á luz todas sus observaciones, todas sus aplazadas venganzas, al inquirir los motivos que habian inducido á tal ó cual persona, para negar en pleno dia la luz del sol.

—Pero, amiga mia, dijo la marquesa de Gyas, el viaje de Mr. de Manerville á Lanstrac y esa fiesta que dá.....

—¡Oh! interrumpió la viuda, ¿creis que nosotros seguimos el ceremonial adoptado por la clase media? Acaso tenemos encadenado al conde Pablo, como temiendo que pueda escapársenos? Creeis que tengamos necesidad de hacerle guardar por una pareja de gendarmes,

recelando que nos le robe alguna conspiracion bordelesa?

—Estad persuadida, amiga mia, de que me alegro infinito.....

Un criado que entró anunciando al conde de Manerville, cortó la palabra á la marquesa. Como á todos los enamorados, parecióle encantadora la idea de abandonar á sus amigos por un rato, andar cuatro leguas á escape, y pasar una hora al lado de Natalia. Llegaba salpicado de lodo, con espuelas y látigo en mano.

—Querido Pablo, dijo Natalia, ¿á que no adivináis qué decíamos en este momento á la señora?

Cuando Pablo estuvo al corriente de las calumnias que circulaban, se echó á reir en vez de montar en cólera.

—Esas buenas gentes, ignoran quizás, que aquí no habrá ni boda, ni festines; ni siquiera matrimonio á las doce del dia en la iglesia: por eso están furiosos. Pues bien, madre, dijo besando la mano á Mad. Evangelista, les tiraremos á la cabeza un baile, el dia que firmemos el contrato, del mismo que al pueblo se le tira

su fiesta en el gran salon de los Campos Elíseos, y procuraremos á nuestros buenos amigos, el doloroso placer, de firmar un contrato de matrimonio, cosa rara en provincias.

Este incidente fué de alta importancia. Madame Evangelista, invitó á todo Burdeos para el dia en que se habia de firmar el contrato, y propúsose desplegar en su última fiesta una magnificencia, que diese un solemne mentís á las murmuraciones de la sociedad. Aquello fué un compromiso público del matrimonio entre Pablo y Natalia. Los preparativos para aquella fiesta duraron cuarenta dias, y fué conocida con el nombre de *la noche de las camelias*. Habia una inmensa cantidad de estas flores en la escalera, en la antecámara y en el salon donde se sirvió la cena. Este detalle coincidió naturalmente con los que exigian las formalidades preliminares del matrimonio y los pasos dados en París para la creacion del mayorazgo. Verificóse la compra de las tierras lindantes con Lanstrac, publicáronse los edictos y las dudas se disiparon. Desde entonces, amigos y enemigos ocupáronse tan solo en preparar sus

trajes para la fiesta indicada. El tiempo empleado en todas estas cosas borró y echó en olvido las palabras y debates de la tempestuosa discusión motivada en la primera conferencia, por el contrato. Ni Pablo ni su suegra se acordaban ya de ello. ¿No era todo, como había dicho Mad. Evangelista, cuestión de los dos notarios? Pero á quién no le ha acontecido en el rápido curso de su vida, el ser interpelado repentinamente por la voz de un recuerdo que casi siempre es tardío, y que nos trae á la memoria un hecho importante ó un peligro no lejano? En la mañana del día en que debía firmarse el contrato, uno de estos fuegos fátuos brilló en el alma de Mad. Evangelista cuando estaba sumida en esa dulce somnolencia del despertar. Aquella frase: *Questa coda non é di questo gatto*: enunciada por ella en el momento en que Mathias accedía á las condiciones de Solonet, volvió á su imaginación. A pesar de su falta de capacidad en los negocios, madame Evangelista se decía á sí misma: Si el hábil maese Mathias se apaciguó, fué sin duda á espensas de uno de los dos esposos. El interés

herido, no debía ser, pues, el de Pablo, como ella había esperado. ¿Correrían los gastos de la guerra á costa de la fortuna de su hija? Resolvió pedir esplicaciones sobre el contenido del contrato, sin pensar en lo que debía hacer en el caso de que juzgase sus intereses demasiado gravemente comprometidos. Aquel día influyó de tal modo en la vida conyugal de Pablo, que es necesario esplanar algunas de esas circunstancias exteriores que obran é influyen en gran manera sobre el espíritu. Debiendo ser vendido el hotel, Mad. Evangelista no retrocedió ante ningún gasto: el patio estaba enarenado y en su centro se levantaba una magnífica tienda á la turca, rodeada de espléndidos arbustos, á pesar de que corría el invierno. Las camelias, cuya fama había llegado hasta Angulema y Dax, tapizaban la escalera y los vestíbulos. Lienzos enteros de pared habían desaparecido para ensanchar las salas del festín y dar mayor holgura á los bailarines. Burdeos entero, el aristocrático, el lujoso, aguardaba ansioso la hora de la fiesta. El pueblo había afluído de un modo considerable

y formaba dos filas á cada lado de la puerta cochera, deseoso de ver bajar de los carruajes á las señoras. Naturalmente, esta atmósfera suntuosa debía ejercer alguna influencia sobre los espíritus. En el momento de la crisis, aquellas luces, aquel movimiento, debía llegar hasta el corazón. Los notarios comieron con los novios y la suegra; y fué también uno de los convidados el primer pasante de Mathias, que estaba encargado de recoger las firmas durante la fiesta y procurar que el contrato no fuese leído indiscretamente por algun curioso.

Bien puede cansarse una imaginación, buscando una muger y un traje comparables á la belleza de Natalia y su magnífico vestido: sus cabellos, coquetamente peinados, caían en mil bucles sobre su alabastrino cuello, haciéndola asemejar á una flor escondida entre sus hojas. Mad. Evangelista lucía un riquísimo traje de terciopelo color de cereza, que realzaba en gran manera su tinte criollo, y sus ojos y cabello intensamente negros: en su garganta brillaba, con el fin de desmentir las calumnias, un magnífico collar de perlas abrochado por el *Discreto*.

Para mejor inteligencia de la escena es menester decir que Pablo y Natalia, sentados en un rincón de la chimenea, no escucharon ningún artículo de las cuentas de tutela. Tan niños los dos é igualmente felices, el uno con sus deseos y la otra con su curiosidad, soñando la vida como un azulado cielo, jóvenes, ricos, enamorados, no cesaron ni un momento de hablarse al oído en voz baja. Armado ya su amor con la legalidad, Pablo se había atrevido á besar la punta de los dedos de Natalia y á acariciar sus cabellos, ocultando á todas las miradas los goces de aquella emancipación ilegal. Natalia jugaba con un abanico de riquísimas plumas indias, que la había regalado Pablo, presente que, según creencia supersticiosa de algunos países, es para el amor un presagio tan siniestro, como el de unas tijeras ú otro instrumento cortante, y que recuerda sin duda, los Paros de la mitología. Sentada muy próxima á los dos notarios, Mad. Evangelista prestaba la más escrupulosa atención á la lectura de las piezas. Después de haber oído las cuentas de tutela, sábiamente estendidas por

Solonet, y que reducian á los famosos un millon ciento cincuenta y seis mil francos, los tres millones y medio que dejó al morir Mr. Evangelista, dijo á la jóven pareja: Escuchad, hijos míos, van á leer vuestro contrato. El pasante pidió un vaso de agua, Solonet y Mathias se limpiaron las narices. Miraron Pablo y Natalia aquellas cuatro personas, y despues de escuchar el preámbulo, volvieron á su charla. La institucion de los dotes, la donacion general en caso de muerte sin hijos, la del cuarto en usufructo y el cuarto en propiedad neta permitido por el código, la constitucion del fondo de comunalidad, el donativo de los diamantes á la muger, de la biblioteca y caballos al marido, todo se leyó sin merecer observacion alguna. Vino la constitucion del mayorazgo, y cuando todo estuvo leído y tan solo faltaba firmarlo, Mad. Evangelista preguntó cuáles serian los efectos de aquel mayorazgo.

—El mayorazgo, señora, dijo maese Solonet, es una fortuna inalienable, sacada de la de los dos esposos y constituida en provecho del hijo mayor de cada generacion, sin quedar por ello

privado del derecho á la parte que le corresponda en la herencia general de bienes.

—¿Qué resultados tendrá para mi hija?

Incapaz maese Mathias de disfrazar la verdad, tomó la palabra.

—Señora, siendo el mayorazgo un heredamiento apartado de los bienes de los dos esposos, si muere primero la muger dejando uno ó varios hijos, uno de ellos varon, el señor conde heredará en su nombre trescientos cincuenta y seis mil francos, sobre los cuales tendrá efecto la donacion del cuarto en usufructo y el cuarto en propiedad: su deuda, pues, para con sus hijos se reducirá á unos cincuenta y cinco mil escudos, salvo sus beneficios en la comunidad, su dote, etc. En el caso contrario, si muere el señor conde, Mad. de Manerville tendrá derecho á trescientos cincuenta y seis mil francos solamente, á sus donaciones sobre los bienes de su esposo que no formen parte del mayorazgo, á su dote en diamantes y á su parte en la comunidad.

Los efectos de la profunda política de maese Mathias aparecian entonces claros como el dia.

—Mi hija está arruinada, dijo en voz baja Mad. Evangelista.

Mathias y Solonet oyeron estas palabras.

—¿Es arruinarse, dijo á media voz el viejo, el constituir á la familia una fortuna indestructible?

Al ver la espresion que tomó el rostro de su cliente, Solonet creyó deber suyo cifrar el desastre.

—Queríamos atraparles trescientos mil francos, y son ellos los que nos pillan ochocientos mil: el contrato se balancea por una pérdida á nuestro cargo, de cuatrocientos mil francos á favor de nuestros hijos. Es necesario romper ó seguir.

El silencio que á estas palabras siguió no podria describirse. Maese Mathias, con la arrogancia del triunfo, esperaba las firmas de aquellas dos mugeres que habian creido despojar á su cliente. Natalia, que no se hallaba en situacion de comprender, que perdía la mitad de su fortuna, y Pablo, ignorando que la casa de Marnerville la ganaba, continuaban riendo y charlando. Solonet y Mad. Evangelista se miraban,

aquel con indiferencia, esta con irritacion. Libróse á sus remordimientos, achacó á Pablo su falta de probidad, y decidió, juzgándose víctima, arrojar sobre él los defectos de su tutela. Conoció en aquel momento que era derrotada cuando creia vencer, y la víctima era su hija. Culpable sin provecho, se veia burlada por un honrado viejo, cuya amistad perdía sin duda. ¿No estaban inspiradas las estipulaciones de maese Mathias por su secreta conducta? ¡Horrible reflexion! Mathias habia iluminado la razon de Pablo, y si no habia dicho una palabra aun, una vez firmado el contrato noticiaria á su cliente los peligros corridos; aquel viejo lobo, aunque no fuese mas que para recibir lo que todos apetecen, unos cuantos elogios, ¿no le pondria en guardia contra una muger complicada en aquella baja conspiracion? no destruiria el imperio que ella habia adquirido sobre su yerno? Una vez advertidas las naturalezas débiles, no hay medio de hacerles recordar su antigua confianza. ¡Todo se habia perdido! El día en que dieron principio á la discusion, habia contado con la debilidad de Pablo,

con su falta de energía para romper unas relaciones ya tan estrechas. En aquel momento ella estaba comprometida de un modo bien distinto. Tres meses antes Pablo tenía pocos obstáculos que vencer para deshacer su matrimonio, pero entonces Burdeos entero sabía que todas las dificultades estaban ya vencidas hacia dos meses. Los edictos se habían publicado. La ceremonia debía verificarse á los dos días. Invadían los salones los amigos de las dos familias. ¿Cómo declarar que todo se había aplazado? Sabriase la causa de la ruptura, la severa probidad de Mathias predominaría en la opinión pública y sería escuchado con la preferencia. La sátira y la burla caería sobre los Evangelista, que no carecían de envidiosos. ¡Era necesario ceder! Todas estas reflexiones se agolparon al cerebro de Mad. Evangelista. Si guardaba la seriedad de los diplomáticos, manifestaba su cólera del mismo modo que Catalina II al ver desafiado su imperial orgullo por el joven rey de Suecia, con el movimiento apoplético de su barba. Solonet notó aquella contracción de músculos que denunciaba un

odio mortal, una tempestad sin ruidos, sin relámpagos. En aquel instante la viuda juraba á su yerno una venganza infinita, cruel, un rencor cuyo gérmen impregnaron los árabes en la atmósfera de las dos Españas.

—Esto es lo que llamabais galimatías, dijo al oído de su notario; á mí me parece que nada hay mas claro.

—Permitid, señora.....

—Caballero, continuó la viuda sin escucharle, si no conocisteis cuando tuvo lugar nuestra primera conferencia, los efectos de esas estipulaciones, me estraña mucho que no hayais pensado en ellas en el silencio de vuestro gabinete. No será sin duda por incapacidad.

Solonet arrastró al gabinete contiguo á su cliente, diciéndose para sus adentros.

—Mis honorarios por las cuentas de tutela ascienden á mil escudos, mil escudos por el contrato, y ocho mil francos que me producirá la venta del hotel, total catorce mil francos; no riñamos, pues. Cerró la puerta, lanzó á madama Evangelista una fria mirada, y adivinando los sentimientos que la agitaban, la dijo:

—Señora, cuando yo creí haber ido mas allá de los límites de la finura, vos me recompensais con semejante palabra.

—Es que vos, caballero.....

—Verdad es que no he calculado el afecto de las donaciones, pero ¿estais obligada á aceptar por yerno al conde Pablo? Está firmado el contrato? Dad vuestra fiesta y diferid la firma. Es preferible que caiga en el lazo Burdeos á que caigamos nosotros.

—¿Cómo justificar la falta de conclusion del contrato á los ojos de esa sociedad ya prevenida en contra nuestra?

—Un error cometido en Paris, la carencia de documentos, dijo Solonet.

—¿Pero y las adquisiciones?

—A Mr. de Manerville no le faltarán partidos ni dotes.

—Sí, á él no le faltará nada, pero nosotros lo perdemos todo.

—Vos podreis tener un conde mas barato si es que conceptuais el título como la razon suprema de este matrimonio.

—No, es imposible: no podemos jugar así con el honor. He caido en la trampa. Burdeos sería mañana un eco inmenso de esto. Hemos cambiado palabras solemnes.

—Quereis que vuestra hija sea feliz.

—Eso ante todo.

—Ser feliz en Francia, dijo el notario, es ser la dueña absoluta de casa. Pues bien, mademoiselle Evangelista llevará de una oreja á ese tonto de Manerville, que tan nulo es, que de nada se ha apercebido. Si desconfia de vos, en cambio creará en su muger. ¿No es lo mismo vuestra hija que vos? La suerte del conde Pablo se halla aun en vuestras manos.

—Si eso fuese cierto, caballero, no podría rehusaros nada.

—Volvamos, pues, al salon, dijo Solonet comprendiendo á su cliente; pero sobre todo, escuchadme bien, y despues llamadme inhábil si quereis.

—Mi querido colega, dijo al entrar el notario jóven, *á pesar de vuestra habilidad* no habeis previsto el caso de que Mr. de Manerville muriese sin posteridad, ó solo dejase hembras,

otro caso. Si esto sucediese, el mayorazgo daría lugar á pleitos con los Manerville. Así, pues, estimo necesario consignar que el mayorazgo estará sometido á la donacion general de bienes en el primer caso, y en el segundo será nula la institucion. El convenio concierne únicamente á la futura esposa.

—Muy justa me parece esa cláusula, contestó maese Mathias. En cuanto á su ratificacion, que se entienda el señor conde con la chancillería, si hay necesidad.

Solonet cogió una pluma y libeló al márgen de la escritura esta terrible cláusula, en la que ni apenas fijaron su atencion Pablo y Natalia. Mad. Evangelista cerró los ojos mientras la leía maese Mathias.

—Firmemos, dijo la madre.

La reprimida voz de la viuda dejaba adivinar una violenta emocion. Acababa de decirse á sí misma: No, mi hija ya no está arruinada: y el....! Mi hija poseerá el nombre, el título y la fortuna. Si Natalia llega á apercibirse de que no ama á su marido, y algun dia se vé arrastrada hácia otro de una pasion irresistible,

Pablo será desterrado de Francia y mi hija será libre, rica y feliz.

Si maese Mathias era práctico en el análisis de los intereses, en cambio conocia muy poco el análisis de las pasiones humanas: aceptó aquella palabra como una pública retractacion, en vez de ver en ella una declaracion de guerra. Mientras que Solonet y su pasante cuidaban de que Natalia firmase y rubricase todas las escrituras, operacion que exigia algun tiempo, Mathias se retiró con Pablo al hueco de una ventana y le confió el secreto de las estipulaciones que habia inventado para salvarle de una ruina inevitable.

—Teneis una hipoteca sobre este hotel, dijo al terminar, de cincuenta mil escudos, que será cobrada mañana. Tengo en casa las inscripciones del gran libro matriculadas á nombre de vuestra esposa. Todo está en regla. El contrato comprende el finiquito de la suma representada por los diamantes; pedidla, los negocios son negocios. Los diamantes ganan ahora, y muy bien pueden perder dentro de algun tiempo. La compra de los dominios de Auzac y

de Saint-Froult os permite reducirlo todo á dineró, á fin de no tocar las rentas de vuestra muger. Conque, señor conde, nada de falsa vergüenza. Despues de las formalidades se puede exigir el primer pago y asciende á doscientos mil francos; afectad á él los diamantes. Tendreis la hipoteca del hotel Evangelista para el segundo plazo, y las rentas del mayorazgo os ayudarán á pagar el resto. Si teneis el valor necesario para no gastar mas de cincuenta mil francos en los tres primeros años, recuperareis los doscientos mil francos de que ahora sois deudor. Si mandais plantar viñas en la parte montañosa de Saint-Froult podreis aumentar la renta hasta veinte y seis mil francos. De este modo vuestro mayorazgo será uno de los mas hermosos de que tengo noticia, pues llegará á producir cincuenta mil francos de renta. No habreis hecho mal matrimonio.

Pablo oprimió afectuosamente entre las suyas las manos de su viejo amigo, y este gesto no se escapó á Mad. Evangelista, que se acercó al grupo presentando la pluma al conde. Entonces sus sospechas se convirtieron en realidades y

creyó firmemente que Pablo y Mathias se habian entendido. Una oleada de rabiosa sangre agolpóse en su corazon. La habian quitado la máscara.

Despues de haber examinado si todas las vueltas estaban rubricadas y si al pié de cada página constaban las iniciales y rúbricas de las tres partes contratantes, Mathias miró á Pablo y la viuda, y no oyendo que su cliente exigia los diamantes, dijo:

—No creo que ahora que todos componeis una misma familia, hagamos cuestion del dote de los diamantes.

—Me parece muy regular que corran á cuenta de la señora. Mr. de Manerville ya se ha encargado del saldo de las cuentas de tutela, y quién sabe quien será el que sobreviva, dijo Solonet, que creyó ver en esta circunstancia un medio de atizar el encono de Mad. Evangelista contra su yerno.

—¡Oh! semejante proceder sería una injuria para mi, dijo Pablo. *Summum jus, summa injuria*, caballero Solonet.

—Pues yo rompo el contrato si no los acep-

tais, exclamó Mad. Evangelista, que en su furor vió un insulto en la indirecta demanda de Mathias.

No pudiendo dominarse salió del salon presa de la mas violenta rabia de un deseo de esterminio que estremaba hasta la locura el conocimiento de su impotencia.

—En nombre del cielo consentid, Pablo, dijo Natalia en voz baja. Mi madre está muy resentida; esta noche sabré el por qué, os lo confiaré y la apaciguaremos.

Satisfecha del resultado de su primera traza, Mad. Evangelista guardó sus pendientes y su collar, y presentó la joyas tasadas en cincuenta mil escudos, por Elías Magus. Acostumbrados á ver diamantes de familia en todas las sucesiones, no por eso dejaron de admirarse al ver las bellezas de aquel joyero.

—Me parece que ganais, dijo Solonet á Pablo, haciéndole ruborizar.

—¡Oh! con estas alhajas, bien puede pagarse el primer plazo de las compras verificadas.

—Y los gastos del contrato, añadió Solonet. El odio, como el amor, se nutre de las cesas

mas frívolas, todo cabe en él. Del mismo modo que todo lo juzgamos perfecto en la persona amada, en la aborrecida todo nos parece detestable. Mad. Evangelista creyó fingidos todos los inconvenientes que Pablo presentaba á la aceptacion de las joyas, y este de buena gana hubiera rehusado los diamantes y con mejor deseo los hubiera arrojado por una ventana. Al ver su confusion, Mad. Evangelista le lanzó una mirada que parecia decirle:

—Lleváoslos de aquí.

—Querida Natalia, dijo Pablo á su futura esposa, guardad vos misma los diamantes; son vuestros, os los regalo.

Natalia los dejó en el cajon de una consola. En aquel momento era tan grande el ruido de los carruajes, y tan fuerte el murmullo de las conversaciones de los convidados á la fiesta, que Natalia y su madre se vieron obligadas á presentarse. Los salones fueron invadidos en un instante y la fiesta se inauguró.

—Aprovechad la luna de miel para vender los diamantes, dijo Mathias á Pablo al despedirse.

Mientras se aguardaba la señal para el baile,

todos se hablaban al oído y sobre el mismo tema: el matrimonio: no faltó quien emitiese algunas dudas sobre el porvenir de los dos novios.

—¿Está ya todo concluido? preguntó á madame Evangelista una de las personas mas importantes de la ciudad.

—Ha habido tantas cláusulas que leer y oír, que sin duda nos hemos retardado un poco; pero bien merecemos que se nos dispense.

—Pues yo nada he escuchado, dijo Natalia, tomando una mano que le alargaba Pablo para abrir la danza.

—Pues á los dos les gusta derrochar, decia una vieja condesa, y no será la madre quien los detenga.

—Pero han fundado, segun he oído decir, un mayorazgo de cincuenta mil libras de renta.

—¡Bah!

—Me parece que el buen Mr. Mathias ha andado en eso: si así es, el buen hombre habrá querido evitarles una ruina segura.

—Natalia es demasiado bella para no ser superlativamente coqueta. Cuando lleve dos

años de casada, no respondo, decia una jóven, de que Manerville sea feliz.

—Necesitará que la sostengan *la fleur des pois*?

—No le faltaba mas que esa percha, contestó una señorita.

—¿No os parece que está algo seria madama Evangelista?

—Me acaban de decir que la quedan veinticinco mil libras de renta? qué es eso para ella?

—La miseria, amiga mia, la miseria.

—Todo se lo ha cedido á su hija. Mr. de Manerville ha sido tan exigente....

—De un modo escesivo, dijo maese Solonet. Pero en cambio será par de Francia. Los Malincourt y el vidame de Palmiers le protegerán. Vive en el arrabal de San German.

—No será Madlle. Evangelista la hija de un comerciante, la que le abra las puertas de la casa capitular de Colonia.

—Es sobrina del duque de Casa-Real.

—Por la línea femenina.

Agotóse pronto la conversacion. Los jugadores se pusieron á jugar, bailaron las jóvenes,

serviósese despues la cena, y por último cesaron el bullicio y el ruido cuando los primeros albos del dia reflejaron su débil luz en los vidrios de las ventanas. Despues de haber despedido á Pablo, que se fué el último, Mad. Evangelista subió al cuarto de su hija, porque su gabinete en el piso principal habia sido tomado en cuenta por el arquitecto para el ensanche de los salones, y á pesar de su fatiga y del sueño que las abrumaba, cruzaron algunas palabras así que se vieron solas.

—Decidme, madre mia, ¿qué teneis?

—Hija mia, esta noche he sabido hasta donde puede llegar el afecto de una madre. Tú nada sabes de negocios, y por lo tanto ignoras á qué sospechas se ha visto espuesta mi probidad. En fin, he pisoteado mi orgullo: se trataba de tu felicidad y de nuestra reputacion.

—¿Queréis hablar de los diamantes? Casi llora el pobre mozo. No los ha querido y los tengo yo.

—Duerme Natalia. Mañana hablaremos de este asunto, porque has de saber, hija mia, que tenemos asuntos que ventilar, dijo con un suspiro, y ahora hay un tercero entre nosotras.

—¡Oh, madre mia! Pablo no será nunca un obstáculo á nuestra felicidad.

—Pobre hija mia, dijo para sí la viuda, no sabe que ese hombre la ha arruinado esta noche.

Mad. Evangelista sintió entonces germinar en su corazon el instinto de esa avaricia que regularmente domina á todos los que alcanzan una edad avanzada. Propúsose reponer para su hija toda la fortuna que heredó de Mr. Evangelista, y creyó ver en ello su honor comprometido. Su amor hácia Natalia la prestó en un instante tanta destreza en el cálculo, como hasta entonces habia sido descuidada é ignorante. Una pasion es capaz de reformar en un momento el carácter: el indiscreto se convierte en diplomático, y el cobarde en atrevido. El odio, pues, convirtió en avaricia la prodigalidad de Mad. Evangelista; y quizás aquellos proyectos concebidos tan solo y mal dibujados aun, se viesen ayudados por la fortuna. Así es, que se durmió diciéndose: Hasta mañana. Por un fenómeno inesplicable, pero cuyos efectos son muy familiares en todos los que se duermen con la atencion fija en una idea, su alma

debía durante su sueño madurar aquellos pensamientos, coordinarlos y hacerla adivinar un medio para ser árbitro de la vida de Pablo: formado el plan, lo puso por obra la mañana siguiente.

Si el tumulto de la fiesta había alejado de la mente de Pablo la idea del peligro, cuando se vió solo y en su lecho, volvióle á asaltar este pensamiento, que le había inducido la sagacidad de su notario: Parece, decíase á sí mismo, que sin el concurso de Mathias hubiera yo sido apalcado por mi suegra. ¿Es esto posible? Qué interés puede moverla á engañarme? Y además, por qué tantos recelos? Dentro de pocos días Natalia será mi esposa, nuestros intereses estarán bien definidos y nada será capaz de desunirnos: conque, adelante. No dejaré de vivir prevenido, sin embargo, y si Mathias tiene razon, no es con la suegra con quien me debo casar.

En esta segunda escaramuza, el porvenir de Pablo había cambiado de faz, sin que él mismo se apercibiera de ello. De aquellos dos seres con quien tan íntimamente se unía, el uno era

su enemigo capital, que hábilmente meditaba la separacion de sus intereses. Incapaz de observar la diferencia que el carácter criollo establecía entre su suegra y las demás mugeres, debía al menos adivinar en ella una profunda astucia. La criolla posee una naturaleza particular, una amalgama de la inteligencia europea, de las violentas pasiones de los trópicos y de la apática indiferencia de los indios: conjunto seductor, pero peligroso como la descuidada educacion de un niño. Como este, la muger que hemos descrito desea realizar sus caprichos inmediatamente: su impaciencia le arrastraría al incendio si su propósito fuese asar una castaña. En su vida perezosa nada siente, pero en sus horas de pasión piensa en todo. La criolla cobija en su alma la perfidia de los esclavos negros que mecieron su cuna, pero como la de estos, su sencillez es infinita. Como estos, alimenta con progresiva intensidad un deseo, y llegado á su sazón estalla con la violencia de una bomba. ¡Estraño conjunto de cualidades y defectos, que el génio español había fortalecido en el alma de Mad. Evangelista y sobre los

cuales la finura francesa habia arrojado su glacial barniz! Aquel carácter embotado por una felicidad no interrumpida durante diez y seis años, entretenido despues con las minuciosidades del mundo, revelábase en su primer odio con el furor de un volcan; estallaba en los momentos en que la vida de la muger pierde sus mas caras afecciones y desea un nuevo elemento para nutrir la fogosa actividad que la devora. ¡Natalia estaria aun tres dias sometida á la influencia de su madre! Mad. Evangelista disponia aun de algunas horas, las últimas que pasa una soltera á solas con su madre. Con una sola palabra, la criolla podia influir en la vida de aquellos dos seres destinados á caminar juntos á través de los matorrales y espinosas zarzas de la sociedad parisien, porque Natalia tenia en su madre una fé ciega. ¡Cuánta inmensa fuerza tendria en su alma un consejo materno! Con una frase podia determinarse todo su porvenir. Ningun código, ninguna institucion humana puede prevenir el crimen moral que mata con una palabra. En esto estriba el principal defecto de la justicia

social: en esto tambien la diferencia que existe entre las costumbres del gran mundo y las del pueblo: éste franco, hipócrita aquel: el uno, el cuchillo, el otro, el veneno del lenguaje y de las ideas: el castigo para el que mata con hierro, la impunidad para el que asesina con la palabra.

A las doce de la mañana del siguiente dia Mad. Evangelista se incorporó á medias en el lecho de Natalia. Durante los primeros momentos, ella y su hija, no hicieron mas que recordar los felices dias de su vida, la dulce paz de que disfrutáran durante tantos años, sin que el mas pequeño obstáculo hubiese interrumpido el tranquilo curso de su dicha y sus placeres.

—¡Pobre hija mia, decia la madre derramando verdaderas lágrimas, es imposible que piense sin dolor, que despues de haber procurado yo tantos años satisfacer tus menores deseos, mañana serás esposa de un hombre á quien será preciso que obedezcas!

—¡Oh querida madre, en cuanto á eso!.... dijo Natalia con una picaresca mueca. ¿Os reis?

Decidme, ¿no satisfizo mi padre siempre todos vuestros caprichos? por qué? porque os amaba. ¿Y á mí no me querrá Pablo?

—Sí, te ama; pero si no vas con cuidado, nada se disipa mas pronto que el amor conyugal. La influencia que ejerce una muger sobre el hombre, depende de los primeros actos de su vida matrimonial; te son necesarios consejos escelentes.

—Pero vos vivireis con nosotros.

—Quizás, hija mia. Ayer noche durante el baile pensé mucho en los peligros de nuestra vida comun. Si los primeros actos con que establecieses tu imperio de muger casada fuesen atribuidos á mi influencia, ¿no seria tu vida un continuado suplicio? Además ¿no se veria mi orgullo ofendido cuando notase un fruncimiento de cejas en tu marido? Prefiero no vivir contigo, á abandonarte por estos motivos. No perdonaria á tu marido nuestra separacion. Al contrario, cuando tú seas la dueña, cuando tu marido sea para tí lo que fué tu padre para mí, no tendremos este inconveniente que temer. Quizás esta conducta sea un poco violenta para

tu tierno corazon, pero tu felicidad exige que seas la soberana absoluta en tu hogar doméstico.

—¿Pues por qué me deciais hace poco que le debo obediencia?

—Hija mia, porque aunque una muger mande, siempre debe aparecer sumisa á la voluntad de su marido. Si no supieras esto, quizás tu porvenir se viese maleado por alguna intempestiva cuestion. Pablo es débil, podria dejarse dominar por un amigo, quizás por otra muger, y conviene que prevengas estos casos y te entronices sólidamente en su corazon. ¿No es preferible que tú seas dueña absoluta de sus acciones, á que otro le imponga su voluntad?

—Yo lo creo, como que solo ansío su felicidad.

—Pues creo muy del caso el que yo sola y esclusivamente piense en la tuya; y desee que en tan grave asunto, no camines sin brújula entre tantos escollos como encontrarás.

—Pero, madre, ¿no somos bastante fuertes para vivir juntas y á su lado, sin temor á ese fruncimiento de cejas que decís? Pablo te ama.

—¡Oh! me teme mas que me quiere. Obsérvale bien hoy cuando le diga que voy con vosotros á Paris, y verás que por muy apearado que parezca, no podrá disimular su alegría.

—¿Por qué? preguntó Natalia.

—¿Por qué, hija mia? Yo soy como San Juan, Boca de Oro; ya se lo dire á él delante de tí.

—¿Pero y si me caso con la condicion de no separarnos nunca? dijo Natalia.

—Es necesario, porque mi porvenir se ha modificado. Estoy arruinada y no tendria para empezar si me hubiera de igualar con vosotros durante vuestra estancia en Paris; mientras que viviendo en Lanstrac, cuidaré vuestros intereses y procuraré rehacer mi fortuna á fuerza de economías.

—¿Tú hacer economías? contestó con una carcajada Natalia. Aun no eres abuela. ¿Me abandonarías por semejante motivo? Mira, madre, Pablo podrá parecerte un poco imbécil pero no es nada avaro.

—¡Oh! respondió la viuda con un tono de voz que hizo estremecer á su hija, me ha hecho

muy desconfiada la discusion del contrato y me inspira algunas dudas. Pero tranquilízate Natalia, dijo acercándose y dándola un abrazo, no estarás aislada mucho tiempo. Cuando no ofrezca ninguna dificultad mi vuelta entre vosotros, cuando Pablo me haya juzgado, entonces reanudaremos nuestra vida de ahora....

—¿Cómo podrás vivir sin tu Natalia, madre?

—Porque viviré para tí, viviendo sin tí. ¿No se satisfará mi corazon con la idea de que contribuyo á vuestra doble fortuna?

—Pero, madre mia, ¿por qué me dejas sola con Pablo tan pronto? Qué será de mi? Qué debo hacer y que debo evitar?

—¿Crees que te abandonaré á las primeras de cambio? Nos escribiremos tres veces por semana como dos enamorados, y así no perderé nada en tu corazon, ni tu en el mio. Nada te sucederá que no lo sepa yo y estarás garantida de toda desgracia. Estaria muy mal visto además que yo no os hiciese alguna visita, y Pablo no será tan inconsiderado que no permita que yo pase un mes ó dos en vuestra compañía.

—Tan pronto sola, y con él, exclamó con terror Natalia, interrumpiendo á su madre.

—Como que has de ser su esposa.

—Bien, pero dime cómo me he de conducir, tú que hacías cuanto te daba la gana de mi padre: aconsejame y te obedeceré ciegamente.

Mad. Evangelista besó en la frente á su hija; habia deseado y esperaba aquella pregunta.

—Hija mia, mis consejos deben adaptarse á las circunstancias. Los hombres no se parecen. Hay mas distancia entre el leon y la rana que entre un hombre y otro moralmente hablando. ¿Acaso sé lo que te sucederá mañana? Lo único que puedo darte, son ideas generales sobre tu plan de conducta.

—Di pronto cuanto sepas.

—Pues bien, hija mia, lo primero que debe hacer una muger para que no decrezca el amor de su marido hácia ella, y ten entendido que ser amada y soberana absoluta es una misma cosa, la causa, pues, principal de las rencillas conyugales, consiste en una cohesion constante que no existia antiguamente y que se ha introducido en este pais con la manía de la familia.

Desde la revolucion los palacios de la aristocracia han sido invadidos por las costumbres de la clase media. Esta desgracia la debemos á un escritor público, á Rousseau, un infame herege de ideas antisociales y que no me esplico cómo llegó á justificar hasta lo tenido por utópico. Pretendió que todas las mugeres tenian los mismos derechos, unas mismas facultades; que en el estado de sociedad, debia obedecerse á la naturaleza: como si la esposa de un grande de España, como si tú y yo tuviésemos algo de comua con las mugeres del pueblo! Desde entonces las mugeres elegantes, alimentan á sus hijos de su propio pecho y corre á su cargo la educacion de sus hijas. La vida se complica con estas costumbres de tal suerte, que la felicidad es casi imposible, porque una simpatia, duradera como la nuestra, entre dos caracteres, es una escepcion. No es menos peligroso el perpétuo contacto entre padres é hijos que entre dos esposos. La omnimoda presencia solo pertenece á Dios; pocas almas la perciben en su amor. Por eso te digo que interpongas entre Pablo y tú la barrera de la

sociedad: asiste al baile, á la ópera, pasea mucho por la mañana, no comas en tu casa por la noche, haz muchas visitas y concede pocos instantes á Pablo. Con este sistema siempre serás inestimable á sus ojos. Cuando no se cuenta mas que con el sentimiento para entretenir la vida, pronto se agotan los recursos, y al amor suceden la indiferencia, la saciedad y el hastío. No olvides que toda afeccion estinguida no es reemplazada mas que con el desprecio. Se siempre jóven para él: que cada dia encuentre en tí un nuevo atractivo. Puede suceder que te aburras alguna vez á su lado, pero cuidado con que él se aburra de estar contigo. Saber aburrirse cuando convenga es una de las condiciones de toda clase de mando. No podreis dar á vuestra felicidad un aspecto variado, ni con el cuidado de vuestra fortuna, ni con vuestros quehaceres domésticos, así es que si no procurases hacer participe á tu marido de tus ocupaciones mundanas, si no hicieses algun esfuerço para divertirle, llegaríais á caer en la atonía. Así empieza el *spleen* del amor. Al contrario siempre amamos lo que nos di-

vierte ó nos hace dichosos. Ser ó hacer feliz son dos sistemas de conducta femenina separados por un abismo.

—Bien os escucho, madre, pero no comprendo.

—Si tú amas á Pablo hasta el punto de hacer cuanto á él se le ocurra, si tú eres feliz con todo lo suyo, nada he dicho, entiendes: nunca serás la soberana, y los mejores consejos de nada te servirán.

—Eso ya está mas claro, pero aprendo la regla sin poderla aplicar, dijo Natalia riendo. Conozco la teoría, la práctica no.

—Pobre hija mia, dijo la viuda mientras resbalaba por su mejilla una lágrima sincera, ya te sucederán cosas que te harán recordar cuanto te digo. Oye bien Natalia; las mugeres tenemos todas un destino como tienen los hombres su vocación. Hay quien nace para ser una muger á la moda ó una amable ama de casa. [®] como nace un hombre general ó poeta. Tu vocación es agradar, y tu educacion además te ha formado para el mundo. Tú no has nacido ni para ser madre de familia, ni para inten-

dente. Si tienes hijos, no espero que al día siguiente de tu matrimonio ya tengas el talle echado á perder: no hay nada mas vulgar que la preñez á los dos meses de casados, y además que esto prueba poco amor en el marido. Si dos ó tres años despues de tu matrimonio, tienes hijos, tal cual; las institutrices y preceptores les educarán. Tú, sé la gran señora, simbolo del lujo y del placer, pero sé el gefe, visible tan solo en las cosas que lisonjean el amor propio de los hombres, y procura ocultar tu superioridad en lo que se refiera á mas graves asuntos.

—Me asustas, madre, exclamó Natalia. ¿Cómo me he de acordar de tantos preceptos? Yo tan aturdida, tan niña, ¿cómo me he de componer para calcularlo todo y reflexionar antes de obrar?

—Pues hija mia, todo lo que ahora te digo, la experiencia te lo enseñará con una amarga práctica.

—¿Pero por dónde debo empezar?

—Ya te guiará el instinto, continuó la madre.

Pablo te desea mucho mas que te ama: el amor producido por el deseo es una esperanza, el

que sucede á su satisfaccion es una realidad. En esto, hija mia, estriba todo tu poder. ¿Qué muger no es amada la víspera? Pues bien, Natalia, procura estar siempre en la víspera, no dejes que llegue nunca el dia siguiente. Pablo es débil, se amolda fácilmente á una costumbre; si cede la vez primera, pierde cuidado, que cederá siempre. Una muger deseada lo puede exigir todo. No hagas como muchas mugeres de poco talento, que desconocen la importancia de las primeras horas, nuestro único reinado, y las emplean en frivolidades vulgares y tonterías sin consecuencia. Aprovéchate del imperio que ejercerás sobre tu marido durante la primera esplosion de su amor, y acostúmbrale á obedecerte: mas para hacerle ceder no elijas una cosa fácil y puesta en razon, eso no tendria mérito, sino una estravagancia fuera del orden natural de las cosas, y así podrás calcular bien el prestigio de tu autoridad. Al toro se le ataca de frente, dice un proverbio castellano, y cuando conoce lo inútil de sus defensas y de su fuerza, se rinde. Si por tu culpa comete tu marido alguna necedad, tú serás la reina.

—¡Dios mio! ¿por qué todo eso?

—Porque el matrimonio, hija mia, dura toda la vida, y un marido no es un hombre como otro cualquiera: no le abras nunca tu corazón, y procura guardar siempre una constante reserva en tus palabras y en tus acciones: llega hasta la frialdad si quieres, porque esta al menos la podrás regular á tu voluntad, mientras que en las expresiones extremas del amor, ya no hay mas allá. Un marido es indigno de la confianza y favores de una muger. No creas que el conservar tu dignidad te costará mucho: estas palabras: Vuestra esposa no debe obrar así, no debe decir tal ó cual cosa; son el gran talisman. La vida de la muger esta compendiada en un: No quiero. No puedo, es el irresistible argumento de la muger que se deja arrastrar al lecho, que llora y seduce; no quiero, es el último argumento. La fuerza de espíritu femenino, aparece entonces en todo su vigor, por eso no debe emplearse mas que en ocasiones graves. La seguridad del triunfo está en la destreza con que cada muger debe manejar estas palabras, comentarlas y variarlas.

Pero hay un medio aun mejor que estos, pues no permite la discusion: yo, hija mia, imperé por la fé, no por la fuerza; si tu marido cree en ti, serás omnipotente. Y no creas que es esto muy sencillo; una muger podrá con facilidad probar á un hombre que es amado, pero es muy difícil convencerle de que es comprendido. Yo debo decirtelo todo, Natalia, porque la vida con sus complicaciones, la vida en que dos voluntades deben marchar hermanadas á un mismo fin, empezará mañana para tí. Fíjate bien en esto. El mejor medio para que dos voluntades no choquen encontradas en direccion distinta en la senda difícil del matrimonio, es reducirlas á una. Algunos pretenden que cambiando así de papel la muger, se crea su desgracia, pero, hija mia, tambien puede mandar á los sucesos ó prevenirlos, y esta sola ventaja compensa todos sus inconvenientes.

Natalia besó las manos de su madre y las bañó con lágrimas de reconocimiento. Como muger en la que la pasión física no contagia su sentimiento moral, comprendió al primer golpe de vista aquella alta política femenina:

pero parecida á los niños mimados que no se dan por vencidos á pesar de los argumentos mas sólidos y que reproducen como un estribillo su desco, volvió á la carga con una de esas razones personales sugeridas por la lógica directa de los niños.

—¿Pues, por qué, madre, hablabais hace pocos dias de preparativos necesarios al porvenir de Pablo, que vos únicamente podiais dirigir y cambiáis de opinión abandonándonos á nuestras propias fuerzas.

—Porque ignoraba lo estenso de mis obligaciones y la cifra de mis deudas, contestó la viuda, no queriendo descubrir su secreto. Dentro de dos años te diré algo sobre esto. Pablo no tardará, conque vistámonos. Ajusta tu conducta á la de la noche en que discutimos el contrato, porque hoy hemos de procurar salvar un glorioso resto de nuestro esplendor, al que estoy ligada por un supersticioso cariño.

—¿De que quieres hablar?

—Del *Discreto*.

Pablo se presentó á las cuatro. Por muchos esfuerzos que hizo para aparecer amable y

jovial, Mad. Evangelista no dejó de ver en las arrugas de su frente los consejos de la noche y las reflexiones del despertar.

—Mathias ha hablado, se dijo, haciendo el firme propósito de destruir la obra del viejo notario. Hijo mio, exclamó en voz alta, anoche os dejasteis aqui los diamantes y creed firmemente que siento en el alma haber guardado en mi casa unas joyas que casi suscitan una querrela entre nosotros. Por otra parte, como Mathias dijo, es preciso venderlas para subvenir al pago de las tierras que habeis comprado.

—Pero si ya no son mias: las regalé á Natalia para que viéndola adornada con ellas no os acordáseis del mal rato de anoche.

Mad. Evangelista estrechó cordialmente una mano de Pablo, reprimiendo una lágrima de ternura.

—Escuchad, hijos mios, dijo mirando á Natalia y á Pablo. Si quereis hacer eso, os propongo otra cosa. Yo he de vender mi collar de perlas y mis pendientes. Sí, Pablo, no quiero emplear mi fortuna en rentas vitalicias, y no olvido que os he de pagar lo que os debo. Pues

bien, confesaré mi flaqueza, vender el *Discreto* me parece demasiado sacrificio para mí. Vender un diamante que lleva el apodo de Felipe II, (1) que adornó su mano régia, que fué acariciado por el duque de Alba en el pomo de su victoriosa espada, no debo nunca consentirlo. Elías Magus tasó mis pendientes y mi collar en ciento y pico de miles de francos, cambiémosles por las joyas que os cedo por completo para cubrir mis créditos á favor de mi hija: ganais en el cambio, pero nada me importa, no soy avara. De este modo, en vez de esos adornos de fantasía, de esas vulgares baratijas que no están en moda mas que entre la gente de medio pelo, vuestra esposa tendrá magníficos diamantes. Vender por vender, ¿no es preferible deshacernos de esas antiguallas y conservar estas hermosísimas piedras?

—¿Pero, y vos, madre mia? dijo Pablo.

—¿Yo? respondió Mad. Evangelista, yo nada necesito. Viviré en Lanstrac. ¿No sería una locura ir á Paris cuando debo liquidar aquí el

(1) El verdadero sobrenombre de Felipe II es *el Prudente*.

resto de mi fortuna? Ahorraré para mis nietos.

—¡Querida madre! exclamó conmovido Pablo, yo no debo permitir tanta abnegacion.

—¡Dios mio! ¿No sois vosotros lo que mas quiero en el mundo? Creeis que yo no seré feliz sentada en un rincon de mi chimenea y diciéndome: Mi Natalia vá esta noche al baile de la duquesa de Berry. Con mi diamante en su garganta y mis pendientes, satisface ese amor propio que tanto contribuye á la dicha de la muger. Nada contrista tanto á una muger, como el ajamiento de su vanidad, y en prueba de ello nunca he visto amable y alegre á ninguna que no se haya juzgado deslumbrante ante su espejo. Vamos, sed justo, Pablo. Gozamos mucho mas con el placer de la persona amada, que con el nuestro propio.

—¿Pues por qué diría Mathias aquellas palabras? pensaba Pablo. Pues que vos lo quereis, dijo á media voz, acepto.

—Yo estoy confundida, exclamó Natalia.

Solonet llegó en aquel momento para anunciar una buena noticia á su cliente: habia encontrado entre los especuladores que conocia,

dos muy deseosos de adquirir el hotel en cuyos estensos jardines podian emprenderse construcciones.

—Ofrecen ya doscientos cincuenta mil francos, dijo, pero si venis á bien en ello podia hacerles subir hasta trescientos mil.

—Consiento en ello, pues á mi esposo no le hicieron pagar por todo mas que doscientos mil francos, pero no incluyais el mobiliario.

—¡Ah! exclamó riendo Solonet, veo que sois entendida en achaque de negocios.

—Por fuerza, contestó ella con un suspiro.

—He sabido, añadió Solonet, que serán muchas las personas que asistirán á vuestra misa de media noche; y conociendo que estaba allí de mas, se retiró despues de estas palabras.

Mad. Evangelista le acompañó hasta la puerta de la antesala, diciéndole al oido: Tengo al presente valores por doscientos cinco mil francos, y si me produce la venta del hotel doscientos mil francos limpios, podré reunir un capital de ciento cincuenta mil escudos. Cuento con vos para sacar el mejor partido posible; estaré probablemente en Lanstrac.

El jóven notario besó la mano de su cliente con reconocimiento, pues el tono de voz con que pronunció la viuda estas palabras le hizo creer que una alianza semejante aconsejada por el interés podria ir un poco mas lejos.

—Contad completamente conmigo: os proporcionaré negocios á préstamo en los que nada arriesgareis y obtendreis pingües ganancias.

—Hasta mañana, dijo ella; no olvideis que sois uno de nuestros testigos.

—¿Pero por qué, madre, os negais á venir con nosotros á Paris? Natalia me regaña como si yo fuese la causa de vuestra negativa.

—Mucho he pensado en ello, hijos mios, pero mi presencia os seria molesta. Os creeriais obligados á confiarme todos vuestros propósitos, y los jóvenes abrigan proyectos que yo involuntariamente podria contrariar. Marchad solos á Paris. No quiero ejercer sobre la condesa de Manerville el dulce dominio que hasta ahora ejercí sobre Natalia; os la cedo completamente. Existen entre nosotras, Pablo, lazos de costumbres que es necesario romper. Mi influencia debe ceder á la vuestra, y creed, Pablo, que

estas palabras las inspira el cariño que os profesó. Tarde ó temprano los maridos jóvenes se muestran celosos del afecto de una hija hacia su madre, y quizás tengan razón. Ya llegará día, cuando esteis más íntimamente unidos, cuando el amor haya fundido vuestras almas en una sola, en que no experimentaréis ningún temor al verme en vuestra casa, de que contraríe vuestra influencia. Sé lo que es el mundo, lo que son los hombres y lo que son las cosas: he visto la felicidad doméstica destruida por el amor ciego de algunas madres; tan molesto á sus hijas, como enojoso para sus yernos. El cariño de los viejos es muy minucioso. Acaso yo no supiera eclipsarme bien. Tengo la flaqueza de creerme aun hermosa, hay aduladores que dicen que soy amable, y ya veis cuáles serian mis pretensiones. Dejadme hacer otro sacrificio en pró de vuestra dicha, os he cedido ya toda mi fortuna; pues bien, ahora quiero desprenderme de mis vanidades de muger. Vuestro notario Mathias es viejo, no podrá cuidar bien vuestras posesiones; con que yo me constituiré en vuestro intendente y me

crearé unas ocupaciones que más pronto ó más tarde son propias de todos los viejos; esto no quiere decir que deje yo de hacer os alguna visita para ayudaros en vuestros ambiciosos proyectos. Vamos, Pablo, sed franco, ¿qué tal os parece mi plan?

Pablo no quiso confesar su asentimiento, pero veíase feliz con su libertad. Las sospechas que sobre el carácter de su suegra le habia inspirado el viejo notario, se disiparon con aquellas razones y otras que Mad. Evangelista le espuso sobre el mismo tema.

—Mi madre tenia razón, pensó Natalia observando la fisonomía de Pablo. Se alegra de nuestra separación, ¿por qué?

Aquel *por qué* era la primera pregunta de la desconfianza, y daba una inmensa autoridad á los consejos maternos.

Hay algunos espíritus que con la fé de una sola prueba creen en la amistad. Sucede en estos seres que tan pronto ven desaparecer una nube de desconfianza arrastrada por el más ligero impulso, como la ven empañar de nuevo el horizonte de sus creencias; perciben los efec-

tos sin estudiar las causas. El alma de Pablo era sencilla y confiada, carecia de malos sentimientos, pero no poseia la virtud de la prevision. Su falta de energia procedia mas bien de su bondad, de su creencia en el bien, que de la debilidad de su espiritu.

Natalia estaba pensativa y triste, porque no concebía cómo podría vivir sin su madre. Pablo, con esa especie de fatuidad, efecto del amor, se reía de la melancólica faz de Natalia, prometiéndose que los placeres del matrimonio y la vida de Paris la disiparian. Mad. Evangelista miraba con íntimo placer la confianza de Pablo, pues la condicion primera y principal de la venganza es el disimulo. La criolla habia ya dado dos grandes pasos. Las riquezas de su hija habian aumentado con un bellissimo aderezo que costaba á Pablo doscientos mil francos, y que este sin duda alguna completaria. De este modo dejaba á sus hijos entregados á sus propias fuerzas, sin otro consejero que su ilógico amor. Principio de una venganza que aun ignoraba su hija, y en la que tarde ó temprano seria cómplice interesada. ¿Amaria Na-

talia á Pablo? Pregunta era esta de solucion dudosa que podia modificar sus proyectos, porque amaba con demasiada sinceridad á su hija para no respetar su felicidad. El porvenir de Pablo dependia de si mismo. Hacerse amar era su salvacion.

En fin, el día siguiente, á las doce de la noche, despues de una cena á que fueron invitados los cuatro testigos, celebróse la misa de boda ante un centenar de amigos de las dos familias. Un matrimonio nocturno inspira siempre funestos presagios; la luz del sol es simbolo de vida y de placer. Preguntad al alma mas intrépida por qué la enerva la fria oscuridad de una bóveda, por qué la asusta el ruido de unos pasos, por qué la aterra el grito de los bichos y el maullido de los mochuelos. Aun cuando no exista motivo de terror, todos tiemblan; de igual modo, pues, entristecen las tinieblas. Natalia, separada de su madre, lloraba. La jóven era presa de esas dudas que asaltan al corazon cuando se emprende una nueva senda de vida, en la que, á pesar de una firme seguridad, existen mil escollos, agudos,

rompientes, que destrozán la felicidad de una muger. Sintió frío, y hubo necesidad de abrirla con un manto. La actitud de Mad. Evangelista, la de los dos esposos, promovieron algunos rumores entre la elegante concurrencia que rodeaba al altar.

—Acaba de decirme Solonet que los novios parten mañana para París.

—Debía acompañarles Mad. Evangelista.

—El conde Pablo ha podido desembarazarse de ella.

—¡Qué descuido! exclamó Mad. de Gyas, dar con la puerta en las narices á la madre de la esposa, es lo mismo que abrirla á un amante. Bien se vé que ignora lo que es una madre.

—Se ha portado muy cruelmente con su suegra; la pobre señora se retira á Lanstrac.

—Natalia está muy triste.

—Como que se vé aislada.

—Con eso sobran motivos para estarlo.

—Me alegro de haber venido, decía una señora, porque así me he convencido de la necesidad de rodear una boda con la pompa y fiestas de costumbre; esto me parece sombrío,

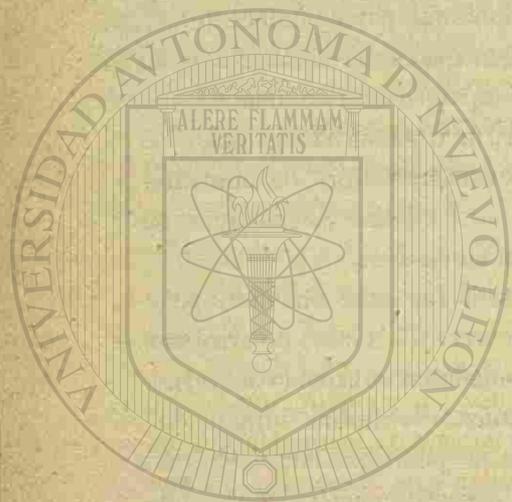
sin vida. Y si quereis que os diga todo lo que pienso, añadió inclinándose al oído de su vecino, este matrimonio me parece indecente.

Mad. Evangelista hizo subir á Natalia en su carruaje, y la acompañó á casa del conde.

—Y bien, madre mia, ya me habeis dicho.....

—Acuérdate, querida Natalia, de mis últimos consejos, y serás feliz. Sé siempre su mujer, mas nunca su querida.

Cuando ya Natalia reposaba en su nupcial lecho, la madre representó la farsa de arrojarse llorosa y desconsolada en brazos de su yerno. Aquella fué la única costumbre vulgar que Mad. Evangelista se permitió. Por mediacion de sus aparentes desesperacion y locura, obtuvo de Pablo esas promesas que casi todos los maridos conceden. El dia siguiente acompañó á los recién-casados hasta mas allá de la barca de la Gironda: su viaje no fué perdido, pues conoció con una palabra de Natalia, que si Pablo habia ganado la partida en la discusion del contrato, empezaba desde aquel momento su revancha. Natalia habia obtenido de su marido la mas completa obediencia.



CONCLUSION.



Cinco años despues, por el mes de Noviembre, entraba una tarde en casa de maese Mathias en Burdeos, el conde Pablo de Manerville. El alto embozo de su capa, su cabeza inclinada, y su andar misterioso, hubieran llamado la atencion á haber sido conocido. Demasiado viejo ya para los negocios, el honrado notario habia vendido su estudio, y acababa apaciblemente sus dias retirado en una de sus casas. Un asunto urgente habia reclamado su presencia en otra parte cuando llegó su huesped, pero prevenida la vieja criada que le servia, de la visita del

conde, le condujo al cuarto de Mad. Mathias, muerta hacia ya un año. Fatigado por su rápido viaje, Pablo durmió algunas horas. Cuando volvió el viejo, entró á ver á su antiguo cliente, pero contentóse con mirarle como mira una madre á su hijo. Josette, la criada, acompañó á su amo y quedóse de pié, al lado del lecho, con las manos puestas en sus caderas.

—Hoy hace un año, Josette, que exhalaba aquí mi querida esposa su último suspiro; no creía que volvería á entrar para ver el señor conde casi muerto.

—Pobre señor, dijo Josette, gime durmiendo.

El viejo notario, solo contestó con un ¡Mil papeles! inocente juramento que anunciaba en él la desesperacion.

—En fin, se dijo, he salvado la propiedad neta de Lanstrac, de Auzac, de Saint-Froult, y su hotel. Mathias contó con los dedos y exclamó.

—Hace cinco años, en este mes precisamente, su vieja tia ya difunta, la respetable señora de Malincourt, pedia para él la mano de aquel pe-

queño cocodrilo disfrazado de muger, que como me temia, le ha arruinado.

Despues de haber contemplado largo tiempo al jóven, el gotoso Mathias, apoyado en su baston, fué á dar un pequeño paseo por el jardin. A las nueve estaba dispuesta la cena y Mathias llamó á su huesped. No fué pequeño el asombro del notario cuando vió la despejada frente y el sereno rostro del conde. Si á los treinta y tres años aparentaba Pablo cuarenta, aquel cambio de fisionomia era tan solo debido á la agitacion de su espiritu: su físico era inmejorable. Fué preciso que obligase por fuerza á permanecer sentado al buen viejo, y estrechándole afectuosamente las manos, le dijo:

—¡Buen Mathias! tambien vos habeis sufrido.

—Sí, señor conde, pero mis dolores han sido naturales, necesarios, mientras que los vuestros.....

—Ya hablaremos de mí, cenando.

—Si no tuviese un hijo magistrado y una hija casada, exclamó el viejo, creed, señor conde, que hubierais encontrado en casa de Mathias

algo mas que hospitalidad. ¿Cómo os atreveis á venir á Burdeos en los dias en que aparecen en todas las esquinas los anuncios del embargo de vuestras granjas de Guasol, de Guadet, de vuestro coto de Belle-Rose y de vuestro hotel? Es imposible que manifieste el grandísimo disgusto que experimento al ver esos grandes carteles, yo que durante cuarenta años he cuidado esos inmuebles como si fuesen míos propios: yo, que tercer escribiente de mi digno predecesor monsieur Chesneau, los compré para vuestra madre y que de mi mano de escribiente tercero estendi sobre pergamino en hermosa letra redonda, la escritura de venta; yo, que tengo los títulos de propiedad en el estudio de mi sucesor; yo que he hecho las liquidaciones, yo, que os he conocido tan alto, dijo, estendiendo la mano á dos pies del suelo. Es necesario haber sido notario durante cuarenta y un años y medio para conocer el especial dolor que me causa la vista de mi nombre impreso con todas sus letras en la sumaria de embargo. Cuando paso por la calle y veo á algunos curiosos entretendidos en leer esos horribles anuncios amarillos,

me avergüenzo como si se tratase de mi propia ruina y de mi honor. Hay imbéciles que las delectrean en voz alta, á fin de llamar la atencion, y haciendo los mas tantos comentarios. ¿No es cada cual dueño de su fortuna? Vuestro padre dilapidó dos fortunas antes de renacer la que os ha dejado, y no seriais vos un Manerville, si no le imitaseis. Además, los embargos de inmuebles han dado lugar á todo un título en el Código, han sido previstos y os hallais en un caso admitido por la ley. Si yo no fuese un anciano de cabellos blancos y no me hallase tan achacoso que solo necesito un ligero golpe para caer de espaldas en la tumba, rociaria á todos los que se detienen ante estas abominables líneas. *Por demanda de Mad. Natalia Evangelista, esposa de Pablo Francisco José, conde de Manerville, divorciada en cuanto á bienes por sentencia del tribunal de primera instancia del departamento del Sena, etc.*

—Si, dijo Pablo, y ahora divorciada de cuerpo.

—¡Oh! suspiró el viejo.

—¡Ah! contra la voluntad de Natalia, con-

testó vivamente el conde; ha sido preciso engañarla; ignora mi partida.

—¿Os marchais?

—Tengo pagado mi pasaje á bordo de la *Belle-Amalie*, y voy á Calcuta.

—¡Dentro de dos dias! Es decir que no nos veremos mas, señor conde.

—No teneis mas que setenta y tres años, mi buen Mathias, y padeceis gota, un verdadero diploma de vejez. Cuando esté de vuelta, aun os encontraré sobre vuestros pies. Vuestra cabeza y vuestro corazon seguirán sanos y me ayudareis á reconstruir mi derruido edificio. Quiero ganarme una fortuna en siete años, y cuando vuelva no tendré mas que cuarenta. Todo es posible á esta edad.

—¿Vos? exclamó Mathias con un gesto de sorpresa, ¡vos comerciante, señor conde! ¿Lo habeis pensado bien?

—Ya no soy conde, querido Mathias; á bordo me conocen por Camilo, uno de los nombres de pila de mi madre. Tengo por otra parte relaciones que me ayudarán en mis planes, mi último recurso será el comercio. Cuento además

con una suma bastante considerable para atreverme á tentar fortuna en grande escala.

—¿En dónde está esa suma?

—Un amigo me la debe enviar.

El viejo dejó caer el tenedor al oír la palabra *amigo*; su aspecto fué claro intérprete del dolor que sentia al ver á Pablo bajo la influencia de una ilusion engañadora: su mirada veía un abismo donde Pablo creia distinguir un terreno sólido.

—He ejercido el notariado mas de cuarenta años, y jamás he visto á nadie prestar á un arruinado por amigo que haya sido.

—Porque no conoceis á Marsay, decís eso: estoy seguro de que á estas horas ha vendido ya rentas si ha sido preciso, y mañana recibireis una letra de cambio de cincuenta mil escudos.

—Bien lo deseo. ¿No podria ese amigo arreglar vuestros asuntos? Podiais evitaros el viaje viviendo tranquilamente en Lanstrac con las rentas de la condesa, por espacio de seis ó siete años.

—¿Hubiera pagado una delegacion el millon

quinientos mil francos que debo, en los que entra mi muger por quinientos cincuenta mil?

—¿Cómo habeis podido contraer en cuatro años un millon / cuatrocientas cincuenta mil libras de deudas?

—Muy sencillamente, Mathias. ¿No dejé á mi esposa los diamantes? No gasté los ciento cincuenta mil francos que se me entregaron del importe de la venta del hotel Evangelista, en amueblar mi casa de Paris? No fué preciso pagar aquí los gastos de nuestras adquisiciones y los que originó nuestro contrato de matrimonio? Pude prescindir de vender las cuarenta mil libras de renta de Natalia, para pagar las posesiones de Auzac y Saint-Froult? Vendí á ochenta y siete, creándome por consiguiente una deuda de unos doscientos mil francos en los primeros meses de mi enlace. Nos quedaron sesenta y siete mil libras de renta y hemos gastado constantemente doscientas mil. Añadid á estos novecientos mil francos que resultan, algunos intereses usurarios, y fácilmente tendreis el millon.

—¡Cáspita! dijo el notario. ¿Y qué mas?

—¡Oh! quise completar á mi esposa el aderezo que comenzó con el collar de perlas abrochado por el *Discreto*, un diamante de familia, y con los pendientes de su madre, y la compré una corona de espigas. Ya tenemos un millon cien mil francos. Debo además á mi muger trescientas cincuenta y seis mil libras, residuo de su dote una vez descontada la parte inalienable.

—Pero si vuestra esposa hubiese empeñado sus diamantes y vos vuestras rentas, exclamó Mathias, hubierais reunido trescientos mil francos con que entretener á vuestros acreedores.

—Cuando un hombre cae, Mathias, cuando sus propiedades están gravadas con hipotecas, cuando su muger se adelanta por su dote á sus acreedores, cuando ese hombre se vé amenazado por cien mil francos en letras de cambio, que confio serán satisfechas gracias al elevado importe de mis bienes, nada es posible. ¿Y los gastos de espropiaçion?

—Eso es espantoso, murmuró el notario.

—Afortunadamente, los embargos han sido convertidos en ventas voluntarias á fin de cortar el fuego.

—¡Vender Belle-Rose con la cosecha de 1825 en las bodegas!

—No hay otro remedio.

—Belle-Rose vale seiscientos mil francos.

—He aconsejado á Natalia que lo vuelva á comprar.

—Diez y seis mil francos de renta por término medio, sin contar las eventualidades como la de 1825. Haré subir yo mismo el importe de Belle-Rose á setecientos mil francos, y el de las granjas á ciento veinte mil cada una.

—Tanto mejor; y si puede venderse mi hotel de Burdeos por doscientas mil libras, cubriré por completo mis créditos.

—Solonet dará por él algo mas; le tiene ganas. Se retira con ciento y pico de miles de renta ganados al juego. Ha vendido su estudio en trescientos mil francos, y se casa con una mulata muy rica: Dios sabe cómo habrá enriquecido esta señora, pero segun dicen, es millonaria. ¡Un notario jugar! Casarse un notario con una mulata! Qué siglo! Se murmura que manejaba los fondos de vuestra suegra.

—Muy bien me ha pagado esa señora su

estancia en Lanstrac. Lo ha embellecido y cuidado admirablemente.

—No la hubiera creído nunca capaz de semejante conducta.

—Es tan buena y nos quiere tanto, que pagaba las deudas de Natalia cuando venia á Paris á pasar la temporada de invierno.

—Bien lo podia hacer viviendo en Lanstrac, ¿pero ser ella económica? qué milagro! Acaba de comprar entre Lanstrac y Grassol el dominio de Grainronge, de manera, que si continúa comprando por las cercanías de Lanstrac, podreis andar legua y media sin salir de vuestras posesiones. Ha pagado al contado cien mil francos por Grainronge, que produce unos mil escudos de renta limpia.

—Y continúa tan bella como antes, dijo Pablo, la vida del campo la sienta muy bien; iria á despedirme de ella, pero no quiero; se dejaría cortar una mano por mí.

—En vano haríais el viaje, ahora se encuentra en Paris. Quizás llegáse en el mismo momento que vos partíais.

—Sin duda, llegó á su noticia la venta de

mis fincas, y vendria en mi ayuda. No puedo quejarme de mi suerte. Soy amado tanto, como un hombre puede serlo en este mundo, amado por dos mugeres que luchaban en sus demostraciones de cariño hácia mi; celosas la una de la otra, la hija se quejaba del excesivo amor de su madre hácia el yerno, y la madre la echaba en cara sus locos gastos. Esta afeccion me ha perdido. ¡Cómo no satisfacer los menores caprichos de una muger amada! Cómo procurarse un medio para evitarlos? Y tambien ¿cómo aceptar estos sacrificios? Bien es verdad que hubiéramos podido liquidar nuestra fortuna y venir á vivir á Lanstrac, pero prefiero mil veces ir á la India á reconstituir mi fortuna, á arrancar á Natalia de una vida en que tantos goces encuentra. Yo soy quien he propuesto la separacion de bienes. Las mugeres son ángeles que no deben entenderse con los viles intereses de la vida.

El viejo Mathias escuchaba á Pablo entredudoso y asombrado.

—¿No teneis hijos? preguntó.

—Por fortuna, contestó Pablo.

—Yo no comprendo así el matrimonio, respondió con candidéz el notario. Segun yo, la muger debe participar de la suerte buena ó mala de su marido. He oido decir que, queriéndose como dos amantes dos jóvenes recién-casados, no se tienen hijos. ¿Acaso es el placer el único fin del matrimonio? No es mas bien el bienestar de la familia? La naturaleza de vuestro contrato y vuestro nombre os obligaba en primer término á procuraros un robusto hijo. Sí, señor conde, y si solo hubieseis tenido hijas, hubiera sido preciso no deteneros hasta lograr un varon que consolidase vuestro mayorazgo. ¿No era fuerte Mdlle. Evangelista? Tenía algo que temer de la maternidad? Podeis decirme que esto es una vieja costumbre de nuestros antepasados, pero, señor conde, en las familias nobles, una esposa legítima debe tener hijos y educarles bien; y como decia la duquesa de Sully, la muger del gran Sully, la esposa no es un instrumento de placer, sino la virtud y el honor de una casa.

—No conoceis á las mugeres, mi buen Mathias, dijo Pablo. Para ser feliz es menester

amarlas como ellas quieren ser amadas. ¿No hay algo de brutal en privar á la muger de todos sus privilegios y en destruir su belleza sin haber gozado antes de ella?

—Si hubiérais tenido hijos, la madre hubiera impedido las disipaciones de la esposa.

—No quiero que tengais razon, amigo mio, dijo Pablo frunciendo el entrecejo, aun seria mas desgraciado. No agraveis mis dolores con vuestra moral; dejadme partir con mis ilusiones.

El dia siguiente, Mathias recibió enviada por Marsay, una letra de ciento cincuenta mil libras, pagadera á la vista.

—Ya veis, dijo Pablo, no dice una palabra, empieza por obligarme. Enrique es la naturaleza mas perfectamente imperfecta y mas ilegalmente bella que conozco. Si supierais con qué superioridad, ese hombre jóven aun, analiza los sentimientos, los intereses y lo gran político que es, os asombraríais como yo de ver en él tan gran corazon.

Mathias trató de combatir la determinacion de Pablo, pero era tan irrevocable y justa por

mil razones que aducia, que el viejo no procuró retener á su cliente. Es muy raro que los buques de carga verifiquen sus salidas con exactitud, pero por una circunstancia fatal á Pablo, era favorable el viento y la Belle-Amalie debia hacerse á la vela el dia siguiente. En el momento de partida de un buque pululan en el puerto parientes ó amigos de los viajeros, é infinidad de curiosos. Entre las personas que allí se encontraban, algunos conocian personalmente á Manerville. Su desastre le hacia en aquel momento tan célebre como en años atrás hiciérale su fortuna, así es que hubo un movimiento de curiosidad. Cada cual emitia su parecer. Los sufrimientos del viejo Mathias que habia acompañado á Pablo hasta el puerto, debieron ser vivisimos al escuchar aquellos groseros y envenenados juicios.

—¡Quién reconoceria en ese hombre que veis ahí al lado del viejo Mathias, á aquel elegante llamado la *fleur des pois* y que tanto furor hizo hace cinco años en Burdeos!

—¡Cómo! ¿ese hombrecillo del redingot es el conde de Manerville? parece un cochero.

—Pues es él, amiga mía; el que se casó con Mdle. Evangelista. Ahí le tienes, arruinado, sin un céntimo y marchándose á las Indias en busca de una fortuna.

—¿Mas cómo se ha arruinado siendo tan rico?

—Paris, las mugeres, la Bolsa, el lujo.....

—Además, decía otro, que Manerville es un pobre señor sin talento, más blando que el papel marcado, que se ha dejado trasquilar á ojos vistos, incapaz de oponer la menor resistencia. Nació arruinado.

Pablo estrechó las manos del viejo y se refugió á bordo. Mathias aun se quedó en el muelle mirando á su antiguo cliente, el que desafiando la multitud con una mirada de desprecio, apoyóse sobre el filarste del buque. En el momento mismo en que los marineros levaban anclas, Pablo creyó distinguir á Mathias haciéndole señales con el pañuelo. La vieja criada se habia reunido á su amo y este parecia que desde la llegada de Josette daba evidentes signos de impaciencia. Pablo rogó al capitán que esperase un momento y que tuviese la bondad de enviar una lancha, á fin de averi-

guar lo que tanto impacientaba al buen Mathias, el cual continuaba con sus señales manifestando que queria hablar con él. No bajando Pablo á tierra y demasiado impotente Mathias para ir á bordo, contentóse con entregar dos cartas á uno de los dos marineros que tripulaban la lancha.

—Este paquete, decía el viejo notario enseñando al marinero una de las cartas que le daba, lo ves bien, no se te olvide; este paquete acaba de ser traído de Paris en treinta y cinco horas. Comunica esta circunstancia al señor conde, que muy bien podia cambiar de resolución.

—¿Y será preciso desembarcarlo? preguntó el marinero.

—Sí, amigo mio; contestó imprudentemente el notario.

El marinero es generalmente en todos los paises un ser especial que profesa casi siempre un profundo desprecio á los habitantes de tierra firme. Ni los comprende ni se los explica, son su continua burla y les roba si puede sin creer faltar á las leyes de la honradez. El que se

entendió con Mathias era un breton que solo vió una cosa en las recomendaciones del viejo notario.

—¡Ya! decía mientras bogaba, desembarcarle! hacerle perder un pasaje al capitán! Estos lobos de tierra creen que uno no debe hacer otra cosa que embarcar y desembarcar. ¡Tendrá miedo de que se constipe con el aire de alta mar!

El marinero, pues, entregó las cartas á Pablo sin decirle una palabra. Al reconocer la letra de su muger y la de Marsay presumió lo que podían decirle en aquellas dos cartas, y no queriendo que las ofertas que podía inspirarles su afecto ejerciesen alguna influencia sobre él, las guardó en su bolsillo, con aparente indiferencia.

—Tonterías todo lo que dicen, murmuraba el breton al oído de su capitán; si fueran tan importantes esas cartas como decía aquel viejo cachalote, no las hubiera arrojado tan pronto el señor conde por las escotillas.

Absorbido por los tristes pensamientos que aun á los hombres mas fuertes sobrecojen en

circunstancias semejantes, Pablo se abandonó á la melancolía despues de saludar á su viejo amigo, de decir adios á Francia y de mirar por última vez los edificios de Burdeos, que desaparecian con rapidéz. Sentóse sobre un rollo de cuerda, y la noche le sorprendió allí, perdido en el mar de su pensamiento. La media luz del crepúsculo trájole á la mente la duda; examinaba lo porvenir su inquieta mirada, probaba á sondearle y veía tan solo peligros é incertidumbres. Sentía vagos temores al suponer á Natalia libre, entregada á sus caprichos y arrepintiéndose de su resolucion echaba de menos á Paris y su vida pasada. Entróle el mareo, esa horrible enfermedad sin peligro que aniquila completamente la voluntad. Un trastorno inesplicable debilita los centros de la vida, el alma no ejerce sus funciones y todo le es indiferente al enfermo: la madre olvida al hijo, el amante no piensa en su amada, y el hombre mas enérgico y fuerte queda convertido en un cuerpo sin voluntad y sin fuerzas. Pablo fué trasladado á su camarote, donde permaneció tres dias en continuos sufrimientos:

despues volvió poco á poco á su estado ordinario. La mañana en que encontrándose algo aliviado se sintió con fuerzas bastantes para subir al castillo de Popa á respirar la brisa del mar, tropezó con las cartas al registrarse los bolsillos; cuatro dias que las guardaba allí sin leerlas! Abriólas, y empezó la lectura con la de su esposa, pero para enterarnos de su contenido, y mejor inteligencia, conviene que traslademos antes la que Pablo escribió á la condesa al abandonar á Paris.

Carta de Pablo de Manerville á su esposa.

«Natalia querida: Cuando leas esta carta ya estaré lejos de tí; quizás á bordo del buque que me lleve á la India á rehacer mi abatida fortuna. No me he sentido con fuerzas bastantes para anunciarte mi partida; te he engañado, pero era necesario. Inútilmente te hubieras afligido; no hubieras vacilado en sacrificar tu fortuna. No sientas este remordimiento, mi Natalia, que así no pesa un dolor mas sobre mi corazon. Cuando yo regrese millonario, como tu padre, imitaré su proceder para con tu madre, depositaré toda mi fortuna á tus

después volvió poco á poco á su estado ordinario. La mañana en que encontrándose algo aliviado se sintió con fuerzas bastantes para subir al castillo de Popa á respirar la brisa del mar, tropezó con las cartas al registrarse los bolsillos; cuatro días que las guardaba allí sin leerlas! Abriólas, y empezó la lectura con la de su esposa, pero para enterarnos de su contenido, y mejor inteligencia, conviene que traslademos antes la que Pablo escribió á la condesa al abandonar á Paris.

Carta de Pablo de Manerville á su esposa.

«Natalia querida: Cuando leas esta carta ya estaré lejos de tí; quizás á bordo del buque que me lleve á la India á rehacer mi abatida fortuna. No me he sentido con fuerzas bastantes para anunciarte mi partida; te he engañado, pero era necesario. Inútilmente te hubieras afligido; no hubieras vacilado en sacrificar tu fortuna. No sientas este remordimiento, mi Natalia, que así no pesa un dolor mas sobre mi corazón. Cuando yo regrese millonario, como tu padre, imitaré su proceder para con tu madre, depositaré toda mi fortuna á tus

piés, diciéndote: Tuya es. Te amo con locura, Natalia: te lo digo y te lo repetiría mil veces sin temer que aumentases el imperio sin límites que sobre mí ejerces desde que te conocí. Este temor solo lo experimentan los seres débiles. Mi amor es el único cómplice de mi desastre. Mi ruina progresiva me ha dejado percibir los delirantes placeres del jugador. Mis goces iban aumentando á medida que disminuía mi fortuna. Cada fragmento de mi caudal convertido en un placer tuyo, me causaba una celeste embriaguez. Te hubiera deseado aun mucho mas caprichosa; yo sabia que marchaba hácia un abismo, pero corría á él con la alegría en el alma, con un placer desconocido para los seres vulgares. He obrado como esos amantes que van á encerrarse por espacio de uno ó dos años en una casita, á las orillas de un lago, con el propósito de suicidarse despues de haberse sumergido en un Océano de placeres, estinguéndose en la plenitud de la gloria de sus ilusiones y de su amor. He juzgado siempre á seres semejantes admirablemente cuerdos. En cuanto á tí, nada sabias acerca de mis placeres

y de mis sacrificios; ¿por qué no es el mayor de aquellos el que resulta de ocultar al objeto amado el precio de lo que desea? Al presente puedo declararte estos secretos, pues me encontraré ya muy lejos de tí cuando leas estas líneas, que son otros tantos pedazos de mi corazón. Perderé los tesoros de tu agradecimiento, pero no sentiré la cruel contraccion que experimentaría al hablarte de estos asuntos. Además, amada mia, ¿no es verdad que hago bien en revelarte los secretos del pasado, pues que así afianzamos nuestro amor para lo porvenir? Tenemos por ventura necesidad de estímulos? No son innecesarias ya las pruebas en nuestro purísimo amor, para el cual no existen ni el tiempo ni las distancias? ¡Ah! Natalia mia, acabo de verte dormida, en actitud confiada, con el aspecto de una inocente niña, estendiendo tus manos hácia mí. He dejado depositada una lágrima sobre el almohada confidente de nuestros mas íntimos goces, y parto sin temor, con la fé que me inspira tu actitud; parto con el fin de conquistar el reposo, al conquistar una fortuna bastante considerable,

para que ninguna inquietud turbe ya nuestros placeres, y con la que pueda satisfacer tus gustos todos. No nos sería dable el prescindir de los placeres de nuestra vida actual. Soy hombre, y tengo valor. Tócame á mí solo el deber de labrar esa fortuna que nos es indispensable. Hubieras querido quizás seguirme, mas no te diré el nombre del buque, ni el punto y día de mi partida. Te lo anunciará un amigo cuando esté ya efectuada. ¡Oh! Natalia mia, mi afecto hácia tí no tiene límites; te amo con la vehemencia con que una madre ama á su hijo, como el amante á su prometida, sin ninguna mira interesada. Para mí las fatigas; los goces para tí; sufra yo, con tal de que seas tú dichosa. Diviértete mucho, no renuncies á tus hábitos de lujo, asiste á los Italianos, á la Opera, á los bailes, frecuenta el gran mundo; por todo ello yo te absuelvo de antemano. Angel mio! cuando tú vuelvas á ese nido donde hemos saboreado los frutos de cinco años de amor, piensa en tu amigo, piensa un solo momento en mí; he ahí todo lo que yo te pido. Cuando yo perdido bajo un ardoroso cielo tra-

bajando para los dos, encuentre obstáculos que vencer, ó que fatigado descanse en la esperanza de volver, pensaré, ¿cómo no? en tí, que eres mi vida entera; me diré que vives sosegada, tranquila, y que eres feliz. Así, como tenemos vida de luz y vida de sombra, del mismo modo tendré mi existencia de flores en Paris, mi existencia de trabajo en mi destierro. Tendré mis recuerdos y repetiré canto por canto ese hermoso poema de cinco años; recordaré los días en que tanto brillabas, en que ya con tus adornos, ya con tu descuidado traje, siempre aparecias seductora y gentil á mis miradas. El pasado, angel mio, será para mí como el sueño de deseos que precede á la posesion. Volveré para encontrar otra muger; ¿no te prestará la ausencia nuevos encantos? Oh, bello amor mio! que yo sea una religion para tí! Sé siempre la niña que he mirado dormida! Si engañases mi ciega confianza, Natalia, no tendrías que temer mi cólera, no, pero moriría silenciosamente. Pero no, la muger no engaña al hombre que la abandona libre como el pájaro en el aire; su corazon es noble. Quizás se

burlase de un tirano, pero renuncia á una traición fácil y que mataría al esposo engañado. No, no quiero pensarlo. Gracias por este grito tan natural en el hombre. Idolo mio, verás á Marsay, que en apariencia será el inquilino de nuestro hotel, pero que te lo cederá. Este arrendamiento simulado, era necesario para evitar pérdidas inútiles. Los acreedores, ignorando que su pago será cuestion de tiempo tan solo, quizás se hubieran arrojado sobre el mobiliario y el usufructo del hotel. Sé buena para con Marsay, pues tengo la confianza mas completa en su talento y en su lealtad. Tómale por tu defensor y tu consejero, que por quehaceres que tenga, siempre estará á tus ordenes. Le he encargado que cuide de mi liquidacion. Si te adelantase alguna suma, de la cual tuviese necesidad mas tarde, confio en que se la devolverás. Piensa que no he dicho que Marsay haya de velar sobre tí, sino tú misma: al indicártele, no te le impongo; ¡Dios mio! es imposible que te hable de negocios; tan solo me resta una hora de estar á tu lado. Cuento tus aspiraciones, procuro adivinar tus pensa-

mientos en los accidentes de tu sueño, tu tranquila respiracion me recuerda las floridas horas de nuestro amor. A cada latido de tu corazon, el mio te envia todos los tesoros de su amor, deshojo sobre tí todas las flores de mi alma como las esparcen los niños ante los altares de Dios el día del Señor. Te recomiendo á los recuerdos que te dedico, quisiera poder inyectar en tus venas parte de mi sangre para que fueses completamente mia, para que tu pensamiento fuese mi pensamiento, tu corazon el mio, y poder vivir todo en tí. Ahora has dejado escapar un murmullo como enviándome una dulce respuesta. Procura estar siempre tan hermosa y tranquila como en este momento. ¡Oh! quisiera poseer ese fabuloso poder que leemos en los cuentos de hadas, para mandar que no se viese interrumpido el dulce sueño de que gozas durante mi ausencia, y tornarte á la vida á mi vuelta con un beso. ¡Cuánta energía es necesaria, y cuán grande debe ser mi amor para encontrar fuerzas bastantes á separarme de tí, mirándote como te miro! Adios, amada mia: hé aqui á tu triste *fleur des*

pois arrastrada por el viento de la tempestad, pero confiada en que volverá, conducida por la Fortuna. Adios, mi Natalia; mas no, no quiero decirte adios, pues no te abandonaré jamás. ¿No has de ser tú el alma de todas mis acciones? No dirigirá mis pasos, no me animará en la empresa que acometo, la esperanza de proporcionarte una indestructible felicidad? No serás tú siempre, siempre, la imágen inseparable de mi espíritu? Ah! no será por cierto el sol de la India el que alumbrará mi ausencia; lo será sí, el fuego de tu mirada resplandeciente. Sé tan dichosa como puede serlo una muger separada de su amante. ¡Ah! no hubiera querido limitarme en la hora de despedida á imprimir un beso en tu frente, beso que no podías pagarme en tu tranquilo sueño, pero me era tan doloroso interrumpirlo! Cuando despiertes, angel mio, encontrarás una lágrima en tu rostro; haz de ella un talisman. Piensa, piensa siempre en el que tal vez por tí muera en lejana tierra; piensa menos en el esposo, que en el apasionado amante que te abandona, confiándote tan solo á ti misma y á Dios.»

Contestacion de la condesa de Manerville á su esposo.

«¡En qué afliccion me ha puesto tu carta, bien mio! ¿Tenias acaso el derecho de tomar sin consultarme, una resolucion que nos afecta á ambos, igualmente? Eres libre por ventura? No me perteneces? No soy yo medio criolla y podia por lo mismo seguirte sin dificultad? ¡Ah! tu conducta me prueba que no me juzgas necesaria. Qué te he hecho, Pablo mio, que así me privas de mis derechos? Cómo consideras que pueda vivir sola en Paris? Angel querido, tú quieres ser el único responsable de mis propias culpas. ¿No contribuí yo tambien á

pois arrastrada por el viento de la tempestad, pero confiada en que volverá, conducida por la Fortuna. Adios, mi Natalia; mas no, no quiero decirte adios, pues no te abandonaré jamás. ¿No has de ser tú el alma de todas mis acciones? No dirigirá mis pasos, no me animará en la empresa que acometo, la esperanza de proporcionarte una indestructible felicidad? No serás tú siempre, siempre, la imágen inseparable de mi espíritu? Ah! no será por cierto el sol de la India el que alumbrará mi ausencia; lo será sí, el fuego de tu mirada resplandeciente. Sé tan dichosa como puede serlo una muger separada de su amante. ¡Ah! no hubiera querido limitarme en la hora de despedida á imprimir un beso en tu frente, beso que no podías pagarme en tu tranquilo sueño, pero me era tan doloroso interrumpirlo! Cuando despiertes, angel mio, encontrarás una lágrima en tu rostro; haz de ella un talisman. Piensa, piensa siempre en el que tal vez por tí muera en lejana tierra; piensa menos en el esposo, que en el apasionado amante que te abandona, confiándote tan solo á ti misma y á Dios.»

Contestacion de la condesa de Manerville á su esposo.

«¡En qué afliccion me ha puesto tu carta, bien mio! ¿Tenias acaso el derecho de tomar sin consultarme, una resolucion que nos afecta á ambos, igualmente? Eres libre por ventura? No me perteneces? No soy yo medio criolla y podia por lo mismo seguirte sin dificultad? ¡Ah! tu conducta me prueba que no me juzgas necesaria. Qué te he hecho, Pablo mio, que así me privas de mis derechos? Cómo consideras que pueda vivir sola en Paris? Angel querido, tú quieres ser el único responsable de mis propias culpas. ¿No contribuí yo tambien á

nuestra ruina? No ha pesado mi lujo en la balanza? ¡Ah! Pablo, tú me has hecho maldecir la vida feliz y descuidada de nuestra larga luna de miel: me siento desfallecer al considerar que hemos de estar separados por espacio de seis años. ¿Es este tiempo bastante para labrar una fortuna? Y, volverás algún día? Muy cuerdamente obraba yo al oponerme con todas mis fuerzas á la separacion de bienes que tú y mi madre solicitabais con tanto empeño. ¿Qué os decía yo entonces? No era aquello arruinar tu crédito? Fué preciso que te incomodases para que cediese yo. Pablo mio, jamás has aparecido tan noble á mis ojos, como en este momento. ¿No desesperar de nada, ir á buscar una fortuna?.... Son necesarios tu carácter y tu fuerza para proceder de tal modo. Te adoraría de hijos. Un hombre que confiesa su debilidad con tu buena fé, que busca ansioso una segunda fortuna para ofrecerla á la misma que disipó su primera, ¡oh! Pablo, ese hombre es sublime. Marcha sin temor, cruza sereno á través de los obstáculos, y no dudes de tu Natalia, que tanto valdría el dudar de tí mismo. ¿Tú quieres vivir

en mí, amado mio? Acaso yo me separaré de tí? Mi alma irá donde la tuya, estará donde tú estés. Al par que tu carta me ha causado una aguda pena, me ha hecho inmensamente feliz: he visto en ella cuanto me amas y de qué modo comprendes mi amor. Algunas veces he creído que mi cariño superaba al tuyo, mas ahora me declaro vencida, bien puedes añadir esta preciosa superioridad á las infinitas que sobre mí posees. Sobre mi corazon guardaré durante tu ausencia la enamorada carta que tan bien me retrata á tu alma: todo mi ser se concentra en aquellos renglones que son la gloria de mi amor. Me trasladaré á Lanstrac, moriré para el mundo y viviré con mi madre economizando para pagar integras todas tus deudas. Desde esta mañana, Pablo, que soy otra muger; me retiro del mundo brillante que me rodea, no quiero gozar de unos placeres que tú no goees conmigo. Además, Pablo, no estando tú, ¿no debe ser la soledad mi única compañera? Y ahora, amigo mio, con doble motivo necesitas rehacer tu fortuna. Si hubiese necesidad de aguijar tu valor, nuevos ánimos

cobrarias con lo que te voy á decir. ¿No lo adivinas, esposo mio? Soy madre: vemos satisfechos nuestros mas caros deseos. No queria darte con una falsa noticia una de esas alegrías que matan, bastantes veces hemos reñido por ello por no desmentir despues la buena nueva. pero ahora estoy segura de lo que te anuncio y soy feliz porque así te proporciono un placer á través de tantos dolores. Esta mañana, ignorante aun de tu salida de Paris, he ido á la Asuncion á dar gracias á Dios. ¿Podia yo prever una desgracia? Todo parecia sonreirme. Al salir de la iglesia he encontrado á mi madre ¡pobre madre mia! habia sabido tus apuros y acababa de llegar por la posta con sus economías, con treinta mil francos, creyendo que esta suma te sacaria momentáneamente del atolladero. ¡Qué corazon, Pablo! Yo estaba contenta y volvía para anunciarte estas dos buenas noticias y almorzar en la tienda de nuestro invernadero, en donde te tenia preparadas unas golosinas que te agradan mucho. Agustina me entregó la carta. ¿No era un mal augurio recibir una carta tuya, cuando habiamos pasado

juntos la noche? ¡Me estremeci mortalmente y despues lei....! Llorando la hemos leído mi madre y yo. ¿No es cierto que debe amarse infinito á un hombre, cuando arranca lágrimas su memoria? el llanto pone fea á una muger. Yo no tenia sentidos. ¡Tanto amor y tanto valor! tanta felicidad y tantas miserias! Una riqueza inmensa en el corazon y una pobreza absoluta aunque momentánea en los intereses! Erame infinitamente dolorosa la idea de no poderte estrechar sobre mi corazon, en el momento que me asombraba la inmensa abnegacion de tu amor. ¿Qué muger hubiera resistido á la fuerza de los sentimientos que me agitaban? ¡Saber que estabas léjos de mí, cuando me hubiera hecho mucho bien tu mano posada sobre mi corazon! No estar tú á mi lado para poder fijar en mi esa mirada que solo tú posees y que me enloquece; para gozar con la realizacion de nuestras esperanzas; y no estar yo cerca de ti para endulzar tus amargas penas, con las caricias que tanto adoras de tu Natalia! Yo queria partir, volar á tu lado, pero me ha hecho ver mi madre que la salida de la

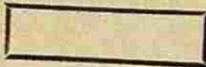
Belle Amalie debe verificarse pasado mañana y que en el estado en que me hallo sería una insigne locura aventurarme en un viaje tan rápido. He despreciado estos consejos, aunque ya siento por mi hijo un amor inmenso, he pedido caballos, pero me han engañado con la promesa de que iban á ser enganchados. Mi madre ha obrado con prudencia, los malestares de la preñez han empezado; no he podido soportar tantas emociones y me he sentido mal. Te escribo desde el lecho; los médicos me han prescrito un reposo completo durante los primeros meses. Hasta ahora he sido la muger frívola, en adelante voy á ser la madre de familia. Muy benigna se muestra la Providencia para conmigo, porque me envia el consuelo de mi hijo durante tu ausencia. Acariciándole á él creeré que te acarició á tí. Confesaré en voz alta, y diré la verdad, el amor que tan cuidadosamente hemos ocultado. Mi madre ha tenido ya ocasion de desmentir algunas calumnias que circulaban sobre tu conducta: los dos Vandesse Carlos y Felix te han defendido tambien, pero tu amigo Marsay todo lo toma en

broma; se burla de los que te acusan en vez de contestarles, y no me gusta tan ligero modo de rechazar acusaciones tan graves. ¿No te engañas en el concepto que has formado sobre él? Sin embargo, te obedeceré, me ganaré su amistad. Pierde cuidado, amado mio, en todo lo que atañe á tu honor. Mi madre y yo vamos á emplear todos nuestros recursos, y allegar mas, si es posible, para pagar íntegramente todas tus deudas y procurarnos segunda vez el coto de Belle-Rose: empeñaré mis diamantes. Muy sentida tienes á mi madre, que entiende de negocios tanto como un procurador, porque no la has confiado tus apuros. No hubiera comprado, á buen seguro, las tierras de Grain-ronge enclavadas en las tuyas, y hubiera podido prestarte ciento treinta mil francos. Se desespera por tu resolucion tan estremada, y teme por tu vida en aquel deletéreo clima. Me dice te aconseje que seas sóbrio, y ha añadido tambien que no te dejes seducir por ninguna muger..... no he podido contener una carcajada. Confio en tí tanto como en mí misma: volverás rico y fiel. Únicamente yo conozco

tu delicada pasión por las mugeres, y sus secretos sentimientos que hacen de tí una flor humana digna de los jardines del cielo. Bien hicieron los bordeleses al darte tu bonito sobrenombre. ¿Quién cuidará ahora mi delicada flor? Horribles ideas traspasan mi corazón. Yo, su esposa, su Natalia, permanecer aquí cuando quizás él sufre! No partir yo contigo tus penas, tus trabajos, tus dolores! Quién será ahora tu confidente? Cómo podrás vivir sin la dulce consejera en que tanto fiabas? Pobre sensitiva arrastrada por la tempestad, ¿cómo podrás vivir arrancada del único suelo en donde podías crecer bella y perfumada? Tengo frío en París, me han parecido interminables las horas desde que no estás á mi lado. He llorado mucho. Ser la causa de tu ruina, ¡qué cruel martirio para una esposa amante! Yo he sido para tí un niño, al cual se le dá todo lo que pide; una cortesana, por la cual derrocha su fortuna un aturdido. ¡Oh! tu pretendida delicadeza ha sido un insulto. ¿Crees que yo no hubiera podido vivir sin tocador, sin bailes, sin Opera, sin triunfos? Me juzgas una muger

casquivana? Opinás que no soy capaz de abrigar ningún pensamiento serio, y que no hubiera contribuido á tu fortuna como he coadyubado á tus placeres? Si no estuvieses tan lejos de mí, desgraciado, y sufriendo, os regañaría muy seriamente, caballero, por tantas impertinencias. ¡Rebajar á tu muger hasta ese extremo! Dios mio! Por qué frecuentaba yo el gran mundo? Por liscnjar tu vanidad. Yo me adornaba para tí, bien lo sabes. Si obraba mal, cruel ha sido el castigo; tu ausencia es una durísima expiación de nuestra vida íntima. Aquella felicidad era demasiado completa, bien me temia yo un grande dolor, y héle aquí. Después de aquellos goces tan cuidadosamente velados á toda estraña mirada, después de aquella embriaguez continua, después de aquella locura de amor, nada hay posible mas que la soledad. La soledad, amigo mio, no deja perecer las grandes pasiones, al contrario, las comunica mayor fuerza, las dá nuevo vigor, y yo aspiro á esto. ¿Qué podría hacer ya en el mundo de París? Para quién sería la gloria de mis triunfos? No seré mas dichosa viviendo en

Lanstrac, entre aquellos frondosos bosques tan cuidadosamente cultivados por tu padre, y vivir con tu hijo esperándote, y elevando por tí al cielo diariamente la plegaria de la madre y la del hijo, la de la muger y la del ángel? Te acordarás, como yo me acordaré siempre, de esos pasados goces de que haces mérito en tu carta? ¡Oh! Te amo tanto, como tú á mí! Esta profunda certeza de nuestro amor será un talisman contra la desgracia. No debo dudar de tí, como tú no debes dudar de mí. ¿Qué consuelos podré enviarte, triste de mí, si me acongoja la idea de seis años de ausencia, como la idea de un desierto sin luz, sin ilusiones, sin cielo? ¡Oh! pero no soy tan desgraciada; ¿acaso este destierro no estará animado por nuestro hijo? porque yo quiero tener un hijo; sí, es necesario, ¿no es cierto? Adios, amado mio, nuestros mas fervientes votos y nuestro amor, te seguirán donde quiera que vayas. Las lágrimas que ves sobre algunas líneas, te dirán mucho mas que ellas. Recoge los besos que te envío en ese pequeño cuadro, al lado de la firma de tu



NATALIA.»

Esta carta sumió á Pablo en una dulce meditacion, tanto causada por la embriaguez que respiraban aquellas enamoradas frases como por el recuerdo de sus pasados placeres: repasábalos en su memoria uno á uno á fin de explicarse la preñez de su muger. Cuanto mas feliz es un hombre, mas perplejo se muestra por su felicidad. En las almas exclusivamente apasionadas, cuya ternura vá acompañada de un soplo de debilidad, los celos y las inquietudes están en razon directa de la mayor ó menor dicha que experimentan. Las almas enérgicas, ni temen, ni se encelan; los celos son la duda, una mezquindad el temor. La confianza ilimitada es el principal atributo del grande hombre: si es engañado, porque del mismo modo el génio varonil y enérgico que el apocado y tímido pueden ser juguete de una asechancia, quédale el arma terrible del desprecio para su venganza. Pero esta grandeza de alma es una escepcion. ¿Quién no ha sentido alguna vez anonadado su espíritu, y perdida la luz del alma, estraviado en el laberinto de sus pensamientos, no se ha arrojado en brazos de ese

inmenso poder que todo lo niega? Ayudado Pablo por algunos hechos irrecusables, creía y dudaba á la vez. Perdido en sus ideas, presa de una terrible incertidumbre, pero combatido á la vez por aquellas muestras de amor y por su fé en Natalia, leyó otras dos veces aquella difusa carta sin llegar al cabo á deducir nada en pró ó en contra de su esposa. El amor, del mismo modo se muestra grande con la locuacidad, que con la concision.

Para comprender bien el estado de ánimo en que quedó Pablo despues de la lectura de esta carta, preciso es representárselo flotando tanto en el Océano por el que navegaba, como en la inmensa estension de sus recuerdos que presentaban á su mente, como un cielo de la mas pura diafanidad, toda su vida pasada; despues de envolverse en el torbellino de la duda arras-trado por sus ideas, recobraba la fé pura, sin límites del cristiano y del enamorado que sofocaba el grito de su corazon. Ahora es tambien necesario trasladar aquí la carta á la cual contestaba Enrique de Marsay.

Del conde de Manerville al marqués de Marsay.

«Enrique, voy á hacerte una de las mas grandes confiancias que un amigo pueda depositar en otro: estoy arruinado. Cuando recibas esta carta me hallaré á bordo de la *Belle-Amalia*, anclada en Burdeos, para marchar á Calcuta. Queda estendida en casa de mi notario una escritura en la que no falta mas que tu firma, por la cual te cedo en arrendamiento mi palacio por espacio de seis años. Este contrato simulado, de cuyo importe puedes reintegrarte en letra á cargo de mi esposa, es una precaucion para que Natalia pueda continuar en su

inmenso poder que todo lo niega? Ayudado Pablo por algunos hechos irrecusables, creía y dudaba á la vez. Perdido en sus ideas, presa de una terrible incertidumbre, pero combatido á la vez por aquellas muestras de amor y por su fé en Natalia, leyó otras dos veces aquella difusa carta sin llegar al cabo á deducir nada en pró ó en contra de su esposa. El amor, del mismo modo se muestra grande con la locuacidad, que con la concision.

Para comprender bien el estado de ánimo en que quedó Pablo despues de la lectura de esta carta, preciso es representárselo flotando tanto en el Océano por el que navegaba, como en la inmensa estension de sus recuerdos que presentaban á su mente, como un cielo de la mas pura diafanidad, toda su vida pasada; despues de envolverse en el torbellino de la duda arrasrado por sus ideas, recobraba la fé pura, sin límites del cristiano y del enamorado que sofocaba el grito de su corazon. Ahora es tambien necesario trasladar aquí la carta á la cual contestaba Enrique de Marsay.

Del conde de Manerville al marqués de Marsay.

«Enrique, voy á hacerte una de las mas grandes confiancias que un amigo pueda depositar en otro: estoy arruinado. Cuando recibas esta carta me hallaré á bordo de la *Belle-Amalia*, anclada en Burdeos, para marchar á Calcuta. Queda estendida en casa de mi notario una escritura en la que no falta mas que tu firma, por la cual te cedo en arrendamiento mi palacio por espacio de seis años. Este contrato simulado, de cuyo importe puedes reintegrarte en letra á cargo de mi esposa, es una precaucion para que Natalia pueda continuar en su

casa sin temer á los acreedores. Asimismo te traspaso la renta de mi mayorazgo durante cuatro años para reembolsarte de una suma de cincuenta mil escudos, que te suplico mandes á Burdeos á la orden de Mathias. Mi esposa te prestará su garantía en su pererogacion de mis rentas. Si con el usufructo de mi mayorazgo cubrieses mi deuda para contigo antes del plazo indicado, ya liquidaremos á mi vuelta. La suma que te he pedido me es indispensable para tentar fortuna, y tal confianza tengo en tí, que no dudo la recibiré en Burdeos la víspera de mi salida. Creo que en mi situacion tu conducta no hubiera discrepado de la mia. Me hé sostenido hasta el último momento sin dejar tan solo sospechar mi ruina. Despues, cuando el rumor del embargo inmobiliario de mis bienes llegó hasta Paris, procuré probar fortuna al juego con cien mil francos que reuní en letras de cambio. Podia rehacerme con un azar favorable, pero perdí. ¿Cómo me he arruinado? Voluntariamente, mi querido Enrique. Desde el primer día conocí que no podian mis rentas soportar todos mis gastos, veia el re-

sultado, pero cerré los ojos no queriendo decir á mi muger.—Abandonemos á Paris, retirémonos á Lanstrac.—Me he arruinado por ella como pudiera haberlo hecho por una querida, pero sabiéndolo. No creas que he sido débil ó tonto. Un imbécil no se deja dominar con pleno conocimiento por una pasion, y no es nada cobarde el hombre que en vez de saltarse la tapa de los sesos, arriesga su vida en tan lejanos paises para reconstruir su fortuna. Volveré rico ó no volveré. Solamente, amigo mio, como yo no deseo riquezas sino para ella y no quiero ser juguete de nadie, te suplico que veles por mi Natalia durante mis seis años de ausencia. Tú gozas bastante con otras mugeres para respetar á mi esposa, y acordarme toda la probidad del sentimiento que nos une. No conozco á nadie capaz de guardarla tan bien como tú. Como dejó á mi muger sin hijos, un amante podia ser peligrosísimo para ella. Sepas, mi buen Marsay, que amo con locura á Natalia, que por ella seria capaz hasta de la infamia. Hasta creo que la perdonaria una infidelidad, no por la certidumbre de mi

venganza que llevaria á cabo aunque me costase la vida, sino porque me mataria por ella si mi muerte pudiese contribuir á su felicidad. La he tratado siempre como á un hijo mimado. ¡Me sentia tan feliz con mis sacrificios y encadenábanse de tal manera un capricho con otro capricho, que seria una infame si me engañase! El amor se paga con el amor. Quiero, querido Enrique, que me lo cuentes todo. Acabo de escribirla una carta en la que le digo que parto lleno de esperanza, que no abrigo ni dudas, ni celos, ni temor; una carta como las que escriben los hijos á sus madres la víspera de una batalla, ocultándoles el peligro bajo el manto de la Providencia y del triunfo. ¡Dios mio, Marsay, y yo sentia un infierno en el corazon! Para tí mis ayes de dolor, para tí mi llanto, para ella la sonrisa del disimulo. Preferiria quedarme de barrendero con tal de que la viese á sus ventanas al pasar por la calle, á volver millonario despues de seis años de ausencia. Siento la mas horrible angustia y no disfrutaré un momento de reposo hasta el dia en que reciba carta tuya aceptando el cargo que te

lego y que solo tú puedes desempeñar y darle buen cumplimiento. ¡Oh! querido Marsay, esa mujer es indispensable á mi vida, es mi aire, mi sol. Ampárala bajo tu égida, consérvamela fiel aunque sea á pesar suyo: aun seria feliz con esta semi-dicha. Sé su rodrigon, de tí no desconfiaré. Convéncela de que seria una cosa vulgar el engañarme; que de este modo se pareceria á la generalidad de las mugeres y demostraria mas talento permaneciéndome fiel. Debe contar aun con bastantes recursos para continuar en su vida apacible y sin cuidados; pero si le faltase algo, si alimentase un capricho, sé tú su banquero, no te dé cuidado el satisfacerlo, volveré rico. Pero, ¡que escribo! mis temores son vanos é infundados; Natalia es un ángel de virtud. Cuando Félix de Vandenesse, arrastrado de su pasion por ella se permitió alguna asiduidad, tan solo advertí el peligro á Natalia, y ella me contestó dándome las gracias de tal manera y con tanta pasion, que me conmovi. Me dijo que su reputacion no permitia que un hombre abandonase brusca-mente su casa, pero que ella sabria despedirle

poco á poco. En efecto, desde entonces, cada vez le recibió con mas frialdad, y todo se terminó satisfactoriamente. Esta es la única cuestión que hemos tenido en el espacio de cuatro años, si puede llamarse cuestión un amistoso diálogo. Adios, amigo Enrique; soy hombre. La desgracia me ha aplastado con su peso, me humillo y parto. La miseria y Natalia son términos imposibles de conciliar. Nadie podrá tener queja de mí; el balance entre mi activo y pasivo es exactísimo, pero si por casualidad mi honor quedase á descubierto no satisfaciéndose todas mis deudas hasta el último sueldo, cuento contigo. En fin, si ocurriese algo grave, puedes escribirme con sobre al gobernador de la India en Calcuta; me unen con él algunas amistosas relaciones, y se me guardarán las cartas procedentes de Europa. Deseo, amigo mio, encontrarte el mismo á mi vuelta; burlándote de todo, pero accesible al sentimiento ageno, cuanto este sentimiento es tan grande como tu nobleza. Tú te quedas en Paris, yo cuando leas estas líneas estaré gritando: ¡A Cartago!»

**Del marqués Enrique de Marsay al conde
Pablo de Manerville.**

«Es decir, señor conde, que te hundiste; el embajador ha zozobrado. Hé ahí todas las bellas cosas que hacías. ¿Por qué no fuiste franco conmigo? Si me hubieras dicho una sola palabra, amigo mio, te hubiera hecho conocer tu situación. Tu muger no ha querido prestarme su garantía. ¡Pueda esta sola frase hacerte caer la venda de los ojos! Y si no fuese suficiente, sabe que tus letras de cambio han sido protestadas á demanda de un tal Solonet, notario en Burdeos. Este usurero, en embrion, venido de la Gascuña tan solo para enredar, es

poco á poco. En efecto, desde entonces, cada vez le recibió con mas frialdad, y todo se terminó satisfactoriamente. Esta es la única cuestión que hemos tenido en el espacio de cuatro años, si puede llamarse cuestión un amistoso diálogo. Adios, amigo Enrique; soy hombre. La desgracia me ha aplastado con su peso, me humillo y parto. La miseria y Natalia son términos imposibles de conciliar. Nadie podrá tener queja de mí; el balance entre mi activo y pasivo es exactísimo, pero si por casualidad mi honor quedase á descubierto no satisfaciéndose todas mis deudas hasta el último sueldo, cuento contigo. En fin, si ocurriese algo grave, puedes escribirme con sobre al gobernador de la India en Calcuta; me unen con él algunas amistosas relaciones, y se me guardarán las cartas procedentes de Europa. Deseo, amigo mio, encontrarte el mismo á mi vuelta; burlándote de todo, pero accesible al sentimiento ageno, cuanto este sentimiento es tan grande como tu nobleza. Tú te quedas en Paris, yo cuando leas estas líneas estaré gritando: ¡A Cartago!»

Del marqués Enrique de Marsay al conde
Pablo de Manerville.

«Es decir, señor conde, que te hundiste; el embajador ha zozobrado. Hé ahí todas las bellas cosas que hacías. ¿Por qué no fuiste franco conmigo? Si me hubieras dicho una sola palabra, amigo mio, te hubiera hecho conocer tu situación. Tu muger no ha querido prestarme su garantía. ¡Pueda esta sola frase hacerte caer la venda de los ojos! Y si no fuese suficiente, sabe que tus letras de cambio han sido protestadas á demanda de un tal Solonet, notario en Burdeos. Este usurero, en embrion, venido de la Gascuña tan solo para enredar, es

el pseudónimo de tu muy virtuosa suegra, acreedora real de los cien mil francos que no han llegado á tí sino mermados hasta setenta mil, por concepto de intereses. Comparado con Mad. Evangelista, el papa Gobseck era una seda, un merengue á la vainilla, un calmante, un tío rico sin herederos directos. Tu coto de *Belle-Rose*, será buena presa de tu muger, á la que su madre entregará la diferencia entre el precio de adjudicacion y el montante de su dote. Mad. Evangelista se quedará con Guadet y Grassol, y tambien son tuyas las hipotecas que pesan sobre tu hotel de Burdeos, cuyas escrituras están estendidas á nombre de unos espantajos que le procuró el dicho Solonet. De esta manera estas dos escelentes criaturas llegarán á reunir ciento veinte mil de renta ó sea el producto de todos tus bienes, amén de treinta y pico de miles de francos que las gattitas poseen en inscripciones del gran libro. La garantía de tu muger era inútil. El antes citado Solonet ha venido esta mañana á ofrecerme en reembolso de la suma que te he prestado, un traspaso en buena forma de mis

derechos. La cosecha de 1825 que guarda tu suegra en las bodegas de Lanstrac, le basta para pagarme. Estas dos señoras han calculado que al recibo de cualquier aviso mio ó ageno, abriéndote los ojos, estarías ya en alta mar, pero te envio mi carta por un correo particular á fin de que llegue á tiempo á tus manos, y puedas seguir mis consejos. He hecho hablar á este Lecuyer, y he recogido en sus mentiras, en sus palabras, y en sus reticencias, los hilos que me faltaban para hacer reaparecer la trama entera de la conspiracion doméstica urdida contra tí. Esta noche, en la embajada de España, cumplimentaré, lleno de asombro, á tu suegra y á tu esposa: haré la corte á Mad. Evangelista, abandonaré tu partido, diré pestes de tí, pero astutamente, pues si me propasase, descubriría antes de tiempo mis intentos esa Mascarille con faldas. ¿Por qué te has enemistado con ella? Hé ahí lo que yo deseo saber. Si hubieras tenido el talento de enamorarte de la madre, en vez de entontecerte por la hija, quizás hoy fueras par de Francia, duque de Manerville, y embajador en Madrid. A haberme

llamado á tu lado cuando andabas ya en tratos con ellas, yo te hubiera ayudado á conocerlas, y las hubiéramos analizado antes de contraer ningun compromiso: algunos útiles consejos te hubiera esto reportado. ¿No era yo el único amigo tuyo, capaz de respetar á tu muger? Debía yo infundirte temor? Esas dos mugeres; despues de haberme juzgado, me han cobrado miedo y han procurado separarnos. No te hubieran devorado á no estar tú tan sério conmigo. Tu esposa ha entrado por mucho en el enfriamiento de nuestras relaciones de amistad; como que la aconsejaba su madre, á quien ella escribía dos veces á la semana, sin sospecharlo tú tan siquiera. He reconocido á mi Pablo en este detalle cuando lo he sabido. Dentro de un mes seré bastante amigo de tu suegra para que me esplique la razon de ese odio hispano-italiano que te consagra á tí, el mejor hombre del mundo. ¿Te aborrecía ella antes de que su hija amase á Félix de Vandenesse, ó te echa á la India tan solo para que Natalia sea tan libre como puede serlo en Francia una muger separada de su marido, de cuerpo y bienes? Este

es el problema. Me figuro verte saltando y ahullando al leer que tu esposa ama con locura á Félix de Vandenesse. Si no se me hubiese ocurrido hacer un viage por Oriente con Montrweau, Ronquerolles y otros amigos que tambien conoces, hubiera podido decirte algo de esta intriga, que empezaba á enredarse cuando yo parti; entonces veía yo apuntar los gérmenes de tus desgracias. Pero ¿qué caballero bastante depravado se hubiera atrevido á sembrar entre vosotros semejantes discordias, sin haber oido antes alguna sinfonia conyugal? Quién hubiera osado estorbar á tu muger? Quién hubiera sido capaz de romper el ilusjonado espejo en donde se miraba uno de nuestros amigos? Acaso no son las ilusiones la riqueza del corazon? No era tu esposa, amigo mio, una muger á la moda, en toda la estension de la palabra? Tan solo pensaba en sus triunfos, en su tocador; asistía á los Butos, á la Opera, al baile; se levantaba tarde, iba al Bosque, comía fuera de casa ó daba banquetes en la propia. Esta vida es para las mugeres lo que la guerra para los hombres; el público

tan solo vé los vencedores, olvida los muertos. Si alguna dama de delicada complexion no puede soportar tal género de vida y muere, las que lo resisten deben tener una organización de hierro, hija de su escaso corazón y de su excelente estómago. En esto estriba principalmente la razón de la insensibilidad, del frío de los salones. Las almas bellas viven solitarias, las naturalezas débiles sucumben, y tan solo quedan en el mundo social los zánganos y los parásitos. Tu mujer se acomodaba perfectamente á este género de vida, á la que parecía habituada ostentándose llena de lozanía y de belleza. ¿Qué inferir de esto? Fácilmente colegí que ella no te amaba, al paso que tú la adorabas como un frenético. Para hacer germinar el amor en aquella naturaleza silícea, no eras tú el mas á propósito, hubiérase necesitado un hombre de hierro. Félix es el complemento de Natalia. Verdaderamente no era cosa muy difícil el adivinar que tu esposa era indiferente á tu amor, y no mediando mas que un paso de esta indiferencia al olvido de los deberes, era de esperar que mas ó menos tarde

por pueriles motivos ó fútiles pretestos, cayeses en el abismo de tu deshonor. Creo que hasta hubiera podido referirte las escenas que mediaban todas las noches entre vosotros en vuestra cámara nupcial: no tienes hijos, amigo mio, ¿y no deduce de esto un millon de cosas, un espíritu observador? Ciego tú por el amor, no te era posible aperebirte de la frialdad natural en una mujer, á la que has ido formando para Félix de Vandenesse. De no obrar así y haber notado su frialdad, debías haber atribuido, consecuente con la estúpida jurisprudencia de los casados, su fria reserva á virginal inocencia. Tú creías, sin duda, que ella permanecería virtuosa en una sociedad cuyas mugeres se dicen al oído lo que los hombres ni tan solo se atreven á insinuar entre sí, una sociedad en la que todo cuanto un marido no enseña á su mujer es especificado, comentado bajo un abanico, riendo y charlando á propósito de un proceso ó de una aventura. Si tu mujer amaba los derechos sociales que conquistaba con el matrimonio, sus deberes le parecieron un poco pesados. Tú no veías nada

de esto; tú te ahondabas mil abismos, pero los cubrías de flores; tú obedecías insensiblemente á la ley que rige al comun de los hombres, ley que habia yo deseado no prevaleciese contra tí. No te faltaba mas, amigo mio, para ser tonto rematado, sino que me vinieses diciendo: —Sería una intriga si me hiciese traicion: yo he hecho aquello, esto, haré mas aun, iré por ella á la India, etc. ¿Has vivido en París, Pablo mio, has tenido el honor de ser amigo de Enrique de Marsay para resultar ignorante de las cosas mas vulgares, de los primeros principios que mueven el mecanismo femenino, del alfabeto de su corazon? Suicidarse, ser encerrado en Santa Belagia, matar en desafio veintidos hombres, abandonar siete jóvenes, víctimas de una promesa, ser criado de Laban, atravesar el desierto, arrostrar el presidio, cubrirse de gloria, de vergüenza, rehusar como Nelson una batalla por besar un hombro de lady Hamilton, destrozar como Bonaparte el ejército del viejo Wurmsér, delirar como Rolando, romperse una pierna por bailar seis minutos con una muger.... ¿Qué tiene que ver

esto con el amor? Si este sentimiento se determinase con tales hechos, el hombre sería muy feliz: algunas proezas hechas en un momento de deseo arrojarían en sus brazos la muger amada. El amor, Pablo, es una creencia como la de la Inmaculada Concepcion de la Virgen; se siente ó no se siente. ¿Para qué sirven los laureles, arroyos de sangre, riquezas, si ese es un sentimiento involuntario é inesplicable. Los jóvenes como tú, que desean ser amados por balance de cuenta, me parecen mezquinos usureros. Nuestras mugeres legítimas podrán debernos hijos y virtud, pero amor nunca. El amor, amigo, es la conciencia del placer que hemos sentido y que hemos hecho sentir, la certeza de sentirlo y hacerlo sentir; el amor es un deseo incesantemente en movimiento, sin cesar satisfecho, é insaciable siempre. El día en que Vandenesse hirió en el corazon de tu muger la cuerda del deseo que tú dejaste virgen, ni tan siquiera de recuerdo sirvieron tus excesos de enamorado y tus sacrificios de pasión y de dinero. Aquellas noches conyugales con tantas flores y tantos perfumes, ¡humo! tu

vida, ¡una víctima que sacrificar sobre el ara! tu vida anterior, ¡tinieblas! una conmoción de amor borraba todos tus tesoros de pasión. Para Félix han sido todos los encantos, todos los afectos y quizás gratis, aunque en el amor el convencimiento es tan firme con tan solo la creencia como con la realidad. Tu suegra, sin duda alguna, se colocaría al lado del amante contra el marido: á sabiendas ó á ciegas, no sé cómo habrá sido, ha favorecido el amor é intereses de su hija, contra tus intereses y tu amor. Hace ya quince años que estudio la sociedad y aun no he visto ninguna madre que haya abandonado á su hija en circunstancias parecidas. Esta protección es una herencia transmitida de muger á muger. Y ¿qué hombre podrá echarse en cara? Tan solo algún redactor del código civil que creyó ver fórmulas donde no había mas que sentimientos. Los enormes gastos que te eran precisos con una esposa á la moda, tu fácil carácter y tu vanidad, procuraron los medios para desembarazarse de tí por medio de una ruina habilmente concertada. Debes concluir de esto, amigo mio,

que el mandato que me encargaste y que tanto me hubiera divertido con su cumplimiento, es nulo y no há lugar á él. El mal que deseabas prevenir no se ha podido evitar, *consummatum est*. Perdona si te escribo á la Marsay, tratando de asuntos que deben tener en concepto de graves. No creas que me chancoo con la catástrofe de un amigo, como pudiera hacerlo un heredero sobre la tumba de su pariente, pero me dijiste que eres hombre, y te creo, te trato como político y no como enamorado. Figúrate que esta desgracia debe ser para tí lo que el sello infamante sobre el hombro de un criminal; abraza como éste una vida de oposición sistemática, declárate enemigo de la sociedad, y de este modo evitarás muchos dolores. El matrimonio te ha esclavizado hasta hoy, ahora podrás combatirle frente á frente. Pablo, yo soy tu amigo, en toda la estension de la palabra. Si tu cerebro hubiese estado encerrado en un cráneo de bronce, si hubieses mostrado antes esa tu tardía energía, te hubiera dado pruebas indudables de mi amistad, con confianzas que te habrían enseñado á caminar

sobre la humanidad como sobre una alfombra, pero cuando hablábamos de esas combinaciones, á las cuales debo la facultad de entretenerme en el seno de la sociedad parisiense, como un buey en la tienda de un vidriero, cuando te contaba con novelescas formas las verdaderas aventuras de mi juventud, tú lo creías, con efecto, novelas y nada mas. No puedo, pues, considerarte, sino como un enamorado en desgracia. Pero, consuélate, amigo mio, el papel que desempeñas está lleno de simpatía, y para mi nada has perdido. Dispon de mis bienes como gustes, que si bien es verdad que admiro á las bribonas, no es menos cierto que amo y aprecio al victima de sus trampas. A propósito de aquel médico que tan mal fin tuvo, conducido al patíbulo por un exceso de amor á su querida, te conté la historia, no menos entretenida, de un pobre abogado que ahora está, no recuerdo en qué presidio, marcado por falsario, y que queria reunir para su esposa, ¡la adoraba tambien! una fortuna de treinta mil francos de renta, pero que la pobrecita muger le denunció para verse libre de

él, y se fué á vivir con un amigo. Tú te asombraste con los otros tontos que con nosotros cenaban, dijisteis que aquello no podia ser cierto, pues bien, amigo mio, figúrate que eres el abogado, sin lo del presidio. Ni tan solo te perdonan tus amigos el que hayas escapado al fallo de un tribunal. La hermana de los dos Vandenesse, la marquesa de Listomère y todo su séquito, en donde tambien se ha alistado el pequeño Rastignac, un picaro que ahora empieza á exhibirse: Mad. d' Aiglemont y su tertulia, cuyo rey es Carlos de Vandenesse, los Lenoncourt, la condesa de Seraud, Mad. d' Espart, los Nucingen, la embajada de España, en fin, todo un mundo hábilmente sugerido, esparce contra tí las mas infames calumnias. Eres un calavera, un jugador que has dilapidado néciamente tu fortuna. ¿Tu muger? Un ángel de virtud, que despues de haber pagado varias veces tus deudas, acaba de aceptar letras de cambio, cuyo capital asciende á cien mil francos. Felizmente tú te has hecho justicia desapareciendo. Si hubieras continuado la hubieras sumido en la miseria, victima de su

afecto conyugal. Cuando un hombre alcanza riquezas y poder, posee todas las virtudes de un epitafio; cuando se vé reducido á la pobreza, tiene mas vicios que el hijo pródigo. No puedes imaginar cuántos defectos á lo D. Juan hace tuyos la sociedad. Jugabas á la Bolsa, tenias hábitos licenciosos, cuya satisfaccion te costaba enormes sumas, y cuya esplicacion exige los comentarios y las burlas que solo puede soñar una imaginacion de muger. Los intereses que pagabas á los usureros eran crecidísimos. Los dos Vandenesse cuentan riendo á carcajada tendida que Gigonnet te vendia por seis mil francos una fragata de marfil, y que despues la compraba á tu ayuda de cámara por cien escudos para volver á vendértela: mas tarde la hiciste pedazos al apercibirte de que con el dinero que te costaba hubieras podido comprar un verdadero brick. A Máximo de Trailles le aconteció una cosa parecida hace nueve años, pero te sienta tan bien esta historia, que Máximo ha perdido toda su fama. En fin, es imposible que te lo diga todo, porque tú das argumento á una enciclopedia de enre-

dos, que las mugeres aumentan aun con su palabreria. En este estado de cosas, ¿no deben hasta las mas benévolas juzgar muy puesto en razon el consuelo de Félix de Vandenesse, (su padre murió ayer)? Tu muger ha obtenido un triunfo completo. Ayer Mad. de Camps me contaba todas estas bellas cosas en los Italianos.—No me digáis nada, le contesté, sabeis muy poco. Pablo ha asesinado á Ezzelin, ha hecho morir tres Medora de la calle de San Dionisio, y creo (dicho sea esto en confianza) que está afiliado á la banda de los Diez Mil. Su intermediario es el famoso Jacques Collin, á quien la policia no ha podido echar el guante desde que se escapó de presidio; como que Pablo le tenia escondido en su casa. Ya veis; es capaz de todo, hasta conspira. Ahora dicen que se han ido los dos á la India, abrigando el proyecto de robar al Gran Mogol.—Mad. de Camps comprendió desde luego que no era propio de una señora distinguida como ella, el convertir sus bellos lábios en bronceada garganta veneciana. Muchos, muchísimos se niegan á creer esas tragi-comedias, y adoptan el

partido de los sentimientos bellos de la naturaleza humana; creen que todo lo que se cuenta es una fábula. Amigo mio, Tallegrand ha dicho esta magnífica palabra: *Todo llega*. Y bien lo creo, pues suceden á nuestra vista cosas infinitamente mas asombrosas que pueda serlo este complot doméstico; pero muestra la sociedad grandísimo interés en desmentirlas, en creerse calumniada: además, se representan con tanta naturalidad esos magníficos dramas, van encubiertos con tal barniz de buen gusto, que con frecuencia me he visto obligado á limpiar los cristales de mis gafas para poder atisbar el fondo de las cosas. Pero, te lo repito, cuando un hombre es amigo mio, cuando hemos recibido juntos el bautismo del Champagne, cuando juntos hemos comulgado en el altar de Vénus Comoda, cuando nos hemos hecho confirmar por los retorcidos dedos del juego, y ese hombre, ese amigo se encuentra en una posición falsa, no vacilaria en turbar el reposo de veinte familias, ayudándole á recobrar su honor y su tranquilidad. Debes estar convencido de mi amistad, y si otra prueba te faltase, di, ¿he

escrito yo alguna vez, que tú sepas, cartas tan largas como esta? Ahora fija bien tu atencion en lo que me resta por decirte.

Bien es menester, Pablo, que escriba mucho; debo acostumbrarme á minutar despachos. Me entrego á la politica. Quiero en cinco años alcanzar ó bien una cartera, ó una embajada en donde pueda manejar los negocios á mi gusto. Llega una edad en que la mas bella querida que puede seducir á un hombre, es su patria. Me alisto en las filas de los que lo mismo echan por tierra nuestro sistema, que el ministerio actual. En fin, para que comprendas, navego en las aguas de cierto príncipe que solo tiene un defecto, ser manco del pié, y que conceptúo un político de génio, cuyo nombre será ensalzado en la historia; un príncipe completo, como puede serlo un gran artista. Nos hemos aliado Ronquerolles, Montriveau, los Grandlieu, La Roche-Hugon, Ferand y Granville, todos contra el partido presbítero, como dice con mucha agudeza el necio partido representado por el *Constitutionnel*. Queremos derribar á los dos Vandenesse, á los duques de Lenoncourt, de

Navareins, de Langeais y al limosnero mayor. Para conseguir el triunfo, seremos capaces hasta de formar un núcleo con Lafayette, con los orleanistas, con la izquierda, gente toda que tendremos que sacrificar al día siguiente de la victoria, porque es imposible de todo punto el cimentar sólidamente un gobierno con sus absurdos principios. Todo lo arrostraremos para lograr que el país sea feliz, y nosotros también. Los asuntos personales en la cuestión de rey, están reputados hoy como necedades de sentimiento, es necesario desembarazar la política. Bajo este punto de vista, los ingleses, con su talante de dux, están mucho más avanzados que nosotros. La política ya no consiste en eso, amigo mío, sino en el impulso que se ha de dar á la nación al crear una oligarquía en la que alienta un pensamiento fijo de gobierno y que encamina los negocios públicos por una vía recta, en vez de importunar al país con mil diferentes doctrinas, como lo hacemos desde cuarenta años á esta fecha en esta hermosa Francia, tan inteligente y tan nécia, á la vez tan disparatada y tan

prudente, y que más bien necesita un buen sistema que buenos patricios. ¿Qué son las personalidades en tan importante asunto? Si nuestros fines son grandiosos, si Francia es más feliz y aseguramos la pública tranquilidad, ¿qué importan al pueblo los beneficios que hayamos nosotros acaparado durante nuestro poder, nuestra fortuna, nuestros privilegios y nuestros placeres? Ahora estoy redondeando mi capital. Poseo ciento cincuenta mil libras de renta en títulos del tres por ciento y una reserva de doscientos mil francos para hacer frente á alguna pérdida: esto me parecía poco para un hombre que empieza á subir la escala del poder, empezando por el pié izquierdo. Ahora bien, un feliz acontecimiento me decidió á mí, que tanto amo la vida perezosa de los Orientales: después de treinta y cinco años de olvido, mi muy querida madre ha recordado que tenía un hijo que la honraba; con frecuencia sucede, cuando se arranca un plantel de viña, que algunos años después rebrotan algunas cepas de una olvidada raíz; pues bien, amigo mío, mi madre, aunque me arrancó casi

de su corazón, me conservó en su cabeza. A los cincuenta y ocho años se ha encontrado bastante vieja para pensar tan solo en un hombre, en su hijo. En estas circunstancias se hallaba, cuando conoció, no recuerdo en qué establecimiento balneario, á una deliciosa y vieja solterona inglesa que tiene doscientas cuarenta mil libras de renta, y á la que, como buena madre, hizo abrigar la ambición de casarse conmigo. Una doncella de treinta y seis años, por cierto educada en los más rígidos principios puritanos, una verdadera clueca que sostiene y prueba que las mugeres adúlteras debieran ser quemadas públicamente.— ¿De dónde compraríamos entonces leña?—le contesté. De buena gana la hubiera enviado al diablo, atendido á que doscientas cuarenta mil de renta no equivalen á la pérdida de mi libertad, ni son el precio de mi valor físico ó moral, ni de mi porvenir; pero es hija única y heredera de un viejo gotoso, cervecero en Londres, quien al morir, cosa que no tardará mucho, dejará una fortuna igual á la que ya posee la niña. Además de estos encantos, tiene la nariz

del más hermoso color rojo subido, los ojos como de cabra montecina y un talle que temo se quiebre en tres pedazos si por desgracia tropieza y cae; mas, en cambio, es económica hasta la seducción, adorará á su marido, y como verdadera inglesa cuidará mi casa, mis cuadras, mi hacienda y mi fortuna mejor de lo que lo pudiera hacer un administrador. Posee toda la dignidad de la virtud y se mantiene tan derecha como una confidente del Teatro-Francés; como que nadie me quitará la idea de que ha sido empalada, y se le quedó en el cuerpo algún trozo del palo. Además que miss Stevens es bastante blanca para no ser de todo punto desagradable, pero tiene unas manos, y esto me desespera, como las de una doncella, con más virtud que el arca santa y de un color tan rojizo, que no he podido imaginar un medio bastante barato para blanqueárselas, ni sé tampoco cómo afilarle unos dedos que parecen morcillas en lo gruesos y redondos. ¡Oh! muy clara se vé en ella su ascendencia cervecera por lo de las manos, y su aristocracia por su dinero, pero afecta de un modo exagerado unas

grandes maneras, como las de las ricas inglesas que quieren hacerse pasar por ladies, y no ocultan lo bastante sus patas de cangrejo. Por otra parte, tiene el poco talento que yo deseo en una muger, y si alguna existiese mas torpe, á buen seguro que me pondria inmediatamente en camino para buscarla. Dinak, que así se llama, no será nunca capaz de juzgarme, jamás me contrariará y yo seré su cámara alta, su lord y su cámara de los comunes. En fin, Pablo, esta doncella es una prueba irrecusable del génio inglés, un producto de la mecánica isleña en el último grado de su perfeccion, apostaria á que ha sido fabricada en Manchuter entre el taller de plumas Perry y el de las máquinas de vapor. Una cosa que anda, que anda, que come, bebe, duerme, que podrá tener hijos, cuidarles, educarles admirablemente y representar el papel de muger tan maravillosamente que todos crean que es muger de veras. Cuando mi madre nos presentó el uno al otro, tenia ella tan bien preparada su máquina, tan bien repasadas sus clavijas y tan cuidadosamente dado de aceite todo su rodaje,

que nada rechinó; pero cuando yo no la ponía muy mal gesto, dejó escapar los últimos resortes y habló. En fin, mi madre tambien pronunció la última palabra. Miss Dinah Stevens no gasta mas que treinta mil francos anualmente, y viaja por economía desde hace siete años. Tenemos, pues, una hucha, y en dinero contante. El asunto está ya tan avanzado, que las publicaciones tocan á su fin. Nos hallamos en *my dear love* (1). Miss me pone unos ojos capaces de derribar á un ganapan. Los tratos están terminados: de mi capital no se hace mencion; miss Stevens destina una parte del suyo á la fundacion de un mayorazgo de doscientos cuarenta mil francos de renta, y á la adquisicion de un palacio que será incluido en aquel: el dote averiguado de que seré yo responsable ascenderá á un millon. No puede tener queja de mí, le dejo integra la fortuna del cervecero. El buen hombre, al que tambien debe algo nuestro mayorazgo, por poco muere del alegron que le dió cuando le noticiaron que

(1) Mi amor querido.

su hija sería marquesa. Es muy capaz de hacer un sacrificio por mi hijo mayor. Venderé todo mi papel cuando se cotice á ochenta, y emplearé mi capital en fincas: dentro de dos años podré contar con ochenta mil libras de renta territorial, y una vez el cervecero en *bière* (1), añadidas las rentas de mi muger, ascenderá á seiscientas mil. Bien ves, Pablo, que esto que hago yo ahora, es lo que te aconsejaba antes de tu matrimonio. Si me hubieras atendido, tendrías una inglesa, hija de algun Nabab, que te hubiera tolerado la independencia del soltero y la libertad necesaria para estar siempre atento al juego de la ambicion. Sería capaz de cederte mi futura si no estuvieses casado; mas puesto que no puede ser, paciencia. Te digo esto, no porque te arrepientas de tu pasado y envidies mi fortuna presente, sino porque este preámbulo era necesario para explicarte que cuento con los medios indispensables para representar un gran papel en la sociedad.

(1) Equivoco ó *calembourg*, como llaman los franceses. *Bière* significa á la vez *cerveza* y *ataud* ó *féretro*.

Siempre me tendrás á tus órdenes, amigo mio, y te suplico que en vez de marearte yendo á la India, te vengas aquí para navegar conmigo de conserva en las aguas del Sena. Paris continúa aun siendo un manantial de riqueza, y donde está verdaderamente situado el Potosí es en la calle de Vivienne, en la plaza de Vendome, en la calle de la Paix ó en la de Rívoli. En cualquiera otra comarca son necesarios mil trabajos para llegar á ser rico, muchos sudores, muchas idas y venidas, aquí bastan solo las ideas, la imaginacion. Cualquier hombre de mediano talento, descubre una mina de oro al ponerse los pantalones, limpiándose los dientes despues de comer, al acostarse, al levantarse. Busca un pueblo en el mundo, en donde un buen pensamiento, por tonto y nécio que sea, produzca más, y sea mas pronto comprendido que aquí. Si llego á la cúspide que ambiciono, ¿crees que seré capaz de negarte un apretón de manos, ó una palabra, ó alguna firma? Nosotros, los jóvenes de esperiencia, tenemos á veces necesidad de un amigo, con el cual podamos contar en todos casos, aunque

no fuera mas que para comprometerle en lugar nuestro, y enviarle á la muerte, como se envia á un simple soldado, con el objeto de salvar la preciosa vida del general en jefe. La política es imposible sin tener un hombre de honor, capaz de todo, y á quien se le puedan confiar los mas graves secretos, al lado del hombre de talento. Por esto te he dicho, y repito, que vengas; he aquí mi opinion: deja que parta la *Belle-Amelie*, vuelve aquí como uaa exhalacion, y ya te tendré arreglado un desafio con Félix de Vandenesse, en el que tirarás primero y le matarás por lo mismo como á un palomo. En Francia, el marido ofendido que mata á su rival, es un hombre respetable y respetado: nadie osaría burlarse de él. El miedo, amigo mio, es un elemento social, un arma terrible para hacer bajar los ojos ante una mirada. Yo, que tanto me importa la vida como el beberme una taza de leche de burra, no he dejado de notar los estraños efectos producidos por este sentimiento en nuestras costumbres modernas. Unos tiemblan á la sola idea de perder los dulces goces de una vida ociosa; otros, por no

perder el amor de una muger. Las antiguas costumbres aventureras, en las que se despreciaba la vida como se desprecia un par de zapatos, ya no existen. La bravura de que muchos hacen alarde es un hábil cálculo sobre el miedo que domina á sus adversarios. Solo los polacos en Europa se baten por el placer de batirse; cultivan el arte por el arte mismo, no por especulacion. Matando á Vandenesse, tu muger temblará, tu suegra tambien, el público otro tanto, te rehabilitas, haces notoria tu insensata pasion por Natalia, te creen todos, y te conviertes en héroe. Así se piensa en Francia. No incluyas en tus deudas los cien mil francos que me debes: paga á tus acreedores principales; detén tu ruina vendiendo tus fincas á carta de gracia, y pronto obtendrás una posicion que te permitirá reembolsar á todos tus acreedores al poco tiempo. Además, que una vez práctico en el carácter de tu esposa, la dominarás con una sola palabra. Amándola, no podias luchar con ella, pero siéndote indiferente tendrás un arma invencible. A tu suegra la habré yo vuelto ya tan blanda como un

guante, porque quiero tambien que te devuelvan las ciento cincuenta mil libras de renta que se han procurado. Conque renuncia á tu viaje, amigo mio, pues tan solo serviria para que las calumnias que sobre tí pesan, tuviesen entero crédito. El jugador que habiendo perdido todo el dinero de su bolsillo, vuelve á su casa por mas, es hombre al agua. Me parece, al pensar en tu viaje, que vas por tropas frescas á la India. ¡Mal hecho! Entre nosotros los jugadores del gran tapete verde de la politica, el préstamo es de rigor. Toma la posta, ven á Paris y empieza otra vez la partida: la ganarías, no lo dudes, teniendo por aliado á Enrique de Marsay, porque Enrique de Marsay sabe querer y sabe herir. Mira qué te parece nuestra situacion. Mi verdadero padre forma parte del ministerio inglés; influiremos en España por mediacion de las Evangelista, porque así que nos hayamos enseñado las uñas tu suegra y yo, quedará probado que nada puede hacer un diablo contra otro diablo. Montriveau es teniente general, y llegará á ministro de la Guerra, porque con su elocuencia ha conquis-

tado un inmenso ascendiente en la Cámara. Ronquerolles será ministro de Estado y del consejo privado. Marcial de la Roche-Hugon ha obtenido nuestra embajada en Alemania, y nos ha aportado en dote al duque de Carigliano y toda la rabadilla del Imperio, los cuales se han adherido néciamente á los poderosos lomos de la Restauracion. Serisy dirige el consejo de Estado, en donde es indispensable. Granville se ha inclinado á la magistratura, porque á ella pertenecen sus dos hijos; los Grandlieu están admirablemente reputados en la corte; Feraud es el alma de la tertulia Gondreville, mezquinos intrigantes que han crecido como la espuma, no sé con qué medios. ¿Qué hemos de temer con tan poderosos arrimos? Tenemos un pié en todas las capitales, un ojo en todos los gabinetes, y nos alzamos con la administracion, sin que se sospeche lo mas mínimo. ¿No es una miseria, un nada, la cuestion dinero, contando con eficaces ausilios? Me dirás que sobre todo eso está la muger, pero, ¡qué es la vida, amigo mio, cuando una muger es toda nuestra vida! una embarcacion de la que

no tienes el mando, que obedece á una brújula loca, pero no sin imantar, que es juguete de contrarios vientos, y en la que el hombre es un verdadero galeote sujeto no tan solo á una rígida disciplina, sino al capricho bárbaro además de un sotacómitre. ¡Puf! Comprendo que se obedezca á una muger por amor ó por el placer que se sienta al depositar en blancas manos el cetro de la fuerza de un hombre, pero, ¿obedecer á Medor...? antes haría yo pedazos á Angélica. El gran secreto de la alquimia social, amigo mio, consiste en sacar todo el partido de las edades que el inflexible curso del tiempo hace recorrer sobre nosotros, procurarnos todas sus hojas en la primavera, aspirar todas sus flores en el verano, y recojer todos sus frutos en el otoño. Algunos alegres compañeros y yo nos hemos divertido como unos mosqueteros durante doce años, sin privarnos ningun goce, pero ahora, habiendo alcanzado ya la edad en que la esperiencia ha dorado las mieses, sacudimos las ciruelas maduras. Ven á nuestro lado y tendrás tambien tu parte en el *pudding* que vamos á guisar. No

tardes, que encontrarás siempre un amigo dentro del pellejo de

ENRIQUE DE M. »

En el mismo momento en que Pablo concluía la lectura de esta carta, cuyas frases todas eran otros tantos martillazos dados sobre el edificio de sus esperanzas, de sus ilusiones y de su amor, la *Belle-Amelie* perdía de vista las Azores. Rodeado por aquellas ruinas, sobrecogióle una rábida fria, una rábida impotente.

—¿Qué les hice yo? se dijo.

Esta pregunta es la frase de los nécios, la de los seres débiles que ignorándolo todo, nada pueden prever: Pablo tan solo gritó:—¡Ah! Enrique, Enrique, mi fiel amigo. Muchos se hubieran vuelto locos, pero Manerville se acostó y durmió con el profundo sueño que acompaña á los grandes desastres, el que sobrecogió á Napoleon despues de la batalla de Waterlloo. ®

Paris, 1835.

FIN.

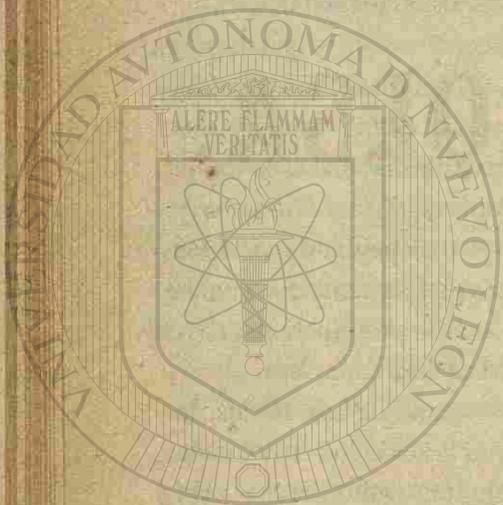
H. DE BALZAC.

LA BOLSA.

TRADUCCION LIBRE

DE

ARGIMIRO BLAY.

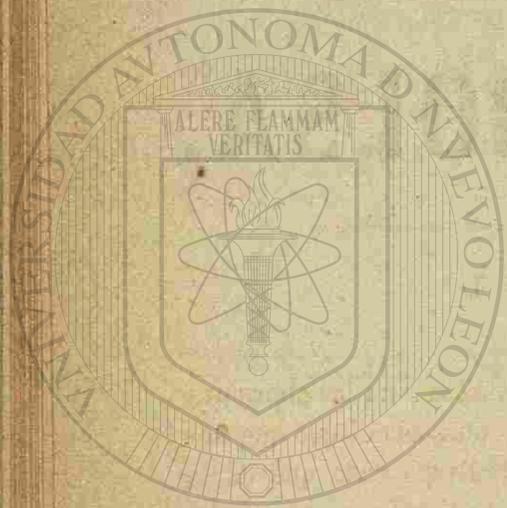


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VALENCIA: 1875.



LA BOLSA.

I.

Es la hora más deliciosa para las almas que les gusta espaciarse, pues es el soplo que sobreviene al día y el último paso que dá la noche.

Es cuando la luz crepuscular tiende las suaves tintas y sus tímidos reflejos sobre todos los objetos marcando confusamente la luz y la sombra.

El silencio que reina en estos instantes donde el día lanza el último suspiro de vida, es el más apreciado por los artistas que se repliegan en sí mismos cansados de trabajar, y dan vuelo

á su imaginacion en estas embriagadoras horas de delicia donde el sentido íntimo se manifiesta en los ojos interiores del génio.

Quien no piensa un instante en estos momentos de poético sueño no puede comprender tan indecibles beneficios.

A favor de este claro y oscuro, el artificio material empleado por el arte, para hacer creer las realidades, desaparecen enteramente. Si se fija en un cuadro las personas que representa, parecen hablar y marchar, la sombra produce la sombra, el día es día, la carne se anima, los ojos centellean, la sangre corre por las venas y los vestidos muestran sus brillantes colores.

La imaginacion ayuda al natural de cada detalle y no se ve mas que las bellezas de la obra.

A esta hora la ilusion reina despóticamente. ¡Puede ser se desvanezca durante la noche!

La ilusion no es para el pensamiento mas que una especie de noche que nosotros forjamos en nuestros ensueños.

La ilusion despliega luego sus alas, ella transporta el alma al mundo de la fantasía, mundo

fértil en voluptuosos caprichos y donde el artista olvida el mundo positivo, el ayer, el mañana, el porvenir y todas las miserias, lo mismo que las buenas como las malas.

En esta hora mágica, un jóven pintor, hombre de talento y que en el arte no veia mas que el arte mismo, estaba montado sobre la doble escalera que le servia para pintar un grande y elevado cuadro casi ya terminado, y allá criticábase siguiendo el curso de sus ideas abismado en una de esas meditaciones que elevan el alma y la engrandecen, la acarician y la consuelan.

Su meditacion duró un largo rato.

La noche se aproximaba.

Sea que con demasiada prontitud quiso descender de la escalera, sea que hiciera un movimiento imprudente creyendo caer sin peligro, el caso fué que perdiendo el equilibrio, vino al suelo dándose un rudo golpe la cabeza contra la esquina de un taburete, quedándose sin conocimiento durante un largo tiempo.

Una voz dulce, angelical, le sacó del estado en que se encontraba.

Apenas abrió los ojos, la viva luz de una llama se los hizo cerrar rápidamente; mas á través del velo de estupor que envolvía sus sentidos, percibió el cuchicheo de dos mugeres y el contacto de unas tímidas manos que sostenían su cabeza.

Bien pronto pudo convencerse y percibir á la luz de una de esas antiguas lámparas llamadas de doble corriente de aire, la mas deliciosa cabeza de muger que jamás habia visto; una de esas lindisimas cabezas que solo parecen pasar por un capricho del pincel, que á toda costa realiza las teorías del bello ideal que se crea cada artista y demuestra su talento.

La fisonomía de la jóven aparecida, si así puede llamarse, era uno de esos tipos delicados de la escuela de Prudhon, poseyendo esa poesía que Girodet dá á sus figuras fantásticas.

La lozanía de su edad, la regularidad de sus arqueadas cejas, la pureza de líneas de su rostro angelical, la virginidad fuertemente impresa en todos los rasgos de su fisonomía, hacían de la hermosa jóven una criatura perfectamente acabada.

El talle flexible y delgado, todas sus formas delicadas. Su vestido, aunque limpio y sencillo, no anunciaba ni fortuna ni miseria.

Tan luego como el pintor volvió en sí, balbuceó algunas confusas palabras de agradecimiento.

Un pañuelo apretaba su frente y reconoció, á pesar del olor particular del taller, la fuerte emanación del éter sin duda empleado para hacerle volver de su desvanecimiento.

Luego vió una señora anciana que se parecía á las marquesas del antiguo régimen; sostenía una lámpara, con la cual alumbraba esta escena, dando consejos á la jóven sobre el estado del enfermo.

—Caballero, respondió la hermosa jóven á uno de los ademanes hechos por el pintor, durante el momento en que sus ideas vagaban aun confusamente por su mente de resultas de la caída; mi madre y yo hemos oído el golpe que ha producido vuestro cuerpo al caer en el suelo, como asimismo algunos quejidos. El silencio que ha sucedido á esto nos ha asustado, y hemos subido temerosas de alguna desgra-

cia; al llegar á la puerta, como tenia la llave puesta, nos hemos determinado á entrar y os hemos visto tendido en el suelo y sin conocimiento. Mi madre ha buscado inmediatamente cuanto pudiera hacer falta para reanimaros, y puesto una compresa en la frente, ¿la notais?

—Ahora sí, contestó el pintor.

—Oh! esto no será nada, replicó la madre. Vuestra cabeza, por fortuna es fuerte, al caer ha sonado como si fuera un cuévano.

—Me siento mucho mejor, respondió el pintor, pero necesito un carruaje para volver á mi casa, la portera irá en busca de uno.

Levantóse poco á poco y quiso reiterar las mas vivas muestras de gratitud á las dos desconocidas, mas á cada palabra la madre de la jóven le interrumpia diciendo con solicitud.

—Mañana aplicaos unas cuantas sanguijuelas ó haceos sangrar; bebed tambien algunas tazas de vulneraria, no os descuideis, que las caidas son peligrosas.

La jóven no cesaba de mirar furtivamente al pintor y á los cuadros del taller; su presencia y sus miradas revelaban el pudor y la de-

ciencia, su curiosidad se semejaba á la distraccion, y sus ojos parecian espresar cierto interés que las mugeres muestran con una espontaneidad llena de dulzura á toda desgracia que nos atañe. Las dos desconocidas se habian olvidado completamente de las obras del pintor, atendiendo solo al sufrimiento de este, y así que se hubieron asegurado de que no habia nada que temer, examinaron los cuadros con una solicitud desnuda de énfasis y familiaridad, sin demostrar ni inspirar deseos de conocerle. Sus maneras finas y nobles, llenas de buen gusto y sin afectacion, produjeron algun tanto de efecto en el pintor, que mas tarde recordó todas las circunstancias de este suceso y del vivo golpe que recibió.

Habian llegado al cuarto debajo del que estaba situado el taller, y la anciana dijo dulcemente.

—Adelaida, te has dejado la puerta abierta.

—Todo por socorrerme, respondió el pintor con una sonrisa de reconocimiento.

—Mamá, vos habeis bajado antes, murmuró la jóven toda colorada.

—Quereis que os acompañemos hasta bajo? dijo la madre al pintor, la escalera es tan oscura.....

—Mil gracias, señora, me encuentro bueno ya.

—Agarraos bien de la baranda.

Las dos mugeres se quedaron en la meseta de la escalera alumbrando los pasos del jóven, á fin de que no cayera.

Para que nuestros lectores no crean que esta escena podia tener algo de intencionada y maliciosa por parte del pintor, es preciso decir que hacia pocos dias habia instalado su taller en el piso mas alto de la casa, situada en la parte mas oscura y sucia de la calle de Surresnes, casi delante de la iglesia de la Magdalena; muy cerca de su habitacion, pues, vivia el pintor, en la calle de los Campos Eliseos, en vez de trabajar en uno de esos talleres situados cerca de las barreras, en donde el módico alquiler estaba en otro tiempo en armonía con sus ganancias, pues al presente tenia satisfechas las necesidades de la vida, y evitan la pérdida de un tiempo precioso que nunca vuelve.

La celebridad que su talento le habia conquistado le habian hecho uno de los artistas mas apreciados de Francia, y ya principiaba, como decia él, á no conocer las necesidades de sus últimas miserias.

Nadie en el mundo inspirára tanto interés como Hipólito Stinner en darse á conocer si hubiera consentido en ello; mas él no confiaba ligeramente á nadie los secretos de la vida.

Era el ídolo de una pobre madre, á la cual habia elevado de posicion á precio de las mas duras privaciones.

La señorita Stinner era hija de un arrendador de Alsacia. En su juventud su alma tierna prestó oídos á los halagos de un hombre rico que en materia de amor no picaba de delicado, y sucumbió á las mentidas promesas y vivas protestas de cariño de aquel infame que marchitó la lozanía de su pureza y sepultó á la pobre niña en el mar sin fondo de la deshonra.

En el presente, su hijo era todo lo que mas amaba en el mundo, toda la gloria de su vida, el único brillo de su belleza, pues cuando no

queremos creer en la proximidad del mal, este viene de repente, y entonces, el día antes tan apacible y sereno, tan risueño y alegre, se convierte en un siglo de reflexiones y amarguras que únicamente pueden templar los pensamientos religiosos y la resignación.

Cuando comprendió su desventura, rehusó con nobleza las dádivas del motor de su desdicha, y renunciando al mundo, dando un adiós á todas las delicias y goces sociales, se entregó con frenesí al amor que su hijo la demandaba, é hizo una gloria de su falta.

Vivia únicamente de su trabajo, y de él tan solo esperaba el poder hacer algunos ahorros para su hijo, sacrificándose continuamente. Mas tarde su hijo correspondió á los desvelos de la madre llevados á cabo en medio de laboriosa indigencia, pues en la última esposición había recibido la cruz de la Legion de honor.

Los periódicos, unánimes en favorecer un talento ignorado, le prodigaron las mas sinceras alabanzas. Los mismos artistas reconocian á Stinner por un maestro, y los mercados cubrieron de oro sus cuadros.

A los veinticinco años, Hipólito Stinner, á quien su madre había trasmitido su alma de muger, había comprendido mas que nunca su verdadera situación en el mundo.

Queriendo dar á su madre los goces que la sociedad durante tan largo tiempo le había privado, vivía tan solo para ella, esperando á fuerza de gloria y de fortuna, verla feliz, rica, considerada, dichosa y frecuentada su casa por hombres célebres.

Stinner tenía sin embargo por amigos los hombres mas decentes y distinguidos. Delicado en la elección de las relaciones, quería todavía elevar mas la posición que su talento le marcaba. Sin que decayera esa fuerza de voluntad que le elevaba, se sumergía en un mar de profundos pensamientos, pues su alma pura, todavía conservaba las bellas creencias que decoran los primeros días de la vida, no desconociendo aun el pundoroso velo que la cubre, y forma del jóven un sér aparte donde el corazón abunda en felicidad, poesía y esperanzas vírgenes.

Poseía esas maneras dulces y afables que

atraen las simpatías aun de los mismos que no son comprendidos.

Su voz, que partía del corazón, estaba impregnada de un candor y modestia que cautivaba y removía los nobles sentimientos de quien le escuchaba.

En una palabra, moral y físicamente, estaba bien formado.

Al verle uno, se sentía atraído hacia él por una de esas simpatías morales que los sábios tratan de analizar y que parecen demostrar la existencia de algún fenómeno galvánico, que yo no sé qué fluido formula en nuestros sentimientos, que parece guardar las proporciones del oxígeno y electricidad.

Hipólito Stinner no hizo pregunta alguna á la portera que había ido en busca de un carruaje á la calle de la Magdalena, relativa á las dos mugeres que con tan buen corazón le habían socorrido.

Mas como él solo respondiese relativamente á su persona, referente al suceso acaecido, sin nombrar para nada las inquilinas del cuarto piso, no pudo menos de satisfacer las pregun-

tas de la portera relatando toda la ocurrencia y la intervencion oficiosa de las dos desconocidas.

La portera le habló de las dos incógnitas segun el interés de su política y los juicios temerarios de la portería, que es la fiscalización perpétua de todo lo que pasa en una casa y aun del barrio entero.

—Ah! dijo, sin duda es la señorita Leseigneur y su madre, que viven aquí cerca de cuatro años.

Nosotros no sabemos todavía en qué se ocupan estas señoras; por la mañana á medio día, una vieja criada medio sorda y que habla menos que un muro, viene á servir las. Por la tarde, dos ó tres caballeros ya de edad, condecorados como vos, bien vestidos, y que uno de ellos tiene sesenta mil libras de renta y criados, llegan, y se están hasta una hora bastante avanzada de la noche; sin embargo la habitación es muy tranquila, como la vuestra, señor. Viven con alguna economía, pero así con todo, cuando llega una letra la pagan en el acto.

Esto es gracioso, señor, la madre tiene otro nombre diferente al de la hija. ¡Ah! cuando van

á las Tullerías, la señorita sale muy compuesta y elegante, y mas de una vez la han seguido hasta casa varios jóvenes, pero ella les hecha la puerta en las narices, y hace bien..... el propietario no hubiera consentido que.....

El carruaje habia llegado, é Hipólito, que no quiso seguir oyendo la cháchara de la portera, volvióse á su casa.

Su madre, á quien contó todo lo sucedido, curó de nuevo la herida, y no le permitió el volver el dia siguiente al taller.

Consultó á los facultativos, diversas prescripciones fueron ordenadas, é Hipólito tuvo que estarse en casa algunos dias.

Durante esta reclusion, su imaginacion, enteramente libre, le trajo á la memoria todos los sucesos, y hasta los menores detalles de su caída y desvanecimiento.

La imagen de la seductora niña la tenia fuertemente impresa en lo mas íntimo del alma. Veia la fisonomía marchita de la madre, y sentia la presión delicada de las manos de Adelaida, el gesto que le habia producido el suceso del golpe, y grababa en su memoria

las esquisitas gracias de la jóven; despues la actitud y el sonido de una voz melodiosa alegraba su memoria reapareciendo de pronto como los objetos sumergidos en el agua que suben de improviso á la superficie.

Así, el dia que pudo volver á emprender su trabajo, marchó al taller lleno de alegría, mas la visita que con tan vehemente deseo habia formulado hacer para dar las gracias á sus vecinas, era la verdadera causa de su alegría y la que le obligaba á suspender el trabajo comenzado.

En el momento que una pasión rompe su envoltura y se manifiesta con toda su potencia, el corazón encuentra placeres inesplicables que solo comprenden los que aman. De esta manera algunas personas comprenderán el por qué el pintor subió lentamente los escalones del cuarto piso, notando las secretas pulsaciones que se sucedieron rápidamente en su corazón, en el momento que se presentó á su vista la oscura puerta de la modesta habitacion de la señorita Leisegneur. Esta hija, que no llevaba el nombre de su madre, habia despertado

mil simpatías al pintor, y creía ver entre ella y él alguna similitud de posición, y sí también concurrían en ella las desgracias de su mismo origen.

En todo el trabajo, Hipólito se entregó completamente á sus pensamientos amorosos, y con objeto de que las vecinas se ocuparan de él así como se ocupaba de ellas, principió á hacer mucho ruido en el taller, para llamar sin duda su atención.

Estuvo hasta muy tarde en el taller, y allí comió. Serían las siete de la tarde, cuando se determinó á visitar á sus vecinas.

Aunque pintor de mérito, no había osado iniciarse, por pudor quizás, en el interior verdaderamente curioso de ciertas existencias parisienses, en los secretos de estas habitaciones, de donde salen rozagantes, hermosas, y con elegantes toilettes las mugeres que, ricas y brillantes esteriormente, dejan ver en el interior los signos de una fortuna equívoca.

Si esta pintura es demasiado franca, si la encontráis demasiado prolija, no acuseis la descripción que he hecho, pues es el verda-

dero cuerpo de la historia, porque el aspecto del cuarto habitado por sus dos vecinas influyó mucho en los sentimientos y esperanzas de Hipólito Stinner.

La casa pertenecía á uno de esos propietarios, en los cuales preexiste un horror profundo á las reparaciones y embellecimientos, uno de esos hombres que consideran la posición de propietarios parisienses como un estado.

En la gran cadena de las especies morales, estas gentes fluctúan entre el avaro y el usurero.

Optimistas por cálculo, son fieles al *statu quo* de la Austria.

Si habláis de mudar algun papel ó moldura ó una puerta, de practicar lo mas necesario en las cañerías, los ojos se le ponen brillantes, la bilis se alborota, y se encabritan como los caballos espantados.

Cuando el viento ha derribado algun remate de las chimeneas, se ponen enfermos y se privan de ir al Gimnasio ó á la Puerta-San-Martin, por causa de la reparación.

Hipólito, que á propósito de ciertos reparos

que habia tenido que hacer en su taller, habia asistido *gratis* á la representacion de una escena cómica con el Sr. Molinó, no se pasmó del tono negro y grasiento, de las tintas pringosas, de las manchas y otros accesorios bastante desagradables que decoraban las paredes.

Estos estigmas ó señales de miseria no son puntos desprovistos de poesía á los ojos de un artista.

La señorita Leseigneur vino ella misma á abrir la puerta, y así que reconoció al jóven pintor, le saludó afectuosamente; mas al mismo tiempo, con esa destreza parisien y esa presencia de espíritu que presta la desgracia, volvióse la jóven para cerrar la puerta de una alcoba acristalada, á través de la cual Hipólito hubiera podido entrever alguna ropa blanca tendida sobre cuerdas encima de un hornillo económico, un viejo lecho de correas, el brasero, el carbon, las planchas, la fuente de filtro, la vajilla y todos los utensilios de una casa pequeña. Una cortina de muselina bastante limpia cubria cuidadosamente este *garfarnau*, palabra usada para designar fami-

liarmente esta especie de laboratorios mal alumbrados en los dias de sufrimiento, y más para recibir á un vecino. Con el rápido golpe de vista que poseen los artistas, Hipólito vió la distribucion de los muebles y el conjunto del estado de la primera pieza dividida en dos. La parte mas decente que servia á la vez de antecámara y comedor, estaba adornada de un viejo papel de color amarillento y orla aterciopelada, sin duda fabricado por Reveillon, donde los pedazos desprendidos y las manchas estaban disimuladas cuidadosamente con lacre.

Las estampas representaban las batallas de Alejandro por Lebrun, y los marcos desdorados y sin brillo, adornaban simétricamente las paredes.

En medio de esta pieza estaba una mesa de caoba maciza, de forma antigua y con los bordes desgastados por el uso. Una pequeña sarten sin mango metida en un agujero delante de la chimenea se percibia apenas, y al otro lado se veía un armario. Por uno de esos contrastes estraños, las sillas ofrecian vestigios de un esplendor pasado, pues eran de caoba escul-

vida; mas el tapiz encarnado de las sillas, los clavos dorados y el canutillo desgastado, mostraban sus cicatrices tan nombradas como las de los viejos sargentos de la guardia imperial.

Esta pieza servia de museo á ciertas cosas que no se encuentran mas que en esta suerte de mobiliarios anfibios, objetos innominados, que participan á la vez del lujo y de la miseria.

Entre otras curiosidades, Hipólito se fijó en un antejo de larga vista magníficamente adornado y suspendido encima de la pequeña luna verde que decoraba la chimenea. Para que fuera mas extraño este mobiliario, habia entre la chimenea y la puerta de la alcoba una mala mesa escribanía, pintada de color de caoba, de las maderas que menos se prestan al disimulo. Mas los ladrillos, encarnados y resbaladizos, los malos tapices colocados delante de las sillas y los muebles, todo relucía bajo esa propiedad que deja el continuo roce, y presta un falso lustre á todo lo viejo que acusa todavia mas la edad, los defectos y los largos servicios.

En esta habitacion se percibia un olor indefinible, producida por las emanaciones del ga-

farnau, mezcladas con los vapores del comedor, de la sala y de la escalera, por lo cual la ventana fué entreabierta, y el aire de la calle agitaba las cortinas de percal tan cuidadosamente puestas, de manera que ocultaban esta especie de tronera; los procedimientos caseros, habian señalado la presencia de diversas incrustaciones, especie de frescos domésticos.

Adelaida abrió prontamente la puerta del otro cuarto, y en ella introdujo al pintor con cierto placer.

Hipólito, que en su casa habia visto tambien á su madre con los mismos signos de indigencia, los recordó con la singular vivacidad de impresion que caracteriza las primeras impresiones de nuestra memoria, y penetró mejor que cualquier otro los detalles de esta existencia.

Reconociendo las cosas de su vida y de su infancia este buen jóven, no estaba, ni avergonzado de su desgracia pasada, ni orgulloso del lujo que él acababa de conquistar para su madre.

—Caballero, ¿cómo os sentís desde vuestra

caída? espero que no os acordareis mas de ella? le dijo la mamá de Adelaida que estaba sentada en una silla poltrona en el rincón de la chimenea, y señalándole un sillón de brazos para que tomara asiento.

—No, señora, yo no puedo menos de estaros profundamente reconocido por el cuidado que me prodigasteis, y sobre todo á esta señorita.

Esta frase la dijo impresa de esa adorable estupidez que dá al alma las primeras perturbaciones del amor verdadero.

Hipólito no cesaba de mirar á la jóven.

Adelaida encendia la lámpara de doble corriente de aire, sin duda para hacer desaparecer una vela de sebo metida en una gran palmtree de cobre y adornada de aquellas estrias salientes que deja la vela cuando se corre extraordinariamente.

Saludó ligeramente y marchó á la antesala á dejar la palmtree, y á la vuelta colocó la lámpara encima de la chimenea, tomando asiento junto á su madre, un poco detrás del pintor, á fin de poderle mirar á su placer, pareciendo muy ocupada en el arreglo de la lám-

para, cuya luz, impregnada de la humedad de un vaso empañado, chisporroteaba debatiendo con una mecha negra y mal cortada.

Hipólito separó su vista del gran cristal que adornaba la chimenea para fijar sus ojos en la hermosa Adelaida, cuyo artificio solo sirvió para embarazar mas á los dos.

Con la charla de madama Leseigneur, Hipólito tuvo tiempo á hurtadillas de examinar el salón, que estaba mas decente que el resto de la habitacion. Miró apenas las figuras egipcias de los morillos de hierro de la chimenea, que estaban llenos de ceniza; dos tizonas trataban de volverse á juntar delante de un torcido tronco, quemado ya en el piso, y cuidadosamente enterrado en la ceniza, como pudiera estarlo el tesoro de un avaro. Un viejo tapiz de Aubusson muy remendado y tan usado como el uniforme de un inválido, apenas cubria todos los ladrillos, cuyo frio se hacia sentir en los pies.

Las paredes estaban adornadas de un papel rojizo, figurando una tela de lustrina con dibujos amarillos.

En medio de la pared opuesta á la de las ventanas, el pintor vió una hendidura y las roturas producidas en el papel por las dos puertas de una alcoba, donde madama Leseigneur se acostaba sin duda, y que un canapé colocado delante, disimulaba mal. En frente de la chimenea, encima de una cómoda de caoba, cuyos adornos no marcaban ni la riqueza ni el gusto, se veía el retrato de un militar de alta graduación, que la poca luz no permitía que el pintor distinguiera nada, mas despues que se fijó algun tanto, penso que este retrato horrible debia de estar pintado en China. En las ventanas, las cortinas de seda encarnadas, estaban descoloridas como los muebles y las tapicerías amarillas y rojas del salon y demás.

Sobre el mármol de la cómoda un precioso plato de malaquita sostenia una docena de tazas de café de magníficas pinturas, sin duda fabricadas en Sévres. Sobre la chimenea se elevaba el eterno péndulo del imperio, un guerrero guiando los cuatro caballos de un carro, donde las ruedas llevaban en cada rayo la cifra de una hora.

Las bugías de los candeleros estaban amarillentas por el humo, y en cada esquina de las rinconeras se veía un vaso de porcelana coronado de flores artificiales, guarnecidas de musgo y llenas de polvo.

En medio de la pieza, Hipólito vió una mesa de juego llena de cartas nuevas.

Para un observador presentaba esto yo no sé qué de desolador y miseria, como una vieja que con afeites y mentiras quiere disimular su edad. A la vista de este espectáculo, todo hombre de buen sentido se sentía propuesto á formular esta especie de dilema.

O estas dos mugeres son la prebidad misma, ó viven de la intriga y del juego. Mas en viendo á Adelaida, un jóven como Stinner debia creer en la inocencia mas perfecta, y fundar la incoherencia del mobiliario en otra causa mas decente y honrosa.

—Hija mia, dijo la anciana señora, tengo frio, arréglanos un poco de fuego y trae mi chal.

Adelaida se introdujo en el cuarto contiguo al salon, donde sin duda ella se acostaba, y

volvió trayendo á su madre un chal de cachemir, que nuevo debia haber costado un gran precio, pues los dibujos eran verdaderamente indianos, mas viejo, sin franja y lleno de remiendos armonizaba con los muebles.

Madama Leseigneur se envolvió artísticamente con la destreza de una vieja señora que quiere hacer creer la veracidad de sus palabras.

La jóven corrió con ligereza al gafarnau, y reapareció llevando un puñado de pequeñas maderas que dejó en la chimenea para encender un mediano fuego.

Sería muy difícil de traducir la conversacion que tuvieron estas tres personas. Guiado por el tacto que diariamente produce la desgracia desde la infancia, Hipólito no se permitia la menor observacion relativa á la posicion de sus vecinas, viendo á su rededor los sintomas de una amargura mal disfrazada. La mas simple pregunta hubiera sido indiscreta, no debiendo ser hecha mas que por una amistad muy antigua.

Con todo esto, el pintor estaba profundamente preocupado á la vista de esta miseria

encubierta, sufriendo su alma generosa; mas sabiendo que toda especie de piedad, hasta la de la amistad misma, puede ser ofensiva, se encontraba mal, con el desacuerdo que existia entre sus pensamientos y sus palabras.

Las dos mugeres hablaron desde luego de pintura, porque las señoras comprenden perfectamente el secreto embarazo que causa una primera visita. Ellas le probaron por ventura que la naturaleza del espiritu suministra mil resortes para hacerlos cesar.

La jóven le interrogó sobre los procedimientos materiales de su arte, de sus estudios, tratando de animar la conversacion con infinidad de bagatelas que obligaron naturalmente á Hipólito á emitir sus reflexiones, que pintaban la naturaleza de su mérito y de su alma.

Los disgustos habian prematuramente marchitado la paz de la anciana señora, sin duda bella en otro tiempo; solo le restaba los modales sobresalientes, los contornos, en una palabra, el esqueleto de una fisonomía, donde el conjunto indicaba una gran finura, mucha

gracia en el juego de los ojos, donde se encontraba la espresion particular de las mugeres de la antigua corte, y que nada podrá definir.

Estos tratos finos y delicados pueden tambien denotar los sentimientos malos, y hacer suponer la astucia y la doblez femeniles en una alta degradacion de perversidad, que revelan las delicadezas de una bella alma.

En efecto, la fisonomía de la muger no deja de ser embarazosa para los observadores vulgares, que la diferencia entre la franqueza y la doblez, entre el génio de la intriga y el génio del corazon apenas se puede notar.

El hombre dotado de una vista penetrante, adivina esa mudanza imperceptible, que produce una línea mas ó menos curva, un hoyuelo mas ó menos ahuecado, una salida mas ó menos impetuosa. La apreciacion de estos diagnósticos entra toda entera en el dominio de la intuicion que puede ella sola descubrir, lo que á muchos interesa ocultar.

El estado de la fisonomía de esta anciana señora, era como la habitacion que ocupaba, parecia bastante difícil de saber si esta miseria

ocubria los vicios ó una alta probidad, y de reconocer si la madre de Adelaida era una anciana coqueta, habituada á pesar, á calcular y venderlo todo, ó una muger digna, llena de nobleza y relevantes cualidades.

Mas á la edad de Stinner, el primer movimiento del corazon es creer en el bien. Por lo tanto, contemplando la frente noble y casi desdeñosa de Adelaida mirando sus ojos llenos de espresion y de pensamientos, respiró, si asi puede decirse, los suaves y modestos perfumes de la virtud.

En medio de la conversacion tuvo ocasion de hablar de los retratos en general, para tener el derecho de examinar aquel espantoso cuadro cuyas tintas todas eran pálidas y que el polvo habia borrado en gran parte.

—Ustedes tendrán á esta pintura en gran estima, por la semejanza sin duda, señoras mias, aunque el dibujo es horrible, no es verdad? dijo mirando á Adelaida.

Fué hecho en Calcuta con gran prisa, respondió la madre con voz temblorosa.

Y contempló aquel bosquejo informe con ese

abandono profundo que dan los recuerdos de ventura, cuando ellas se despiertan y caen sobre el corazón como un bienhechor rocío que refresca las impresiones del alma, á las cuales se abandona. Mas con todo esto, la espresion de la fisonomía de la anciana demostraba un dolor eterno. Al menos, así quiso interpretar el pintor la actitud y la fisonomía de su vecina, cerca de la cual vino despues á asesorarse.

—Señora, la dijo, despues de un poco de tiempo, el colorido de este pastel habrá desaparecido. El retrato no existirá mas que en nuestra memoria. Donde veis una figura que os es tan querida, los otros no podrán apereibir nada absolutamente, ¿quereis permitirme el que trasporte este diseño á otro lienzo? quedará mas sólidamente fijado que lo está en este papel. Concededme, en favor de nuestra vecindad, el placer de haceros este servicio, pues me encuentro en las horas en que un artista ama el descanso de sus grandes composiciones y el trabajo de un retrato menos laborioso, como es el de rehacer esta cabeza, será para mí una distraccion.

La anciana señora se conmovió al oír estas palabras, y Adelaida arrojó sobre el pintor una de esas miradas recogidas que parecen ser un rayo del alma. Hipólito queria captarse las simpatías de sus dos vecinas de cualquier manera para tener el derecho de mezclarse en su vida privada. Su ofrecimiento participaba de las mas vivas afecciones de su corazón, y era solo el único que le era dable hacer, y contando con su grandeza de artista no habia nada en esto de ofensivo para las dos señoras.

Madama Leseigneur aceptó sin premura ni pena, con esa conciencia que poseen las almas grandes que saben comprender los lazos á que ligan semejantes obligaciones, y que son un magnifico elogio y una prueba de estimacion.

—Me parece, dijo el pintor, que este uniforme es de un oficial de marina.

—Sí, contestó ella, es de capitán de fragata, Mr. Rouville, mi esposo, murió en Batavia de resultas de una herida que recibió en un combate sostenido contra un buque inglés que se encontraba en las costas de Asia. Mandaba una fragata que montaba cincuenta y seis ca-

ñones, y el *Revenge* era un barco de ochenta y seis. La lucha fué muy desigual, mas él se defendió heroicamente desde la mañana hasta la noche, y pudo escapar.

Cuando yo volví á Francia, Bonaparte no estaba en el poder y me fué rehusada una pension.

Despues, posteriormente, la he solicitado de nuevo, y el ministro me ha dicho con dureza que si el baron Rouville hubiera sido un emigrado, yo la hubiera conseguido.

El sería sin duda hoy dia contralmirante. Su escelencia, en fin, concluyó por citarme yo no sé qué ley que se oponia á mi peticion.

Yo no he hecho esta demanda, á la cual mis amigos me habian inducido mas que para mi pobre Adelaida, pues tengo la repugnancia de tender la mano en nombre de un dolor, que quita á una muger su voz y sus fuerzas; yo no amo esa evaluacion pecuniaria de una sangre irreparablemente vertida....

—Madre mia, esta clase de conversacion os hace siempre mal.

A estas palabras de Adelaida, la baronesa

Leseigneur de Rouville inclinó la cabeza sobre el pecho, guardando un triste silencio.

—Caballero, dijo la jóven á Hipólito, yo creo que el trabajo de los pintores son en general poco estrepitosos.

A esta cuestion, Stinner se puso encarnada como una cereza, acordándose del estrépito que armó en su taller, con objeto de llamar la atencion de sus vecinas. Adelaida no hubiera concluido, mas le salvó de alguna mentira, el ruido de un carruaje que se paró á la puerta de la calle, que al oirle Adelaida se levantó de pronto y se fué á la otra sala, de donde volvió trayendo dos candeleros dorados con bugias despuntadas, que ella encendió prontamente, y sin esperar al sonido de la campanilla que le denotara que álguien llamase, abrió la puerta de la primera pieza, donde habia dejado la lámpara.

El ruido de un beso dado y recibido, resonó profundamente en el corazon de Hipólito.

La impaciencia que devoraba al jóven de conocer y ver quién era el que trataba así tan

familiarmente á Adelaida, no le fué satisfecha tan pronto.

Los reciénvenidos tuvieron una larga conversacion con la hermosa jóven, en voz baja, que al pintor le pareció un siglo su duracion.

En fin, la señorita de Rouville reapareció seguida de dos hombres, cuyos modales, fisonomía y aspecto son toda una historia.

El primero, de edad de unos sesenta años, llevaba uno de esos trajes inventados, segun creo, en el reinado de Luis XVIII, y durante los cuales, el problema vestimental en lo mas difícil, fué resuelto por un sastre, que debiera ser inmortal. Este artista conocia infaliblemente el arte de las transiciones, que fué todo el génio de ese tiempo tan políticamente móvil. ¿No es, pues, un mérito bien raro el de saber juzgar su época?

Semejante traje, que los jóvenes de hoy dia pudieran tomar por una fábula, no era ni civil ni militar, y sin embargo podia pasar por ambas cosas.

Dos flores de lis bordadas adornaban las vueltas de las solapas. Los botones dorados

eran igualmente flor de lisados. Las hombreras vacías, parecían demandar inútiles charreteras. Estos síntomas de milicia eran como una solicitud sin firma.

En el otro viejo, la botonadura de su traje, de paño azul, estaba adornada de muchas cintas. Tenia siempre, sin duda, el tricornio de la mano, guarnecido de un alamar de oro, porque sus cabellos empolvados no demostraban la presión del sombrero.

Su rostro no podia acusar mas de cincuenta años, y parecia gozar de una robusta salud. Todo en él demostraba el carácter leal y franco de los viejos emigrados, y su fisonomía denotaba tambien los azares libertinos y fáciles, las pasiones alegres y la indiferencia de los mosqueteros, en otro tiempo tan célebres en los fastos de la galantería. Sus gestos, su modo de andar y sus maneras, anunciaban que él no queria corregirse ni de su realismo, ni de su religión, ni de sus amores.

Una figura verdaderamente fantástica parecia este pretencioso *picador de Luis XIV*, (tal fué el sobrenombre dado por los bonapartistas

á esos nobles restos de la monarquía), pudiera ser el principal objeto de un cuadro, no siendo en el presente mas que un accesorio. Figuraos un personaje seco y enjuto, vestido como lo estaba el primero, pero no siendo mas que su reflejo, su sombra.

El traje nuevo en el uno, se encontraba viejo y ajado en el otro. El polvo de los cabellos era menos blanco en el segundo, el sitio de las charreteras mas viejo y arrugado, la inteligencia mas débil, la vida mas avanzada en su término que el primero. En fin, realizaba esta palabra de Rivarol sobre Champcenetz: «Es mi claro de luna.» No era mas que la dualidad del otro, la doble palidez y pobreza, por lo que se encontraba entre ellos la diferencia que existe entre la primera y última prueba de una litografía.

Este viejo, mudo, fué un misterio para el pintor, y continuó constantemente siéndolo. El caballero, si él era caballero, no habló la menor palabra, ni nadie le preguntó tampoco. ¿Era este un amigo, un pariente pobre que pasaba cerca del viejo, galante como una se-

ñorita de compañía, cerca de una anciana señora? ¿participaba del término medio entre el perro, el papagayo y el amigo? ¿Había salvado la fortuna, ó solamente la vida de su bienhechor? ¿Era el *Trim* de otro capitán Tobias? En otras partes, como en casa de la baronesa de Rouville, escitaba siempre esta curiosidad sin jamás satisfacerla. ¿Qué pudo bajo la restauracion volver á adherirles, qué ligaba antes de la revolucion al caballero y á la muger de su amigo, muerto despues de veinte años?

El personaje que parecia ser el mas nuevo de estos dos restos, se adelantó galantemente á la baronesa de Rouville, le besó la mano y se sentó junto á ella. El otro saludó y se quedó detrás de su tipo á una distancia representada por dos sillas.

Adelaida apoyó sus codos sobre el dorso del salon, ocupado por el viejo gentil-hombre, imitando, sin saberlo, la posicion que Guerin dá á la hermana de Didon en su célebre cuadro. Aunque la familiaridad del gentil-hombre fuese como la de un padre, por el momento,

sus libertades parecieron disgustar á la jóven.

—Y bien, tú te disgustas? dijo él.

—Despues dejó caer sobre Stinner una de esas miradas oblicuas, llenas de finura y gracia, miradas diplomáticas, donde la espresion traduce la prudente inquietud, la curiosidad politica de las gentes bien educadas, que parecen preguntar así que ven á un desconocido.

—Este es de los nuestros?

—Os presento á nuestro vecino, dijo la anciana señora, señalando á Hipólito. El señor es un pintor célebre, cuyo nombre debe seros conocido á pesar de vuestra indiferencia por las artes.

El gentil-hombre conoció la malicia de su vieja amiga en la omision del nombre, y saludó al jóven.

—Cierto, dijo él, yo he oido hablar mucho de vuestros cuadros en la última esposicion. El talento es un bello privilegio, caballero, añadió viendo la cinta encarnada del artista. Esa distincion, que nosotros hemos adquirido con el precio de nuestra sangre y de largos servicios, vos la habeis obtenido jóven, mas

todas las glorias son hermanas, continuó llevándose la mano a su cruz de San Luis.

Hipólito balbuceó algunas palabras de agradecimiento, volviendo otra vez á su silencio; no se cansaba de admirar con un entusiasmo cada vez mas creciente, la bellissima cabeza de la jóven por la cual estaba embelesado de tal manera, que pronto se olvidó de la miseria de aquel lugar, destacándose á sus ojos la figura de Adelaida, como si estuviera sumergida en una atmósfera luminosa y resplandeciente. Respondió brevemente á las preguntas que le fueron dirigidas y que él entendió perfectamente merced á esa facultad que tiene nuestra alma de dividir el pensamiento en cosas distintas algunas veces. A ¿quién no le es dado, estando sumergido en uua meditacion voluptuosa ó triste, el escuchar la voz de un amigo y de asistir á una conversacion ó lectura? ¡Admirable dualismo, que frecuentemente ayuda á tomar lo fastidioso con paciencia! Fecundo y risueño, la esperanza le presenta mil pensamientos de dicha, y no quiere observar nada mas á su rededor. Jóven, lleno de confianza, le

parece enojoso el analizar un placer! Despues de un largo espacio de tiempo, se apercibió que la anciana y su hija jugaban con el gentil-hombre. Su satélite, fiel á su estado de sombra, se mantenía de pié detrás de su amigo, preocupado en el juego, respondiendo á las mudas cuestiones que le hacía el jugador con las pequeñas muestras de aprobacion que repetían los movimientos interrogatorios de la otra fisonomía.

—Un Halga, yo pierdo siempre, dijo el gentil-hombre.

—Vos descartais mal, respondió la baronesa de Rouville.

—¡Toma! tres meses que yo no puedo ganáros una partida, replicó.

—Caballero conde, teneis el as? preguntó la anciana.

—Sí, todavía marco, contestó.

—¿Quereis seguir mi consejo? murmuró Adelaida.

—No, no, nada quiero; todavía cuento delante de mi.

¡Vientre de cierva! será perder en demasia el no mirar su cara?

En fin, la partida terminó. El gentil-hombre sacó su bolsa, y dejando dos lises sobre el tapete, no sin humor, dijo:

—Cuarenta francos, justos como el oro. ¡Diantre, son las once!

—Las once han dado, repitió el personaje mudo mirando al pintor.

El jóven entendió esta palabra distintamente que los otros, creyendo que era hora de retirarse. Entrando luego en el mundo de las ideas vulgares, encontró algunos lugares comunes para tomar la palabra, y saludando á la baronesa, á su hija y á los dos desconocidos, salió hecho presa su corazon de las primeras felicidades, del amor verdadero, sin buscar ni analizar los pequeños acontecimientos de esta soare.

Al otro dia el jóven pintor sintió mas ardiente el deseo de volver á ver á Adelaida. Si él hubiera escuchado á su pasión, se estaria en casa de sus vecinas las seis horas de la mañana que estaba en el taller.

Sin embargo todavía estuvo en su razon y aguardó hasta el medio dia, que creyó poderse ya presentar en casa la baronesa Rouville, y

bajó, llamó á la puerta, no sin latirle vivamente el corazón, y encarnado y lleno de rubor como una niña pidió timidamente el retrato del barón á la señorita Leisegneur, que acudió á abrir.

—Pero entrad, pasad adelante, le dijo Adelaida, que sin duda habia oido bajar á Hipólito.

El pintor la siguió lleno de vergüenza y timidez, sin acertar á decir nada, pues tanta belleza, le tenia en un estado de estupidez completa. Ver á Adelaida, sentir el crugido de su ropa, despues de haber deseado durante toda una mañana el estar cerca de ella, despues de haberse levantado cien veces diciendo:—Si bajaré, si no bajaré; este estado tan lleno de vivas sensaciones y tan prolongadas le hubieran gastado el alma. El corazón tiene el singular poder de dar un precio extraordinario á las cosas. Qué gozo no es para el viagero el encontrar una brizna de yerba, una hoja desconocida, si él arriesga su vida por buscarla! Las cosas del amor son así.

La anciana no estaba en el salón. La jóven se encontraba sola con el pintor; puso una silla

para alcanzar el retrato, mas apercibiéndose que no podia descolgarlo sin poner el pié sobre la cómoda, volviöse al pintor y le dijo toda ruborizada:

—Yo no soy bastante alta. ¿Quereis hacerme el obsequio de alcanzarle?

Un sentimiento de pudor, del cual daba testimonio la espresion de su fisonomía y el acento de su voz, fué el verdadero motivo de su petición; y el jóven lo comprendió así, y le dió una de esas miradas inteligentes que son el mas dulce lenguaje del amor. Comprendiendo que el pintor la habia adivinado, bajó los ojos con cierto movimiento de ufanía, cuyo secreto solo poseen las vírgenes. No teniendo nada que decirle y casi intimidado, el pintor despues de bajar el cuadro lo examinó gravemente, colocándole frente á la ventana, sin decir otra cosa á la señorita Leisegneur que «Yo os lo devolveré pronto.» Los dos durante un rápido instante sintieron una de esas vivas conmociones cuyos efectos en el alma pueden compararse á los que produce una piedra arrojada al fondo de un lago. Las reflexiones mas dulces, nacen,

se suceden, indefinibles, múltiples y sin objeto, agitando el corazón como las ondas circulares que se repliegan y reproducen por largo tiempo desde el punto en que la piedra ha caído.

Hipólito volvió á su taller, armado del retrato; lo dejó en el caballete, limpió con la tohalla sus pinceles, cargó la paleta de colores y escogió un sitio bueno para principiar su nuevo trabajo.

Así pues, hasta la hora de comer, trabajó en el retrato con ese ardor que los artistas tienen por sus caprichos. Por la tarde volvió á casa de la baronesa de Rouville y se estuvo hasta las once de la noche.

Escepto algunas diferentes especies de conversacion, esta tertulia se semejaba exactamente á la anterior. Los dos viejos llegaron á la misma hora, la misma partida de piquet tuvo lugar, las mismas frases fueron dichas por los jugadores, la suma perdida por el amigo de Adelaida fué mas considerable que la perdida en la velada anterior; solamente Hipólito un poco mas animoso osó hablar con la jóven.

Ocho dias se pasaron de este modo, durante los cuales los sentimientos del pintor y los de Adelaida sufrieron las delicias y lentas trasformaciones que llevan las almas á una perfecta inteligencia. Así de dia en dia, las miradas que recibia Adelaida de su amigo se hicieron mas íntimas, mas confiadas, mas alegres y mas francas; su voz y sus maneras eran mas libres y familiares. Los dos reian, conversaban y comunicábanse sus pensamientos, hablaban de sí mismos con la ingenuidad de dos niños que en el espacio de un dia han hecho conocimiento como si se trataran ya mas de tres años.

Stinner quiso aprender á jugar el piquet, ó juego de los cientos. Ignorante y novicio hizo naturalmente un disparate detrás de otro, y como el viejo, perdía en todas las partidas.

Sin haberse confiado todavía sus amores, los dos amantes sabian que se pertenecian el uno para el otro. Hipólito se complacia en ejercer su poder sobre su tímida amiga. Mas las concesiones que le fueron hechas por Adelaida, que medrosa y apasionada ejercia la boberia de esos falsos disgustos ó celos que la amante

menos hábil, ó la jóven mas inocente é ingénuu inventan, y de los cuales se sirven sin cesar como los niños mimados que abusan del poder que les dá el cariño de la madre. Así, pronto cesó toda familiaridad entre el viejo conde y Adelaida.

La jóven comprendió la tristeza del pintor y los pensamientos ocultos en los pliegues de su frente; en el acento brusco y de pocas palabras que él pronunciaba así que el viejo besaba con desenfado las manos ó el cuello de Adelaida.

Por su parte, la señorita Leisegneur bien pronto pidió á su amante una cuenta severa de sus mas mínimos actos; ella estaba triste é inquieta cuando Hipólito no venia, sabia regañarle por su tardanza de tal manera que el pintor tuvo que renunciar á visitar á sus amigos y no frecuentar ninguna reunion.

Adelaida le reprendía con el celo natural de las mugeres, sabiendo que alguna vez, al salir de casa de la señora de Rouville, á las once, el pintor hacia algunas visitas y frecuentaba los salones mas brillantes de Paris. Este género de vida es muy malo para la salud, le

decia ella, con aquella conviccion y acento, con aquel gesto y mirada de una persona amante que dá tanto poder. Ella pretendia «que un hombre, obligado á prodigar á muchas mugeres á la vez, sus galanterías y las gracias de su espíritu, no podia ser objeto de una pasion viva.»

El pintor fué, pues, condenado, mas por la vehemencia de su amor, que por las exigencias de la hermosa niña y fiel amante, á no frecuentar mas que aquella pequeña habitacion, donde tan feliz era. En fin, jamás amor fué ni mas puro, ni mas ardiente. De una parte y de otra, la misma fé, la misma delicadeza, hicieron crecer esta pasion sin el curso de esos sacrificios, por los cuales muchas gentes buscan y se privan del amor. Entre ellos existia un cambio continuo de dulces sensaciones que no sabian cuál de los dos daba ó recibia mas.

Una pendiente involuntaria hacia mas estrecha la union de sus almas. El progreso de este sentimiento verdadero, fué tan rápido, que dos meses despues del accidente aquel por el cual el pintor habia tenido la dicha de conocer

á Adelaida, su vida estaba contenida en la vida de ella. Por la mañana, cuando la jóven sentia los pasos del pintor en la escalera, se decia.— Ya está ahí!

Cuando Hipólito volvía de casa de su madre á la hora de comer, no faltaba nunca á saludar á sus vecinas, y por la tarde acudía á la hora acostumbrada con una puntualidad de enamorado. Por lo cual, la muger mas tiránica y ambiciosa en amor, no hubiera tenido motivo para dirigir el menor reproche al jóven pintor. Así, pues, Adelaida saboreaba una dicha sin mezcla de dolor y sin límites, viendo realizarse en todo su bello ideal, que tan natural es soñar á su edad.

El viejo gentil-hombre frecuentaba menos la casa; el celoso Hipólito le habia reemplazado en el tapete verde y hasta en su desgracia constante en el juego. Sin embargo, en medio de su dicha, pensaba en la desastrosa situacion de madama Rouville, porque él tenia conocimiento de mas de una prueba de destreza en las cartas, y fué asaltado por una idea im-
portuna.

Ya muchas veces se habia preguntado á sí mismo:—Cómo! perder veinte francos todas las noches? Y no osaba alejar de sí tan odiosas suposiciones.

Dos meses empleó para hacer el retrato, y cuando lo hubo acabado, puesto en un marco y barnizado, lo contempló como una de sus mejores obras.

La baronesa de Rouville no le hablaba una palabra. ¿Era esto indiferencia ú orgullo? El pintor no quiso esplicarse este silencio, trató alegremente con Adelaida la manera de colocar el retrato durante la ausencia de su madre para darle una sorpresa.

Un dia, durante el paseo que hacia la señora Rouville á las Tullerías, Adelaida subió sola por la primera vez al taller del pintor, só pretesto de contemplar el retrato con la luz favorable, en la cual se habia pintado. Quedóse muda é inmóvil, entregada á una de esas contemplaciones deliciosas donde se funden en uno solo todos los sentimientos de la muger. No se reasumen todos ellos en una admiracion sin límites hacia el hombre amado? Así que, el

pintor, inquieto de su silencio, se inclinó para saludar á la jóven, y ella le tendió la mano sin poder pronunciar una palabra, mientras dos lágrimas, saliendo de sus ojos, resbalaban por sus encantadoras mejillas. Hipólito estrechó su mano, la cubrió de besos, y durante un momento se miraron en silencio, queriendo los dos declararse su amor, y sin osar decirse una palabra.

El pintor retuvo la mano de la jóven entre las suyas; un mismo calor y un mismo movimiento les anunciaba que sus corazones latian unísonos, con igual fuerza en el uno que en el otro.

Bastante trémula la hermosa jóven, se separó dulcemente de Hipólito y le dijo mirándole ingénuamente:—¡Vos sí que haceis á mi madre bien feliz!

—¡Cómo! á vuestra madre solamente?

—¡Oh! yo lo soy bastante.

El pintor bajó la cabeza y se quedó silencioso, asustado de la violencia de sentimientos que el acento de esta frase reveló en su corazón. Comprendiendo los dos el inconveniente

de esta situación, bajaron y colocaron el retrato á su placer. Hipólito comió por primera vez con la baronesa, que llena de agradecimiento y en medio de su tristeza y su llanto, quiso abrazarle.

Por la tarde, el viejo emigrado, antiguo camarada del baron Rouville, hizo á sus amigas una visita para participarles que habia sido nombrado vice-almirante. Sus navegaciones terrestres á través de Alemania y Rusia le habian sido conceptuadas como campañas navales. A la vista del retrato estrechó cordialmente la mano del pintor, diciéndole.

—¡Pardiez! aunque mi vieja carraca no vale la pena de ser conservada, yo daría muy bien quinientas pistolas por verme así retratado, como lo está mi viejo Rouville.

A esta proposición la baronesa miró á su amigo sonriéndose y dejando ver en su rostro la espresion de un súbito reconocimiento. Hipólito creyó adivinar que el viejo almirante le ofrecía el precio de dos retratos para pagarle el suyo. Su orgullo de artista, y lo que los celos le pudieron instigar, fué causa de que se

ofendiera de este pensamiento y le digera al anciano conde:

—Caballero, si yo pinto otro retrato, no haré mas que lo que he hecho en este.

El almirante se mordió los labios y se puso á jugar. El pintor se colocó junto á Adelaida que le propuso seis reyes de piquet, lo cual aceptó. Jugando todos, observó en madama Rouville un arder por el juego, que le sorprendió. Jamás la vieja baronesa habia manifestado un deseo tan ardiente por la ganancia, ni un placer tan vivo al tocar las monedas de oro del gentil-hombre. Durante la velada, muy malas suposiciones vinieron á turbar la dicha de Hipólito, que le llenaron de desconfianza.

La señora Rouville, viviria del juego? Jugaria tan solo por desquitarse de alguna deuda ú obligada por la necesidad? Tal vez no hubiera pagado el alquiler de la casa.

El viejo hacia lo posible por no dejar perder impunemente su dinero. ¿Qué interés le atraia á esta casa tan pobre, siendo él tan rico? Por qué, en otro tiempo tan familiar con Adelaida,

habia renunciado á la confianza adquirida y dada quizá por ella?

Estas reflexiones involuntarias le escitaron á examinar al viejo y á la baronesa, cuyos gestos de inteligencia y miradas oblicuas arrojadas sobre él y Adelaida, le disgustaron en extremo, haciéndole formular este pensamiento. —¿Si me engañarán? Esta idea fué para Hipólito una idea horrible, punzante, á la cual le dió suficiente crédito para que le sirviera de tortura.

El hubiera querido quedarse despues de la marcha de los dos viejos para confirmar ó desvanecer sus sospechas.

Sacó su bolsillo para pagar á Adelaida, mas embebido en sus amargos pensamientos, se apoyó sobre la mesa y cayó en un desvanecimiento que le duró breves instantes: despues, avergonzado de su silencio, se levantó, respondió á una pregunta de la baronesa, colocándose á su lado para mejor analizar sus palabras y sus gestos.

Lleno de mil incertidumbres salió de aquella casa; mas apenas habia bajado unos cuantos

escalones, volvió á entrar para tomar su bolsillo olvidado.

—Hé dejado aquí mi bolsa? preguntó á Adelaida.

—No, respondió ella toda encarnada.

—Yo creí que estaria ahí, replicó señalando la mesa del juego.

Avergonzado por Adelaida y la baronesa, las miró con un aire de estupidez que las hizo reir, y pálido y tanteándose los bolsillos del chaleco, dijo:

—Me he equivocado, yo la tengo sin duda.

En uno de los lados de la bolsa tenia quince luises, y en el otro algunas monedas de cobre. El robo habia sido hecho tan infragante y tan descaradamente negado, que á Hipólito no le cupo duda alguna respecto á la moralidad de sus vecinas.

Bajó la escalera con pena, sus piernas temblaban, tuvo vértigos, sudó y tiritó, encontrándose imposibilitado de dar un paso, por la felonía de que habia sido víctima, y la atroz conmocion causada al ver el desengaño de todas sus esperanzas. Desde este momento fué

recordando su memoria un cúmulo de observaciones, que si bien ligeras en la apariencia, corroboraron las afrentosas suposiciones, y al probarle la realidad del último suceso, le abrieron los ojos sobre el carácter y la vida de estas dos mugeres. ¿Habian ellas acudido á darle el retrato con el fin de robarle la bolsa?

Cada vez el robo le parecia mas odioso.

El pintor recordó, por su desgracia, que dos ó tres noches antes, Adelaida parecia examinar, con una curiosidad de niña, el trabajo particular de punto de red de la seda usada, y lo que haria probablemente es mirar la plata contenida en la bolsa, dirigiéndole chanzonetas inocentes en apariencia, pero que sin duda habian tenido por único objeto, el espiar el momento en que la suma fuera bastante crecida para ser robada.

El viejo almirante tal vez tuviera excelentes razones para no casarse con Adelaida, y luego la baronesa le hubiera tachado de me.....

A esta suposicion se tranquilizó, y su idea fué destruida por una reflexion bien justa.— Si la baronesa, pensaba él, habia creído que

yo me casaría con su hija, no me hubieran robado.

El probó, pero no pudo renunciar á sus ilusiones, su amor estaba fuertemente arraigado y dejaba al acaso el buscar alguna justificación.—Mi bolsillo habrá caído en tierra, se decía, ó se habrá quedado sin duda en el sillón, puede ser que lo tenga! ¡soy tan distraído!..... y se registraba rápidamente y no encontraba la maldita bolsa.

Su memoria cruel le volvía á presentar por un instante la fatal verdad. Veía distintamente su bolsillo sobre el tapete, no dudaba más del robo, y excusaba á Adelaida diciendo que no se debía juzgar tan prontamente la desgracia. Veía sin duda un secreto en esta acción, en apariencia tan degradante, y no quería que tan arrogante y noble figura fuese una mentira. En tanto, esta vivienda tan miserable le parecía desnuda de ese poético amor que todo lo embellece, la veía sola y ajada, considerándola como la representación de una vida interior sin nobleza y llena de vicios.

¿Nuestros sentimientos, si así se ha de decir,

no son escritos formulados sobre las cosas ó sucesos que nos rodean?

Al otro día se levantó sin haber podido dormir. El dolor del corazón, esa gran enfermedad moral había hecho en él enormes progresos. Perder la soñada dicha, renunciar á todo un porvenir es un sufrimiento más agudo que el causado por la ruina de una felicidad resentida, por grande que ella fuera. ¿La esperanza no es más preciosa que los recuerdos? Las meditaciones, en las cuales cae el alma de repente, son como un mar sin riberas, en el fondo del cual podemos nadar tan solo un momento, y durante el cual nuestro amor se sumerge y perece. Y es una muerte horrible. ¿Los sentimientos no son, pues, la parte más brillante de nuestra vida? De esta muerte están afectadas ciertas organizaciones delicadas ó fuertes, por los grandes estragos producidos por los desengaños, por las esperanzas y las pasiones perdidas.

Así le sucedió al joven pintor.

Un día salió muy de mañana y se marchó á pasear por las frescas sombras de las Tullerías,

embebido en sus ideas y sin acordarse de nada en el mundo. Al acaso, encontró á uno de sus amigos íntimos, un camarada de colegio y del taller, con el cual le habia ligado una amistad como si fuera un hermano.

—Y bien, Hipólito, que te haces? le dijo Francisco Souchet, jóven escultor que venia de alcanzar una pension y debia partir muy pronto para Italia.

—Yo soy muy desgraciado, respondió gravemente Hipólito.

—No encuentro nada en tí que pueda hacerme desgraciado; oro, gloria, consideracion, nada te falta. Insensiblemente las confianzas principiaron y el pintor le reveló su amor. Al momento que le habló de la calle de Suresne y de una jóven que habitaba en un cuarto piso, dijo alegremente Souchet.—Alto ahí! Esa es una niña que va todas las mañanas á la Asuncion, y á la cual hago yo la corte. Mas, querido, todos la conocemos. Su madre es una baronesa, ¿y tú crees que las baronesas habitan en los cuartos pisos? ¡Ba, ba, ba! Bien, que tú, eres un hombre de la edad de oro.

Nosotros la vemos aquí todos los dias paseando por estas alamedas, su figura y su talante disienten en un todo. ¡Cómo! ¿tú no has adivinado en ella, la manera que tiene de llevar su traje?

Los dos amigos pasearon largo tiempo, y muchos jóvenes que conocian á Souchet y á Stinner se les juntaron. La aventura del pintor, juzgada como de poca importancia, les fué contada por el escultor.

—Y luego tambien, dijo él, continúa amando á la niña.

Estas fueron las observaciones, las risas y las burlas inocentes que le dirigieron con la alegría familiar de los artistas, pero que hicieron sufrir horriblemente á Hipólito. Un cierto sentimiento del alma le hacia ver muy mal la confianza y ligereza con que se trataba su corazon, su pasion desgarrada, partida en giros, y como se mancillaba á una jóven desconocida, y su vida que parecia modesta, sujeta á los juicios verdaderos ó falsos, tratados con tanta indiferencia. Afectado y no pudiendo por mas tiempo contenerse, y casi por espíritu de

contradiccion, pidió seriamente á algunos las pruebas de sus asertos. Por lo que las chanzonetas principiaron de nuevo.

—¿Pero, querido amigo, has visto el chal de la baronesa? dijo Souchet.

—Has seguido á la niña cuando vá por la montaña á la Asuncion? dijo José Bridó, jóven aprendiz del taller de Gros.

—¡Ah! la madre entre otras virtudes tiene, una cierta ropa gris, que yo miro como un tipo, replicó Bixion, artífice de caricaturas.

—Escucha, Hipólito, dijo el escultor, ven por aquí dentro de cuatro horas y analizarás un poco el modo de andar de la madre y de la hija. ¡Y despues veremos si dudas! Bien, que todo esto no influirá nada sobre ti, ¡serias capaz de casarte con la hija de tu portera!

Combatida su imaginacion por las mas contrarias ideas, se separó de sus amigos. Adelaida y su madre le parecian estar por encima de estas acusaciones, y él reprobaba en el fondo de su corazon, el haber sospechado de la pureza de esta jóven tan bella y tan sencilla.

Cuando regresó á su taller, al pasar por delante de la puerta de la habitacion de Adelaida, sintió un profundo dolor en el corazon, del cual ninguno que ame se puede escapar. El amaba á la señorita Rouville, apasionadamente,

y á pesar del robo de la bolsa, la adoraba todavía.

Su amor era como el del caballero Grioux, admirando y ensalzando á su querida hasta sobre la carreta que conduce á su prision á las mugeres perdidas.—Pues qué, mi amor no la hace la mas pura de las mugeres? Por qué la han de abandonar al mal y al vicio sin tenderle una mano amiga? Esta mision le complacia. El amor verdadero se aprovecha de todo. Nada seduce mas á un hombre jóven, como hacer el papel de un corazon grande ante una muger. Hay no se qué de caballeresco en estas empresas, que solo pertenecen á las almas exaltadas. ¿No es, pues, este sacrificio el mas grande en la forma, el mas elevado, y el mas gracioso?

Hipólito entró en su taller, y contempló un cuadro sin hacer nada, ni ver las figuras á través de las lágrimas que le corrian por las mejillas. Tenia el pincel en la mano, en disposicion de limpiarle con la tohalla como para quitarle una tinta, y sin embargo no lo tocaba.

La noche le sorprendió en esta actitud, y despertado de su sueño ó meditacion por la oscuridad, salió del taller, encontrando en la escalera al viejo almirante: le miró sombríamente y saludándole, se fué. El tenia la inten-

cion de haber entrado en casa de sus vecinas, mas al aspecto del protector de Adelaida se le heló el corazon y abandonó su idea. Por la centésima vez que se preguntaba, qué interés podía tener este viejo tan rico con ochenta mil libras de renta, para subir todos los días al cuarto piso, donde perdía cuarenta francos todas las noches.

Al otro día y en los siguientes, Hipolito se dedicó exclusivamente á su trabajo para tratar de combatir su amor y distraerse en el fuego de su concepcion. Mas le salió á medias. El estudio le consoló sin llegar á conseguir el poder ahogar los recuerdos de tantas horas placenteras, pasadas al lado de Adelaida.

Una tarde que salía del taller encontró la puerta de la habitacion entreabierta. Una persona estaba derecha frente á la ventana. La disposicion de la puerta no permitia al pintor pasar sin ver á Adelaida, y la saludó friamente, lanzándola una mirada llena de indiferencia; pero juzgando los sufrimientos de la jóven por los suyos, sentia un estremecimiento interior, pensando en la amargura que esta mirada y esta frialdad debían arrojar en el corazon amante.

¡Premiar las mas dulces esperanzas que jamás habian gozado dos almas puras, con un

desden de ocho dias, y el menosprecio mas profundo y mas severo!.... horrible desenlace!

Podía ser que la bolsa hubiera sido encontrada y que Adelaida la tuviera esperando á su amigo? Este pensamiento sencillo y natural hizo acudir á su pecho de amante nuevos remordimientos, y se preguntaba si las pruebas de cariño que la jóven le habia dado, si las encantadoras y graciosas conversaciones que habian tenido impregnadas de un amor que le hechizaba, no merecian, pues, una entrevista y una justificacion. Avergonzado de haber resistido durante una semana á la voz de su corazon, se encontraba digno de castigo en el combate que sostenia, y en la misma tarde se presentó en casa la señora de Rouville.

Todas las suposiciones, todos sus malos pensamientos se desvanecieron á la vista de la jóven, pálida y demacrada.

—Buen Dios! ¿cómo estais? le dijo, despues de haber saludado á la baronesa.

Adelaida no le respondió nada, pero le lanzó una mirada llena de melancolia, una mirada triste, desanimada, que le hizo mal.

—Vos habeis trabajado mucho sin duda, dijo la anciana señora, estais cambiado. Nosotras somos la causa de nuestra reclusion. Ese re-

trato habrá retardado algun cuadro importante para vuestra reputacion.

Hipólito hizo por encontrar una buena escusa á su impolitica.

—Sí, le contestó, he estado muy ocupado, y he sufrido.....

A esta palabra, Adelaida levantó la cabeza, miró á su amante, y sus ojos inquietos no le reprocharon nada.

—¿Es que nos haceis indiferentes á todo lo que puede seros grato ó desgraciado? replicó la baronesa.

—Yo he sido injusto, respondió; mis penas son de esas que no se deben confiar mas que á si mismo, pues los sentimientos de un jóven no son dignos de la confianza con que me honraís.....

—La sinceridad, la verdadera amistad no se debe medir por el tiempo. Yo he visto á antiguos amigos no poderse comunicar una lágrima en la desgracia, por falta de esa confianza, dijo la baronesa bajando la cabeza.

—Pero, qué teneis, preguntó el jóven á Adelaida.

—Oh! nada, respondió la baronesa. Adelaida ha pasado algunas noches desvelada para acabar una de esas faenas de muger, y no ha

querido escuchar que yo le decia que un dia mas ó menos lo mismo importaba.

Hipólito no escuchó mas. Viendo á estas dos figuras tan nobles, tan apreciables, arrojó lejos de sí todas sus suposiciones, y atribuyó la pérdida de su bolsillo á cualquier azar desconocido.

Esta velada fué deliciosa para él, y puede ser que mas para ella. ¡Hay secretos que las almas jóvenes entienden tan bien!....

Adelaida adivinaba los pensamientos de Hipólito.

Sin querer confesar sus faltas, el pintor las reconocia, y encontraba á su adorada mas amante, mas afectuosa y ensayaba casi el pedirle un perdon tácito.

Adelaida saboreaba los goces perfectos y dulces que le proporcionaba el ver á Hipólito de nuevo á su lado, los cuales no le parecian bastante recompensa para toda la desgracia de su ausencia, que tan cruelmente habia estrujado su corazon.

La armonia verdadera de sus corazones, tan llena de mágia, fué turbada por una palabra de la baronesa Rouville.

—Quereis formar parte de nuestra partida? le dijo, mi viejo amigo almirante me tiene incomodada en no venir.

Esta frase revelaba todas las creencias del jóven pintor que, encarnado como la grana, miraba á la madre de Adelaida, pero no notaba en su fisonomia mas que la espresion de una bondad sin hipocresia; ningun lejano pensamiento destruia su encanto, su finura no acusaba la perfidia, la malicia no existia, y los remordimientos no alteraban su calma.

Sentóse, pues, en la mesa del juego. Adelaida quiso compartir su suerte con el pintor, pretendiendo que no sabia suficientemente jugar al piquet.

Madama Rouville y su hija, durante la partida, se hacian varios signos de inteligencia que inquietaron lo bastante á Hipólito que ganaba, pero al fin, en la última jugada los dos amantes quedaron deudores de la baronesa.

Queriendo buscar el dinero en el bolsillo del pantalon, el pintor retiró sus manos de la mesa, y vió luego delante de si una bolsa que Adelaida habia deslizado sin que él se apercibiera. La pobre niña miraba á la baronesa, y se ocupaba en contar el dinero para pagar á su madre.

Toda la sangre de Hipólito afluyó subitamente á su corazon, haciéndole perder casi el sentido. El bolsillo nuevo que sustituia al suyo y que contenia sus quince luises, estaba bor-

dato en granos de oro. Los colores, las borlas y todo atestiguaba el buen gusto de Adelaida, que sin duda habia espuesto su peculio particular para los adornos de tan deliciosa obra. Era imposible de pagar con mas gracia y fineza la deuda contraida con el pintor, ni podia haberse recompensado con tanto sentimiento. Cuando Hipólito aplacó su ansiedad, volvió los ojos á Adelaida y la baronesa, y las vió trémulas de placer y gozosas de tan amable supercheria.

El se encontró mezquino, pequeño, raquítico y hubiera querido poder arrancarse su corazon y destrozarlo para arrojarlo á sus pies. Algunas lágrimas brotaron de sus ojos, y llevado de un movimiento irresistible, cogió á Adelaida entre sus brazos, la estrechó contra su corazon, y la cubrió de besos.

Despues con su buena fé de artista, dijo mirando á la baronesa.

—Yo os la pido por esposa.

Adelaida arrojó sobre el pintor tiernas miradas llenas de amor y reconocimiento y madama Rouville, atónita, buscaba una respuesta, cuando esta escena fue interrumpida por el sonido de la campanilla.

El viejo vice-almirante apareció seguido de su sombra y de la señora Stinner. Despues de

saber la causa de los disgustos de su hijo, que vanamente trataba de ocultar, la madre de Hipólito, habia tomado informes é inquirido noticias de Adelaida por algunos de sus amigos. Justamente alarmada por las calumnias que pesaban sobre la jóven sin saberlo, habló con el conde, el viejo almirante, cuyo nombre le fué dado por la portera, y le contó todo lo que pasaba, el cual montado en cólera, queria cortar las orejas á los infames belitres calumniadores, y animado por su corage, el almirante le dijo á la madre de Hipólito el secreto de las pérdidas voluntarias que él hacia en el juego, pues el orgullo de la baronesa no le permitia mas que este ingenioso medio de socorrerla directamente.

Luego que Mad. Stinner saludó á la señora de Rouville, miró al conde, al viejo caballero Du Halga, antiguo amigo de la esposa del almirante, á Hipólito y Adelaida, dijo rebosándole de dicha el corazon.

—Me parece que ya somos una familia.

Paris, Mayo 1832.

LUCHA ETERNA

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. IX

H. DE BALZAC

LUCHA ETERNA

(LES RESSOURCES DE QUÍNOLA)

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO

VERSION CASTELLANA

DE

B. Ch.



LIBRERIA DE ANTONIO
LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA
DEL CENTRO, 20.-BAR-
CELONA: : : : : 1903.

Imprenta de F. Badia, Dou 14, Barcelona.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. IX

H. DE BALZAC

LUCHA ETERNA

(LES RESSOURCES DE QUÍNOLA)

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO

VERSION CASTELLANA

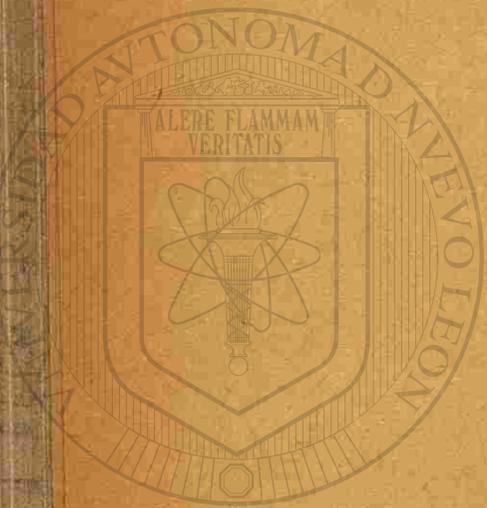
DE

B. Ch.



LIBRERIA DE ANTONIO
LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA
DEL CENTRO, 20.-BAR-
CELONA: : : : : 1903.

Imprenta de F. Badia, Dou 14, Barcelona.



PERSONAJES

PRÓLOGO

FELIPE II.
EL CARDENAL CIENFUEGOS, gran inquisidor.
EL CAPITAN DE GUARDIAS.
EL DUQUE DE OLMEDO.
EL DUQUE DE LÉRMA.
ALFONSO FONTANARES.
QUINOLA.
Un alabardero.
Un alcalde de Palacio.
Un familiar de la Inquisición. (Personaje mudo.)
La reina de España.
LA MARQUESA DE MONDÉJAR. ®

DRAMA

DON FREGOSO, virey de Cataluña.
El gran inquisidor.
EL CONDE SARPI, secretario del virey.
DON RAMÓN, sabio.

AVALOROS, banquero.
MATEO MAJIS, usurero.
LOTHUNDIAZ, burgués.
ALFONSO FONTANARES, mecánico.
LAVRADI QUÍNOLA, su criado.
MONIPOEIO, antiguo miquelete.
COPPÓLUS, mercader de metales.
ESTEBAN, obrero.
GIRONA, otro obrero.
El mesonero del *Sol de Oro*.
Un ujier.
Un alcalde.
CARPANO, cerrajero. (Personaje mudo.)
FAUSTINA BRANCADORI.
MARÍA LOTHUNDIAZ.
PAQUITA, camarera de Faustina.
DOÑA LÓPEZ, dueña.

La acción del PRÓLOGO pasa en el palacio real de Valladolid, y la del DRAMA en Barcelona y en 1588.



PROLOGO

Palacio real de Valladolid. La escena representa la galería que conduce á la capilla. A la izquierda, la entrada de la capilla, y á la derecha, puerta que da á las habitaciones reales. En el fondo, la entrada principal, y á cada lado de ésta, dos alabarderos.

Al levantarse el telón, aparecen en escena tres caballeros y el capitán de guardias. Un alcalde de palacio está de pie en el fondo de la galería, y en el salón que precede á ésta, se pasean varios cortesanos.

ESCENA PRIMERA

El CAPITÁN de guardias; QUÍNOLA embozado; un alabardero.

ALABARDERO.—(Deteniendo á Quínola.) Aquí no endra natie sin dener terecho. ¿Quién eres?

QUÍNOLA.—Un embajador. (Le miran.)

ALABARDERO.—¿Te tónde?

QUÍNOLA.—¿Te tónde? Del país de la miseria.

CAPITAN.—Íd á buscar al mayordomo de palacio para que se tributen á su excelencia (señalando á Quínola) los honores debidos. (Al alabardero.) Tres días de calabozo.

AVALOROS, banquero.
MATEO MAJIS, usurero.
LOTHUNDIAZ, burgués.
ALFONSO FONTANARES, mecánico.
LAVRADI QUÍNOLA, su criado.
MONIPÓRIO, antiguo miquelete.
COPPÓLUS, mercader de metales.
ESTEBAN, obrero.
GIRONA, otro obrero.
El mesonero del *Sol de Oro*.
Un ujier.
Un alcalde.
CARPANO, cerrajero. (Personaje mudo.)
FAUSTINA BRANCADORI.
MARÍA LOTHUNDIAZ.
PAQUITA, camarera de Faustina.
DOÑA LÓPEZ, dueña.

—*—
La acción del prólogo pasa en el palacio real de Valladolid, y la del DRAMA en Barcelona y en 1588.
—*—



PROLOGO

Palacio real de Valladolid. La escena representa la galería que conduce á la capilla. A la izquierda, la entrada de la capilla, y á la derecha, puerta que da á las habitaciones reales. En el fondo, la entrada principal, y á cada lado de ésta, dos alabarderos.

Al levantarse el telón, aparecen en escena tres caballeros y el capitán de guardias. Un alcalde de palacio está de pie en el fondo de la galería, y en el salón que precede á ésta, se pasean varios cortesanos.

ESCENA PRIMERA

El CAPITÁN de guardias; QUÍNOLA embozado; un alabardero.

ALABARDERO.—(Deteniendo á Quínola.) Aquí no endra natie sin dener terecho. ¿Quién eres?

QUÍNOLA.—Un embajador. (Le miran.)

ALABARDERO.—¿Te tónde?

QUÍNOLA.—¿Te tónde? Del país de la miseria.

CAPITAN.—Íd á buscar al mayordomo de palacio para que se tributen á su excelencia (señalando á Quínola) los honores debidos. (Al alabardero.) Tres días de calabozo.

QUÍNOLA.—(Al capitán.) ¡Bonita manera de respetar el derecho de gentes! Ya sé que vuestro rango es de los más elevados y que yo soy de muy humilde condición; pero con dos palabritas nos igualaremos.

CAPITAN.—¡Bellaco!

QUÍNOLA.—(Tomándolo aparte.) ¿No sois el primo de la condesa de Mondéjar.

CAPITAN.—¿Y qué?

QUÍNOLA.—Nada; que si bien es cierto que todavía goza de gran favor, puede que esté á punto de caer en un abismo... y sin cabeza.

CAPITAN.—¡Qué historias inventa esta gentuza! Oye, buena pieza, sólo estamos á diez y contigo ya son veinte y tantos los que han pretendido hablar á la favorita para sacarle algunas pistolas. Ya puedes largarte... si no...

QUÍNOLA.—Monseñor, preferible es hablar con malos modos á muchos infelices á quedarnos sin saber lo que os manda á decir vuestro angel bueno. Y ya veis que casi casi, (Se desemboza) traigo su mismo traje.

CAPITAN.—Acabemos. ¿Dónde están las pruebas?

QUÍNOLA.—(Mostrándole una carta.) En estas palabras: entregádsela vos mismo, porque el secreto ha de quedar entre nosotros, y que me ahorquen si no véis caer desmayada á la marquesa cuando la lea. Por lo que hace á mí, ya podéis suponer que, como buen español, maldita la gracia que me hace la horca.

CAPITAN.—¿Y si alguna mujer ambiciosa hubiese comprado tu vida para llevar á cabo una venganza?

QUÍNOLA.—¿Tan despreciable soy? Os juro que mi vida vale tanto como la de César. En

fin, tomad, caballero. (Rompe el sobre de la carta, la huele, la desdobra y se la da.) ¿Estáis contento?

CAPITAN.—(Aparte.) Aun tengo tiempo. (A Quíñola.) Aguarda aquí, voy á verla.

ESCENA II

QUÍNOLA

QUÍNOLA.—(Mirando al capitán.) ¡Anda! ¡Oh! querido amo mío, si el tormento no ha roto ya tus pobres huesos, pronto saldrás de las mazmorras de la santísima inquisición. Quíñola, tu perro fiel, te dará la libertad. ¡Pobre!... ¿Quién ha dicho pobre? Cuando esté libre, nuestras esperanzas se transformarán en hermosas monedas. El que ha sabido vivir seis meses en Valladolid sin un ochavo y burlar á los alguaciles, me parece que algún talento debe de tener, y aplicado á... otra cosa podría llevar á un hombre... ¿á dónde?.. Pues á otra parte. En fin, que yo, Quíñola, voy á tener la honra de hablar al rey. Dios de los desheredados, dame la elocuencia... de... una mujer bonita, de la marquesa de Mondéjar, por ejemplo.

ESCENA III

QUÍNOLA, el CAPITAN.

CAPITAN.—(A Quíñola.) Aquí tienes cincuenta doblones que te manda la marquesa para que te presentes en palacio como es debido.

QUÍNOLA.—(Pasando las monedas de una mano á otra.) ¡Ah, cuánto se ha hecho esperar

este hermoso rayo de sol! Os juro, señor, que volveré más arrogante que una sota de oros. De ella he tomado mi nombre. Quínola, para serviros; Quínola, dentro de poco señor de extensos dominios. En ellos haré justicia, cuando... (*Aparte*) yo no tenga ya que temerla.

ESCENA IV

Cortesanos, el CAPITÁN

CAPITÁN.—(*Solo en la escena.*) ¿Qué secreto habrá sorprendido ese miserable? Casi se ha desmayado mi prima, y ha dicho que se trataba de todos sus amigos. El rey debe de andar en este enredo. (*A un caballero.*) ¿Ocurre algo de nuevo en Valladolid, duque de Lerma?

LERMA.—(*En voz baja*) Dicen que esta mañana, al romper el día, han asesinado al duque de Olmedo, junto al jardín del palacio de Mondejar.

CAPITÁN.—Lo creo muy capaz de hacer la comedia de un asesinato para perder á mi prima; pues el rey, como todos los grandes políticos, acostumbra á dar por cierto cuanto tenga visos de probabilidad.

LERMA.—También dicen que la enemistad del duque y de la marquesa es puro fingimiento, y que no hay manera de perseguir al asesino.

CAPITÁN.—Señor duque, quien repita esa infamia ha de presentar pruebas, y aún así, sólo podría escribirse con una espada tinta en sangre.

LERMA.—Me pedisteis noticias... (*Se retira.*)

ESCENA V

Dichos y la marquesa de MONDEJAR

CAPITÁN.—¡Ah! aquí está mi prima. (*A la marquesa.*) Muy agitada estáis aún, querida marquesa. Conteneos; por Dios; pueden observaros. Va en ello nuestro porvenir.

MARQUESA.—¿Ha vuelto ese hombre?

CAPITÁN.—¿Pero, cómo ha podido alarmaros de ese modo un miserable?

MARQUESA.—Mi vida está en sus manos; más que mi vida: la de alguien que, apesar de mil precauciones, inspira celos...

CAPITÁN.—Al rey... ¿Será, pues, verdad que ha hecho asesinar al duque de Olmedo, como dicen por ahí?

MARQUESA.—¡Ay! no sé qué pensar... Mi desgracia es cierta. ¡Sola, sin recursos... y tal vez, abandonada dentro de muy poco!

CAPITÁN.—Contad conmigo. Estaré en acecho á todas horas.

ESCENA VI

Dichos, QUÍNOLA

QUÍNOLA.—Sólo me quedan treinta doblones, pero voy como si tuviera sesenta. ¡Esto se llama un perfume exquisito! La marquesa puede hablarme ahora sin escrúpulos.

MARQUESA.—¿Es ese nuestro hombre?

CAPITÁN.—Sí.

MARQUESA.—Pues haced de modo que no nos oigan (*A Quínola.*) ¿Puedo saber quién sois, amigo mío?

QUÍNOLA.—(*Aparte.*) ¡Su amigo! No hay nada como estar en el secreto de una mujer para

que le llamen amigo. ¡Alto.) Señora, soy un hombre que está muy por encima de todas las circunstancias.

MARQUESA.—Muy lejos se va de ese modo.

QUÍNOLA.—¿Es una amenaza ó un aviso?

MARQUESA.—Señor mío, es usted un impertinente.

QUÍNOLA.—Os suplico que no confundáis la perspicacia con la impertinencia. Queréis conocerme antes de hablar de nuestro asunto, es muy natural; permitidme, pues, que os allane el camino. Mi verdadero nombre es Lavradi, y este Lavradi debiera estar ahora en un presidio de Africa por diez años. Nada, un error lamentable de los alcaldes de Barcelona. Quínola, vuestro humilde servidor, es la conciencia de Lavradi, blanca y pura como vuestras lindas manos. Claro, Quínola no conoce á Lavradi. ¿Conoce acaso el alma el cuerpo donde mora? En vuestras manos está que el alma de Quínola se una al cuerpo de Lavradi; sobre todo, si tenéis en cuenta que Quínola se encontraba esta mañana junto á la puertecita de vuestro jardín con los amigos de la aurora que han detenido al duque de Olmedo.

MARQUESA.—¿Le ha pasado algo? Decidme.

QUÍNOLA.—Lavradi aprovecharía esta ocasión para suplicar que le perdonaran, pero Quínola, señora, es hidalgo.

MARQUESA.—Mucho os ocupáis de vos.

QUÍNOLA.—Y muy poco de él. ¿no es esto? El duque padeció el lamentable error de creernos viles asesinos, cuando nuestra intención no era más que suplicarle,—un poco temprano, lo confieso,—que nos hiciera un préstamo con hipoteca de nuestros esto-

ques. El famoso Mayoral que nos mandaba, acosado por el duque, se vió en el duro trance de herirle de una estocadilla que nadie conoce más que él.

MARQUESA.—¡Ah! ¡Dios mío!

QUÍNOLA.—Bien vale la dicua gozada este pequeño percance.

MARQUESA.—Calma. Este hombre lo sabe todo.

QUÍNOLA.—Cuando vimos que el señor duque no tenía ni un maravedí—¡gran imprudencia, señora!—no hubo más remedio que dejarlo allí. Y como de toda aquella gente el menos comprometido era yo, recibí el encargo de acompañarle. Pues, como iba diciendo, al arreglarle los bolsillos, tuve la fortuna de tropezar con la cartita que le habíais escrito. Y al informarme de vuestra posición en la Corte, he comprendido...

MARQUESA.—Que estaba hecha tu fortuna.

QUÍNOLA.—Todo lo contrario... ¡Que peligraba mi cabeza!

MARQUESA.—Bien, y...

QUÍNOLA.—¿No adivináis? Vuestra carta está en manos de un hombre seguro, el cual, si me sucediera alguna desgracia, la enviaría al instante y sin escrúpulos al mismo rey. ¿Hablo claro?

MARQUESA.—¿Qué deseas?

QUÍNOLA.—¿Habláis á Quínola ó á Lavradi?

MARQUESA.—Lavradi será perdonado. ¿Qué desea ahora Quínola, entrar á mi servicio?

QUÍNOLA.—Los expósitos son hidalgos, señora. Quínola os devolverá la carta sin pedir un solo maravedí, sin obligaros á nada indigno, pero cuenta con que no atentaréis contra la vida de un pobre diablo en cuyo pecho late el corazón del Cid.

MARQUESA.—¡Qué caro me vas á costar, bribón!

QUÍNOLA.—Hace poco me decíais «amigo mío».

MARQUESA.—¿No eras mi enemigo?

QUÍNOLA.—Pues me fio de vos, señora, y voy á deciros todo... Pero... no os riáis... ¿lo prometéis?... Quiero...

MARQUESA.—¿Quieres?

QUÍNOLA.—Hablar al rey... aquí, cuando vaya á la capilla. Haced que acoja bien mi petición.

MARQUESA.—¿Pero, qué le vas á pedir?

QUÍNOLA.—La cosa más sencilla del mundo, una audiencia para mi amo.

MARQUESA.—Explicate; el tiempo apremia.

QUÍNOLA.—Soy el criado de un sabio. Y si el genio se mide por la pobreza, podéis estar segura, señora, que tenemos demasiado genio.

MARQUESA.—Al grano.

QUÍNOLA.—De Cataluña ha venido don Alfonso Fontaneres para ofrecer al rey el cetro de los mares. En Barcelona lo creyeron todos loco, y aquí pasa por hechicero. Al escuchar sus inauditas promesas, todos los cortesanos se han burlado de él ignominiosamente. Unos le brindaban su protección para perderle; otros, ponían en duda su secreto para arrancárselo á traición: ya podéis suponer, los sabios; en fin, muchos han querido asociarse con él para emprender juntos el negocio: claro, capitalistas que pretendían saquearlo. Tan mal iban las cosas, que ya no sabíamos qué sería de nosotros. Ya sé yo que nadie podrá negar el gran poder de la mecánica y de la geometría; pero tampoco puede negar nadie que los teoremas más sublimes dan muy poco que comer. Cualquier eucebollado de liebre es mucho más importante para el estó-

mago. Sin ir más lejos, este invierno lo hemos pasado mi amo y yo calentándonos con nuestros proyectos y rumiando nuestras ilusiones... Pues bien, señora, el infeliz gime hoy en una prisión porque dicen que tiene pacto con el demonio. Por desgracia, esta vez tiene razón el Santo Oficio: constantemente hemos visto al diablo en el fondo de nuestra bolsa. Conque, señora, inspirad al rey el deseo de ver al hombre que le trae dominios tan extensos como los que Colón ha dado á España. Os lo suplico con toda mi alma.

MARQUESA.—¿Pero si después que Colón nos dió un nuevo mundo, nos están ofreciendo uno cada quince días!

QUÍNOLA.—¡Ah! señora, cada hombre de genio tiene su mundo nuevo. ¡Pardiez! Es cosa tan rara que un hombre haga su fortuna y la del Estado sin robar nada á nadie, que bien vale la pena de que se acojan con los brazos abiertos sus promesas.

MARQUESA.—Sepamos, al fin, de qué se trata.

QUÍNOLA.—Repito que no os riáis, señora. Se trata de hacer que los buques naveguen sin velas ni remos, contra el impetu del viento, por medio del agua hecha vapor.

MARQUESA.—¿Qué estás diciendo? ¿De dónde vienes? ¿Sueñas acaso?

QUÍNOLA.—Ya apareció aquello; el cantar de siempre. El hombre de genio que se anticipa á su época, ha de resignarse con amargura á pasar por loco años enteros. ¡Vulgo necio, esa es tu condición! Yo solo tengo fe en ese hombre; por eso le amo. Comprender es hacerse igual.

MARQUESA.—¿Y yo he de decir semejantes tonterías al rey?

QUÍNOLA — Sois la única persona en toda España á quien Su Majestad no mandará á callar.

MARQUESA — Tú no conoces al rey. Yo lo conozco demasiado. (*Aparte.*) Es preciso recuperar la carta. (*Alto.*) Se presenta una circunstancia favorable para tu amo. En este momento ha sabido el rey la pérdida de la Armada. Ponte á su paso y le hablarás.

ESCENA VII

El capitán de guardias, cortesanos,
QUÍNOLA.

QUÍNOLA. — (*En primer término.*) ¿Conque es decir que no basta tener genio y demostrarlo á la faz del mundo para que se le conozca y se le admire? ¿De modo que hay que contar también con el destino, con catástrofes terribles, con pequeñeces despreciables, con una carta que ponga en peligro á una favorita para encontrar una lengua que hable, con la pérdida de toda una escuadra para que un príncipe se digne escuchar á quien le lleva el poderío y la riqueza? ¡Miserable casualidad! Está visto, sólo prosperan las medianías. ¡Vamos! en el duelo entablado entre Fontanares y su siglo ahora le toca á su pobre criado presentarse en escena... (*Se oyen campanas; todos llevan armas.*) ¿Será esto un buen presagio? (*Al capitán de guardias.*) ¿Cómo se habla al rey?

CAPITAN. — Te adelantarás, doblarás las rodillas y dirás: ¡Señor!... Y que Dios guíe tu lengua. (*Desfila el cortejo.*)

QUÍNOLA. — No habrá necesidad de arrodillarme; ya las piernas se me doblan. Es que

no se trata sólo de un hombre, sino de todo un mundo.

UN PAJE. — ¡La reina!

OTRO PAJE. — ¡El rey!

ESCENA VIII

Dichos, el rey, la marquesa de Mondéjar, el Gran Inquisidor, toda la Corte.

FELIPE II — Caballeros, imploremos la misericordia de Dios ya que en sus altos designios ha dispuesto humillar á España. Inglaterra se nos escapa de las manos, la armada se ha perdido. No os hacemos cargos, almirante. (*Se vuelve hacia el almirante.*) Vuestra misión no era combatir contra las tempestades.

QUÍNOLA. — ¡Señor! (*Dobla las rodillas.*)

FELIPE. — ¿Quién eres?

QUÍNOLA. — El más humilde y el más fiel de vuestros súbditos, el criado de un hombre que gime en las prisiones del Santo Oficio, acusado de magia sólo por querer dar á Vuestra Magestad los medios de evitar tan terribles desastres...

FELIPE. — Si no eres más que un criado, levántate. Sólo los nobles deben aquí inclinarse ante el rey.

QUÍNOLA. — Mi amo quedará entonces á vuestras plantas.

FELIPE. — Explicáte pronto. El rey no dispone en su vida de tantos instantes como súbditos tiene.

QUÍNOLA. — Entonces debéis una hora á un imperio que estará pronto en vuestro poder. Mi amo, don Alfonso Fontanares, está en las prisiones del Santo Oficio...

FELIPE.—Padre mío, (*Se aproxima al gran inquisidor*) ¿qué podéis decirnos de un tal Alfonso Fontanares?

INQUISIDOR.—Es un discípulo de Galileo; profesa abiertamente su doctrina condenada; y, luego, se vanagloria de poder realizar grandes prodigios ocultando los medios de que se vale. Se le acusa, además, de tener más sangre mora que española.

QUINOLA.—(*Aparte.*) Este cara de muerto va á echarlo todo á perder... (*Al rey.*) Señor, tened por seguro que mi amo no profesa otra brujería que estar locamente enamorado, primeramente de Vuestra Majestad, y luego de una hermosa joven de Barcelona, heredera de Lotundiaz, el más rico burgués de toda la ciudad. Impulsado por el deseo de saber, fué á Italia á estudiar ciencias naturales, y volvió, como es natural, con más sabiduría que riquezas. De modo, que para obtener la mano de su novia, tiene que esperar á que le sonrían la gloria y la fortuna.. Y ved ahora, señor, de qué modo se calumnia á los grandes hombres: Desesperado y abatido, fué en peregrinación á visitar a la Virgen del Pilar en busca de consuelo. La que ama se llama María. Al salir de la iglesia, se sentó fatigado á la sombra de un árbol y se quedó dormido. Allí se le apareció la Virgen y le inspiró la idea de un invento maravilloso, el de hacer andar los buques sin velas y sin remos contra la fuerza del viento y el empuje de las olas. Lleno de entusiasmo, ha acudido á vos, señor; pero le detienen en su camino, y expía hoy encarcelado la fe que depositó en la gloriosa virgen y en su rey. Sólo le queda su humilde criado, que vale-

rosamente os dice: Señor, existe un medio seguro de conseguir el dominio del universo.

FELIPE.—Veré á tu amo al salir de la iglesia.

INQUISIDOR.—¿No correrá peligro el rey?

FELIPE.—Mi deber es interrogarlo.

INQUISIDOR.—Y el mío hacer que se respeten los privilegios del Santo Oficio.

FELIPE.—Los conozco. Obedece y calla. Te debo un rehen, lo sé. (*Mira*) ¿En dónde está el duque de Olmedo?

QUINOLA.—(*Aparte.*) ¡Ay! ¡ay!

MARQUESA.—(*Aparte.*) ¡Estamos perdidos!

CAPITAN.—Señor, el duque no ha.. llegado todavía.

FELIPE.—¿Quién le ha permitido faltar de ese modo a los deberes de su cargo? (*Aparte.*) Parece que me engañan. (*Al capitán.*) Cuando llegue le dirás que el rey le ha encomendado la guarda de un preso del Santo Oficio. (*Al gran inquisidor.*) Dad la orden.

INQUISIDOR.—Iré yo mismo, señor.

LA REINA.—¿Y si el duque no viene...?

FELIPE.—Será que habrá muerto. (*Al capitán.*) Tú lo reemplazarás en la ejecución de mis órdenes. (*Pasa.*)

MARQUESA.—(*A Quinola.*) Corre á casa del duque; que venga sin tardanza, y que nadie sospeche que está casi moribundo. Todo cuanto se dice no ha de ser más que una calumnia..

QUINOLA.—Contad conmigo, pero protegidos. (*Para sí.*) Alégrate, Quinola. Creo que el rey quedó encantado de la historieta de la Virgen del Pilar. Yo le prometo... ¿qué le voy á prometer? Ya lo veremos después del triunfo.

Un calabozo

ESCENA IX

FONTANARES solo.

FONTANARES.—Ahora comprendo por qué Colón quiso que le colocaran sus cadenas en el ataúd. ¡Qué lección para los inventores! Todo descubrimiento es una *verdad*; y la verdad destruye tantos *errores* y tantos *abusos*, que los que sólo de ellos viven se levantan airados para exterminarla, y empujan su obra ruin atacando al hombre. La paciencia es el escudo del innovador. No me faltará. Sólo que en mí es hija del amor. Para hacerme digno de María soñé siempre con la gloria. Buscaba, buscaba sin descanso, cuando un día veo volar una paja sobre una caldera, ¿quién no ha observado esto alguna vez? Yo adiviné allí una fuerza prodigiosa, y para medirla tapé la caldera. De pronto, salta con violencia la tapadera como lanzada por el rayo, y por milagro no me mata. Arquímedes y yo somos el mismo hombre. El quería una palanca para levantar el mundo. Yo la tengo ya, pero soy tan tonto que lo digo, y todas las desdichas caen sobre mí. Genio de las edades futuras, si muero y tienes la fortuna de descubrir otra vez mi secreto, obra y calla. La luz que descubrimos les sirve para encender nuestras hogueras. Galileo, mi sabio maestro, encarcelado está por haber dicho que la tierra gira sin descanso, y yo lo estoy porque pretendo organizarla. ¡No! Estoy preso porque no consentí que la sordidez se apodere de mi descubrimien-

to. Si no amara á María, de aquí saldría esta misma noche arrojándoles como á perros hambrientos el vil negocio; pero la gloria será siempre mía. ¡Oh, rabia! ¡Bah! la cólera es indigna de los hombres. Tengamos calma. Soy poderoso ¡Si al menos tuviera noticias del único hombre que tiene fe en mí! ¿Estará libre él, que mendigaba para alimentarme? Sólo el pobre tiene fe. ¡La necesita tanto...!

ESCENA X

El gran inquisidor, un familiar,
FONTANARES.

INQUISIDOR.—¿Hablabais de fe, amigo mío? Sin duda habéis ya reflexionado juiciosamente. Vamos, evitad al Santo Oficio el triste deber de sus rigores.

FONTANARES.—Padre mío, ¿qué deseáis que diga?

INQUISIDOR.—Antes de poner os en libertad, el Santo Oficio debe tener la seguridad de que los medios que empleáis en vuestro invento son naturales...

FONTANARES.—¿Creéis que si yo hubiera hecho pacto con el espíritu maligno, me dejaría aquí abandonado de este modo?

INQUISIDOR.—Es impío lo que acabáis de decir. El demonio tiene quien le mande. Nuestros autos de fe lo prueban.

FONTANARES.—¿Habéis visto alguna vez un buque en el mar? (*El gran inquisidor hace un signo afirmativo.*) ¿Qué fuerza lo mueve?

INQUISIDOR.—El viento que hincha sus velas.

FONTANARES.—¿Fue acaso el demonio quien sugirió este medio al primer navegante?

INQUISIDOR.—¿Sabéis qué ha sido de él?

FONTANARES.—Tal vez se ha convertido en algún poder oculto del mar.—En fin, mi invento es tan natural como el suyo. He descubierto una fuerza prodigiosa que el hombre puede emplear como le plazca. El viento sólo obedece á Dios, y él es el que hincha las blancas velas de los buques y los empuja sobre las ondas, mientras que la fuerza que yo he descubierto late infatigable en las entrañas del buque mismo.

INQUISIDOR.—(Aparte.) Este hombre puede ser muy peligroso. (Alto.) ¿Y no queréis decirnos qué clase de fuerza es esa?

FONTANARES.—Sólo lo diré al rey en presencia de toda la Corte. Así, nadie podrá arrebatarme ni la gloria ni la fortuna.

INQUISIDOR.—Os llamáis inventor y no pensáis más que en las riquezas! ¡Un ambicioso! Vuestro genio se empequeñece.

FONTANARES.—¡Ah! padre mío, me indignan tanto la envidia del vulgo, la avaricia de los grandes, la pedantería de los falsos sabios, que... si no amase á María, devolvería á la casualidad lo que la casualidad supo inspirarme.

INQUISIDOR.—¡La casualidad!

FONTANARES.—No, no quise decir eso. Devolveré á Dios el pensamiento con que iluminó mi inteligencia.

INQUISIDOR.—Sabed que Dios no os lo ha dado para que lo ocultéis. Nosotros debemos haceros hablar. (A un familiar.) Que preparen el tormento.

ESCENA XI

Inquisidor, FONTANARES, QUÍNOLA, el duque de OLMEDO.

QUÍNOLA.—¡El tormento! No es muy saludable que digamos.

FONTANARES.—¡Quínola! ¡Y en qué traje!

QUÍNOLA.—El del éxito. Pronto estaréis en libertad.

FONTANARES.—¿Libre? ¡Pasar del infierno al cielo en un instante!

DUQUE DE OLMEDO.—Como los mártires.

INQUISIDOR.—¡Caballero! ¿Cómo os atrevéis á pronunciar aquí semejantes palabras?

DUQUE DE OLMEDO.—He recibido del rey la orden de libertar á este hombre de vuestro poder, y os prometo ..

INQUISIDOR.—¡Gran falta ha sido esa!

QUÍNOLA.—¡Ah! queríais guisarlos en vuestras calderas llenas de aceite! Gracias. Las suyas nos permitirán dar la vuelta al mundo. Así (da vueltas al sombrero.)

FONTANARES.—Abrazame, y dime como...

OLMEDO.—Aquí, ni una palabra.

QUÍNOLA.—Es verdad (Señala los talones del inquisidor) porque las paredes tienen aquí demasiada inteligencia. Venid. Y vos, señor duque, ánimo ¡Ah! qué pálido estáis. Es preciso que tengais buen color; pero eso corre de mi cuenta.

(La escena cambia y representa la galería del palacio.)

ESCENA XII

El duque de OLMEDO, el duque de LERMA, FONTANARES, QUINOLA.

OLMEDO.—¡Llegamos á tiempo!

LERMA.—¿Conque no estáis herido?

OLMEDO.—¿Quién ha dicho eso? ¿Quiere perderme la favorita? ¿Estaría aquí como me véis? (A Quinola.) Quédate a mi lado para sostenerme.

QUINOLA.—(A Fontanares.) He aquí un hombre digno de aprecio.

FONTANARES.—¿Quién no lo envidiaría? No siempre se tiene ocasión de probar cuanto se ama.

QUINOLA.—Señor, guardaos de hablar ante el rey de todas esas tonterías de amor... porque el rey... ¿sabéis?

UN PAJE.—¡El rey!

FONTANARES.—Valor; pensemos en María.

QUINOLA.—(Viendo desfallecer al duque de Olmedo.) Animo. (Le hace respirar el contenido de un frasquito.)

ESCENA XIII

Dichos, el rey, la reina, la marquesa de MONDEJAR, el capitán de las guardias, el gran inquisidor, el presidente del consejo de Castilla, toda la Corte.

FELIPE.—(Al capitán.) ¿Ha venido nuestro hombre?

CAPITAN.—El duque de Olmedo, á quien he encontrado en las escaleras del palacio, se ha apresurado á obedecer al rey.

OLMEDO.—(Con una rodilla en el suelo.) ¿Se

dignará el rey perdonar un retraso imperdonable?

FELIPE.—(Levantándolo por el brazo herido.) Decían que estabas moribundo... (Mira á la marquesa) de una herida recibida en un lance nocturno.

OLMEDO.—Ya me véis, señor.

MARQUESA.—(Aparte.) Se ha puesto colorete.

FELIPE.—(Al duque.) ¿En dónde está tu prisionero?

OLMEDO.—(Mostrando á Fontanares.) Aquí...

FONTANARES.—(Rodilla en tierra.) Dispuesto á realizar grandes maravillas para gloria de Dios y esplendor de vuestro reino.

FELIPE.—Levántate y habla. ¿Qué fuerza milagrosa es esa que ha de dar á España el imperio del mundo?

FONTANARES.—Un poder invencible, el vapor. Señor, el agua convertida en vapor se hincha, se dilata, buscando cada vez mayores espacios; y para conseguirlo levantaría verdaderas montañas. Mi invento doma esta fuerza. La máquina está provista de ruedas que azotan el mar, y el buque vuela sin miedo á las tempestades. Las travesías serán seguras y de una rapidez vertiginosa. La vida humana puede disponer del tiempo así economizado. Señor, Cristóbal Colón os dió un mundo á tres mil leguas de aquí; yo os lo pongo á las puertas de Cádiz y vuestro será, Dios mediante, el imperio de los mares.

REINA.—¿No os admiráis, Señor?

FELIPE.—La admiración es una alabanza involuntaria en que no debe caer un rey. (A Fontanares.) ¿Qué deseas de mí?

FONTANARES.—Lo que pidió Colón: un buque,

y la presencia de mi rey en el hermoso día de la prueba.

FELIPE.—Tendrás al rey á España y al mundo entero. Dicen que estás enamorado de una joven de Barcelona. He de ir á la otra parte de los Pirineos, para visitar mis posesiones de Rosellón y Perpiñán. Tomarás el buque en Barcelona.

FONTANARES.—Dándome el buque, señor, me hacéis justicia; dádomelo en Barcelona, me hacéis una gracia que convierte á vuestro súbdito en esclavo.

FELIPE.—Pero, tened entendido que perder un buque del Estado es arriesgar la cabeza. La ley lo quiere así.

FONTANARES.—Lo sé, y acepto.

FELIPE.—Pues bien, joven intrépido, que logres hacer navegar tu buque sin velas ni remos, como empujado por un viento favorable. Dime, ¿cómo te llamas?

FONTANARES.—Alfonso Fontanares.

FELIPE.—Serás, pues, don Alfonso Fontanares, duque de... Neptunado grande de España.

DUQUE DE LERMA.—Señor... los estatutos de la grandeza...

FELIPE.—Calla, duque de Lerma. El deber de un rey es elevar al hombre de genio por encima de todos los demás, para honrar el rayo de luz que Dios puso en su inteligencia.

INQUISIDOR.—¿Señor..!

FELIPE.—¿Qué quieres?

INQUISIDOR.—No encarcelamos á ese hombre porque tuviera pacto con el demonio, ni porque fuera impío, ni porque perteneciera á una familia sospechosa de heregía, sino para seguridad de todos los monarcas.

Por haber roto las barreras al pensamiento, la imprenta ha producido ya á Lutero, cuya palabra ha volado por todas partes con funesta rapidez: pero este hombre quiere hacer un solo pueblo de todos los pueblos de la tierra; y ante este poder inmenso, el Santo Oficio ha temblado por la realza.

FELIPE.—Todo progreso viene del cielo.

INQUISIDOR.—El cielo no manda todo lo que permite.

FELIPE.—Nuestro deber consiste en hacer buenas las cosas que parecen malas, en hacer de todo, un punto de la circunferencia cuyo centro es el trono. ¿No ves que se trata de realizar el dominio universal, sueño de mi glorioso padre? (A Fontanares.) Está dicho: grande de España de primera clase; y pondré sobre tu pecho el Toisón de oro. Serás, en fin, gran maestro de las construcciones navales de España y de sus Indias... (A un ministro.) Presidente, expide hoy mismo, bajo pena de incurrir en mi desagrado, la orden de poner á la disposición de este hombre, en nuestro puerto de Barcelona, un buque de su elección, y... que no se ponga obstáculo alguno á su empresa.

QUÍNOLA.—¿Señor...!

FELIPE.—¿Qué quieres?

QUÍNOLA.—Ya que estáis aquí, conceded el perdón á un infeliz llamado Lavradi, condenado por un alcalde sordo.

FELIPE.—¿Será eso una razón para que el rey sea ciego?

QUÍNOLA.—Indulgente, señor; es casi lo mismo.

FONTANARES.—Gracia para el único hombre que me ha sostenido en la lucha.

FELIPE.—(Al ministro.) Este hombre me ha hablado, le he tendido la mano. Expide las órdenes de gracia completa.

LA REINA.—(Al rey.) Si este hombre (Señalando á Fontanares) es uno de esos inventores que Dios envía de tarde en tarde para honra de nuestra especie, habréis hecho una hermosa obra, don Felipe.

FELIPE.—(A la reina.) Es muy difícil distinguir un hombre de genio de un loco. Pero si ese fuera un loco, allá se van mis promesas con las suyas.

QUÍNOLA.—(A la marquesa.) Aquí tenéis vuestra carta. Pero, entre nosotros, no escribáis más.

MARQUESA.—Nos hemos salvado. (La corte sigue al rey que pasa.)

ESCENA XIV

FONTANARES y QUÍNOLA

FONTANARES.—Sueño. ¡Duquel ¡Grande de España! ¡El toisón de oro!

QUÍNOLA.—¡Y las construcciones navales! Tendremos proveedores á quienes proteger. La corte es un país del demonio. Prosperaré en ella. ¿Qué hace falta? ¿Audacia? Puedo vender. ¿Astucia? Y el rey que cree que fué Nuestra Señora del Pilar quien... (rie.) ¡Hola! ¿en qué piensa mi señor?

FONTANARES.—¡Vamos!

QUÍNOLA.—¿A dónde?

FONTANARES.—A Barce'ona.

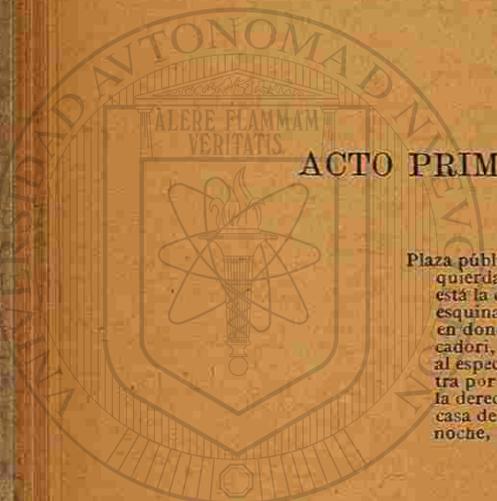
QUÍNOLA.—No, á la taberna. Si el aire de la Corte da buen apetito á los cortesanos, á mí me da una sed insoportable. Y, luego, mi glorioso maestro, ya veréis trabajar á

vuestro Quínola; porque no hay que hacerse ilusiones, entre la palabra del príncipe y el éxito, encontraremos tantos envidiosos, enredadores, ergotistas, malévolos, animales de uñas afiladas, rapaces, llenos de voracidad, parásitos de vuestra empresa, en fin, vuestros gorgojos, encontraremos tantos como los que hemos encontrado entre vos y el rey.

FONTANARES.—Para obtener á María es preciso triunfar.

QUÍNOLA.—¿Y por nosotros, nada?

TELÓN



ACTO PRIMERO

Plaza pública de Barcelona. A la izquierda, casas, entre las cuales está la de Lothundiaz, que hace esquina. A la derecha, el palacio en donde vive la señora Brancadori, cuyo balcón está frente al espectador y da vuelta. Se entra por el ángulo del palacio, a la derecha, y por el ángulo de la casa de Lothundiaz. Es aún de noche, pero amanece pronto.

ESCENA PRIMERA

MONIPODIO embozado en su capa, sentado bajo el balcón del palacio de Brancadori. QUINOLA se desliza como un ladrón y tropieza con Monipodio.

MONIPODIO.—¿Quién anda sobre mis zapatos?

QUINOLA.—Un hidalgo que no tiene ninguno.

MONIPODIO.—Me parece la voz de Lavradi.

QUINOLA.—¡Monipodio!... Te creía... ahorcado.

MONIPODIO.—Y yo, que te azotaban en África.

QUINOLA.—¡Ay! por todas partes dan azotes.

MONIPODIO.—¡Y te atreves a pasearte por aquí!

QUINOLA.—También te paseas tú. Yo tengo ya en el bolsillo mi perdón en regla. Y mien-

tras espero un marquesado y una familia me llamo Quinola.

MONIPODIO.—¿A quién has robado esa gracia?

QUINOLA.—Al rey.

MONIPODIO.—¿Has visto al rey (*Lo huele*) y hueles a miseria?

QUINOLA.—Como un desván de poeta. ¿Y tú, qué haces?

MONIPODIO.—Nada.

QUINOLA.—Pronto está acabado eso. Si semejante ocupación te da rentas, cuenta con un socio.

MONIPODIO.—No querían comprenderme, amigo mío. Acosado por mis enemigos políticos...

QUINOLA.—Los corregidores, alcaldes y alguaciles.

MONIPODIO.—No hubo más remedio que tomar un partido.

QUINOLA.—Comprendo: la caza. ¿Te has hecho cazador?

MONIPODIO.—Quita allá. Soy siempre el mismo. Lo que hay es que me entiendo con el virey. Cuando uno de los míos ha llenado la medida, le digo: ¡largo! y si no se va, ¡por vida de... la justicia...! ¿comprendes? Esto no es hacer traición.

QUINOLA.—Ser previsor nada más.

MONIPODIO.—¡Ah! vuelves de la Corte. ¿Y qué quieres hacer aquí?

QUINOLA.—Escucha. (*Aparte.*) Este es mi hombre, un buen sabueso en Barcelona. (*Alto.*) Después de lo que me has dicho somos amigos como...

MONIPODIO.—El que conoce mi secreto debe ser mi amigo...

QUINOLA.—¿Qué esperas aquí como un celoso?

Vamos á remojarnos la lengua en una taberna. Ya amanece.

MONIPODIO.—¿Ves ese palacio iluminado como para una fiesta? Don Fregoso, mi señor virey, cena y juega en casa de doña Faustina Brancadori.

QUINOLA.—En veneciano Brancador. ¡Hermoso nombre! Debe de ser la viuda de un patricio.

MONIPODIO.—Veintidós años, fina como una corza: y hace del gobernador lo que quiere. Le ha sacado ya, sea dicho entre nosotros, cuanto atrapó en tiempo de Carlos V en las guerras de Italia. Los dineros del sacristán...

QUINOLA.—Han volado... ¿Qué edad tiene el virey?

MONIPODIO.—No niega los sesenta.

QUINOLA.—¡Y hablan del primer amor! Nada tan terrible como el último: estrangula. ¡Dichoso yo que he llegado á la indiferencia! Puedo ser un hombre de Estado...

MONIPODIO.—A ese vejestorio de general se le ha ocurrido emplearme en vigilar á la Brancador. Ella me paga para que la deje en paz, y... ¿comprendes ahora porque llevo esta vida alegre sin hacer mal á nadie?

QUINOLA.—Y procuras saberlo todo, curiosillo, para que la ocasión no se te escape. (*Monipodio hace un signo afirmativo*) ¿Vive todavía Lothundiaz?

MONIPODIO.—Ahí está su casa, y ese palacio es suyo. Cada vez más rico.

QUINOLA.—Esperaba encontrar á la heredera libre del todo. Mi amo está perdido.

MONIPODIO.—¿Tienes amo?

QUINOLA.—Uno que me dará minas de oro.

MONIPODIO.—¿No podría estar yo á su servicio?

QUINOLA.—En realidad, cuento contigo aquí.

Escucha, Monipodio, hemos cambiado la faz del mundo. Mi amo ha prometido al rey hacer andar uno de sus más hermosos buques, sin velas ni remos contra el viento, más rápido que una saeta.

MONIPODIO.—(*Después de haber dado vueltas alrededor de Quinola.*) ¡No han cambiado poco á mi pobre amigo!

QUINOLA.—Monipodio, acuérdate de que hombres como nosotros no se admiran de nada. Eso para los otros. El rey nos ha dado el buque, pero ni un maravedí para irlo á buscar. Hemos llegado, pues, aquí con los dos únicos compañeros del talento: el hambre y la sed. Un hombre pobre que encuentra una gran idea me ha producido siempre el efecto de un trozo de pan en un vivero: cada pez le da un mordisco. Llegaremos á la gloria desnudos y agonizantes.

MONIPODIO.—Dices verdad.

QUINOLA.—En Valladolid, una mañana, cansado ya mi amo de luchar, estuvo á punto de revelar á un sabio que no sabía nada... Lo puse de patitas en la calle por medio de un silogismo de acebuche que no tuvo réplica.

MONIPODIO.—¿Pero, cómo podremos ganar honradamente una fortuna?

QUINOLA.—Mi amo está enamorado. El amor lo mismo hace tonterías que grandes cosas. Fontanares ha hecho las grandes cosas, pero también podría hacer tonterías. Se trata pues, de que protejamos nosotros á nuestro protector. Por lo pronto, mi amo es un sabio que no sabe contar...

MONIPODIO.—Oh! al tomar amo, lo has debido escoger...

QUÍNOLA.—La abnegación y la habilidad valen para él mucho más que el dinero y el favor; porque, en su opinión, el favor y el dinero no son más que lazos y trampas. Lo conozco. Nos dará, ó nos dejará coger lo bastante para pasar esta vida honradamente.

MONIPODIO.—Ese es mi sueño.

QUÍNOLA.—Despleguemos, pues, por una gran empresa nuestros talentos hasta aquí extraviados. Mucho sentiríamos que el diablo se atufara

MONIPODIO.—Es casi como hacer un viaje á Compostela. Tengo fe de contrabandista. Acepto.

QUÍNOLA.—Por de contado, serás aún amigo de los monederos falsos y de los cerrajeros.

MONIPODIO.—¡Caramba! por el interés del Estado...

QUÍNOLA.—Mi amo va á construir su máquina. Haremos dos modelos de cada pieza. Construiremos otra.

MONIPODIO.—¡Quínola!

QUÍNOLA.—¿Qué te pasa? (*Paquita sale al balcón*).

MONIPODIO.—¡Eres un grande hombre!

QUÍNOLA.—Claro que sí. Inventas y morirás perseguido como un criminal. Cópia, y vivirás feliz como un necio. Además, si fontaneres llegase á morir, ¿porqué no había de salvar yo su invento para bien de la humanidad?

MONIPODIO.—¡Ya se vé! como que, según no sé que sabio, nosotros somos la humanidad... Venga un abrazo...

ESCENA II

Dichos, PAQUITA

QUÍNOLA.—(*Aparte*) Para un tonto lleno de honradez, nada mejor que un bribón que se deja engañar.

PAQUITA.—Dos amigos que se abrazan! No pueden ser espías.

QUÍNOLA.—¿Conque estás á partir un piñón con el virey y la Brancador? Bien va eso. Haz un milagro. Ante todo, distrázamos, y si luego, consultando una botella, no encontramos los dos el medio de que mi amo vuelva á ver á su María Lothundiaz, no respondo de nada... Desde hace dos dias no me habla más que de ella, y temo que no pierda el juicio.

MONIPODIO.—La niña está tan guardada como un sentenciado á muerte. Verás por qué. Lothundiaz ha sido casado dos veces. La primera mujer era pobre y le dejó un hijo. La última era rica, y, al morir, le dejó todo á su hija, pero de modo que nadie pudiera malbaratar la herencia. El buen hombre es avaro, y no piensa más que en el porvenir de su hijo. Sarpi, el secretario del virey, para conquistar la mano de la heredera, engatuzó al padre con la promesa de hacerlo noble y cuidarse del porvenir del hijo.

QUÍNOLA.—Bien va. Ya tenemos un enemigo.

MONIPODIO.—Así, pués, mucha prudencia. Oye, te diré dos palabritas para Mateo Magis, el usurero más famoso de la ciudad; cuénto con él. Allí encontrarás de todo, desde los más ricos diamantes hasta zapatos. Cuando vuelvas verás á María.

ESCENA III

PAQUITA, FAUSTINA

PAQUITA.—Tiene razón la señora. Dos hombres están en acecho bajo su balcón. Se van porque amanece.

FAUSTINA.—Ese vejestorio de virey concluirá por fastidiarme. Hasta en mi casa, viéndome y hablándome, tiene celos.

ESCENA IV

FAUSTINA, D. FREGOSO

FREGOSO.—Váis á constiparos, señora... Hay aquí mucho fresco.

FAUSTINA.—Venid acá, caballero. Decís que teneis confianza en mí y apostáis á Monipodio al pie de mis ventanas. Es una prudencia excesiva, impropia hasta de un joven é irritante para una mujer honrada. Hay dos clases de celos, amigo mio: los que hacen desconfiar de la que se ama, y los que hacen que se desconfie de sí mismo. Atenéos á los segundos.

FREGOSO.—Vamos, una fiesta tan hermosa no debe concluir con una reprimenda que no merezco.

FAUSTINA.—¿Estaba ó no Monipodio bajo mi ventana, ese odioso espía á quien pagáis para martirizarme? ¿Si ó no? Contestad por vuestro honor.

FREGOSO.—Nada de extraño tiene que esté por estos contornos. Vela por la seguridad de nuestros jugadores.

FAUSTINA.—Bah! extratagemas vuestras. Yo

sabré la verdad. Si me engañáis os juro que no me volveréis á ver más. *(Vase)*

ESCENA V

D. FREGOSO

FREGOSO.—Ah! imposible separarme de esa mujer. Todo en ella me encanta, hasta la cólera. Sólo por escucharla sufro que me riña.

ESCENA VI

PAQUITA, MONIPODIO distra-
zado de hermano mendicante.

PAQUITA.—Dice mi señora que ya sabe quien ha mandado aquí á Monipodio. Pero... no veo á nadie.

MONIPODIO.—Hermosa niña, una limosnita. Ya sabéis que es un adelanto para ganar el cielo.

PAQUITA.—Perdone por Dios; no tengo nada.

MONIPODIO.—Prometedme alguna cosilla.

PAQUITA.—¿Qué divertido es el hermano!

MONIPODIO.—No me conoce. Adelante. *(Va y llama á la puerta de Lothundiaz.)*

PAQUITA.—Si esperáis las sobras de nuestro casero más rico seriais con mis promesas *(A la Brancador que sale al balcón)*. Señora, los hombres se han marchado.

ESCENA VII

MONIPODIO, D.^a LÓPEZ

D.^a LOPEZ.—*(A Monipodio)* ¿Qué queréis?

MONIPODIO.—Los hermanos de nuestra orden han recibido noticias de vuestro querido Lopez...

D.^a LOPEZ.—¿Vive?

MONIPODIO.—Cuando acompañéis á la señorita María al convento de los Dominicos, dad vuelta á la plaza y encontraréis á un hombre escapado de Argel que os hablará de Lopez.

D.^a LOPEZ.—¡Dios de bondad! ¿Podré rescatarlo?

MONIPODIO.—Ante todo, conformaos con el destino: ¿si fuera... musulmán?

D.^a LOPEZ.—¡Mi querido López! Voy á dar prisa á la señorita. *(Entra)*.

ESCENA VIII

MONIPODIO, QUÍNOLA, FONTANARES.

FONTANARES.—¡Al fin mi buen Quínola; ya estamos bajo su ventana.

QUÍNOLA.—¿Dónde andará Monipodillo? ¿Se habrá dejado chasquear por la dueña? *(Mira al hermano)* ¿Señor pobre?

MONIPODIO.—Todo va bien.

QUÍNOLA.—¡Caracoles! ¡Qué miseria tan perfecta! El Ticiño te pintaría. *(A Fontanares)* Ahora saldrá *(A Monipodio)*. ¿Qué tal te parece?

MONIPODIO.—Bien.

QUÍNOLA.—Será grande de España.

MONIPODIO.—Mejor que mejor.

QUÍNOLA.—Sobre todo, mucha prudencia, no vaya la dueña á abrir los ojos.

ESCENA IX

Dichos, doña LOPEZ, MARÍA

MONIPODIO.—*(Señalando á Quínola á la dueña)* Ese es el cristiano escapado del cautiverio.

QUÍNOLA.—*(A la dueña)* Ah! señora, os conozco por el retrato que me hacía el señor Lopez de vuestros encantos... *(Se aleja con ella)*.

ESCENA X

MARÍA, FONTANARES, MONIPODIO.

MARÍA.—¿Es él, de veras?

FONTANARES.—Sí, María; he triunfado; seremos dichosos.

MARÍA.—Oh! si supierais cuanto he rezado para que Dios os conceda la victoria!

FONTANARES.—Muchas cosas tengo que deciros; pero hay una que debería repetiros un millón de veces por todo el tiempo que he estado ausente.

MARÍA.—Si me habláis de ese modo, llegaría á creer que no sabéis cuanto os amo. Mi amor huye de las lisonjas y se afana por todo cuanto os interesa.

FONTANARES.—Lo que me interesa sobre todas las cosas es que antes de comprometerme en una empresa como la mía, quiero oír de vuestros propios labios si tenéis valor para resistir á las imposiciones de vuestro padre. Dicen que ha resuelto casaros.

MARÍA.—¿He cambiado acaso?

FONTANARES.—Para nosotros amar es temer. Sois tan rica! ¡Tan pobre soy! No os atormentaban porque me creían perdido; ahora se interpondrá el mundo entre nosotros. Sois mi buena estrella ¡pero está tan lejana...! Si no supiera que al fin de la lucha habéis de ser mía, oh, aún después del triunfo moriría de dolor.

MARÍA.—¿No me conocéis? Sola, casi reclusa

durante vuestra ausencia, el sentimiento puro que me une á vos desde la infancia ha crecido como... tu destino! Cuando se cierren estos ojos que te vuelven ahora á ver con tanta alegría; cuando se hiele este corazón que sólo late por Dios, por mi padre y por tí, aún quedará en la tierra un alma que te amará siempre. ¿Dudas todavía de mi constancia?

FONTANARES.—Después de oír tan dulces palabras ¿qué martirio no estaré yo dispuesto á sufrir?

ESCENA XI

Los mismos. LOTHUNDIAZ.

LOTHUNDIAZ.—Esa dueña deja la puerta abierta...

MONIPODIO.—*(Aparte)* Oh! esos pobres chicos se han perdido *(A Lothundiaz)*. Una limosna es un tesoro que se recoje en el cielo.

LOTHUNDIAZ.—Trabaja y recogerás tesoros aquí abajo *(Mira)*. No veo á mi hija ni á la dueña *(Juego de escena entre Monipodio y Lothundiaz)*.

LOTHUNDIAZ.—Ea, déjame, soy catalán y desconfiado *(Ve á su hija y á Fontanares)*. ¿Qué veo! ¡Mi hija con un jóven! *(Corre hacia ellos)* Ya puede uno tener dueñas para que hagan las veces de madre; siempre os robarán. *(A su hija)*. ¿Cómo, María, vos, heredera de diez mil zequies de renta, habláis con...? ¿Pero, estaré viendo visiones?... Es ese condenado mecánico que no tiene donde caerse muerto. *(Monipodio vuelto hacia la esquina hace señas á Quínola)*.

MARIA.—Alfonso Fontanares, padre mío, no carece ya de fortuna. Ha visto al rey.

LOTHUNDIAZ.—Compadezco al rey.

FONTANARES.—Señor Lothundiaz, ya puedo aspirar á la mano de vuestra hermosa María.

LOTHUNDIAZ.—Ah!...

FONTANARES.—¿Aceptaréis por yerno al duque de Neptunado, grande de España y favorito del rey? *(Lothundiaz hace como que busca al duque de Neptunado)*.

MARIA.—¡Pero si es él, padre mío!

LOTHUNDIAZ.—¡Tú! Te he visto de este tamaño y he visto á tu padre vendiendo trapos. ¿Me tomas por un necio?

ESCENA XII

Los mismos, QUÍNOLA, doña LOPEZ.

QUÍNOLA.—¿Quién ha dicho necio?

FONTANARES.—Como regalo de boda os daremos un título, y os permitiremos constituir un mayorazgo para vuestro hijo sobre la fortuna de María.

MARIA.—¿Qué decís, padre mío?

QUÍNOLA.—¿Qué os parece, caballero?

LOTHUNDIAZ.—Oh! este es ese bandido de Lavradi.

QUÍNOLA.—Mi amo ha logrado que el rey reconociera mi inocencia.

LOTHUNDIAZ.—Si es así, mucho más fácil es hacerme noble.

QUÍNOLA.—Ah! cuando menos váis á creer que bastan las cartas reales para que un burgués sea noble de veras. Ahora lo veremos. Figuraos que soy marqués de Lavradi.

Pues bien, tened la bondad de prestarme cien ducados...

LOTHUNDIAZ.—Cien garrotazos ¡Cien ducados! La renta de una tierra de dos mil escudos de oro.

QUÍNOLA.—¿Lo véis? ¡Y esto quiere ser noble! Otra cosa. Conde de Lothundiaz, adelantad dos mil escudos de oro á vuestro yerno para que pueda cumplir las promesas que hizo al rey.

LOTHUNDIAZ.—(A Fontanares) ¿Y qué es lo que has prometido?

FONTANARES.—Sabedor el rey de cuanto amo á vuestra hija, me ha concedido la gracia de venir á Barcelona para ver navegar un buque sin remos ni velas, por medio de una máquina que yo he inventado, y el mismo nos casará.

LOTHUNDIAZ.—(Aparte). Quieren burlarse de mí. (Alto). ¿Conque harás andar solos á los buques? Está bién, veremos eso. Nos divertiremos. Pero, no quiero por yernos hombres que pican tan alto. Las jóvenes educadas en nuestra familia no necesitan prodigios sinó un hombre que se resigne á cuidarse de sus intereses, y no de los intereses del sol ni de la luna. Ser un buen padre de familia, este es el único prodigio que quiero en este asunto.

FONTANARES.—A doce años, señor, vuestra hija me sonreía ya como Beatriz á Dante. Niña, veía en mí un hermano; luego, cuando la fortuna nos separó, me ha visto siempre soñando en la atrevida empresa de salvar la distancia que nos separa á fuerza de gloria. Por ella fui á Italia á estudiar con Galileo. De ella he recibido el primer aplauso; ha comprendido mi obra.

Se ha desposado con mi pensamiento antes de ser mi esposa. Así es que ella lo es para mí todo. ¿Comprendéis ahora cuanto la idolatro?

LOTHUNDIAZ.—Pues precisamente por eso es por lo que no quiero dártela. Dentro de diez años la abandonarías por otro invento cualquiera...

MARIA.—¿Acaso se puede olvidar, padre mio, un amor que tales prodigios hace?

LOTHUNDIAZ.—¡Es claro! Cuando ya no pueda hacer ninguno más.

MARIA.—¿Y si llega á ser duque, grande de España y rico?

LOTHUNDIAZ.—¡Sí, sí, sí! ¿Crees que soy un imbécil? Los si son los caballos que llevan al hospital á todos esos pretendidos descubridores de mundos.

FONTANARES.—Pero, aquí tenéis las cartas por las que el rey pone un buque á mi disposición.

QUÍNOLA.—¡Abrid, al fin, los ojos! Mi amo, además de genio, es un guapo mozo. El genio ofusca algo y no vale gran cosa en el seno de la familia, conformes; pero siempre quedará el guapo mozo. ¿Qué más necesita una joven para ser dichosa?

LOTHUNDIAZ.—La dicha no está en esos extremos. Lindo mozo y hombre de genio son dos razones para concluir con los mismos tesoros de Méjico. Mi hija será la señora de Sarpi.

ESCENA XIII

Los mismos, SARPI en el balcón.

SARPI.—(Aparte). Han pronunciado mi nombre. ¿Qué veo? ¡La heredera y su padre, en la plaza á esta hora!

LOTHUNDIAZ.—Sarpi no ha ido á buscar un navío en el puerto de Valladolid, pero ha hecho ascender á mi hijo un grado más.

FONTANARES.—Por el porvenir de tu hijo, Lothundiaz, no te decidas á disponer de María sin su consentimiento. Me ama y la amo. Dentro de poco (*Aparece Sarpi*) seré uno de los hombres más importantes de España, y podré vengarme.

MARIA.—Oh! ¿Contra mi padre?

FONTANARES.—Pues bien, dile cuanto hago por merecerte.

SARPI.—¡Un rival!

QUÍNOLA.—(*A Lothundiaz*). Os condenaréis.

LOTHUNDIAZ.—¿Quien te lo ha dicho?

QUÍNOLA.—Y algo más: os robarán, lo juro.

LOTHUNDIAZ.—Para no condenarme y para que no me roben, daré mi hija á un hombre que no tendrá genio, es verdad, pero á quien seguramente le sobra buen sentido.

FONTANARES.—Al menos, esperad..

SARPI.—¿Y para qué esperar?

QUÍNOLA.—(*A Monipodio*). ¿Quien es ese?

MONIPODIO.—Sarpi.

QUÍNOLA.—¡Vaya un ave de rapiña!

MONIPODIO.—Y muy difícil de matar. Es el verdadero gobernador de Cataluña.

LOTHUNDIAZ.—¡Salud, señor secretario! (*A Fontanares*). Adios, querido; vuestra llegada es una razón de más para apresurar el casamiento (*A María*). Vamos, á casa, hija mía. (*A la dueña*). Y á ti, bruja, ya te arreglaré las cuentas.

SARPI.—(*A Lothundiaz*). ¿De modo que este hidalgo tiene pretensiones?

FONTANARES.—(*A Sarpi*). ¡Derechos! (*Salen María, dueña, y Lothundiaz*).

ESCENA XIV

MONIPODIO, SARPI, FONTANARES, QUÍNOLA.

SARPI.—¿Derechos? . . . ¿Acaso no sabéis que el sobrino de Fra-Paolo Sarpi, pariente de Brancodor, hecho conde en el reino de Nápoles, secretario del vireinato de Cataluña, pretende la mano de María Lothundiaz? Al decir que se tiene derecho á ella, sea el que sea, se la insulta y se me insulta.

FONTANARES.—¿Sabéis que desde hace quince años, yo, Alfonso de Fontanares, á quien el rey, nuestro señor, ha prometido el título de duque de Neptunado, la grandeza y el toisón de oro, amo á María Lothundiaz, y que vuestras pretensiones, contrarias á la fe que me ha jurado, son también, si no renunciáis á ellas, un insulto para ella y para mí?

SARPI.—Ignoraba, caballero, que tenía por rival un personaje tan alto. Pues bien, futuro duque de Neptunado, futuro grande de España, futuro caballero del Toisón de oro, amamos á la misma mujer. Y si vos contais con la promesa de María, yo cuento con la de su padre. Esperáis honores y yo los tengo ya.

FONTANARES.—Está bien; no vayamos más lejos. No pronunciéis una palabra más; no os permitais una mirada que pueda ofenderme... seríais un cobarde. Ni por cien insultos me batiría con nadie hasta no haber dado cima á mi empresa y respondido con el éxito á las esperanzas de mi rey. Ahora me bato solo contra todos. Cuandó termi-

ne la lucha con mi siglo, entonces me encontraréis... junto al rey.

SARPI.—Perded cuidado, no nos separaremos.

ESCENA XV

Los mismos, FAUSTINA, DON FREGOSO, PAQUITA.

FAUSTINA.—(En el balcón.) ¿Qué pasará, señor, entre ese joven y vuestro secretario? Bajemos.

QUINOLA.—(A Monipodio.) ¿No te parece que mi amo tiene el don especial de atraer el rayo sobre su cabeza?

MONIPODIO.—¡La lleva tan alta!

SARPI.—(A don Fregoso.) Señor, ha llegado á Cataluña un hombre colmado, en lo porvenir, se entiende, de los favores del rey, nuestro señor. Vuestra excelencia debe acogerlo como merece.

FREGOSO.—(A Fontanares.) ¿De qué casa sois?

FONTANARES.—(Aparte.) ¡Cuántas sonrisas como éstas he devorado ya! (Alto.) Excelencia, el rey no tuvo á bien preguntármelo. Pero, aquí está su carta y la de sus ministros. (Le entrega un paquete.)

FAUSTINA.—(A Paquita.) Este hombre parece un rey.

PAQUITA.—Un rey que hará conquistas.

FAUSTINA.—(Conociendo á Monipodio.) Monipodio, ¿sabes quién es este hombre?

MONIPODIO.—Uno que va á trastornar el mundo.

FAUSTINA.—¡Ah! es el inventor de quien tanto me han hablado.

MONIPODIO.—Y este es su criado.

FREGOSO.—Tomad, Sarpi, la carta del ministro. Yo guardo la del rey. (A Fontanares.)

Está bien, joven; la carta del rey me parece

terminante. ¡Queréis realizar lo imposible! Pero, por muy grande que os creáis, tal vez haríais bien, tratándose de un asunto como éste, en consultar á don Ramón, gran sabio de Cataluña, que ha escrito sobre esas cosas excelentes libros...

FONTANARES.—En estas materias, señor, la más hermosas disertaciones valen muy poco ante la realidad de la obra misma.

FREGOSO.—¡Qué presunción! (A Sarpi.) Sarpi, pondréis á la disposición de este caballero el buque del puerto que él designe.

SARPI.—(Al virey.) ¿Estáis seguro de que esa es la voluntad del rey?

FREGOSO.—Lo veremos. En España hay que rezar un padre nuestro del plato á la boca.

SARPI.—Además, ya nos han escrito de Valladolid.

FAUSTINA.—(Al virey.) ¿De qué se trata?

FREGOSO.—¡Bah! de una quimera.

FAUSTINA.—¿Pero, no sabéis que deliro por ellas?

FREGOSO.—Una quimera de sabio que el rey ha tomado por lo serio impresionado por el desastre de la Armada. Si este hombre triunfa, tendremos la Corte en Barcelona.

FAUSTINA.—Pero le deberemos mucho.

FREGOSO.—(A Faustina.) A mí no me habláis nunca con tanto interés (Alto.) Se ha comprometido con su cabeza á hacer andar un buque contra el viento, sin remos ni velas...

FAUSTINA.—¡Con su cabeza! Pero, ¡si es un niño!

SARPI.—Y don Alfonso Fontanares cuenta con este prodigio para casarse con María Lothundiaz.

FAUSTINA.—¡Ah! ama...

QUÍNOLA.—(*Bajo á Faustina.*) No, señora, idolatras.

FAUSTINA.—¡A la hija de Lothundiaz!

FREGOSO.—Pronto os interesáis por él.

FAUSTINA.—Aunque no fuera más que por ver aquí la Corte, deseo que este caballero triunfe.

FREGOSO.—¿Queréis, señora, tomar un refrigerio en la quinta de Avaloros? En el puerto os espera una barquilla.

FAUSTINA.—No, caballero la fiesta me ha fatigado mucho, y no me sentaría bien un paseo de esa naturaleza. No tengo como vos el deber de pasar por infatigable. La juventud ama al sueño. Permittedme que vaya á descansar.

FREGOSO.—Me habláis siempre en tono burlón.

FAUSTINA.—Cuidado con que no os trate seriamente.

(*Salen Faustina, el Gobernador y Paquita.*)

ESCENA XVI

AVALOROS, QUÍNOLA, MONI-
PODIO, FONTANARES, SARPI.

SARPI.—(*A Avaloros.*) ¡Adiós paseo por el mar!

AVALOROS.—Me importa poco. He ganado cien escudos de oro. (*Sarpi y Avaloros hablan.*)

FONTANARES.—(*A Monipodio.*) ¿Quién es ese caballero?

MONIPODIO.—Avaloros, el banquero más rico de Cataluña. Todo el Mediterráneo es suyo.

QUÍNOLA.—Me enternece ese hombre.

MONIPODIO.—Es el amo de todos nosotros.

AVALOROS.—(*A Fontanares.*) Joven, soy banquero. Si vuestro negocio es bueno, y lo será con la ayuda de Dios y la del rey, en cambio, ninguno iguala al de millonario.

SARPI.—(*Al banquero.*) No os comprometáis á nada... Ya vendrá á parar todo á nuestras manos.

AVALOROS.—(*A Fontanares.*) Nada, querido, venid á verme. (*Monipodio le roba la bolsa.*)

ESCENA XVII

MONIPODIO, FONTANARES,
QUÍNOLA.

QUÍNOLA.—¡Vaya unos negocios que hacéis!

MONIPODIO.—Don Fregoso tiene ya celos de vos.

QUÍNOLA.—Ese Sarpi será nuestra perdición.

MONIPODIO.—Claro, os presentáis como un gigante ante enanos poderosos. Cuando triunféis, entonces podréis ser altivo. Ahora no hay más remedio que hacerse pequeñito, inclinarse, deslizarse...

QUÍNOLA.—¡La gloria! ¡Pero, si es preciso robarla!

FONTANARES.—¿Queréis, pues, que me rebaje!

MONIPODIO.—¡Es claro! Para triunfar.

FONTANARES.—¡Un Sarpi! Está dicho, quiero luchar lealmente. ¿Por qué veis obstáculos en todas partes? ¿No he de escoger pronto en el puerto una magnífica galera?

QUÍNOLA.—Alto. En ese punto soy supersticioso. No elijáis una galera.

FONTANARES.—No veo la razón.

QUÍNOLA.—Nunca veis las razones. En otra cosa debéis pensar. Vamos, señor, no tenemos un maravedí, ni crédito en ninguna parte; y si no hubiera yo encontrado á este antiguo amigo que me aprecia—porque también se tienen amigos que nos detestan,—ni ropa tendríamos.

FONTANARES.—Pero ella me ama. (*María agita*

el pañuelo en la ventana.) ¡Ah! mira, allí luce la estrella que me alumbra.

QUÍNOLA.—Pero, si no es más que un pañuelo! ¿Queréis oír un buen consejo?... En lugar de esa especie de Madona, os convendría algo así como una marquesa de Mondéjar, una de esas mujeres de cuerpo delicado, pero más duros que el acero, capaces, cuando aman, de todas las astucias que nos inspira á nosotros la miseria. Y la Brancador...

FONTANARES.—Si quieres que lo abandone todo para siempre, no tienes más que hablarme de ese modo. Oyelo bien: el amor es toda mi fuerza, la luz divina que alumbra mi existencia.

QUÍNOLA.—Bien, bien, calmaos.

MONIPODIO.—Este hombre me llena de inquietud. Entiende más la mecánica del amor que el amor de la mecánica.

ESCENA XVIII

Los mismos, PAQUITA

PAQUITA.—(A Fontanares.) Mi ama me manda para deciros que vayáis con mucho cuidado. Odios implacables se ciernen ya sobre vuestra cabeza.

MONIPODIO.—Ese es asunto mío. Podéis ir tranquilo por todas las calles de Barcelona. Si intentaran mataros, nadie lo sabría primero que yo.

FONTANARES.—¿Ya?

PAQUITA.—¿No me decís nada para ella?

QUÍNOLA.—Amiga mía, no se puede pensar en dos máquinas á la vez. Di á tu señora que mi amo le besa los pies. Y, como yo soy joven, angel mío, quiero despedirte como mi corazón desea. (La abraza.)

PAQUITA.—(Le da un bofetón.) ¡Necio!

QUÍNOLA.—¡Encantadora! (Sale Paquita.)

ESCENA XIX

Los mismos, menos PAQUITA.

MONIPODIO.—Venid al *Sol de Oro*; conozco al dueño y con seguridad no os faltará crédito.

QUÍNOLA.—La batalla empieza más pronto de lo que yo creía.

FONTANARES.—¿Dónde encontrar dinero?

QUÍNOLA.—Nadie nos lo prestará. Es preciso comprarlo. ¿Cuánto necesitáis?

FONTANARES.—Dos mil escudos de oro.

QUÍNOLA.—Por muchas cuentas que eche, el tesoro en que pienso no llegará á tanto.

MONIPODIO.—¡Salvados! Acabo de encontrar una bolsa.

QUÍNOLA.—Eso es portarse. Nada se te ha olvidado. Vamos, señor, necesitáis hierro, cobre, acero, madera... Todas estas cosas están en casa de los comerciantes. ¡Ah!, una idea! Voy á fundar la casa Quínola y Compañía; y si no hiciera buenos negocios, al menos siempre hariais el vuestro.

FONTANARES.—Sin vosotros, ¿qué sería de mí?

MONIPODIO.—La presa de Avaloros.

FONTANARES.—¡Manos á la obra! El inventor va á salvar al enamorado. (Salen.)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Un salón del palacio de la Brancador.

ESCENA PRIMERA

AVALOROS, SARPI, PAQUITA

AVALOROS.—¿Está de veras enferma nuestra soberana?

PAQUITA.—Un poco de melancolía.

AVALOROS.—¿Será el pensamiento una enfermedad?

PAQUITA.—¡Vaya! Pero, ya podeis estar tranquilo: no enfermaréis jamás.

SARPI.—Ve á decir á mi querida prima que el señor Avaloros y yo esperamos sus órdenes.

AVALOROS.—Allá van dos escudos para que le digas que pienso...

PAQUITA.—Le diré que derrocháis. Voy á ver si la hago vestir. *(Sale)*.

ESCENA II

AVALOROS, SARPI

SARPI.—¡Pobre virey! El es el joven y yo el viejo.

AVALOROS.—Mientras vuestra primita lo vuelve tonto, vos desplegais la actividad de un gran político preparando al rey la conquista de la Navarra francesa. Si tuviera una hija os la daría. El bueno de Lothundiaz no se chupa el dedo.

SARPI.—Ah! fundar una gran casa, dejar un nombre en la historia de su país, ser Granvela ó el duque de Alba...!

AVALOROS.—Es verdad. ¡Qué hermoso! Yo también pienso crearme un nombre. El emperador ha hecho á los Fugger príncipes de Babenhausen y el título les cuesta un millón de escudos de oro. Yo quiero ser un grande hombre baratito.

SARPI.—¡Vos! ¿Y de qué manera?

AVALOROS.—Ese Fontanares tiene en su mano el porvenir del comercio.

SARPI.—¡Cómo! ¿Vos tan positivista creéis en eso?

AVALOROS.—Desde que se han inventado la pólvora y la imprenta, y desde que se ha descubierto el nuevo mundo, creo en todo. Aún cuando me dijeran que un hombre ha encontrado el medio de tener aquí, en diez minutos, noticias de París, ó que el agua contiene fuego ó que aun existen Indias por descubrir, ó que nos podemos pasear por los aires jamás diría que no, y daría...

SARPI.—¿Vuestro dinero?

AVALOROS.—No; pero me interesaría mucho por todo eso.

SARPI.—Si el buque ese navegara como dice el inventor, quereis ser con respecto á Fontanares lo que América es con respecto á Colón.

AVALOROS.—¿Acaso no tengo en el bolsillo con qué pagar á diez hombres de genio?

SARPI.—¿Y cómo os arreglaríais?

AVALOROS.—¡El dinero! Este es el gran secreto. Perdiendo dinero se gana tiempo, y con el tiempo todo es posible, hasta convertir en malo un buen negocio. Y mientras los demás se desesperan, le echamos la garra y nos quedamos con él. El dinero es la vida. El dinero es la satisfacción de las necesidades y de los deseos. En un hombre de genio hay siempre un niño lleno de caprichos. Gastando al hombre, tarde ó temprano se da con el niño. El niño será mi deudor y el hombre de genio irá á la cárcel.

SARPI.—¿Y qué habéis adelantado?

AVALOROS.—Desconfía de mis ofrecimientos. El no, su criado. Trataré, pues, con ese tuno.

SARPI.—No tan de prisa señor banquero. Tengo orden de enviar todos los navíos de Barcelona á las costas de Francia; y, por una precaución de los enemigos que se hizo en Valladolid Fontanares, esta orden es absoluta y posterior á la carta del rey.

AVALOROS.—¿Cuánto queréis en el negocio?

SARPI.—Ser gran maestre de las construcciones navales.

AVALOROS.—¿Y qué quedará entonces para mí?

SARPI.—La gloria.

AVALOROS.—¡Astuto!

SARPI.—¡Gloton!

AVALOROS.—Ante todo, cacemos juntos. Ya tendremos luego tiempo de disputar. Esa mano. *(Aparte)*. Soy el más fuerte. Por la Brancador, el virey es mío.

SARPI.—*(Aparte)*. Bastante lo hemos engordado ya. Matémosle ahora. Tengo medios de perderlo.

AVALOROS.—Es preciso que Quínola esté de

nuestra parte. Lo he mandado á buscar para que tengamos una entrevista con la Brancador.

ESCENA III

Los mismos, QUÍNOLA

QUÍNOLA.—Buena compañía!... ¡Entre dos ladrones! Pero estos se pavonean con sus virtudes hipócritas y sus maneras distinguidas: son inviolables. ¡A nosotros nos ahorcan!

SARPI.—Bribón! Mientras tu amo trabaja para que los buques anden solos tú deberías estar remando en una galera.

QUÍNOLA.—El rey lo ha entendido de otro modo. Sabe apreciar los méritos y premiarlos.

SARPI.—Te vigilarán.

QUÍNOLA.—¡Ya lo creo! Yo mismo me vigilo.

AVALOROS.—No le asustéis. Es un buen muchacho. Veamos, ¿Te has formado alguna vez idea de la fortuna?

QUÍNOLA.—Jamás. La he visto siempre desde muy lejos.

AVALOROS.—Algo así como dos mil escudos de oro.

QUÍNOLA.—¿Qué? Se me va la cabeza. Conque existen dos mil escudos de oro? ¡Ser propietario, tener su casa, su criada, su caballo, su mujer, sus rentas, estar protegido por la Santa Hermandad en vez de tenerla sobre los talones! ¿Qué hay que hacer?

AVALOROS.—Ayudarme á realizar un contrato favorable para tu amo y para mí.

QUÍNOLA.—¡Comprendo! Maniatarlo. Ah! señora conciencia, tened la bondad de callaros por ahora; es preciso olvidaros por al-

gunos días, hermosa; luego seremos amigos para siempre.

AVALOROS.—(A Sarpi). Ya le tenemos.

SARPI.—(A Avaloros). ¡Se burla de nosotros! Estará más serio.

QUÍNOLA.—¿Y no tendré los dos mil escudos de oro sinó después de haber firmado el pacto?

SARPI.—(Con viveza). Puedes tenerlos antes.

QUÍNOLA.—Bah! (Tendiendo la mano). ¡Vengan!

AVALOROS.—Firmándome unas letras... vendidas.

QUÍNOLA.—Ni el Gran Turco presenta el lazo con mayor delicadeza.

SARPI.—¿Tiene tu amo el buque?

QUÍNOLA.—Es verdad que Valladolid está lejos, señor secretario, pero tenemos allí una pluma que puede firmar vuestra perdición.

SARPI.—Te aplastaría.

QUÍNOLA.—Tan delgadito me haría que eso sería imposible.

AVALOROS.—Vamos, tunante, ¿qué quieres, pues?

QUÍNOLA.—Ah! eso se llama hablar bien.

ESCENA IV

Los mismos, FAUSTINA y PAQUITA.

PAQUITA.—Caballeros, aquí está la señora.

ESCENA V

Los mismos, menos PAQUITA

QUÍNOLA.—(Acercándose á la Brancador). Señora, mi amo habla de matarse si no tiene al fin el buque que el conde de Sarpi le

niega desde hace un mes. El señor Avaloros le exige la vida al ofrecerle su bolsa, ¿comprendéis? (Aparte) Una mujer nos salvó en Valladolid; las mujeres nos salvarán en Barcelona. (Alto, á la Brancador) ¡Está muy triste!

AVALOROS.—El miserable tiene audacia.

QUÍNOLA.—Y sin dinero. Esto os admirará.

SARPI.—(A Quínola) Entra á mi servicio.

QUÍNOLA.—No tomo amo así como así.

FAUSTINA.—(Aparte) ¡Está triste! (Alto). ¿Cómo es eso? ¿Vos, Sarpi, y vos, Avaloros, por quienes tanto he hecho, apenas llega un pobre hombre de genio le perseguís en vez de protegerlo? (Avaloros y Sarpi dan muestras de impresión) ¡Quitad allá! (A Quínola). Me vas á explicar lo que traman contra tu amo.

SARPI.—(A Faustina). Querida prima, no se necesita gran perspicacia para adivinar la clase de enfermedad que os aqueja desde la llegada de ese Fontanares.

AVALOROS.—(A Faustina). Me debéis, señora, dos mil escudos de oro, y todavía tendréis que recurrir á mí.

FAUSTINA.—¡Yo! ¿Qué os he pedido?

AVALOROS.—Nada, pero aceptáis cuanto tengo la dicha de ofreceros.

FAUSTINA.—Vuestro privilegio para el comercio de trigos es un abuso monstruoso.

AVALOROS.—Os debo, señora, dos mil escudos de oro.

FAUSTINA.—Firmadme un recibo de esos dos mil escudos que os debo, y un bono de la misma suma que no os deberé. (A Sarpi). Después de haberos elevado á la posición en que os encontráis, no seríais gran polí-

tico que digamos si no os resignáis á guardar mi secreto.

SARPI.—Os debo demasiado para pagaros con una ingratitude.

FAUSTINA.—(Aparte). Piensa todo lo contrario. Me mandará al virey furioso. (Sale Sarpi).

ESCENA VI

Los mismos, menos SARPI

AVALOROS.—Tened, señora.

FAUSTINA.—Está bien.

AVALOROS.—¿Seremos aún enemigos?

FAUSTINA.—Vuestro privilegio de los trigos es completamente legal.

AVALOROS.—Ah! señora!

QUÍNOLA.—(Aparte). Esto se llama hacer negocios.

AVALOROS.—Sois, señora, una alma noble, y yo soy...

QUÍNOLA.—(Aparte). Un verdadero lince.

FAUSTINA.—(Dando el bono á Quínola). Esto, amigo, para los gastos de la máquina de tu amo.

AVALOROS.—(A Faustina). No se los déis, señora; puede quedarse con ellos. Además, sed prudente, esperad...

QUÍNOLA.—(Aparte). Salto de la zona tórrida al polo: ¡Buen juego está la vida!

FAUSTINA.—Tenéis razón. (Aparte). Vale más que sea yo el árbitro de la suerte de Fontanases. (A Avaloros). Si apreciáis vuestros privilegios, ni una palabra.

AVALOROS.—Nada más discreto que el capital. (Aparte). Son desinteresadas hasta el momento en que aman. Procuraremos derribarla; resulta ya muy costosa.

ESCENA VII

FAUSTINA, QUÍNOLA

FAUSTINA.—¿Conque está triste?

QUÍNOLA.—Todo se vuelve contra él. (Juego de escena entre los dos por el bono que Faustina tiene en la mano).

FAUSTINA.—¿Pero, sabe luchar?

QUÍNOLA.—Dos años hace ya que bogamos entre dificultades, y alguna vez nos hemos visto ya en el fondo. Muy duro es el santo suelo.

FAUSTINA.—Sí, pero, ¡qué fuerza, qué genio!

QUÍNOLA.—Son los efectos del amor.

FAUSTINA.—Y á quien ama ahora?

QUÍNOLA.—¡Siempre á María Lothundiaz!

FAUSTINA.—¡Una muñeca!

QUÍNOLA.—¡Una verdadera muñeca!

FAUSTINA.—Los hombres de talento son así.

QUÍNOLA.—Verdaderos colosos con pies de barro.

FAUSTINA.—Convierten sus ilusiones en una criatura y quedan cogidos. Aman su propia obra, ¡Egoístas!

QUÍNOLA.—(Aparte). Lo mismísimo que las mujeres. (Alto). Vamos, quisiera que esa muñeca estuviera... en el fondo... no... sino de un convento.

FAUSTINA.—Me pareces un buen muchacho.

QUÍNOLA.—Quiero á mi amo.

FAUSTINA.—¿Se ha fijado en mí?

QUÍNOLA.—Todavía no.

FAUSTINA.—Hablale de mí.

QUÍNOLA.—Se ha de ir con cuidado, porque me amenaza con romperme un garrote en las espaldas. Ya veis, esa joven...

FAUSTINA.—Esa joven no debe existir ya para él.

QUINOLA.—¿Y si se muriese?

FAUSTINA.—¡Mucho la ama!

QUINOLA.—No es por culpa mía. Desde Valladolid hasta aquí le he venido predicando que un hombre como él debiera amar á todas las mujeres; pero á una sola jamás...

FAUSTINA.—Buen picaro estás tú. Di á Lothundiaz que venga á verme y que él mismo me traiga á su hija. (*Aparte*). Irá á un convento.

QUINOLA.—(*Aparte*). Aquí es á el enemigo. Nos ama demasiado para que no nos haga todo el mal que pueda. (*Quinola sale cruzándose con D. Fregoso*).

ESCENA VIII

FAUSTINA, don FREGOSO

FREGOSO.—Mientras esperáis al amo, tratáis de corromper al criado.

FAUSTINA.—¿Acaso debe una mujer perder la costumbre de seducir?

FREGOSO.—Sois un poco dura, señora. Creía que una patricia de Venecia procuraría no herir la susceptibilidad de un viejo soldado.

FAUSTINA.—Sacáis más partido de vuestros cabellos blancos que un joven de la más hermosa cabellera, y en ellos encontráis más razones que... (*Rie*). Dejad ese mal humor.

FREGOSO.—¿Puedo dejarlo viendo que os comprometéis, vos á quien deseo hacer mi esposa? ¿Es poco llevar uno de los más hermosos nombres de Italia?

FAUSTINA.—¿Lo encontráis demasiado hermoso para una Brancador?

FREGOSO.—¿Preferís rebajaros hasta un Fontanares?

FAUSTINA.—Pero, si pudiera elevarse hasta mí, ¡qué prueba de amor! Además, ya lo sabéis por vos mismo, el amor no razona.

FREGOSO.—¡Y me lo confesáis!

FAUSTINA.—Sois demasiado amigo mío para que no seáis el primero en conocer los secretos.

FREGOSO.—¡Señora!... Si, el amor es insensato. Os he dado más que á mí mismo. Quisiera poseer el mundo entero para ofrecéroslo. ¿No sabéis que vuestra colección de cuadros me ha costado casi toda mi fortuna?...

FAUSTINA.—¡Paquita!

FREGOSO.—¿Y que os daría hasta mi honor?

ESCENA IX

Dichos, PAQUITA

FAUSTINA.—(*A Paquita*). Di á mi mayordomo que lleve los cuadros de la galería á casa de don Fregoso.

FREGOSO.—Paquita, no repitas esa orden.

FAUSTINA.—Me han dicho que el otro día Catalina de Médicis pidió á Diana de Poitiers las joyas que le había regalado Enrique II. Diana se las mandó fundidas en un lingote. Paquita, ve á buscar al joyero.

FREGOSO.—No hagáis tal, y salid. (*Sale Paquita*).

ESCENA X

Dichos, menos PAQUITA

FAUSTINA.—Todavía no soy la marquesa de Fregoso. ¿Cómo dáis, pues, órdenes en mi casa?

FREGOSO.—Yo debo recibirlas, lo sé. ¿Vale toda mi fortuna una sola de vuestras palabras? Perdonadme un momento de desesperación.

FAUSTINA.—Hasta en la desesperación se debe ser hidalgo. Habéis hecho de Faustina una cortesana. Ah! ¿queréis que os adoren? Pues hasta la última de las venecianas os diría que eso cuesta muy caro.

FREGOSO.—Bien he merecido esa cólera terrible.

FAUSTINA.—¡Decís amar! Amar es someterse sin esperar la menor recompensa. Amar es vivir bajo otro sol, temeroso de alcanzarlo. No disfracéis vuestro egoísmo con los esplendores del verdadero amor. Una mujer casada, Laura de Noves, ha dicho á Petrarca: «Serás mío sin esperanza; queda en la vida sin amor.» Pero Italia ha coronado al amante sublime al coronar al poeta, y los siglos venideros admirarán siempre á Laura y á Petrarca.

FREGOSO.—Ya no me eran muy simpáticos los poetas, pero á ese lo detesto. Todas las mujeres, hasta el fin del mundo, lo echarán á la cara de los amantes que quieren conservar sin decidirse á tomarlos de veras.

FAUSTINA.—Os llaman general; no sois más que un soldado.

FREGOSO.—Veamos, ¿en qué debo imitar á ese maldito Petrarca.

FAUSTINA.—Si me amáis de veras, evitad á un hombre de genio (*Sorpresa de Fregoso*)... Oh! sí, lo tiene... el martirio que quieren hacerle sufrir esos gorgojos. Sed grande, protegedle. Sufriréis, lo sé, pero ayudadle. Entonces creeré que me amáis, y seréis más

ilustre por este rasgo de generosidad que por la toma de Mantua.

FREGOSO.—Delante de vos, aquí, todo me es posible; pero no imagináis mi furor al obedeceros.

FAUSTINA.—Ah! ¿os quejaréis de obedecerme? FREGOSO.—Que lo protejáis y le admiréis, está bien; pero ¿no lo amáis?

FAUSTINA.—No quieren darle el buque que el rey le ha concedido. Vos se lo daréis al instante, de una manera irrevocable.

FREGOSO.—Y lo mandaré á que os dé las gracias.

FAUSTINA.—Así es como os amo.

ESCENA XI

FAUSTINA, sola

FAUSTINA.—¡Y hay mujeres que desean ser hombres!

ESCENA XII

FAUSTINA, PAQUITA, LOTHUNDIAZ, MARÍA

PAQUITA.—Señora, Lothundiaz y su hija.

ESCENA XIII

Los mismos, menos PAQUITA

LOTHUNDIAZ.—Ah! señora, habéis hecho de mi palacio un reino!...

FAUSTINA.—(A María.) Hija mía, venid á mi lado. (A Lothundiaz.) Sentaos.

LOTHUNDIAZ.—¡Qué bondadosa sois! Permittedme que vaya á ver esos famosos cuadros de que tanto se habla en toda Cataluña. (Sale.)

ESCENA XIV

FAUSTINA, MARIA

FAUSTINA.—Mucho os quiero, hija mía. Conozco vuestra situación: Vuestro padre quiere casaros con mi primo Sarpi y vos amáis a Fontanares.

MARIA.—Desde hace cinco años, señora.

FAUSTINA.—A dieciseis años aún no se sabe lo que es amar.

MARIA.—¿Qué importa eso si amo?

FAUSTINA.—Para nosotras, ángel mío, amar es ser toda abnegación.

MARIA.—Mi abnegación no tiene límites.

FAUSTINA.—Veamos. ¿renunciáis a él por él mismo, por interés suyo?

MARIA.—Eso sería morir; pero mi vida le pertenece.

FAUSTINA.—(Aparte, levantándose.) ¡Qué poder tiene la débil inocencia! (Alto.) Jamás os habéis separado de la casa paterna. No conocéis el mundo, ni sus necesidades, que son terribles. Con frecuencia un hombre se pierde por haber encontrado una mujer que lo ama demasiado, ó una que no lo ama absolutamente nada. Y podría suceder que Fontanares se encontrase en este caso. Tiene enemigos poderosos; su gloria, que es toda su vida, en sus manos está. Vos podéis desarmarlos.

MARIA.—Decidme cómo.

FAUSTINA.—Casándoos con Sarpi aseguraríais el triunfo de Fontanares; sólo, que una mujer no debe ni puede aconsejar semejante sacrificio. Ha de salir de vos misma. Ante todo, sed astuta. Ausentáos de Barcelona por algún tiempo. Retiráos a un convento.

MARIA.—¡No verlo más! ¡Si supieseis! Pasa todos los días por casa a la misma hora, y esta hora es para mí el día entero.

FAUSTINA.—(Aparte.) ¡Me apuñalea el corazón! Oh! será condesa de Sarpi!

ESCENA XV

Los mismos, FONTANARES

FONTANARES.—(A Faustina.) ¡Señora!... (Le besa la mano.)

MARIA.—(Aparte.) ¡Qué dolor!

FONTANARES.—Ojalá viva yo muchos años para demostraros mi agradecimiento! Si algo soy, si conquistó un nombre, si alcanzo la dicha a vos os lo deberé.

FAUSTINA.—Nada he hecho todavía. Quiero allanaros el camino. Me afectan tanto las desventuras que encuentran siempre los hombres de talento, que estoy dispuesta a servirlos en todo. Si llegaré hasta servirlos de escabel para que alcancéis la corona del triunfo.

MARIA.—(Tira de la capa a Fontanares.) Estoy aquí, (El se vuelve), y ¡no me habéis visto!

FONTANARES.—¡Maria! ¡Diez días sin hablarle! (A Faustina.) Oh! señora sois un ángel!

MARIA.—(A Fontanares.) Un demonio, deberíais decir. (Alto.) La señora me aconsejaba que entrase en un convento.

FONTANARES.—¿Ella?

MARIA.—Sí.

FAUSTINA.—¡Qué niños sois! Es preciso.

FONTANARES.—¡Lazos en todas partes! El favor oculta abismos. (A Maria) ¿Quién os ha traído aquí?

MARIA.—Mi padre.

FONTANARES.—¡El! ¿Pero está ciego ese hombre? ¿Tú, María, en esta casa?

FAUSTINA.—¡Caballero...!

FONTANARES.—Ah! á un convento! ¡Para encadenar su pensamiento, para torturar su alma!

ESCENA XVI

Los mismos, LOTHUNDIAZ.

FONTANARES.—¡Y traeis á este angel de pureza á casa de una mujer por la que don Fregoso disipa su fortuna, de una mujer que acepta de su amante obsequios locos sin casarse con él...!

FAUSTINA.—¡Caballero...!

FONTANARES.—Llegasteis aquí, señora, siendo la viuda del menor de la casa Brancador, á quien sacrificasteis lo poco que os dió vuestro padre, lo sé ¡Mucho habeis cambiado aquí!

FAUSTINA.—¿Con qué derecho juzgáis mis acciones?

LOTHUNDIAZ.—Ahi tienes, hija mía, el hombre de genio á quien amas. Extremado en todo. La locura acecha siempre á estos inventores.—Señor mecánico, la señora es pariente y protectora de Sarpi.

FONTANARES.—Pero llevaos á vuestra hija de casa de la marquesa de Mondéjar, de Cataluña misma.

ESCENA XVII

FAUSTINA, FONTANARES.

FONTANARES.—Ah! ¿Conque vuestra generosidad, señora, no era más que un ardid para favorecer á Sarpi? Estamos en paz entonces. Quedad con Dios...

ESCENA XVIII

FAUSTINA, PAQUITA.

FAUSTINA.—¡Qué hermoso estaba colérico, Paquita!

PAQUITA.—Ah! señora, ¿qué será de vos si lo amáis de ese modo?

FAUSTINA.—Voy viendo que no he amado nunca. He cambiado en un instante con la rapidez del rayo. En un solo momento amo por todo el tiempo perdido. Tal vez estoy al borde de un abismo. Que vaya un criado á casa de Mateo Magis, el prestamista.

ESCENA XIX

FAUSTINA sola.

FAUSTINA.—Lo amo ya demasiado para que confie mi venganza al puñal de Monipodio. Me ha despreciado cruelmente. Yo te obligué á mirar como el mayor de los honores poder llamarme su esposa. Quiero verle á mis pies, ó pereceremos en la demanda.

ESCENA XX

FAUSTINA, D. FREGOSO.

FREGOSO.—Pues yo creía encontrar aquí á Fontanares regocijado al saber que vos le dabais el buque.

FAUSTINA.—¿Se lo habéis dado vos? ¿No le odiais? Yo creía que el sacrificio era superior á vuestras fuerzas. Deseaba saber si sabiais mejor amar que obedecer.

FREGOSO.—Ah! señora...!

FAUSTINA.—¿Podréis quitárselo?

FREGOSO.—Obedezca ó no, ya sé que jamás

haré nada á vuestro gusto. ¡Dios mío! ¡Quitarle el buque! Pero, si ya lo tiene lleno de obreros .. Son los amos allí.

FAUSTINA.—¿Conque no sabéis que le odio, y que quiero...?

FREGOSO.—¿Su muerte?

FAUSTINA.—Eso no. Su ignominia.

FREGOSO.—Ah! al fin voy á vengarme de un n. es entero de angustias!

FAUSTINA.—Guardaos de tocar mi presa; me pertenece. Y ante todo, don Fregoso, volved á coger los cuadros de mi galeria (*Movimiento de asombro en don Fregoso*). Lo quiero.

FREGOSO.—¿De modo que rehusáis ser la marquesa de...?

FAUSTINA.—Los quemó en plena plaza pública, ó los vendo para dar el dinero á los pobres.

FREGOSO.—En fin, ¿qué razón es la vuestra?

FAUSTINA.—Tengo sed de honor y vos habéis comprometido el mío.

FREGOSO.—Pues si es así aceptad mi mano.

FAUSTINA.—Bah! dejadme.

FREGOSO.—Mientras más poder se os da más abusáis de él.

ESCENA XXI

FAUSTINA sola.

FAUSTINA.—¡Oh! voy á urdir con Avaloros y Sarpi una trama digna de Venecia.

ESCENA XXII

FAUSTINA, MATEO MAGIS.

MAGIS.—¿Necesita la señora mis humildes servicios?

FAUSTINA.—¿Quien sois, pues?

MAGIS.—Mateo Magis, pobre prestamista de Milán, para servirlos.

FAUSTINA.—¿Conque prestais?

MAGIS.—Sobre buenas prendas, diamantes, oro; un pequeño comercio. Las pérdidas nos aplastan, señora. El dinero duerme con frecuencia Ah! es un trabajo muy duro cultivar los maravedises. Un solo negocio malo se lleva la ganancia de diez buenos, pues exponemos mil escudos en manos de un derrochador para ganar sólo trescientos, y esto es lo que encarece el préstamo. El mundo nos trata con mucha injusticia.

FAUSTINA.—¿Eres judío?

MAGIS.—¿En qué sentido?

FAUSTINA.—De religión.

MAGIS.—Soy lombardo y católico, señora.

FAUSTINA.—Eso me contraría.

MAGIS.—La señora hubiera preferido que...

FAUSTINA.—Sí, en las garras de la inquisición.

MAGIS.—¿Y por qué?

FAUSTINA.—Para estar segura de vuestra fidelidad.

MAGIS.—Muchos secretos poseo, señora.

FAUSTINA.—Si tuviera vuestra fortuna en mis manos...

MAGIS.—Tendriais mi alma.

FAUSTINA.—(*Aparte*). Es preciso conquistarlo por el interés, no hay otro medio. (*Alto*). Prestáis ..

MAGIS.—Al cinco por ciento.

FAUSTINA.—Os engañais siempre. Sé que prestais vuestro nombre al señor Avaloros.

MAGIS.—Conozco al señor Avaloros, un banquero. Hacemos algunos negocios; pero su nombre está tan alto en la plaza y tiene tanto crédito en el Mediterráneo que no necesita jamás del pobre Mateo Magis.

FAUSTINA.—Eres discreto. Si quisiera usar tu nombre en un gran negocio...

MAGIS.—¿Contrabando?

FAUSTINA.—¿Qué te importa? ¿Qué garantía me darás de tu completa sumisión?

MAGIS.—Lo que haya de ganar.

FAUSTINA.—(Aparte). ¡Que hermoso perro de presa! (Alto). Pues bien, venid y conoceréis un secreto. Es cosa de jugarse la vida, porque os voy á dar á un grande hombre para que lo devoréis.

MAGIS.—Mi humilde comercio se alimenta de grandes pasiones. Mujer hermosa, gran interés.

TELÓN



ACTO TERCERO

El teatro representa el interior de una cuadra. En el techo, heno. En las paredes, ruedas, tubos, espigones, una gran chimenea de cobre, una gran caldera. A la izquierda, un poste con una madona esculpida. A la derecha, una mesa sobre la que se ven papeles, é instrumentos de matemáticas. En la pared, sobre la mesa, un cuadro negro con figuras. Sobre la mesa una lámpara. Al lado del cuadro, una tabla, sobre la cual hay cebollas, un cántaro y pan. A la derecha, una gran puerta de cuadra, y, á la izquierda, otra que da al campo. Al lado de la virgen una cama de paja. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FONTANARES, QUÍNOLA

(Fontanares con bata negra, sujeta con un cinturón de cuero, trabaja junto á la mesa. Quínola examina las piezas de la máquina.)

QUÍNOLA.—Pero, si yo también he amado, señor. Sólo que cuando conocí bien á las mujeres las mandé á paseo. Las copas y la buena mesa no engañan nunca y nos engordan. (Mira á su amo). Bueno. No me oye. Hay que forjar estas tres piezas. (Abre la puerta) Eh! Monipodiol

FAUSTINA.—Eres discreto. Si quisiera usar tu nombre en un gran negocio...

MAGIS.—¿Contrabando?

FAUSTINA.—¿Qué te importa? ¿Qué garantía me darás de tu completa sumisión?

MAGIS.—Lo que haya de ganar.

FAUSTINA.—(Aparte). ¡Que hermoso perro de presa! (Alto). Pues bien, venid y conoceréis un secreto. Es cosa de jugarse la vida, porque os voy á dar á un grande hombre para que lo devoréis.

MAGIS.—Mi humilde comercio se alimenta de grandes pasiones. Mujer hermosa, gran interés.

TELÓN



ACTO TERCERO

El teatro representa el interior de una cuadra. En el techo, heno. En las paredes, ruedas, tubos, espigones, una gran chimenea de cobre, una gran caldera. A la izquierda, un poste con una madona esculpida. A la derecha, una mesa sobre la que se ven papeles, é instrumentos de matemáticas. En la pared, sobre la mesa, un cuadro negro con figuras. Sobre la mesa una lámpara. Al lado del cuadro, una tabla, sobre la cual hay cebollas, un cántaro y pan. A la derecha, una gran puerta de cuadra, y, á la izquierda, otra que da al campo. Al lado de la virgen una cama de paja. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FONTANARES, QUÍNOLA

(Fontanares con bata negra, sujeta con un cinturón de cuero, trabaja junto á la mesa. Quínola examina las piezas de la máquina.)

QUÍNOLA.—Pero, si yo también he amado, señor. Sólo que cuando conocí bien á las mujeres las mandé á paseo. Las copas y la buena mesa no engañan nunca y nos engordan. (Mira á su amo). Bueno. No me oye. Hay que forjar estas tres piezas. (Abre la puerta) Eh! Monipodiol

ESCENA II

Dichos, MONIPODIO.

QUÍNOLA.—Hemos recibido las tres últimas piezas. Llévate los modelos, y haz, como siempre, dos pares para el caso de una desgracia (*Monipodio hace señas junto á los bastidores. Aparecen dos hombres.*)

MONIPODIO.—Muchachos, marchaos sin hacer ruido, desvaneceros como sombras. ¡Es algo más que un robo! (*A Quínola*) Nos reventamos trabajando.

QUÍNOLA.—¿No han notado nada todavía?

MONIPODIO.—Ni ellos, ni nadie. Cada pieza va bien envuelta, como una joya, y la colocamos en un sótano. Pero se necesitan treinta escudos.

QUÍNOLA.—Oh! Dios mío!

MONIPODIO.—Treinta tunantes como esos, comen y beben por sesenta.

QUÍNOLA.—La casa Quínola y Compañía ha quebrado y me persiguen como perros.

MONIPODIO.—¿Protestos?

QUÍNOLA.—¡No seas animal! Echarnos mano. Pero he ido ya á casa de un ropavejero y he cogido dos ó tres trajes viejos; de modo, que desafío á los mas finos sabuesos á que den con Quínola hasta que haya pagado.

MONIPODIO.—¿Pagar? ¡Qué estupidez!

QUÍNOLA.—Sí. Reservo un tesoro para los casos de apuro. Vuelve á ponerte el hábito de hermano mendicante, y ve á casa de Lothundiaz á parlamentar con la dueña.

MONIPODIO.—Ay! Tantas veces ha vuelto ya Lopez de Argel que la infeliz se va á escamar.

QUÍNOLA.—Bah! Se trata sólo de entregar esta

carta á la señorita María. (*Le da una carta*) Es una obra maestra de elocuencia, inspirada por lo que inspira todas las obras maestras. Ya ves, desde hace diez días estamos á pan y agua.

MONIPODIO.—¿Y nosotros? ¿Crees que comemos faisanes? Si lo pensaran bien, ya se hubieran largado todos esos trabajadores.

QUÍNOLA.—Que el amor se digne pagar esa letra y aun saldremos del atolladero. (*Sale Monipodio*).

ESCENA III

QUÍNOLA, FONTANARES

QUÍNOLA.—(*Frotando el pan con una cebolla*)² Dicen que con esto se alimentaban los trabajadores de las pirámides de Egipto; pero debían de tener también lo que aquí nos sostiene: la fe... (*Bebe agua*) ¿Conque no tenéis hambre, señor? Cuidado que no se descomponga la máquina.

FONTANARES.—Busco la última solución...

QUÍNOLA.—(*Al poner en su sitio el cántaro se le rasga la manga*) Pues yo encuentro una... de continuidad en mi manga. Lo cierto es que, en este oficio, mis ropitas se hacen demasiado algebraicas.

FONTANARES.—¡Buen chico! Siempre alegre, hasta en la misma desventura.

QUÍNOLA.—¡Caracoles! señor, la fortuna se pirra tanto por la gente alegre como la gente alegre por la fortuna.

ESCENA IV

Dichos, MATEO MAGIS

QUÍNOLA.—Ah! el lombardo! Mira todas las piezas como si ya fueran suyas.

MAGIS.—Vuestro humilde servidor, señor Fontanares.

QUÍNOLA.—Siempre como el mármol, galante, seco y frío.

FONTANARES.—Salud, señor Magis (*Corta pan.*)

MAGIS.—Sois un hombre sublime, y, por mi parte os deseo todos los bienes de la tierra.

FONTANARES.—¿Y para dármelos venis á hacerme toda clase de males?

MAGIS.—Sois demasiado duro, y eso no está bien. Ignoráis que hay en mí dos clases de hombres.

FONTANARES.—Pues yo no he visto jamás el otro.

MAGIS.—Fuera de los negocios, también tengo corazón.

QUÍNOLA.—¿Y cuando no andáis metido en negocios?

MAGIS.—Os admiro á los dos en la lucha.

FONTANARES.—En el hombre, lo primero que se gasta es la admiración. Además, nunca prestáis sobre los sentimientos.

MAGIS.—Hay sentimientos que producen y sentimientos que arruinan. La fe os alienta, eso es muy hermoso, pero conduce á la miseria. Hace seis meses hicimos una operacioncilla y me pedisteis tres mil zequíes para vuestro experimento...

QUÍNOLA.—Pero á condición de entregaros cinco mil.

FONTANARES.—Bien ¿y qué?

MAGIS.—El plazo ha vencido hace dos meses.

FONTANARES.—Y nos hicisteis el requerimiento debido al día siguiente del vencimiento.

MAGIS.—Oh! para que las cosas estuvieran en regla, para cubrir el expediente.

FONTANARES.—¿Pues entonces...?

MAGIS.—No podéis negar que sois mi deudor.

FONTANARES.—¡Ocho meses ya, pasados como un sueño! ¡Y eso cuando apenas empiezo á trabajar en el problema de llevar el agua para que disuelva el vapor! Magis, amigo mío, sed mi protector, concededme algunos días más!

MAGIS.—Todo cuanto queráis.

QUÍNOLA.—¿De veras? Ahora veo al otro hombre (*A Fontanares*) Ese será mi amigo (*A Magis*). Bueno, Magis II, vengan algunos doblones.

FONTANARES.—Ah! respirol!

MAGIS.—Cosa fácil. Hoy no soy ya solamente prestamista: soy, además, copropietario. Por lo tanto, nadie extrañará que quiera sacar partido de mi propiedad.

QUÍNOLA.—Ah! perro judío!

FONTANARES.—¿Y piensas hacerlo así?

MAGIS.—El dinero no conoce la fe.

QUÍNOLA.—Ni la esperanza, ni la caridad. Las monedas no son católicas.

MAGIS.—Al que viene á cobrar una letra no le podemos decir: «¡Esperad! Un hombre de talento está á punto de encontrar una mina de oro en un granero ó en una cuadra.» En seis meses podré doblar mi capitalito. Porque habéis de saber que tengo familia.

FONTANARES.—(*A Quínola*) Y eso tiene mujer.

QUÍNOLA.—Y si tiene cría, se comerán á Cataluña entera.

MAGIS.—Tengo una carga muy pesada.

FONTANARES.—Pues ya véis como vivo yo.

MAGIS.—Ah! señor, si fuera rico, os prestaría... (*Quínola tiende la mano*) para que pudierais vivir mejor.

FONTANARES.—Esperad quince días al menos.

MAGIS.—(*Aparte*) Me parten el corazón. Si fuera cosa mía, me dejaría ablandar; pero

hay que ganar la comisión, la dote de mi hija. *(Alto)* Podéis creer que os aprecio, me sois muy simpáticos.

QUÍNOLA.—*(Aparte)* ¡Y pensar que me empalearían si lo estrangulase!

FONTANARES.—¿Sois de hierro? Pues yo seré de acero.

MAGIS.—¿Qué queréis decir?

FONTANARES.—Muy apesar vuestro, estaréis de mi parte.

MAGIS.—De ningún modo. Quiero mis escudos; de lo contrario, haré embargar y vender todo este hierro.

FONTANARES.—Ah! ¿conque me obligáis á combatir la astucia con la astucia? Obraba lealmente... Pues dejaré el camino recto para imitaros. Ya sé que me censurarán, porque todos exigen que seamos perfectos. Aceptaré la calumnia. ¡Aun me queda que apurar este cáliz! Habéis hecho un contrato descabellado; pues todavía tendréis que firmar otro, de lo contrario haré todo esto mil pedazos y guardaré aquí *(Se lleva la mano al corazón)* mi secreto.

MAGIS.—Ah! señor, no hareis eso. Sería un robo, una truhanada impropia de un grande hombre.

FONTANARES.—¡Invocáis mi honradez para que triunfe una monstruosa injusticia!

MAGIS.—Basta, no quiero mezclarme en este asunto. Ya os entenderéis con don Ramón, persona muy amable á quien cederé todos mis derechos.

FONTANARES.—¡Don Ramón!

QUÍNOLA.—Ese que os pone frente á frente Barcelona entera.

FONTANARES.—Después de todo, ya he resuelto

mi último problema. La gloria y la fortuna me brindarán al fin sus favores.

QUÍNOLA.—Ay! señor, esas palabras anuncian siempre que hay que hacer de nuevo alguna rueda.

FONTANARES.—Bah! cuestión de cien zequies.

MAGIS.—Todo lo que aquí tenéis, vendido judicialmente, no los daría después de pagar los gastos.

QUÍNOLA.—¿Comida de cuervos, te largarás?

MAGIS.—Cuidado con don Ramón, porque hipotecará sin escrúpulos su crédito sobre vuestra cabeza. *(Se acerca á Quíñola)* Quanto á ti, fruta de horca, si caes en mis garras me vengaré. *(A Fontanares)* Adios, hombre de genio.

ESCENA V

FONTANARES, QUÍNOLA

FONTANARES.—¡Me hielan sus palabras!

QUÍNOLA.—Y á mí también. Las ideas más hermosas van á caer siempre en las telas de estas arañas.

FONTANARES.—Bah! Cien zequies más y nuestra vida se iluminará llena de amor y de fiestas. *(Bebe agua)*

QUÍNOLA.—Quiero creerlos, señor, pero hay que confesar que la verde esperanza, esa pícara divinidad, nos ha conducido mucho antes al arroyo.

FONTANARES.—¡Quíñola!

QUÍNOLA.—No me quejo. Estoy hecho á la miseria. ¿Pero de dónde sacar cien zequies? Debéis á los obreros, á Carpano el maestro cerrajero, á Coppulus el vendedor de hierro, acero y cobre, á nuestro casero, que si nos ha dejado meter aquí, menos por cari-

dad que por miedo á Monipodio, concluirá por echarnos. Le debemos nueve meses.

FONTANARES.—¡Pero, si todo está ya terminado!

QUÍNOLA.—¡Cien zequíes!

FONTANARES.—¿Tú tan animoso, tan alegre, vienes á cantarme ese *De profundis*?

QUÍNOLA.—Es que para no separarme de vuestro lado será preciso que me marche.

FONTANARES.—¿Y por qué?

QUÍNOLA.—¿Y los alguaciles? Me he entrapado por cien escudos de oro que han tomado ya la forma, la figura y los pies de los corchetes.

FONTANARES.—¿Pues de cuántas desdichas se compone la gloria?

QUÍNOLA.—Vamos, basta de cosas tristes. ¿No me habéis dicho que uno de vuestros abuelos había ido, hace unos cincuenta años, á Méjico con Hernán Cortés? ¿Sabéis algo de él?

FONTANARES.—Absolutamente nada.

QUÍNOLA.—¿Tenéis un abuelo?... Pues llegareis al día del triunfo.

FONTANARES.—¿Quieres perderme?

QUÍNOLA.—¿Quereis verme en la carcel y vuestra máquina mandada á todos los diablos?

FONTANARES.—¡No!

QUÍNOLA.—Pues dejad que haga volver de alguna parte á vuestro abuelo. Será el primero que haya vuelto de las Indias.

ESCENA VI

Dichos, MONIPODIO

QUÍNOLA.—¿Y bien?

MONIPODIO.—La niña tiene ya la carta.

FONTANARES.—¿Quien es ese don Ramón?

MONIPODIO.—Un imbécil.

QUÍNOLA.—¿Envidioso?

MONIPODIO.—Como tres autores silbados. Se las echa de grande hombre.

QUÍNOLA.—¿Y lo creen?

MONIPODIO.—Como un oráculo. Emborriona papel; dice que la nieve es blanca porque cae del cielo, y sostiene, contra Galileo, que la tierra está inmóvil.

QUÍNOLA.—Ya véis, señor, que no hay más remedio que libraros de semejante sabio (*A Monipodio*) Ven conmigo; serás mi criado.

ESCENA VII

FONTANARES, solo

FONTANARES.—¿Qué cerebro, aún forrado de bronce, resistirá tantas cosas: buscar dinero y descifrar los más ocultos misterios de la naturaleza, desconfiar de los nombres, luchar con ellos y entender de negocios, adivinar en el acto lo mejor en todo, á fin de que un don Ramón cualquiera no os robe la gloria, ideando el más insignificante perfeccionamiento? Y hay muchos don Ramón por todas partes. Oh! me avergüenza confesarlo... ¡Me canso!

ESCENA VIII

FONTANARES, ESTEBAN, GIRONA y dos obreros.

ESTEBAN.—¿Podriais decirnos en donde se oculta un tal Fontanares?

FONTANARES.—No se oculta jamás, soy yo. Medita en silencio. (*Aparte*) ¿Donde está Qui-

nola? ¡Tiene tal maña para que se vayan contentos...! (Alto) ¿Qué queréis?

ESTEBAN.—¡Nuestro dinerol! Desde hace tres semanas trabajamos por cuenta vuestra. El obrero vive al día.

FONTANARES.—Ay! amigos míos, pues yo no vivo.

ESTEBAN.—Vos sois solo y no hacéis falta á nadie. Pero nosotros tenemos mujer é hijos. En fin, todo lo tenemos aquí comprometido.

FONTANARES.—Tened confianza en mí.

ESTEBAN.—¡Confianza! ¿Acaso se paga al panadero con vuestra confianza?

FONTANARES.—Soy hombre de honor.

GIRONA.—También lo somos nosotros.

ESTEBAN.—Llevad nuestros honores á casa del lombardo y ya veréis lo que da.

GIRONA.—Yo no soy hombre de talento, ¿sabéis? No tengo crédito ninguno.

ESTEBAN.—Sólo soy un mal obrero; pero si mi mujer necesita un puchero tengo que pagarlo. Eso.

FONTANARES.—¿Pero, quien os azuza contra mí?

GIRONA.—¡Azuzarnos! ¿Somos acaso perros?

ESTEBAN.—Los magistrados de Barcelona han sentenciado á favor de los maestros Coppolus y Carpano, y les conceden privilegios sobre vuestro invento. ¿Donde están nuestros privilegios?

GIRONA.—No saldré de aquí sin mi dinero.

FONTANARES.—¿Y encontraréis dinero quedándoos aquí? Por mi parte, quedaos; buenas noches (Toma el sombrero y la capa.)

ESTEBAN.—Ah! no saldréis sinpagarnos. (Movimiento de los obreros para impedirle la salida.)

GIRONA.—Yo he forjado esta pieza. Me la llevo.

FONTANARES.—¡Miserable! (Tira de la Espada)

LOS OBREROS.—No nos moveremos de aquí.

FONTANARES.—(Atacándolos) Oh!... (Se detiene y arroja la espada) Tal vez los han mandado Sarpi y Avaloros para desesperarme. Me acusarían por asesinato y tendría cárcel por muchos años. (Se arrodilla ante la virgen.) Oh! Dios mío! ¿Serán á tus ojos lo mismo el talento y el crimen? ¿Qué he hecho yo para sufrir tantas afrentas, tantos insultos y tantos ultrajes? ¿Será preciso expiar el triunfo por adelantado? (A los obreros) Todo español es rey en su casa.

ESTEBAN.—Vos no tenéis casa. Estamos aquí en el *Sol de Oro*; muy claro nos lo ha dicho el dueño.

GIRONA.—No habéis pagado el alquiler. No pagáis nada.

FONTANARES.—Quedaos, pu s, mis amos. Me he equivocado: debo.

ESCENA IX

Los mismos, COPPOLUS y CARPANO.

COPPOLUS.—Caballero, vengo para deciros que ayer los magistrados de Barcelona me han concedido privilegio sobre vuestro invento hasta el completo pago de mi crédito, y nada saldrá de aquí hasta entonces. Dicho privilegio se extiende al crédito de mi compañero Carpano, vuestro cerrajero.

FONTANARES.—¿Qué espíritu maligno os ciega de ese modo? Sin mí, esta maquina no es más que hierro, acero, cobre y madera; conmigo es una fortuna.

COPPOLUS.—Oh! no podemos separarnos. (*Los dos mercaderes rodean á Fontanares.*)

FONTANARES.—No hay amigo que os estreche con tanta fuerza como un acreedor. Pues bien, que el diablo se lleve el pensamiento que me inspiró.

TODOS.—¡El diablo!

FONTANARES.—¿Qué he dicho? Cuidado con la lengua. Una palabra puede llevarme á la Inquisición. No, no hay gloria que compense tales sufrimientos.

COPPOLUS.—(*A Carpano.*) ¿Venderemos todo esto?

FONTANARES.—¿Pero, no véis que nada vale esta máquina sin estar concluida? Aun falta una pieza; este es el modelo. (*Coppolus y Carpano se consultan.*) Costará unos doscientos zequies.

ESCENA X

Dichos, QUÍNOLA, disfrazado de anciano, figura grotesca á lo Callot, MONIPODIO, disfrazado á capricho, el MESONERO del *Sol de Oro*.

EL MESONERO.—(*Señalando á Fontanares.*) Hélo ahí, señor.

QUÍNOLA.—¡Y habéis alojado al nieto del Capitán Fontanares en una cuadra! La república de Venecia le dará un palacio. ¡Hijo mío, abrázame! (*Se acerca á Fontanares.*) La serenísima república conoce las promesas que hicisteis al rey de España, y he dejado el arsenal de Venecia que yo dirijo para .. (*Aparte.*) ¡Soy Quínola!

FONTANARES.—¡Oportuna resurrección!

QUÍNOLA.—¡Cuánta miseria! ¿Y es ésta la antecámara de la gloria?

FONTANARES.—La miseria es el crisol en que prueba Dios nuestras fuerzas.

QUÍNOLA.—¿Qué gente es ésta?

FONTANARES.—Acreedores, obreros que me asedian.

QUÍNOLA.—(*Al mesonero.*) Bribón de casero, ¿está ó no mi nieto en su casa?

MESONERO.—En su casa está, Excelencia.

QUÍNOLA.—Conozco un poco las leyes de Cataluña. Id en busca del corregidor para encerrar á estos pícaros en la cárcel. Enviad, si queréis alguaciles á mi nieto, estáis en vuestro derecho; pero meteos en vuestras casas, ¡canallas! (*Busca en el bolsillo.*) Tomad, bebed á mi salud. (*Les arroja monedas.*) Venid á mi casa para cobrar.

LOS OBREROS.—¡Viva su Excelencia! (*Salen.*)

QUÍNOLA.—(*A Fontanares.*) ¡El último doblón! Un reclamo.

ESCENA XI

Dichos, menos el MESONERO y los obreros.

QUÍNOLA.—(*A los dos negociantes.*) Cuanto á vosotros, amigos, me parecéis de mejor pasta. El dinero nos arreglará.

COPPOLUS.—En ese caso, Excelencia, estaremos á vuestras órdenes.

QUÍNOLA.—Veamos eso, hijo mío, ese famoso invento que ha llenado de ansiedad á la república de Venecia. ¿Dónde está el perfil, la sección? ¿En donde están los planos, la planta?

COPPOLUS.—(*A Carpano.*) Lo entiende, pero debemos informarnos antes de venderle.

QUÍNOLA.—¡Sois un grande hombre, hijo mío! Ya te llegará tu día como á Colón. (*Se arro-*

dilla.) ¡Doy gracias á Dios por el honor inmenso que ha hecho á nuestra familia! (*A los negociantes.*) Dentro de dos horas tendréis vuestro dinero. (*Salen.*)

ESCENA XII

QUINOLA, FONTANARES, MONIPODIO.

FONTANARES —¿Qué resultará de toda esta comedia?

QUINOLA. — Rodabais por un abismo. Os he detenido.

MONIPODIO. — ¡Bien representado! Pero los venecianos tienen mucho dinero, y para obtener tres meses de crédito será preciso empezar deslumbrando, y eso no es muy fácil que digamos.

QUINOLA. — ¿No os dije que guardaba un tesoro? Ya viene.

MONIPODIO. — ¿Solo? (*Quinola hace signos afirmativos.*)

FONTANARES. — Me da miedo su audacia.

ESCENA XIII

Dichos, MATEO MAGIS, don RAMÓN.

MAGIS. — Os traigo á don Ramón, sin cuyo parecer no quiero hacer nada.

RAMÓN. — (*A Fontanares.*) Caballero, es para mí un honor tratar con un hombre de vuestra ciencia. Entre los dos podemos llevar vuestro invento á su último grado de perfección.

QUINOLA. — ¿Conoce el señor la mecánica, la balística, las matemáticas, la dióptrica, catóptrica, estática... ística?

RAMÓN. — He escrito tratados que se aprecian bastante.

QUINOLA. — ¿En latín?

RAMÓN. — En español.

QUINOLA. — Los verdaderos sabios, caballero, no escriben sino en latín. Es muy peligroso vulgarizar la ciencia ¿Sabéis latín?

RAMÓN. — Si, señor.

QUINOLA. — Pues mejor para vos.

FONTANARES. — Caballero, venero el nombre que os habéis conquistado; pero se corre demasiado peligro con mi empresa para que acepte vuestro concurso. Yo me juego la cabeza, pero no quiero exponer la vuestra que vale mucho más.

RAMÓN. — ¿De modo que creéis fácil vuestro triunfo sin don Ramón, gran autoridad en la ciencia.

QUINOLA. — ¿Don Ramón? ¿El famoso don Ramón que ha explicado tantos fenómenos, que hasta aquí se habían atrevido á verificarse sin razón?

RAMÓN. — El mismo.

QUINOLA. — Yo soy Fontanaresi, director del Arsenal de la república de Venecia, abuelo de nuestro inventor. Hijo mío, podéis fiaros de este caballero. Está tan alto que no es posible que os haga traición. Vamos á decirselo todo.

RAMÓN. — Ah! Voy á conocer el secreto!

FONTANARES. — ¿Cómo?

QUINOLA. — Yo le daré una lección de matemáticas. — No le hará mucho bien, pero tampoco os hará mucho mal. (*A don Ramón.*) Vamos, acercaos. (*Enseña las piezas de la máquina.*) Esto no significa nada. Para los sabios, lo importante...

RAMÓN. — ¿Lo importante?

QUINOLA.—Es el problema en sí mismo. ¿Sabéis la causa que hace subir las nubes?

RAMÓN.—Porque son más ligeras que el aire.

QUINOLA.—De ningún modo. Son tan pesadas como el aire, puesto que el agua concluye por caer como una tonta. A mí no me gusta el agua ¿y á vos?

RAMÓN.—Yo la resécto.

QUINOLA.—Perfectamente. Nos entenderemos. Las nubes suben, tanto porque se hallan en forma de vapor, como porque son atraídas por la fuerza del frío que está arriba.

RAMÓN.—Bien podría ser. Haré un tratado sobre eso.

QUINOLA.—Mi nieto formula este hecho por O más O. Y como hay mucha agua en el aire, decimos sencillamente O más O; un nuevo binomio.

RAMÓN.—¿Un nuevo binomio?

QUINOLA.—O, si queréis una X.

RAMÓN.—X, ah! comprendo.

FONTANARES.—(Aparte.) ¡Qué borricol!

QUINOLA.—Lo demás es una bagatela. Un tubo recibe el agua que se transforma en nube por un procedimiento cualquiera. Esta nube quiere subir por fuerza, y tiene un poder inmenso.

RAMÓN.—¡Inmenso! ¿Y cómo?

QUINOLA.—Inmenso.. porque es natural. Ya sabéis que el hombre... fijaos bien en esto... no crea fuerzas.

RAMÓN.—Bien, ¿pero cómo...?

QUINOLA.—Las toma de la naturaleza. Inventar es tomar... Entonces por medio de algunos pistones; pues, en mecánica... ¿comprendéis?

RAMÓN.—Es cierto. Yo sé mecánica.

QUINOLA.—Pues bien, la manera de comunicar

esa fuerza es una pequeñez, nada, el hilito del asador.

RAMÓN.—Ah! ¿Hay un asador?

QUINOLA.—Hay dos, y la fuerza es tal que levantaría montañas haciéndolas saltar como carneros. El rey David lo predijo ya.

RAMÓN.—Tiene V. razón, caballero, las nubes son agua...

QUINOLA.—¿El agua? Es el mundo... Sin agua no se podría... es claro. Pues bien, ya véis en que se funda el invento de mi nieto. El agua domará el agua. O más O, esa es la fórmula.

RAMÓN.—(Para sí.) Emplea términos incomprensibles.

QUINOLA.—¿Comprendéis?

RAMÓN.—Perfectamente.

QUINOLA.—(Aparte.) Este hombre es un gran animal. (Alto.) Os he hablado en el lenguaje de los verdaderos sabios...

MAGIS.—(A Monipodio.) ¿Quién es este señor tan sabio?

MONIPODIO.—Un hombre incomparable con quien aprendo la balística, el director del arsenal de Venecia, que os pagará esta noche por cuenta de la República.

MAGIS.—Avisemos á la Brancador. Es de Venecia. (Sale.)

ESCENA XIV

Dichos, menos MATEO MAGIS;
LOTHUNDIAZ, MARIA.

MARIA.—¿Llegaré á tiempo?...

QUINOLA.—Bien va; aquí está nuestro tesoro. (Lothundiaz y don Ramón se saludan y miran las piezas de la máquina situadas en el fondo.)

FONTANARES.—¡María! ¡Tú aquí!

MARIA.—Traída por mi padre. Ah! amigo mío, al saber por vuestro criado la situación en que os encontrabais...

FONTANARES.—(A Quinola.) ¡Tunante!

QUINOLA.—¡Mi ni-to!

MARIA.—Oh! él pone fin á mis tormentos.

FONTANARES.—¿Y quién os atormentaba?

MARIA.—No podéis imaginaros las persecuciones que sufro desde que llegasteis; sobre todo, después de vuestra disputa con la Brancador. ¿Qué puedo hacer contra la autoridad paterna? Es muy grande. Permaneciendo en casa difícilmente os podría guardar, no mi corazón que os pertenece á despecho de todos, sino mi persona...

FONTANARES.—¡Un martirio más!

MARIA.—Retrasando el día de vuestro triunfo habéis hecho insoportable mi situación. Ay! al veros aquí adivino que hemos sufrido al mismo tiempo males inauditos. Para poder ser vuestra, voy á fingir que me consagro á Dios. Esta noche entro en un convento.

FONTANARES.—¡En un convento! Quieren separarnos. Torturas son estas que hacen aborrecer la vida ¡Y soy yo quien obliga á mi María, principio y flor de mi descubrimiento, mi estrella de salvación, á quedarse en el cielo! Oh! no puedo más (Llora).

MARIA.—Pero, al prometer que entraría en un convento, mi padre me ha concedido el derecho de venir aquí. Al despedirme, quería daros una esperanza. Aquí están los ahorros de vuestra hermana, todo cuanto guardaba para el día en que todos os abandonasen.

FONTANARES.—Y para qué necesito yo, sin vos, la gloria, la fortuna, y hasta la vida?

MARIA.—Aceptad lo que puede y debe ofreceros la que ha de ser vuestra esposa. Si pensara en que sois desgraciado, me abandonaría la esperanza en mi retiro y moriría rogando por vos.

QUINOLA.—(A María) No le hagamos caso, y salvémosle apesar suyo ¡Silencio! Paso por su abuelo (María le da el monedero).

LOTHUNDIAZ.—(A D. Ramón) ¿De modo, que no os parece muy fuerte en estas materias?

RAMÓN.—¿Quién? ¡El! Pero si no es más que un simple artesano, un ignorante, que habrá seguramente robado el secreto en Italia.

LOTHUNDIAZ.—¡Ya lo decía yo! ¡Cuanta razón tenía de oponerme á esos amores y negarle la mano de mi hija!

RAMÓN.—La arruinaría. Ha devorado ya cinco mil zequies y debe tres mil más, sin resultado. Ah! habladme de su abuelo; ese sí que es un sabio de primer orden, y mucho tendría que trabajar para igualarle (Señala á Quinola).

LOTHUNDIAZ.—¡Su Abuelo!

QUINOLA.—Mucha verdad, caballero. Mi apellido se ha convertido en Venecia, en Fontanaresi.

LOTHUNDIAZ.—¿Sois Pablo Fontanares?

QUINOLA.—Pablo, el mismo

LOTHUNDIAZ.—¿Rico?

QUINOLA.—Riquísimo.

LOTHUNDIAZ.—Esa mano, caballero; me devolveréis entonces los dos mil zequies que os prestó mi padre.

QUINOLA.—Si me enseñais mi firma le haré el honor que le corresponde.

MARIA.—(Después de haber hablado con Fontanares) Aceptad para que triunféis. ¿No se trata de nuestra dicha?

FONTANARES.—¡Tener que arrastrar á esta perla al abismo en que me hundo! (Quinola y Monipodio desaparecen).

ESCENA XV.

Dichos, SARPI

SARPI.—(A Lothundiaz) ¡Vos aquí, y con vuestra hija!

LOTHUNDIAZ.—Se lo he prometido como premio á su obediencia.

SARPI.—Hay aquí demasiadas personas para que llegue á ofenderme vuestra condescendencia.

FONTANARES.—Ah! este es el que con más ardor me persigue. ¿Venís á poner de nuevo á prueba mi constancia?

SARPI.—Caballero, aquí represento al virey de Cataluña, y debéis respetarme. (A don Ramón) ¿Estais satishecho de él?

RAMON.—Con ayuda de mis consejos, llegaremos

SARPI.—El virey espera mucho de vuestra sabiduría.

FONTANARES.—¿Es'oy soñando? ¿También un rival?

SARPI.—Un guía, caballero, para salvaros.

FONTANARES.—¿Y quien os ha dicho que yo necesito guías?

MARIA.—Ah! si pudiera hacerlos triunfar...!

FONTANARES.—¡Hasta ella duda de mí!

MARIA.—¡Dicen que es tan sabio...!

LOTHUNDIAZ.—¡Vaya un presuntuoso! Cree saber más que todos los sabios del mundo.

SARPI.—Vengo para una cuestión que intere-

sa mucho al virey. Desde hace unos diez meses tenéis en vuestro poder un buque del Estado, y debéis dar cuenta de él.

FONTANARES.—El rey no ha fijado plazo á mis trabajos.

SARPI.—La administración de Cataluña tiene derecho á exigiros uno, y hemos recibido de los ministros una orden sobre este punto. (Movimiento de sorpresa en Fontanares) Oh! tomaos todo el tiempo necesario. No queremos contrariar á un hombre como vos, ni pensar que queréis eludir el castigo que pesa sobre vuestra cabeza, retrasando indefinidamente el día de la prueba.

MARIA.—¡Qué dolor!

FONTANARES.—Me juego la cabeza.

MARIA.—¡La muerte! Y rehusáis!

FONTANARES.—Dentro de tres meses, conde de Sarpi, y sin ayuda de nadie quedará mi obra terminada. Entonces podréis contemplar uno de los espectáculos más grandiosos que hombre alguno haya dado á su siglo.

SARPI.—Aquí está el compromiso; firmadlo. (Fontanares va á firmar).

MARIA.—Adios, amigo mio. Si sucumbís en esta lucha, creo que os amaré mucho más.

LOTHUNDIAZ.—Venid, hija mia, este hombre está loco.

RAMÓN.—¡Óven, leed mis tratados.

SARPI.—Adios, futuro grande de España.

SSCENA XVI

FONTANARES, solo delante de la escena.

FONTANARES.—¡María á un convento! Tendré frio al sol. Quiero soportar un mundo y

no estoy seguro de ser un Atlas... No, no triunfaré, todo se vuelve contra mí. Obra mía, durante tres años meditada, y en la que he trabajado diez meses sin descanso, ¿surcarás algún día los mares? Ah! el sueño me rinde. *(Se tiende sobre la paja).*

ESCENA XVII

FONTANARES, dormido, QUINOLA y MONIPODIO, que vuelve por la puerta pequeña.

QUINOLA.—¡Diamantes, perlas y oro! Nos hemos salvado.

MONIPODIO.—La Brancador es de Venecia.

QUINOLA.—Pues es preciso que volvamos allá. Que venga el mesonero; voy á devolveros el crédito.

MONIPODIO.—Aquí está.

ESCENA XVIII

Dichos, el MESONERO del *Sol de Oro*

QUINOLA.—¡Como es eso, señor mesonero! ¿no habeis tenido confianza en la estrella de mi nieto?

MESONERO.—Un mesón, señor, no es una casa de banca.

QUINOLA.—Lo creo; pero, por caridad, no debías negarle el pan. La serenísima república de Venecia me enviaba para que me lo llevara conmigo; pero veo que ama demasiado á España. Me voy, pues, como he venido, secretamente. Sólo puedo disponer de este diamante. Dentro de un mes recibiréis letras. Entendeos con el criado de mi nieto para la venta de estas joyas.

MESONERO.—Monseñor, serán tratados como príncipes... ricos.

QUINOLA.—Dejadnos *(Sale el Mesonero)*

ESCENA XIX

Dichos, menos el MESONERO

QUINOLA.—Quitémonos este traje *(Mira á Fontanares)* ¡Duerme! Esa robusta naturaleza ha sucumbido al fin á tantas y tan violentas sacudidas. Sólo nosotros sabemos soportar el dolor. Le falta nuestra iudiferencia. ¿He hecho ó no bien pidiendo doble de lo que nos hacia falta? *(A Monipodio)* Aquí está el dibujo de la última pieza. Cógelo. *(Salen).*

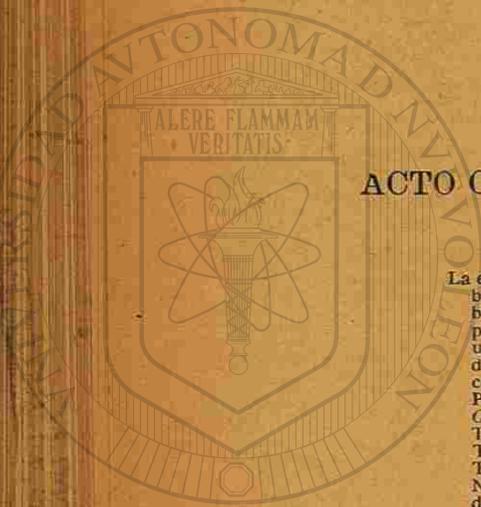
ESCENA XX

FONTANARES dormido; FAUSTINA, MATEO MAGIS.

MAGIS.—¡Aquí está!

FAUSTINA.—¡A qué estado le he reducido! Por la profundidad de las heridas que yo misma me he hecho, conozco la profundidad de mi amor. Oh! cuanta dicha deberé darle después de haberle hecho sufrir tanto!

TELÓN



ACTO CUARTO

La escena representa una plaza pública. En el fondo, sobre un tabladillo, á cuyo pie están todas las piezas de la máquina, está un uguer. Gente al rededor del tabladillo. A la izquierda, un grupo compuesto de COPPOLUS, GARPANO, el MESONERO del Sol de Oro, ESTEBAN, GIRONA, MATEO MAGIS, D. RAMON y LOTHUNDIAZ. A la derecha, FONTANARES, MONIPODIO y QUINOLA, envuelto en su capa, detrás de MONIPODIO.

ESCENA PRIMERA

FONTANARES, MONIPODIO, QUINOLA, COPPOLUS, el MESONERO, ESTEBAN, GIRONA, MATEO MAGIS, D. RAMON, LOTHUNDIAZ, EL UGIER, dos grupos de pueblo.

EL UGIER.—Señores, un poco más de animación. Se trata de una caldera en donde se podría hacer un rancho para todo el regimiento de guardias valonas.

MESONERO.—Cuatro maravedises.

UGIER.—¿Nadie dice una palabra? Aproxímaos, vedla, examinadla bien.

MAGIS.—Seis maravedises.

QUINOLA.—(A Fontanares) No harán cien escudos de oro.

FONTANARES.—Sepamos tener resignación.

QUINOLA.—Me parece que la resignación es una cuarta verdad teologal, omitida por consideración á las mujeres.

MONIPODIO.—Cállate; la justicia te busca, y ya estarías entre sus garras si no pasaras por uno de los mios.

UGIER.—¡El último lote, señores! ¡Como! ¿Nadie dice una palabra? Adjudicado por diez escudos de oro y diez maravedises al señor Mateo Magis.

LOTHUNDIAZ.—(A don Ramón) ¡Así debía acabar el sublime invento de nuestro grande hombre! Razón tenía ¡pardiez! de ofrecer-nos un espectáculo admirable.

COPPOLUS.—Vos sí que podéis reiros, porque no os debe ni un maravedí.

ESTEBAN.—Nosotros, los infelices, somos los que pagamos sus locuras.

LOTHUNDIAZ.—¿Conque ni un maravedí, maestro Coppulos? ¿Pues y los diamantes de mi hija perdidos en toda esa mecánica?

MAGIS.—Los han cogido en mi casa

LOTHUNDIAZ.—¿No están ya en manos de la justicia? Mil veces preferiria ver en la cárcel á ese Quinola ladrón de tesoros.

QUINOLA.—Oh! juventud mía, qué lecciones recibes! Mis antecedentes me han perdido.

LOTHUNDIAZ.—Pero, si lo atrapan, ya está fresco. Iré á ver como da la bendición con los pies.

FONTANARES.—Nuestra desgracia hace ingenioso á ese burgués.

QUINOLA.—Feroz, debéis decir.

RAMON.—Yo siento de veras semejante desastre. Ese joven artesano empezaba á seguir

mis consejos y teníamos la seguridad de cumplir lo prometido al rey. Pero, puede dormir tranquilo. Iré á pedir su perdón á la corte, y allí haré ver que me hace mucha falta.

COPPOLUS.—¡Generosidad poco común entre sabios!

LOTHUNDIAZ.—¡Sois la honra de Cataluña!

FONTANARES.— (*Adelantándose*) He soportado tranquilamente el suplicio de ver vender á vil precio la obra que debía darme la gloria. (*Murmullos en el pueblo*) Pero esto no se puede sufrir. Caballero don Ramón, si hubieseis, no conocido, sino sospechado tan sólo el destino de todas estas piezas, ahora desparramadas por todas partes, las hubierais comprado con toda vuestra fortuna.

RAMON.—Respeto vuestra desgracia, joven. Pero, seguro estabais de que vuestra máquina no podía funcionar aún y de que sin mi experiencia estabais perdido.

FONTANARES.—Lo más terrible de la miseria es ser impotente contra la calumnia y contra el triunfo de los necios.

LOTHUNDIAZ.—¿No te avergüenzas de insultar á un sabio, honra de nuestro país, viéndote como te ves? Bonitos estaríamos si te hubiera dado mi hija! Nos hubieras reducido á la miseria en un santiamén, pues ya te has comido diez mil zequies sin el más mínimo resultado. ¡Vaya! ¡Qué pequeñito es hoy el futuro grande de España!

FONTANARES.—Me dáis lástima.

LOTHUNDIAZ.—Es muy posible. Pero no te envidio; tu cabeza está á merced del tribunal.

RAMON.—Dejadle. ¿no veis que está loco?

FONTANARES.—No tanto que me hagan creer que O más O sea un binomio.

ESCENA II

Dichos, don FREGOSO, FAUSTINA, AVALOROS, SARPI.

SARPI.—Llegamos demasiado tarde. La venta ha terminado.

FREGOSO.—Mucho sentirá el rey haber creído á un charlatán.

FONTANARES.—¡Un charlatán! Dentro de pocos días podéis cortarme la cabeza. Matadme, pero no me calumniéis. Demasiado alto estáis para que necesitéis bajaros tanto.

FREGOSO.—Vuestra audacia iguala vuestra desventura. ¿Olvidáis que los magistrados de Barcelona os consideran cómplice del robo hecho á Lothundiaz? La fuga de vuestro criado prueba el delito, y si estáis en libertad, se lo debéis únicamente á las súplicas de esta señora. (*Señala á Faustina.*)

FONTANARES.—Excelencia, en otro tiempo pudo mi criado cometer algunas faltas; pero desde que unió su suerte á la mía, ha purificado su vida en el crisol de mis desgracias. Os juro que es inocente. Las piedras cogidas en el momento de venderlas á Mateo Magis, las recibió de manos de María Lothundiaz, porque yo no las quise aceptar.

FAUSTINA.—¡Qué altivo en su desgracia! ¡Nada le doblega!

SARPI.—¿Y cómo explicáis la resurrección de vuestro abuelo, el falso intendente del arsenal de Venecia? Por desgracia, la señora y yo conocemos muy bien al verdadero.

FONTANARES.—Hice que se disfrazara mi criado para que hablara de ciencias y matemáticas con don Ramón. Ya os dirá el señor Lot-

hundiaz lo bien que se entendieron el sabio de Cataluña y Quinola.

MONIPODIO.—(A Quinola.) ¡Está perdido!

RAMON.—Apelo á mi pluma.

FAUSTINA.—No os incomodéis, don Ramón. ¡Es tan natural que los que se hundan quieran hundirlos á todos con ellos.

LOTHUNDIAZ.—¡Qué carácter tan detestable!

FONTANARES.—Antes de morir, señora, hay que decir la verdad á los que nos precipitaron en el abismo. (A don Fregoso.) Monseñor, el rey me prometió que sus súbditos de Barcelona me protegerían, y sólo he encontrado aquí odi. Oh! ricos y grandes de la tierra, todos los que disponéis de algún poder, ¿por qué os oponéis al pensamiento nuevo? ¿Será acaso una ley divina que primero debais escarnecer y maldecir lo que más tarde habéis de adorar? Si hubiera sido tonto, humilde y adulador, mi triunfo era seguro. Habéis perseguido en mi persona cuanto hay de más sagrado en el hombre: la conciencia de su poder, la magestad del trabajo, la inspiración divina que da fuerzas para emprender la obra. y... el amor, te humana que levanta el ánimo cuando va a extinguirse, al soplo helado de las burlas. Ah! si hacéis muy mal el bien, en cambio, sabéis siempre hacer muy bien el mal. Basta. No sois dignos de mi cólera.

FAUSTINA.—(Aparte, después de haber dado un paso.) Oh! Iba á decirle que le adoro!

FREGOSO.—Sarpi, que se acerquen los alguaciles y se apoderen del cómplice de Quinola. (Aplausos, algunas voces gritan: ¡bravo!)

ESCENA III

Dichos, MARIA, LOTHUNDIAZ.

(En el momento en que los alguaciles se apoderan de Fontanares, aparece Maria con hábito de novicia, acompañada de un monje y de dos hermanas).

MARIA.—(Al virey.) Monseñor, acabo de saber que por querer salvar á Fontanares, yo misma lo he perdido; pero aquí estoy para que luzca la verdad. Con mis propias manos entregué á Quinola mis ahorros y mis joyas (Impresión de Lothundiaz.) Mas eran, padre mío; y quiera Dios que no tengais que arrepentiros de vuestra ceguera.

QUINOLA.—(Desembozándose.) Oh! ¡respiro!

FONTANARES.—(Doblando la rodilla ante Maria.) ¡Gracias, amor purísimo, cielo que aun guardas para mí, esperanza y fé! Has salvado mi honor.

MARIA.—También es el mío. La gloria vendrá después.

FONTANARES.—Ay! mi obra está en poder de cien manos distintas, y no la devolverán sino á cambio del oro que ha costado. Ni duplicando mi deuda llegaría á tiempo. Todo se acabó.

FAUSTINA.—(A Maria.) Sacrificaos y se salvará.

MARIA.—¡Padre mío, y vos, conde de Sarpi! (Aparte.) ¡Me costará la vida! (Alto.) ¿Consentís en dar cuanto se necesite para el éxito de la empresa? Sólo á este precio os obedeceré, padre mío. (A Faustina.) Me sacrifico, señora

FAUSTINA.—¡Sublime, ángel mío! (Aparte.) ¡Al fin me veo libre de ella!

FONTANARES.— ¡Un momento, María! Prefiero la lucha y sus peligros, prefiero la muerte á perderos de ese modo.

MARIA.— ¿Me amas más que la gloria? (*Al virey.*) Monseñor, haced que devuelvan á Quínola mis joyas. Vuelvo feliz al convento. ¡O suya ó de Dios!

LOTHUNDIAZ.— ¿Será un hechicero?

QUÍNOLA.— Esta joven me reconciliaría con las mujeres.

FAUSTINA.— (*A Sarpi, al virey y á Avaloros.*) ¿No lograremos domarlo?

AVALOROS.— Lo probaré.

SARPI.— (*A Faustina.*) Aun no está todo perdido. (*A Lothundiaz.*) Conducid á María á vuestra casa. Pronto os obedecerá.

LOTHUNDIAZ.— ¡Así lo quiera Dios! Ven, hija mía. (*Lothundiaz, María y los que le acompañan, don Ramón y Sarpi salen.*)

ESCENA IV

FAUSTINA, D. FREGOSO, AVA-
LOROS, FONTANARES, QUI-
NOLA, MONIPODIO.

AVALOROS.— Ya os conozco bien, joven. Tenéis un carácter de hierro, y el hierro es más potente que el oro. Asociémonos lealmente. Pagaré vuestras deudas, volveré á comprar todo cuanto se ha vendido, os daré á vos y á Quínola cinco mil escudos de oro, y por mí, el virey olvidará vuestra descortesía.

FONTANARES.— Si en mi dolor os he faltado al respeto, ruego que me perdonéis.

FREGOSO.— Basta, caballero, no se ofende á don Fregoso.

FAUSTINA.— Muy bien, monseñor.

AVALOROS.— Bueno, joven; después de la tempestad la bonanza. Ahora todo os sonrío.

Vamos, realicemos juntos las promesas que hicisteis al rey.

FONTANARES.— Si ambiciono la fortuna no es más que para ser digno de María.

FREGOSO.— ¿Conque á ella sola amáis en el mundo?

FONTANARES.— ¡A ella sola! (*Faustina y Avaloros hablan.*)

FREGOSO.— Nunca me habíais dicho eso. Contad conmigo en todo.

MONIPODIO.— Hacen las paces. ¡Estoy perdido! Me largo á Francia con el invento.

ESCENA V

QUÍNOLA, FONTANARES, FAUS-
TINA y AVALOROS.

FAUSTINA.— (*A Fontanares.*) Tampoco yo guardo rencor. Os ruego que asistáis á la fiesta que doy en casa. Todos nos uniremos para que triunféis.

FONTANARES.— Señora, vuestro primer favor ocultaba un lazo.

FAUSTINA.— Como todos los soñadores sublimes que entregan á la humanidad sus descubrimientos, no conocéis ni el mundo ni á las mujeres.

FONTANARES.— (*Aparte.*) Sólo me quedan ocho días. (*A Quínola.*) Voy á servirme de ella.

QUÍNOLA.— ¡Como os servís de mí!

FONTANARES.— Iré, señora.

FAUSTINA.— Debo dar las gracias á Quínola. (*Le entrega una bolsa.*) Toma. (*A Fontanares.*) Hasta después.

ESCENA VI

FONTANARES, QUÍNOLA.

FONTANARES.— Esta mujer es pérfida como el sol de invierno. ¡Oh! aborrezco la desgra-

cia, porque despierta la desconfianza. ¿De modo, que hay virtudes que perjudican?

QUINOLA.—Cómo es eso, señor! ¿desconfiar de una mujer que engarza sus menores palabras en oro legítimo! Os ama; eso lo explica todo. ¿Tan pequeño es vuestro corazón que no puede tener dos amores?

FONTANARES.—¡Bah! María es la esperanza; conforta mi alma. Triunfaré.

QUINOLA.—(Aparte.) Monipodio no está aquí. (Alto.) No es muy difícil hacer las paces con una mujer que lo desea tanto como la Brancador.

FONTANARES.—¡Quinola!

QUINOLA.—Me desesperáis, señor. ¿Os parece imposible combatir la perfidia de un amor astuto con la lealtad de un amor ciego? Necesito el crédito de la Brancador para des- embarazarme de Monipodio, cuyas intenciones me dan mucho que pensar. Conseguido esto, os respondo del éxito, y después os casaréis con María.

FONTANARES.—¿Por qué medios?

QUINOLA.—Subiéndose sobre un hombre que ve tan lejos como vos, se ve mucho más lejos todavía. Vos sois inventor, yo tengo inventiva. Me salvasteis de... ya sabéis. Yo os salvaré de las garras de la envidia y de las uñas de la avaricia. Cada uno á su oficio. Aquí hay oro. Vestíos, engalanaos, estad orgulloso; es la víspera del triunfo. Pero, sed amable con la Brancador.

FONTANARES.—Dime al menos de qué manera.

QUINOLA.—Eso no. Si supierais lo que tramo, todo lo echariais á perder. Tenéis demasiado talento para no ser cándido como un niño. (Salen.)

Salones de la Brancador.

ESCENA VII

FAUSTINA, sola.

FONTANARES.—¡Ha llegado, al fin, la hora soñada desde hace catorce meses! Dentro de algunos instantes, Fontanares habrá perdido para siempre á María. Entre Avaloros, Sarpi y yo hemos adormecido al genio, y el hombre se encuentra la víspera de su experimento con las manos vacías. ¡Oh! ahora ya es mío como yo lo deseaba. Pero, ¿será fácil pasar del desprecio al amor? No, jamás. Ignora que soy su enemiga desde hace un año, y eso es lo triste, porque me aborrecerá cuando lo sepa. El odio no es lo contrario del amor, no es más que el anverso. Todo lo sabrá. Que me odie.

ESCENA VIII

FAUSTINA, PAQUITA.

PAQUITA.—Señora, Monipodio ha cumplido en todo vuestras órdenes. La señorita Lothundiaz sabe en este momento por su dueña el peligro que corre esta noche el señor Fontanares.

FAUSTINA.—Sarpi debe de haber llegado ya. Dile que tengo que hablarle. (Sale Paquita.)

ESCENA IX

FAUSTINA, sola.

FAUSTINA.—Descartemos á Monipodio. Quinola teme que no haya recibido orden de

deshacerse de Fontanares. Bastante es ya tener que temerle.

ESCENA X

FAUSTINA, DON FREGOSO.

FAUSTINA.—Llegáis oportunamente. Quiero pedir os un favor.

FREGOSO.—Decid más bien que queráis hacerme uno.

FAUSTINA.—Dentro de dos horas no debe estar Monipodio ni en Barcelona ni en Cataluña. Enviadlo á Africa.

FREGOSO.—¿Pero, qué os ha hecho?

FAUSTINA.—Nada.

FREGOSO.—¿Pues entonces...?

FAUSTINA.—Pues porque... ¿comprendéis?

FREGOSO.—Seréis obedecida. (*Escribe.*)

ESCENA XI

Dichos, SARPI.

FAUSTINA.—¿Tenéis ya, primo, todo arreglado para casaros en seguida con María?

SARPI.—Gracias al buen hombre, el contrato está hecho.

FAUSTINA.—Pues bien, avisad al convento de los Dominicos. A las doce de la noche os casaréis, y con su consentimiento, con la rica heredera. Todo lo aceptará cuando vea (*Bajo á Sarpi.*) á Fontanares en manos de la justicia.

SARPI.—Comprendo. Se trata sólo de prenderle. Mi fortuna no tiene ya nada que temer. Y... os la debo. (*Aparte.*) ¡Terrible es el odio de una mujer!

FREGOSO.—Sarpi, que se ejecute con toda se-

veridad esta orden, y al momento. (*Sarpi sale.*)

ESCENA XII

Dichos, menos SARPI.

FREGOSO.—Bien, ¿y nuestro matrimonio?

FAUSTINA.—Señor, mi porvenir depende de esta fiesta. Esta noche conoceréis mi resolución. (*Aparte al ver á Fontanares.*) ¡Oh! aquí está! (*A Fregoso.*) Si me amáis, dejadme.

FREGOSO.—¡Sola con él!

FAUSTINA.—Lo quiero.

FREGOSO.—Después de todo no ama á nadie más que á su María.

ESCENA XIII

FAUSTINA, FONTANARES.

FONTANARES.—El palacio del rey de España no es más espléndido que el vuestro, señora, y os conducís en él como una reina.

FAUSTINA.—Escuchad, querido Fontanares.

FONTANARES.—¿Querido? ¡Ah! señora, me habéis enseñado á dudar de semejantes palabras.

FAUSTINA.—Vais á conocer á la que con tanta crueldad insultásteis. Una desgracia terrible os amenaza. Si Sarpi os ha perseguido con tanta saña, lo ha hecho cumpliendo las órdenes de un poder terrible, y sin mí, esta fiesta podría convertirse en el beso de Judas. Acaban de confiarme que cuando salgáis, y tal vez aquí mismo, os prenderán; seréis conducido á la cárcel, y empezará vuestro proceso... para no concluir nunca. ¿Podrías en la sola noche que os

queda rehacer el buque que habéis perdido? Quanto á vuestra obra, es imposible empezarla de nuevo. Pues bien, yo os salvaré, salvaré vuestra gloria y vuestra fortuna.

FONTANARES.— Vos! ¿Y cómo?

FAUSTINA.— Avaloros ha puesto á mi disposición uno de sus buques. Monipodio me proporciona sus mejores contrabandistas. Vamos á Venecia; la república os hará patricio, y os dará diez veces más oro que el que os ha prometido España... (*Aparte.*) ¡Y no vienen!

FONTANARES.— ¿Y María? Si la libertamos, creeré en vos.

FAUSTINA.— ¡Pensáis en ella cuando es preciso elegir entre la vida y la muerte! Si tardáis, estaremos perdidos.

FONTANARES.— ¡Nosotros, señora!

ESCENA XIV

Dichos, guardias que aparecen en todas las puertas, un alcalde, SARPI.

SARPI.— Cumplid vuestro deber!

ALCALDE.— (*A Fontanares.*) ¡En nombre del rey, daos preso!

FONTANARES.— Ha llegado la hora de morir! Felizmente, el secreto irá conmigo, y mi sudario será mi amor.

ESCENA XV

Dichos, MARÍA, LOTHUNDIAZ.

MARÍA.— No me han engañado; estáis en las garras de vuestros enemigos. ¿Conque es preciso morir por tí, Alfonso mío? ¡Y de

qué muerte! Amigo, el cielo no consiente amores tan perfectos. Por medio de estos terribles azares nos advierte que la dicha está sólo junto á Dios. Tú...

SARPI.— ¡Señora!

LOTHUNDIAZ.— ¡Hija mía!

MARÍA.— Me habéis dejado libre en este instante, el último de mi vida. Cumpliré mi promesa; cumplid vosotros la vuestra. Y tú, inventor sublime, gozarás de tu grandeza, de los anhelos de tu ambición, ahora legítima, mientras que la condesa de Sarpi morirá lenta y oscuramente entre las cuatro paredes de su casa. Padre mío, y vos, conde, no necesito decir que en premio de mi obediencia, el virey de Cataluña ha de conceder á Fontanares un nuevo plazo de un año para terminar sus experiencias.

FONTANARES.— ¡Cómo! ¿Vivir sin tí, María?

MARÍA.— ¡Vivir con tu verdugo!

FONTANARES.— Adiós, voy á morir.

MARÍA.— ¿No hiciste una solemne promesa al rey de España, al mundo entero? (*Bajo.*) Triunfa, después moriremos juntos.

FONTANARES.— No seas suya; acepto.

MARÍA.— Padre mío, cumplid vuestra promesa.

FAUSTINA.— ¡He triunfado al fin!

LOTHUNDIAZ.— (*Bajo*) ¡Miserable seductor! (*Alto.*) Aquí están diez mil zequíes (*Bajo*) ¡Infame! (*Alto*) ¡Un año de la renta de mi hija! (*Bajo*) Así te lleve el demonio (*Alto.*) Diez mil zequíes que por esta letra os pagará el señor Avaloros.

FONTANARES.— Pero, ¿acepta este arreglo el virey de Cataluña?

SARPI.— Acusásteis públicamente al virey de oponerse á las órdenes del rey de España; pues bien, he aquí como responde á vues-

tras censuras: (*Saca un papel*) una orden por la cual, en interés del Estado, suspende las demandas de vuestros acreedores, y os concede un año más para realizar vuestra empresa.

FONTANARES.—Estoy pronto á cumplir mi palabra.

LOTHUNDIAZ.—¡Aun persiste! Vamos, hija mía; nos esperan en los dominicos. Monseñor nos honra con su presencia.

MARIA.—¿Tan pronto?

FAUSTINA.—(*A Paquita*) Corre, y vuelve cuando ya estén casados.

ESCENA XVI

FAUSTINA, FONTANARES

FAUSTINA.—(*Aparte*) Ahí está en pie, como un hombre ante un precipicio, perseguido por las fieras. (*Alto*) ¿Por qué no sois tan grande como vuestro pensamiento? ¿Acaso no hay más que una mujer en este mundo?

FONTANARES.—¿Créis, señora, que un hombre pueda arrancar de su corazón un amor como el mio, como se saca una espada de la vaina?

FAUSTINA.—Concibo que una mujer os ame y os sirva. Pero, para vos, amar es abdicar. Renunciáis á todo cuanto los grandes hombres han deseado: la gloria, los honores, la fortuna, y más que esto..., una soberanía que no está á merced de las conmociones populares, la del genio. Tenéis delante de vos el mundo de los Césares, de los Lúculos y de los Luteros! ¡Y queréis renunciar á una existencia tan magnífica por un amor de estudiante de Alcalá! Nacisteis gigante y os convertís en enano por un ca-

pricho. Un hombre de genio encuentra siempre, entre todas las mujeres del mundo, una creada sólo para él. Esta mujer debe ser una reina á los ojos de todos, y para él una esclava; blanda como los azares de su vida, risueña en las pesadumbres, previsora, tanto en las desgracias como en la prosperidad; sobre todo, indulgente con sus caprichos, concedora del mundo y de sus peligrosos tormentos; capaz, enfin, de no sentarse en el carro triunfal sinó después de haberlo arrastrado ella misma...

FONTANARES.—Habéis hecho su retrato.

FAUSTINA.—¿De quien?

FONTANARES.—De Maria.

FAUSTINA.—¿Te ha sabido defender esa niña? ¿Ha presentado á su rival? ¿Será digna de ti la que no ha sabido ampararte? ¡Una muchacha que se ha dejado conducir como una oveja al altar ante el cual se entrega en estos momentos...! ¡Yo, ya habría muerto á tus pies! ¿Y á quien se entrega? A tu más cruel enemigo, á quien ha recibido la orden de malograr tu empresa.

FONTANARES.—¿Como no ser fiel á ese inagotable amor que, por tres veces, me ha salvado, y que no quedándole ya más que apurar ella misma el caliz de la amargura, se inmola con una mano, entregándome con la otra (*Enseña la letra*) el honor, la estimación del rey, la admiración del universo? (*Entra Paquita, y sale después de haber hecho una seña á Faustina*).

FAUSTINA.—(*Aparte*) ¡Ya es condesa de Sarpil! (*A Fontanares*) Al fin tengo en mis manos tu vida, tu gloria, tu fortuna, tu honor, y Maria no está entre nosotros.

FONTANARES.—¡Nosotros! ¡Nosotros!

FAUSTINA.—No me desmientas Alfonso. Todo en ti lo he conquistado. No me rehuses el corazón. Jamás tendrás amor más dispuesto al sacrificio, más sumiso é inteligente. Al fin, serás el grande hombre que debes ser.

FONTANARES.—Me espanta vuestra audacia. *(Enseña la letra)* Con esta suma sigo siendo el único arbitro de mi destino. Cuando vea el rey mi obra y sus resultados, anulará ese casamiento verificado por la violencia. Amo con delirio á María y no pierdo la esperanza.

FAUSTINA.—Si os amo con tanta locura, tal vez sea por esa deliciosa sencillez que es el signo del genio...

FONTANARES.—Me hiela cuando sonríe.

FAUSTINA.—¿Estás seguro de poseer ese oro?

FONTANARES.—Aquí lo tengo.

FAUSTINA.—¿Y os lo habría yo dejado dar, sin tomar mis precauciones? Mañana, todos vuestros acreedores os disputarán ese oro. ¿Y qué podréis hacer sin dinero? Otra vez á luchar. Tu máquina, pobre niño, no está en poder de muchos: es mía toda. La tiene Mateo Magis, que está en mi palacio y es mi esclavo. Yo soy la única que no te robará ni la gloria ni la fortuna, porque sería como robarme á mi misma.

FONTANARES.—¿Cómo! ¿Eres tú, maldita veneciana?

FAUSTINA.—Sí; desde el día que me insultaste aquí, todo es obra mía. Por mí te han perseguido Magis y Sarpi, tus acreedores, el mesonero del *Sol de Oro*, y los obreros. ¡Pero, tú no sabes cuánto amor hay en ese odio mio! Mientras dormías no pudieron, ay! despertarte mis lágrimas, perlas de

arrepentimiento caídas de mis ojos al contemplarte, oh! tú, mi mártir adorado!

FONTANARES.—No, tú no eres una mujer.

FAUSTINA.—Ah! hay algo más que una mujer en una mujer que ama de este modo.

FONTANARES.—...Y como no eres una mujer, puedo matarte.

FAUSTINA.—Con tal que sea por tu propia mano, venga la muerte. *(Aparte)* Me odia!

FONTANARES.—Busco...

FAUSTINA.—¿Es algo que puedo yo encontrar?

FONTANARES.—...Un suplicio tan cruel como tu crimen.

FAUSTINA.—¿Es que hay suplicios para una mujer que ama? Probadme.

FONTANARES.—¿Es cierto que me amas, Faustina? ¿Soy tu vida? ¿Son tuyos mis dolores?

FAUSTINA.—Un dolor tuyo es para mí más que mil dolores juntos.

FONTANARES.—Si muero, tú morirás también; y aunque tu vida no valga el amor que acabo de perder, mi suerte está echada.

FAUSTINA.—¡Ah!

FONTANARES.—Esperaré con los brazos cruzados el día de mi prisión. Entonces seremos libres al fin: el alma de mi María y mi alma volarán juntas al cielo.

FAUSTINA.—*(Se arroja á los pies de Fontanares)* Estaré á tus pies hasta que me hayas prometido...

FONTANARES.—Ea, déjame, infame cortesana. *(La rechaza)*.

FAUSTINA.—Lo dijisteis en la plaza pública: los hombres insultan lo que más tarde deben adorar.

ESCENA XVII

Dichos, D. FREGOSO.

FREGOSO.—¡Miserable artesano, si no te atravieso el corazón con mi espada es porque quiero que pagues más caro el insulto que acabas de hacer!

FAUSTINA.—¡Don Fregoso! Amo á este hombre. Que me acepte como esclava ó como esposa, siempre le amparará mi amor.

FONTANARES.—¿Nuevas persecuciones, monseñor? Me llenáis de alegría. Golpeadme cuanto queráis, por cada golpe que reciba caerán mil sobre esa mujer. Ella lo ha dicho. Adelante.

ESCENA XVIII

Dichos, QUINOLA

QUINOLA.—¡Señor!

FONTANARES.—¿Quieres tú también hacerme traición?

QUINOLA.—Monipodio navega hacia el Africa con anillos en pies y manos.

FONTANARES.—¿Y bien?

QUINOLA.—Con apariencias de robaros, construimos los dos una máquina igual á la vuestra, en un sótano.

FONTANARES.—Ah! junto á un amigo verdadero no hay desesperación posible. (*Abraza á Quinola—A don Fregoso.*) Monseñor, escribid al rey, construid en el puerto un anfiteatro para doscientas mil personas; dentro de diez días cumpliré mi palabra, y España entera verá andar un buque por medio del vapor, contra las olas y el viento. Esperaré una tempestad para domarla.

FAUSTINA.—(*A Quinola*) ¿Has construido una..?
QUINOLA.—No, señora, he fabricado dos, por lo que pudiera suceder.

FAUSTINA.—¿Qué demonio te ha ayudado?

QUINOLA.—Los tres hijos de Job: Silencio, paciencia y constancia.

ESCENA XIX

FAUSTINA, D. FREGOSO

FREGOSO.—(*Aparte*). ¡La odio y la amo siempre!

FAUSTINA.—Quiero vengarme. ¿Me ayudaréis?

FREGOSO.—Sí, lo perderemos.

FAUSTINA.—Vos sí que me amáis.

FREGOSO.—Ay! Después de esto ¿podéis ser marquesa de Fregoso?

FAUSTINA.—Oh! si lo quisiera...

FREGOSO.—De mi puedo disponer, pero de mis antepasados jamás.

FAUSTINA.—¿Y llamais á eso amor? Quedad con Dios. Me vengaré sola.

FREGOSO.—¡Querida Faustina!

FAUSTINA.—¿Querida?

FREGOSO.—Oh! muy querida ahora y siempre. Desde este momento sólo queda de don Fregoso un pobre anciano á quien, por desgracia, vengará ese terrible obrero. Mi vida ha concluido. No me devolváis los cuadros que con tanto placer os ofrecí. (*Aparte*) Pronto necesitará de ellos. (*Alto*) Os recordaran un hombre de quien os burlásteis, pero que lo sabía y os perdonaba, porque en su amor había también algo del afecto paternal.

FAUSTINA.—Si no estuviese furiosa, me enter-

neceriais, don Fregoso; pero hay que ser oportuno hasta para hacer llorar.

FREGOSO.—Siempre lo habré hecho todo mal, hasta mi testamento.

FAUSTINA.—Pues bien, si yo no amase, amigo mío, vuestro tierno adiós os valdría mi mano y mi corazón; porque, sabedlo bien, aun puedo ser una mujer digna.

FREGOSO.—¡Oh! seguid ese noble impulso; no os dejéis arrastrar ciegamente á un abismo.

FAUSTINA.—Ya véis que puedo ser siempre marquesa de Fregoso. *(Sale riendo.)*

ESCENA XX

DON FREGOSO, solo.

Razón tienen los viejos de no tener corazón.

TELÓN



ACTO QUINTO

Terraza de las Casas Consistoriales de Barcelona, en cuyos alrededores se ven pabellones. La terraza da al mar, y termina con un balcón que figura estar en el fondo de la escena. Se ve el mar y los mástiles del buque que está en el puerto. Se entra por la derecha y por la izquierda.

A la derecha, un gran sillón, sillas y una mesa. Se oye el ruido de las aclamaciones de una multitud inmensa. Faustina mira, apoyada en el balcón, el buque de FONTANARES. A la izquierda está LOTHUNDIAZ lleno de estupefacción. A la derecha está don FREGOSO con el secretario que ha redactado el juicio verbal del experimento. El gran inquisidor se halla en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA

LOTHUNDIAZ, el GRAN INQUISIDOR, DON FREGOSO.

FREGOSO.—¡Estoy perdido, arruinado, deshonorado! Si voy á postrarme á los pies del rey lo hallaré implacable.

LOTHUNDIAZ.—¡A qué precio he comprado la nobleza! Mi hijo ha muerto en Flandes, en una emboscada, y mi hija se muere; su

neceriais, don Fregoso; pero hay que ser oportuno hasta para hacer llorar.

FREGOSO.—Siempre lo habré hecho todo mal, hasta mi testamento.

FAUSTINA.—Pues bien, si yo no amase, amigo mío, vuestro tierno adiós os valdría mi mano y mi corazón; porque, sabedlo bien, aun puedo ser una mujer digna.

FREGOSO.—¡Oh! seguid ese noble impulso; no os dejéis arrastrar ciegamente á un abismo.

FAUSTINA.—Ya véis que puedo ser siempre marquesa de Fregoso. *(Sale riendo.)*

ESCENA XX

DON FREGOSO, solo.

Razón tienen los viejos de no tener corazón.

TELÓN



ACTO QUINTO

Terraza de las Casas Consistoriales de Barcelona, en cuyos alrededores se ven pabellones. La terraza da al mar, y termina con un balcón que figura estar en el fondo de la escena. Se ve el mar y los mástiles del buque que está en el puerto. Se entra por la derecha y por la izquierda.

A la derecha, un gran sillón, sillas y una mesa. Se oye el ruido de las aclamaciones de una multitud inmensa. Faustina mira, apoyada en el balcón, el buque de FONTANARES. A la izquierda está LOTHUNDIAZ lleno de estupefacción. A la derecha está don FREGOSO con el secretario que ha redactado el juicio verbal del experimento. El gran inquisidor se halla en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA

LOTHUNDIAZ, el GRAN INQUISIDOR, DON FREGOSO.

FREGOSO.—¡Estoy perdido, arruinado, deshonrado! Si voy á postrarme á los pies del rey lo hallaré implacable.

LOTHUNDIAZ.—¡A qué precio he comprado la nobleza! Mi hijo ha muerto en Flandes, en una emboscada, y mi hija se muere; su

marido, el gobernador de Rossellón, no le ha permitido que asista al triunfo de ese demonio de Fontanares. ¡Cuánta razón tenía al decirme que me arrepentiría de mi ceguera!

INQUISIDOR.—El Santo Oficio ha recordado al rey vuestros servicios. Seréis virey del Perú, y allí volveréis á recuperar vuestra fortuna. Pero, terminad vuestra obra. Aplastemos al inventor para destruir esta invención funesta.

FREGOSO.—¿Y cómo? ¿No debemos obedecer las órdenes del rey, al menos en apariencia?

INQUISIDOR.—Descuidad; no os faltarán medios para obedecer al Santo Oficio y al Rey al mismo tiempo. Obedecedme, pues. (A Lothundiaz.) Conde de Lothundiaz, como primer magistrado municipal de Barcelona, ofreceréis á don Ramón una corona de oro en nombre de la ciudad, por su maravilloso invento, que da á España el dominio de los mares.

LOTHUNDIAZ.—(Admirado.) ¡A don Ramón!

INQUISIDOR Y FREGOSO.—A don Ramón.

FREGOSO.—Le felicitareis.

LOTHUNDIAZ.—Pero ..

INQUISIDOR.—Así lo quiere la Inquisición.

LOTHUNDIAZ.—(Doblando una rodilla.) ¡Perdón!

FREGOSO.—¿Oís lo que grita el pueblo? (Gritan: Viva don Ramón.)

LOTHUNDIAZ.—¡Viva don Ramón! Mejor, así me vengaré del mal que yo mismo me he hecho.

ESCENA II

Dichos, DON RAMON, MATEO MAGIS, el mesonero del «Sol de Oro» COPPOLUS, CARPANO, ESTEBAN, GIRONA y el pueblo.
Todos forman un semicírculo en cuyo centro se coloca DON RAMÓN.

INQUISIDOR.—En nombre del rey de España, de Castilla y de las Indias, os felicito, don Ramón, por vuestro genio. (Lo conduce al sillón.)

RAMÓN.—Después de todo, él no es más que el brazo, yo la cabeza. La idea es superior al hecho. (A la multitud.) En un día como éste, la modestia sería una injuria á la honra que he conquistado á fuerza de vigiliat. Debemos estar orgullosos del éxito.

LOTHUNDIAZ.—Don Ramón, en nombre de la ciudad de Barcelona, tengo la honra de ofrecer esta corona, premio á vuestra perseverancia y al autor de un invento que da la inmortalidad.

ESCENA III

Dichos, FONTANARES que viene del trabajo con el traje sucio.

RAMÓN.—Acepto el honor que me dispensáis, (Ve á Fontanares) pero con la condición de que participe de él el animoso artesano que ha secundado mi difícil empresa.

FAUSTINA.—¡Cuánta modestia!

FONTANARES.—¿Es una burla eso?

TODOS.—¡Viva don Ramón!

COPPOLUS.—En nombre de los comerciantes de Cataluña, venimos á suplicaros, don Ramón, que aceptéis esta corona de plata,

humilde prueba de su admiración ante un descubrimiento que es fuente inagotable de riquezas no soñadas.

TODOS.—¡Viva don Ramón!

D. RAMÓN.—Extraordinario placer me causa ver que el comercio comprende el fecundo porvenir del vapor.

FONTANARES.—Acercaos, obreros, compañeros míos. Entrad, hijos del pueblo, en cuyas manos se ha modelado mi obra; vuestras vigi las, el sudor de vuestra frente hablarán, por mí, Hablad, vosotros que sólo de mí recibisteis los modelos todos de mi prodigiosa máquina: ¿Ha sido don Ramón ó he sido yo quien ha creado la nueva fuerza que ha domado los mares?

ESTEBAN.—¡Caramba! Sin don Ramón no hubierais podido salir del atolladero.

MATEO MAGIS.—Hace ya dos años lo menos que hablábamos don Ramón y yo sobre este asunto, y hasta recuerdo que me instaba á que adelantara fondos para empezar los trabajos.

FONTANARES.—(A don Fregoso.) Monseñor, ¿qué vértigo se habrá apoderado del pueblo y de los burgueses de Barcelona? Al oír las ruidosas aclamaciones que saludan á don Ramón, acudo lleno de ansiedad, cubierto de las honrosas huellas del trabajo, y os hallo tranquilo, sancionando el robo más inicuo que se ha cometido á la faz del cielo, ante una nación entera. (Murmullos). Pero es preciso que sepáis que sólo yo, y nadie más que yo, me he jugado la vida en esta empresa; que sólo yo hice al rey una promesa solemne; que yo solo he cumplido lo que prometí después de una lucha desesperada. ¡Y ahora se pavonea con

mi triunfo, coronado como un César victorioso, un don Ramón ignorante y necio! (Murmullos.)

FREGOSO.—No soy más que un soldado, y entiendo muy poco de ciencia. Lo que si es que debemos aceptar los hechos consumados. Cataluña entera concede á don Ramón la prioridad del invento. Todos reconocen que sin él no hubierais podido cumplir vuestras promesas. Mi deber es comunicárselo así al rey.

FONTANARES.—¡La prioridad del invento! Oh! una prueba tan sólo.

INQUISIDOR.—Ahora mismo la tendréis. Escuchad. Don Ramón ha escrito un gran tratado sobre la fundición de los cañones, y en él habla de un invento al que Leonardo de Vinci, vuestro maestro, dió el nombre de trueno, añadiendo—fijaos bien—que puede aplicarse á la navegación.

RAMÓN.—Ah! joven, ¿conque habéis leído mis obras?

FONTANARES.—(Aparte) Oh! toda mi gloria por el placer de la venganza!

ESCENA IV

Dichos, QUINOLA.

QUINOLA.—Señor, aun queda el rabo por desollar.

FONTANARES.—¿Qué pasa?

QUINOLA.—Ese condenado de Monipodio ha vuelto no sé cómo hecho una fiera, sediento de venganza. Está á bordo del navío con una banda de foragidos, y dice que lo echará á pique si no le dáis diez mil zequíes

FONTANARES.—(Arrodillándose). Oh! gracias!

El que había de ser mi esclavo, el Océano inmenso, es mi único protector. Tú guardarás eternamente mi secreto. (A Quinola) Vuela, di á Monipodio que se aleje en alta mar y que hunda para siempre el buque en el seno de las aguas.

QUINOLA.—¿Qué decis? ¿Estáis loco?

FONTANARES.—¡Obedece!

QUINOLA.—Pero, señor...

FONTANARES.—Nos va en ello la vida.

QUINOLA.—Por primera vez obedezco sin entender una palabra. (Sale).

ESCENA V

Dichos, menos QUINOLA.

FONTANARES.—(A D. Fregoso). Monseñor, dejemos á un lado la cuestión de prioridad que se decidirá fácilmente; pero permitidme que salve la vida en este litigio. Creo que no rechazareis este proceso verbal que es mi justificación ante el rey nuestro señor.

RAMÓN.—¿De modo que reconocéis mis derechos...?

FONTANARES.—Reconozco todo lo que queráis, hasta que O más O es un binomio.

FREGOSO.—(Después de haber hablado con el gran inquisidor). Vuestra petición es legítima. Ahí tenéis el proceso verbal en regla. Nosotros nos quedaremos con el original.

FONTANARES.—Hemos salvado la vida. ¿Consideráis vosotros, todos los que estáis presentes, que don Ramón es el verdadero inventor de la máquina á cuyo impulso ha surcado un buque las aguas en presencia de doscientos mil españoles?

Todos.—¡Sí!. (Aparece Quinola).

FONTANARES.—Pues bién, si don Ramón ha hecho ese prodigio, don Ramón podrá volverlo á hacer sin inconveniente alguno. (Se oye un gran ruido). ¡El prodigio no existe ya! Una fuerza tan poderosa no podía estar exenta de peligros, y el peligro, que don Ramón no sospechaba siquiera, se ha presentado mientras le colmaban aquí de honores y recompensas. (Gritos fuera. Todos se dirigen al balcón para ver el mar). ¡Me he vengado!

FREGOSO.—¿Qué dirá el rey?

INQUISIDOR.—Francia está devorada por una guerra terrible; los Países Bajos arden en sangrienta revolución; Calvino ha conmovido á Europa entera; demasiados quehaceres tiene el rey para que vaya á pensar en semejantes pequeñeces. Este invento y la reforma son demasiadas cosas á la vez. Así conseguiremos librarnos por algún tiempo de la voracidad de los pueblos (Salen todos).

ESCENA ÚLTIMA

QUINOLA, FONTANARES, FAUSTINA.

FAUSTINA.—¡Mucho mal os he hecho, Alfonso!

FONTANARES.—María ha muerto ya, señora. Ya no sé lo que significan las palabras bien y mal.

QUINOLA.—¡Eso es ser hombre!

FAUSTINA.—Perdonadme. Contad conmigo para un nuevo y más hermoso porvenir.

FONTANARES.—¡Perdonar! También he olvidado ya esa palabra. Hay circunstancias en que el corazón se hace pedazos ó se endurece

como el granito. Tenía entonces veinticinco años; hoy me habéis echado encima cincuenta. Por vos he perdido un mundo. Debéis darme otro.

QUÍNOLA.—¡Oh! si volvemos á la política...

FAUSTINA.—¿Acaso no vale mi amor un mundo?

FONTANARES.—Sí, porque eres un instrumento maravilloso de destrucción y ruina. Ahora, tú me ayudarás á contar á todos los que se han complacido en amargar mi vida. No te quiero por mujer; serás mi esclava. Me obedecerás.

FAUSTINA.—Ciegamente.

FONTANARES.—Pero sin esperanzas. Ya lo sabes, llevo aquí bronce. (*Señala el corazón*). Me has enseñado á conocer el mundo. Mundo egoísta, astuto y pérfido, somos dos ahora.

QUÍNOLA.—¡Señor!

FONTANARES.—¿Qué?

QUÍNOLA.—¿Nada más que dos?

FONTANARES.—Sólo para tí hay todavía un puesto en mi corazón. Los tres iremos...

FAUSTINA.—¿A dónde?

FONTANARES.—A Francia.

FAUSTINA.—Partamos al instante. Conozco á España. Os matarían sin remedio.

QUÍNOLA.—Los recursos de Quíñola están ya en el fondo del mar. Dispensad nuestras faltas. En París, lo haremos algo mejor. Está visto, el infierno está empedrado de buenas invenciones.

